
MALDITO JEFE
perfecto
ELLA VALENTINE

MALDITO JEFE perfecto

Ella Valentine

1ª edición noviembre de 2023

Copyright © Ella Valentine

Sobre la cubierta: Foto hecha con stockimg.ai

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titulare de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo Álex
Epílogo Leah
Capítulo extra
No te pierdas mis nuevas novelas
Novelas anteriores

Prólogo

Leah

5 años antes.

—En el ala derecha está el departamento de Marketing y al final del pasillo el departamento comercial —me explica Norma Johnson, una mujer de aspecto severo que camina por los pasillos de la oficina a toda prisa subida sobre sus zapatos de tacón. Parece la señorita Rottenmeier con su moño tirante y su ceño fruncido.

He asistido a una entrevista de trabajo en Nano Tech, una empresa de nanotecnología especializada en la detección y tratamiento del cáncer. Fue mi abuela quien insistió en que enviara un currículum aquí, a pesar de que yo no lo veía claro. No tengo estudios superiores y mi experiencia laboral se limita a cargos poco cualificados. Me sorprendió recibir una llamada de Recursos Humanos para ofrecerme una vacante. No me han dicho qué puesto ostentaré, pero imagino que será algo de rango bajo, quizás como chica de los recados.

Norma, de Personal, tras verificar mis datos, ha querido mostrarme las instalaciones antes de llevarme hasta el sitio donde se llevará a cabo la entrevista de trabajo.

Este lugar es increíble. Las oficinas son modernas y espaciosas, con una decoración elegante y sofisticada que refleja la innovación que la empresa promueve en su campo. Por el camino he podido ver a empleados concentrados en sus tareas, algunos trabajando en laboratorios con equipos de vanguardia.

—Señorita West, es importante que aprenda las extensiones de cada uno de los departamentos para realizar las llamadas de manera eficiente. También deberá gestionar la

agenda, organizar reuniones y encargarse de la correspondencia. Además, tendrá que aprender a utilizar nuestro sistema de gestión de documentos y mantener registros precisos de las actividades de la oficina.

Alzo la ceja un poco perpleja mientras voy anotando todo lo que Norma dice en una libreta.

—Ah, otra cosa más, es crucial que cuide su vestimenta. Como representante de la empresa debe seguir un *dress code* formal. Nada de vaqueros ni zapatillas. —Norma me mira de arriba a abajo, con una expresión de reprobación que me hace sentir incómoda en mis vaqueros y zapatillas.

Diablos, debí elegir otra ropa para venir aquí.

Norma sigue hablando sobre todo lo que debo hacer o no hacer y yo cada vez me siento más aturdida con el tono de esta entrevista.

—¿Habla chino? ¿Coreano? ¿Español?

—Eh… no.

—Entonces deberá aprenderlos. Con un nivel básico bastaría. Muchos de nuestros colaboradores son extranjeros.

La interrumpo.

—Perdone, señorita Johnson. ¿Es necesario aprender chino para un puesto menor?

—¿Un puesto menor? El puesto para el que aplica es como secretaria de dirección. —Norma se detiene frente a una puerta y yo me quedo congelada en el sitio. Esto tiene que ser una broma. ¿Yo secretaria de dirección? Si actualmente trabajo sirviendo cafés y tortitas en una cafetería—. Ya hemos llegado.

Me fijo en la placa de la puerta en la que se puede leer: «Alexander Hudson, CEO de Nano Tech». Mi boca y mis ojos se abren de par en par. ¿Se supone que voy a ser secretaria del jefe de la empresa?

—Señora Johnson… —digo con voz temblorosa intentando detener el curso de los acontecimientos, pero es demasiado tarde.

Norma llama a la puerta con los nudillos, una voz masculina dice «adelante» y abre la puerta cediéndome el paso. Un nudo se instala en mi garganta.

Entro con las piernas temblorosas y paseo mi mirada alrededor, impresionada. El despacho es enorme. Su diseño es minimalista con muebles de color blanco y líneas rectas, pero lo que llama mi atención son las vistas que se ven a través de las cristaleras del fondo. Nano Tech está ubicado en Sillicon Alley, el Sillicon Valley neoyorquino, centro de innovación y tecnología de la ciudad. Desde aquí pueden verse las impresionantes vistas del horizonte de Manhattan, con rascacielos que se alzan hasta las nubes. Reconozco el Empire State Building y el One World Trade Center, que destacan entre los demás.

—Señor Hudson, le presento a la señorita West, su nueva secretaria. —La voz de Norma me obliga a desviar la mirada de las vistas para fijarla en el hombre que tengo delante, detrás de un escritorio.

Guau… Nunca había visto un hombre que pegara tanto con un despacho. Con su cabello moreno corto perfectamente peinado y una mandíbula marcada, su aspecto es tan impresionante como el lugar en el que trabaja. Aparenta unos veintimuchos, aunque no puedo deducir con exactitud su edad. Sus ojos, del color de las avellanas, son un poco rasgados y están enmarcados por unas cejas bien definidas. Su nariz es recta y proporcionada y sus labios gruesos y perfilados. También cuenta con unos hombros anchos que destacan bajo el traje azul oscuro que lleva y que se ajusta a su figura como si se lo hubiesen cosido encima.

Tras este pequeño repaso visual, subo los ojos de nuevo hacia el rostro y nuestras miradas se encuentran. Siento un tirón en el estómago, porque, ¡maldición!, es guapísimo. Demasiado guapo para ser real, y demasiado guapo para ser un jefe. Debería ser modelo, actor o *influencer*, algo que permita a mujeres y hombres de todo el mundo contemplar ese rostro perfecto a diario en televisión, periódicos o pancartas por la calle. Qué desperdicio.

—Bueno, yo voy a volver al trabajo. Señorita West, cuando termine búsqueme para firmar el contrato. —Norma sale del despacho.

Alex y yo nos quedamos a solas y durante unos segundos nos observamos en silencio. Su mirada es tan intensa que siento un escalofrío recorrerme de arriba a abajo.

—Siéntese, por favor. —Alex curva sus labios en una sonrisa profesional y me señala la silla apostada frente a él. Me siento y él me ofrece su mano—: Soy Alex Hudson, el presidente de Nano Tech. Encantado de conocerla.

—Yo soy Leah West. —Se la estrecho y su mano enorme envuelve la mía. Noto pequeñas descargas eléctricas recorrer mis dedos. Es un hormigueo caliente, que asciende por la palma de mi mano y se extiende por el brazo.

Pero ¿qué ha sido eso?

Retiro la mano de inmediato. Él no parece inmutarse. ¿Solo lo he sentido yo?

—Señorita West…

—Señor Hudson —lo corto, intentando apartar de mi cabeza esa sensación que aún me hormiguea la piel—. Ha habido un error. Yo entregué mi currículum para un puesto menor. No estoy capacitada para ser su secretaria.

Un breve silencio.

—¿No cree que eso debería decidirlo yo? —Alex entrelaza los dedos sobre la mesa—. He leído su currículum y sé que no tiene estudios superiores, pero su media durante el instituto a excepción del último año fue de sobresaliente. También leí las cartas de recomendación que adjuntó en su currículum de dos trabajos anteriores. En ellas se habla de su dedicación y entrega, dos cualidades imprescindibles para convertirse en una secretaria competente. Estoy seguro de que podrá cumplir a la perfección con el cargo que le ofrezco.

—Entonces, ¿no es un error? —Frunzo el ceño llena de incomprensión—. No lo entiendo, ¿por qué yo? Es decir, seguro que tiene a su disposición perfiles mucho más interesantes que el

mío.

—Los tengo, sí, pero he decidido confiar en usted.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué no?

Pienso unos segundos y respondo:

—Porque, para empezar, nunca he sido la secretaria de nadie. No tengo experiencia previa en puestos similares y…

—Señorita West, era una pregunta retórica. —Alex me interrumpe reprimiendo una sonrisa —. Como le he dicho, he leído su currículum. Conozco sus carencias.

—Ah.

—No sea tan dura consigo misma. Es una mujer con mucho potencial.

El mundo al revés. ¿Desde cuándo en una entrevista de trabajo es el entrevistador el que tiene que convencer al entrevistado sobre sus aptitudes?

—¿Tendré que aprender chino? —pregunto de sopetón.

Alex se ríe con suavidad.

—Solo lo básico para pasar llamadas. La empresa le proporcionará los cursos necesarios para que adquiera un nivel de comprensión adecuado.

—Vale.

—Y también será pertinente que aprenda sobre nanotecnología para que se sienta familiarizada con el vocabulario durante las reuniones de equipo.

Asiento. Tiene sentido. Ya leí un poco por encima sobre ello antes de hacer la entrevista de hoy.

—Entiendo.

Un nuevo silencio nos sobrevuela. Alex me mira muy serio.

Finalmente, suelta una pregunta al aire:

—Entonces, señorita West, ¿acepta el puesto de secretaria?

Capítulo 1

Leah

5 años después. Actualidad.

Corro por la oficina con el almuerzo de Alex en una mano mientras intento cambiar la fecha de un vuelo por teléfono y repaso mentalmente la lista de cosas que debo preparar para la reunión de la tarde. La multitarea se ha convertido en una constante en mi vida estos últimos años. Los tacones resuenan sobre el linóleo que recubre el suelo al ritmo veloz de mis pasos.

Llamo a la puerta del despacho, cuelgo a la teleoperadora de la aerolínea una vez hecho el trámite y entro. Alex está enfrascado mirando el ordenador. Yo me acerco y dejo un recipiente de plástico frente a él.

—¿Qué es esto? —Alex aparta la mirada de la pantalla para centrarla en la comida, con el ceño fruncido.

—Tu almuerzo. Una ensalada de brotes verdes, pasta y pollo.

—Pero yo no te pedí una ensalada, te pedí una hamburguesa con patatas. —El ceño de Alex se frunce un poco más.

—Lo sé, pero alguien tiene que cuidar de tu alimentación. Dado que tú no serás esa persona, lo seré yo.

—¿Eres mi secretaria o mi nutricionista?

—Puedo ser ambas cosas si es necesario.

Alex mira su ensalada en silencio, luego me mira a mí y suelta un suspiro resignado. Yo escondo una sonrisa satisfecha por salirme con la mía. Puede que los límites entre ambos se

hayan desdibujado un poco estos cinco años trabajando juntos. Hace tiempo que empezamos a tutearnos, y hace tiempo que entrometernos en la vida del otro se ha vuelto una práctica habitual.

A veces me cuesta creer que lleve cinco años trabajando aquí, en Nano Tech. Cualquiera diría que fue ayer cuando entré a trabajar como secretaria de dirección. Por aquel entonces no tenía ni idea de lo que hacía una secretaria y no voy a mentir, los primeros meses fueron extenuantes. Trabajaba durante el día y aprendía idiomas y nanotecnología durante la noche. Alex desde el principio fue un jefe exigente. Nunca me reprochó nada ni me trató mal, pero desde el primer momento me dejó claro que esperaba mucho de mí y he dado todo lo posible para cumplir con sus expectativas. Ahora puedo decir con orgullo que soy una secretaria eficiente, capaz de anticiparme a sus necesidades y gestionar eficazmente su agenda y tareas diarias. Aunque los comienzos fueron duros, aprendí rápido y me adapté al ritmo de trabajo de la empresa.

—Tienes una hora para comer antes de la siguiente reunión. Deberías descansar un poco, pareces un oso panda con esas ojeras —le digo.

—Lo haré cuando acabe de leer el informe.

Observo su rostro que parece cincelado por el mismísimo Miguel Ángel. A pesar de los años que han pasado, Alex sigue siendo igual de guapo que cuando lo conocí, lo cual a veces me resulta un tanto molesto. Incluso cuando está cansado, su atractivo es innegable, con ese mentón marcado, esos ojos profundos y su envidiable complexión de jugador de rugby.

Un jefe no debería estar tan bueno ni ser tan perfecto. La naturaleza debió ser más justa al distribuir sus dones. Y es que no me considero fea, en absoluto, pero me siento un poco insignificante a su lado. Me gusta mi físico, aunque sea más bien del montón: pelo castaño oscuro, ojos color chocolate y curvas donde hay que tenerlas. Hoy llevo una blusa blanca y una falda de tubo beige que se adapta a la perfección a esas curvas, y he recogido mi cabello en una coleta tirante para dejar al descubierto mi cuello. Katie, mi mejor amiga que también trabaja aquí, siempre dice que mi cuello es uno de mis puntos fuertes.

Y, hablando de cuellos, hay algo que llama mi atención en el de Alex. El nudo de la corbata azul que lo rodea está torcido. Me acerco a él e intento enderezarlo. Rozo ligeramente la piel de su cuello en el proceso, lo que provoca un hormigueo entre mis dedos. He hecho esto un millón de veces, debería estar inmunizada ya a Alex, pero mi cuerpo sigue reaccionando así cada vez que lo toco. Alex se queda quieto, permitiendo mi intromisión sin protestar.

—Mucho mejor ahora. —Doy un paso hacia atrás para poner distancia y admirar el resultado.

—Secretaria, nutricionista y estilista. Voy a tener que subirte el sueldo.

—Lo agradecería. Hay un par de zapatos que llevan semanas en mi carrito de la compra esperando. —Le dedico una sonrisa divertida—. Y, ahora, si me permites, voy a retirarme. Estaré fuera por si necesitas algo.

—¿No vas a almorzar conmigo? —Alex señala mi lado de la mesa, ese que suelo ocupar a diario, a excepción de los días que como con Katie.

Niego con la cabeza.

—Tengo que terminar un trabajo para esta noche y voy muy retrasada.

Alex asiente, comprendiendo el punto. Estoy realizando la carrera de Gestión de Eventos de forma telemática, lo que supone que mi tiempo libre fuera del trabajo lo dedico básicamente a estudiar. Alex sabe que quiero dedicarme a esto en el futuro, y lleva apoyándome desde el inicio. De hecho, fue él quién me animó a echar la solicitud en la universidad cuando yo no lo veía claro.

—Respecto a eso, ¿no tenías un examen de estadística la semana que viene?

Hago una mueca.

—Uf. No me lo recuerdes. Tengo un parcial el jueves y lo llevo fatal.

—Podríamos quedar el sábado en el bar de Caden y Janice para repasar los puntos clave.

Alex me ayuda con las matemáticas, ya que son mi punto débil. Tengo discalculia, lo que hace que resolver operaciones matemáticas sea muy difícil para mí. Cuando era más joven, me sentía tonta porque no importaba cuánto me esforzara, no parecía haber mejora. Sacaba sobresalientes en todas las demás áreas, pero era un desastre en matemáticas. Desde que supe que lo que me pasaba tenía un nombre, lo he llevado mejor. Además, Alex es muy paciente y tiene la capacidad de convertir en fácil lo difícil.

Sin embargo, aunque estoy muy agradecida, el sábado no puedo quedar.

—¿Podemos dejarlo para la semana que viene? El sábado tengo planes.

—¿Con Katie?

—No.

—¿Con tu abuela?

—No.

Un breve silencio se apodera de la habitación mientras Alex me evalúa detenidamente.

—¿Entonces con quién? —Su interés repentino me sorprende.

—Bueno, aún no es seguro, pero es posible que tenga una cita en algún momento del fin de semana.

—¿Una cita? ¿Con un hombre?

—Eh… Esa es la idea, sí.

Un nuevo silencio.

—No sabía que estuvieras interesada en tener citas.

—Es cosa de la abuela —confieso en un mohín—. Desde que ve planear sobre ella los ochenta, no hace más que decir que se puede morir en cualquier momento y dejarme sola. La pobre está muy angustiada con esa posibilidad. Dice que solo descansará en paz si me ve formar una familia al lado de un hombre que me quiera y con el que pueda confiar. No es que me

apetezca destinar tiempo que no tengo a tener citas, pero es importante para ella y, bueno, yo tampoco soy ya una niña. Cumpliré los treinta el año que viene. Mi reserva ovárica ha empezado a descender. Y siempre he querido ser madre. —Me encojo ligeramente de hombros y me fijo en la expresión conmocionada de Alex. Puede que mencionar mi reserva ovárica haya sido demasiada información para él. Pero sé que entenderá lo demás, porque sabe que la abuela es la única familia que tengo desde que mis padres murieron y qué haría cualquier cosa por ella.

De hecho, la idea de que le pase algo me aguijonea el estómago.

—Vaya. Entonces, ¿estás conociendo a alguien? —Alex carraspea, claramente sorprendido por mi revelación.

—Algo así. Estoy probando una aplicación de citas. Me es imposible conocer gente por otros medios. —Suelto un suspiro.

—¿Qué aplicación?

—HeartSync. Es esa nueva que se ha hecho tan famosa por su algoritmo innovador.

—Ajá. He oído hablar de ella.

La expresión de Alex se vuelve inescrutable. Sonríe, aunque su sonrisa no le llega a los ojos. Se nota que está pensando en algo, puedo ver los engranajes de su cerebro girar. No le doy importancia. A fin de cuentas están siendo días complicados en el trabajo por culpa de la implementación de un nuevo software que no deja de dar problemas.

Alex destapa su ensalada y yo salgo del despacho tras desearle buen provecho. Me siento en mi escritorio, que está justo enfrente, saco del bolso el sándwich de paco y aguacate que he preparado esta mañana para mí, enciendo el portátil y me paso la siguiente hora terminando el trabajo sobre marketing de eventos que debo entregar esta noche.

Capítulo 2

Alex

—¿Qué diantres es todo esto? —pregunto alzando las cejas.

Estoy sentado en una mesa junto a la ventana del Food Temple, el restaurante de mi amigo Caden, al que me he desplazado al salir de la empresa. Mi idea era relajarme un poco degustando una de sus cervezas de autor, pero para mi desconcierto no es solo eso lo que me acaba de servir.

—Pasta rellena de queso parmesano y trufa, espárragos con vinagreta de limón, y un chuletón de carne Wagyu de la mejor calidad —me aclara señalando los platos uno a uno—. Janice está haciendo pruebas para el menú degustación del mes que viene y, ya que estás aquí, me gustaría saber qué opinas. Tranquilo, invita la casa.

Se sienta frente a mí y yo echo una mirada hacia la barra desde donde una ajetreada Janice me envía un saludo. Caden y ella son pareja desde hace años y juntos regentan este restaurante de cocina fusión. Un negocio que decidieron abrir al poco tiempo de acabar sus estudios, que según tengo entendido, no deja de aportar grandes beneficios, gracias a las habilidades culinarias de Janice. Aunque todo suma y estoy convencido de que la inteligencia de Caden, y su facilidad para trabajar con números, también tienen mucho que ver en ese aspecto. Él es quien se encarga de las estrategias de mercado, compras, publicidad y demás. E introducir este menú degustación también fue idea suya, de la misma manera que ahora se le ha ocurrido usarme como catador profesional.

El problema es que hincharme a comer es lo último que tengo en la cabeza en estos momentos.

Aun así, cojo el tenedor y me llevo un poco de pasta a la boca mientras mi amigo no deja de

observarme con expectación. Luego pruebo los espárragos y por último hago lo mismo con el chuletón.

—¿Y bien? —pregunta con la emoción patente en su rostro— ¿Qué te parecen los nuevos platos?

—Pues todo está increíble, como de costumbre —admito—. La trufa y el parmesano combinan muy bien y el chuletón se deshace en la boca. Nunca había probado una carne tan tierna.

—¿Seguro?

—Al cien por cien. —Me limpio las manos con la servilleta y cojo la botella de cerveza—. Tu mujer tiene un don para la cocina, ya te lo he dicho muchas veces. No entiendo por qué necesitas mi aprobación.

—Bueno, una segunda opinión nunca está de más. En especial, cuando proviene de un amante de la alta cocina como tú. —Sonríe y tamborilea con los dedos sobre la mesa—. Pero sí, yo también creo que Janice se ha superado. Y ya verás cuando pruebes el postre. El pastel de zanahoria con cobertura de queso es exquisito. Una explosión para los sentidos.

Hago una mueca.

—Estoy convencido de ello, pero mejor dejemos los pasteles para otro día. Con todo esto ya voy más que servido. —Caden ladea la cabeza y sus ojos se transforman en dos rendijas—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Por nada. Es solo que juraría que esta es la primera vez que te veo rechazar algo de comida. ¿Por qué estás tan desganado? —Se echa hacia adelante hasta que pega su rostro al mío y me estudia con atención—. La verdad es que no tienes muy buena cara. ¿No estarás incubando algo?

—¿De qué hablas? —Lo aparto de un empujón—. Para tu información no estoy enfermo,

solo cansado. Estamos teniendo problemas con la implementación del nuevo software y, por si esto fuera poco, mi secretaria ha decidido elegir este momento de crisis para ponerse a buscar a su media naranja. Ha sido un día extenuante…

Caden alza las cejas. Las tiene muy pobladas y oscuras, al igual que los rizos de su pelo, fruto de su ascendencia italiana por parte de madre.

—Espera porque creo que me he perdido en la última parte. ¿En busca de su media naranja? ¿Te refieres a Leah?

—Exacto. Se ha dado de alta en una aplicación de citas y supongo que a estas horas ya debe estar ocupada chateando con más de la mitad de los hombres de la ciudad.

Mi amigo esboza una lenta sonrisa de comprensión.

—Ya veo.

—Sí. Por lo visto todo ha sido idea de su abuela. Tiene miedo de morirse y dejarla sola —le explico llevándome la cerveza a los labios—. Aunque de hecho Leah también parece muy interesada en encontrar pareja. Quiere ser madre en un futuro no muy lejano y le preocupa que su fertilidad disminuya con la edad.

—Bueno, sea como sea, ¿qué problema hay? Hoy en día es habitual apuntarse en ese tipo de aplicaciones para conocer gente. Y fuera del trabajo, tu secretaria es libre para hacer lo que quiera.

—Lo sé. Soy consciente de ello —afirmo con rotundidad—, pero justamente ahora no es el mejor momento para que Leah se ponga a perder el tiempo. Ya sabes que quiere sacarse la carrera de Gestión de eventos. Lleva una temporada haciendo malabarismos con los estudios y el trabajo. Si a eso le sumamos lo de las citas acabará agotada. —Chasqueo la lengua y me froto el rostro con frustración—. Además, tiene un examen muy complicado la semana que viene. No puede desviarse de su objetivo.

Caden se ríe entre dientes.

—Vamos a ver… ¿Pero a ti qué más te da si se desvía o no? No eres su padre ni nada por el estilo.

—No, pero aun así el asunto me afecta de manera personal. Primero, porque Leah trabaja para mí y lo último que necesito en la empresa es una secretaria que no esté por lo que tiene que estar, y segundo, porque yo también he invertido mi tiempo para que apruebe. Tú mismo has sido testigo de las horas que me he pasado ayudándola. —Mi mirada indignada vuela a la suya a la espera de que me dé la razón, pero él se limita a esbozar una sonrisa irónica que provoca que me tense todavía más.

—Ah sí. La historia de las clases particulares —murmura—. No te ofendas, pero todavía me pregunto por qué, tú, precisamente, te ofreciste a hacer algo así.

—Espera, ¿qué estás insinuando? ¿Es que no me ves capaz de echarle un cable a alguien que lo necesita?

—Siento decírtelo, pero en materia de estudios, no. Yo mismo fui testigo de ello en la universidad. No te dignaste a pasarme los apuntes ni una sola vez.

Su acusación me hace sonreír y por un instante regreso a aquella época. Caden y yo nos conocimos en Harvard. Fuimos compañeros de piso en la residencia de estudiantes y dio la casualidad de que ambos estudiábamos la misma carrera: ingeniería. La cuestión es que congeniamos al instante. Y esta afinidad ha durado hasta el día de hoy y supongo que podría decirse que somos buenos amigos.

—Lo tuyo es diferente y lo sabes —le recuerdo—. No te los pasé porque te gustaba más quedarte en el bar que ir a clase, y quería que te esforzaras. Así que no cambies de tema. Necesito centrarme y pensar en cómo solucionar este asunto. Si no intervengo, Leah lo acabará lamentando. Su futuro profesional está en juego.

Bebo un trago rápido de cerveza y la vuelvo a dejar sobre la mesa con un golpe seco. Cuando alzo la cabeza la mirada escéptica de Caden me confirma que sigue sin estar de acuerdo conmigo. Tras una breve pausa, añade:

—Mi consejo de amigo es que dejes de darle vueltas al tema. Nadie puede controlarlo todo, ni siquiera tú, por mucho que te llames Alexander Hudson y tengas ese cerebro tan privilegiado. Reserva tu energía para la nanotecnología. —Acompaña sus palabras con un par de toques afectuosos en mi hombro y le echa un vistazo a su reloj—. En fin, te dejo que el deber me llama. —Se levanta de la silla—. Ah, por cierto, ¿cuento contigo para jugar a pádel la semana que viene?

Le digo que sí y, tras concretar el día y la hora, pone rumbo hacia la barra. Es de estilo vanguardista, al igual que el resto del local, y siempre que la miro me quedo embelesado por las cientos de esferas iluminadas que la decoran. Sin embargo, hoy no tengo tiempo de admirar nada y menos aún para pensar en elementos decorativos. Antes tengo que solucionar el inconveniente de las citas de Leah para que no derive en problemas mayores.

Cojo el tenedor y sigo comiendo sin dejar de pensar en el asunto, pero por muchas vueltas que le dé siempre llego a la misma conclusión:

Por el momento solo hay una cosa que pueda hacer para atajar el problema.

Y a eso me voy a dedicar en cuanto ponga un pie fuera de aquí.

Capítulo 3

Leah

Adoro West Village y sus calles de aire bohemio. Siempre he pensado que es uno de los barrios con más encanto de Nueva York. Artistas callejeros, librerías polvorientas, cafeterías, teatros… En cada esquina hay nuevas actividades y sorpresas por descubrir. El problema es que para aprovechar todas esas experiencias se necesita tiempo libre. Y ese es un lujo del que ahora no dispongo. Entre el trabajo, los estudios a distancia, y las tareas básicas del hogar, mi vida es un ajetreo constante. Y, por si no tuviera suficiente con todo eso, ahora me ha aparecido una nueva obligación más:

Las dichosas citas.

Y esa es la razón por la que ahora voy caminando a paso rápido por este barrio, con unos zapatos de tacón recién estrenados que me están desollando los pies. Porque hoy tengo mi primera cita con uno de los chicos a los que conocí en la aplicación de ligar, y si no me apresuro llegaré tarde.

Me paro en la acera a la espera de que el semáforo se ponga verde y antes de que cambie de color oigo como me suena el móvil. Lo saco del bolso y en cuanto veo quién es resoplo con fuerza.

—Hola, abuela...

—Hola, cielo. ¿Lista para la cita?

Vuelvo a suspirar. ¿Cómo puede estar mi abuela tan emocionada? Solo voy a conocer a un

chico con el que apenas he intercambiado unas cuantas frases. No significa que nos vayamos a casar ni mucho menos.

—Tan lista como puedo estar, teniendo en cuenta que todo ha sido idea tuya y que estoy yendo contra mi voluntad—le contesto sin esconder mi disgusto.

Ella también suspira al otro lado de la línea.

—Leah, deja de ofuscarte con ese detalle. Solo te he pedido que vayas a unas cuantas citas, no que te alistes en el ejército. En teoría se trata de algo bueno. Piensa que tal vez estás a punto de conocer al hombre de tu vida. Deberías estar emocionada.

—Debería estar estudiando que es muy diferente —le recuerdo—. Tengo un examen muy complicado la semana que viene.

—Lo sé, pero una cosa no quita la otra. En la vida tiene que haber tiempo para todo, pero tú no haces más que trabajar, estudiar, y vuelta a empezar. Y si sigues así, no encontrarás pareja en un futuro próximo. —El semáforo cambia de color y reanudo la marcha mientras ella no deja de hablar—. Y ya sabes lo que eso supone. No tendré el placer de ver como formas tu propia familia. Peor aún, moriré pensando que te estoy dejando completamente sola en el mundo y no podré descansar en paz. ¿Es eso lo que quieres para tu pobre abuela?

—Abuela no empieces otra vez. No vas a morirte todavía. Estás más sana que una manzana.

—Querida, eso nunca se sabe. ¿Recuerdas a Susan, la antigua dueña de la carnicería? Pues se murió la semana pasada de un ataque al corazón. Y tenía diez años menos que yo, la pobre. Tenía tanta vitalidad que nadie se lo esperaba. Fue horrible.

—Vale, ya está. Deja de pensar en la muerte que eso no te hace ningún bien —le aconsejo tras lo que miro el reloj—. Aunque me queje, estoy a punto de encontrarme con ese supuesto hombre de ensueño, así que por hoy puedes quedarte tranquila. Y ahora te dejo que estoy llegando a la cafetería. Ya te contaré como me ha ido. Te quiero —me despido.

—Espera un momento, una cosa más —oigo que dice antes de colgar—. ¿Qué llevas puesto?

Ruedo los ojos. Esta mujer es lo que no hay.

—El vestido de punto en color azul cielo.

—¿El que lleva el lazo en la cintura?

—Sí. ¿Estás conforme?

—Por supuesto. Para atrapar a un hombre decente es mejor insinuar antes que enseñar. No lo olvides.

Mis labios se curvan en una sonrisa.

—¿Cómo podría olvidarlo? Siempre dices lo mismo.

—Lo digo porque es la verdad. Mucha suerte en tu cita.

Vuelvo a sonreír y nos despedimos.

Camino unos pocos metros más y cuando giro la esquina ya veo el rótulo de la cafetería. Al final he llegado bien de tiempo. Recorro la distancia que me queda para llegar y entro en local que por suerte no está muy concurrido.

Por lo que veo, Paul, el chico con el que he quedado, aún no ha llegado, así que me siento en una mesa libre junto a las ventana. En realidad, fui yo quien elegí quedar en esta cafetería. Había leído que era un sitio muy bonito, además de acogedor, y ahora que estoy aquí puedo dar fe de ello. Tanto la decoración en colores cálidos, como los muebles, que parecen restaurados, son una delicia para la vista.

Cojo la carta y tras meditarlo un momento decido ir pidiendo. Necesito hacer algo para aplacar los nervios. Elijo un chai latte, por recomendación de la camarera, y cuando me lo deja sobre la mesa me fijo en el hombre que acaba de entrar. No es muy alto, pero tiene el cuerpo en

buena forma, y también parece que está buscando a alguien. Por sus facciones no dudo de que se trata de Paul. Levanto la mano a modo de saludo para que me vea y él enseguida sonríe y se acerca a la mesa.

Un cuarto de hora después ya nos hemos presentado y estamos degustando nuestras bebidas en silencio. La verdad es que es un alivio que Paul sea tal cual se muestra en las fotos. No es ningún adonis, pero como ya intuía, tiene un rostro agradable y una sonrisa bonita. Y, todo sea dicho, tuve que deslizar infinidad de perfiles que no me atraían en absoluto, para dar con él. Eso por no hablar de que la aplicación funciona de pena. Crucé unas cuantas palabras con otros chicos antes de hablar con Paul, pero de un día para el otro los chats se esfumaron como por arte de magia, y tuve que volver a empezar. Lo cual fue un engorro enorme.

En fin. La cuestión es que ahora ya estoy aquí y debería pensar en algo inteligente que decir. Pero como no soy ninguna experta en citas, solo se me ocurre lo típico.

—Nunca había estado en esta cafetería —comento al final—. Es muy acogedora. ¿Tú habías venido alguna vez?

Paul niega con la cabeza.

—No. Por lo general evito los sitios que están tan abarrotados.

—¿Abarrotados?

—Sí. Para mi gusto aquí hay demasiada gente.

Hago un gesto de asentimiento, como dando a entender que lo comprendo aunque en realidad no es así. A mí tampoco me gustan los sitios que están masificados, pero este no lo está ni mucho menos. Las mesas que están ocupadas se pueden contar con los dedos de una mano.

Sea como sea decido no darle más vueltas al asunto y hago un comentario sobre lo bueno que está el chai latte. En este caso Paul sí que concuerda conmigo. Pero a medida que habla no deja de mirar alrededor nuestro y no puedo evitar volver a extrañarme.

Antes de que pueda llegar a preguntarle qué le pasa, él murmura:

—Oye, ¿te importaría si nos cambiamos de mesa?

Pego un respingo.

—Eh, no, ¿por qué?

—Por nada. Es solo que creo que allí estaremos más tranquilos. —Señala hacia una mesa que queda en una de las esquinas, y yo le digo que de acuerdo a pesar de que mi desconcierto va en aumento.

Nos levantamos, cogemos nuestra bebida y tras avisar a la camarera nos cambiamos. Una vez en la nueva mesa yo soy la siguiente en hablar:

—Bueno, pues cuéntame un poco sobre ti. Eres psicólogo ¿verdad? Leí en tu perfil que tratas a pacientes en tu consulta.

—Sí, aunque tratar, no sería la palabra adecuada para describir lo que hago. Más bien ayudo a la gente a reconectar con sus seres queridos.

—Ajá. ¿Reconectar en qué sentido? —le pregunto, aunque imagino que debe referirse a algún tipo de terapia. Tal vez para reconstruir relaciones familiares rotas.

—Pues básicamente actúo de intermediario para que puedan volver a comunicarse entre ellos.

—Ya veo. Imagino que no debe ser tarea fácil, ¿no?

Paul niega con la cabeza de forma enérgica.

—Para nada. Sobre todo porque muchos no se dejan ayudar. Van dando tumbos sin rumbo fijo y se niegan a escuchar lo que les digo. Pero no les queda otra. Necesitan solucionar sus asuntos pendientes o de lo contrario permanecerán atrapados. —Inspira y deja ir el aire con fuerza—. En fin, tratar con el más allá es complicado.

Parpadeo, desconcertada.

¿En serio ha dicho lo que acabo de oír?

—Perdona, ¿has dicho el más allá?

—Eso mismo—contesta Paul y cuando se percata de mi cara de asombro añade—. Vaya, disculpa. Debería haberme explicado mejor. En realidad, soy parapsicólogo. No sé si has oído hablar alguna vez de esta ocupación, pero, en resumidas cuentas, intento aportar soluciones a problemas que escapan de la psicología y otras ciencias convencionales. En concreto, estoy especializado en apariciones, o como se dice en lenguaje coloquial, fantasmas o espectros.

Mi sistema nervioso colapsa al instante.

Aun así, consigo forzar una sonrisa. O eso creo.

—Vaya... es genial.

—Sí, es una profesión apasionante, aunque también puede llegar a ser muy extenuante. En parte porque no hay un horario marcado. Los espectros no entienden de días libres o vacaciones. —Se ríe entre dientes como si hubiera dicho algo muy divertido, pero yo me veo incapaz de seguirle la corriente.

Lo cierto es que todavía sigo en estado de shock. No es que tenga nada en contra de lo que hace, sino que me da mucho respeto todo lo relacionado con lo paranormal. De hecho, soy una persona bastante miedica, por así decirlo, y lo paso fatal viendo películas de terror. Así que, teniendo en cuenta esto, una cosa es segura: Ni por asomo me veo compartiendo mi vida con alguien que entra en contacto con el más allá como quien va a comprar el pan.

—¿Y tú? —me pregunta devolviéndome a la realidad— ¿A qué te dedicas?

—Oh, yo, eh...—Trago saliva intentando centrarme—. Trabajo como secretaria de dirección en una empresa de nanotecnología.

—Vaya ¿en serio?

Asiento y le explico un poco por encima en qué consiste mi trabajo. Que Paul y yo no seamos compatibles a nivel sentimental no significa que tenga que ser desconsiderada.

—Aunque en realidad, con el tiempo, me gustaría dedicarme a la planificación de eventos —continúo explicándole—, por eso estoy estudiando la carrera de...

—Disculpa otra vez, pero es que no puedo escucharte con tanto ruido—me interrumpe Paul.

—¿Ruido? Yo no oigo nada.

Le lanzo una mirada interrogativa, pero él ahora parece muy ocupado observando algo por detrás de mí. Y por lo serio que se ha puesto algo me dice que no es nada bueno.

—No lo oyes porque no tienes capacidades extrasensoriales como yo. De ahí que tampoco seas capaz de ver lo que yo veo —me explica bajando la voz—. Y no te asustes por lo que voy a decir, pero la verdad es que ahora mismo te veo rodeada de apariciones.

—¿Qué? —El corazón se me salta un latido—. ¿Estás de broma?

Miro hacia atrás en un acto reflejo.

—Para nada. ¿Me tomas por un farsante o qué? —Paul se pone muy erguido como si estuviera ofendido.

—No, yo…

—Mira, voy a serte sincero. He visto los espectros nada más llegar, por eso he insistido en cambiar de mesa. Quería comprobar si vagaban sin rumbo o te estaban persiguiendo a ti, y por lo visto es lo segundo. Pero tranquila que te puedo ayudar a liberarte de ellos. Soy de los mejores en mi campo. Solo necesito algo de tiempo para averiguar qué es lo que quieren de ti y...

—Lo siento, pero va a tener que ser en otro momento —le suelto de forma brusca—. Verás, yo…, acabo de recordar que tengo una reunión con mi jefe en menos de veinte minutos.

Paul alza las cejas, sorprendido.

—¿Una reunión con tu jefe? ¿En sábado?

—Sí, eh… Es que es un jefe muy exigente. —Abro mi cartera y tras sacar un billete de diez dólares lo dejo sobre la mesa—. En fin, ya continuaremos con nuestra cita con los muertos en otro momento. Vamos hablando.

—Espera, déjame invitarte —oigo que dice Paul mientras me levanto, pero yo me limito a ignorarle.

Lo único que quiero es escapar. Y, por supuesto, no volver a pisar este sitio nunca más.

Capítulo 4

Alex

Oprimo con fuerza la pelota antiestrés que Leah me regaló las navidades pasadas. La esfera de su interior cambia de verde a rojo. Esta pequeña maravilla tecnológica está diseñada con nanosensores que reaccionan a la presión, liberando microburbujas de colores que se mueven de manera hipnotizante dentro. Llevo una hora masajeando esta pelota mientras espero a Leah, con la mirada fija en la puerta del despacho. Debería estar trabajando, porque el nuevo software sigue dando problemas, pero soy incapaz de concentrarme en el informe que el equipo de ingenieros ha redactado con las supuestas soluciones. En estos instantes, tengo otras prioridades.

Siempre soy el primero en llegar a la oficina, a menudo antes de que el sol asome por el horizonte. Me gusta aprovechar las primeras horas de la mañana, sin gente ni distracciones, para adelantar el trabajo que durante la rutina del día a día no puedo hacer. Pero hoy me ha sido imposible enfocarme en nada.

A las nueve en punto, como un reloj suizo, la puerta finalmente se abre y Leah entra por ella. Sostiene en una mano una taza de café y en la otra su Ipad. Su aspecto es profesional y sobrio. Hoy lleva un vestido gris con falda de tubo, unos zapatos de tacón negros y el pelo recogido en un moño. Sé que es inadecuado pensar que su forma de contonear las caderas es sexy, pero ¡diablos! Tengo ojos operativos en la cara. Es inevitable.

—Buenos días, espero que hayas disfrutado del fin de semana. —Leah deja el café sobre la mesa con una sonrisa impostada y, quedándose de pie, enciende su Ipad con rapidez—. Veamos, repasemos la agenda. A las diez tienes una reunión con el equipo de experimentación, y a las doce otra con el departamento de Marketing. A la una has quedado para comer con Sean O'Donnell, el director del hospital Saint James, y luego…

—Eh, para el carro, Leah —la interrumpo—, antes de continuar con eso, ¿por qué no mantenemos una charla informal?

La sonrisa de Leah se congela y da un respingo, como si en lugar de proponerle charlar le hubiera propuesto caminar descalzos sobre un camino hecho de vidrios punzantes.

—¿Una… charla informal?

—Sí, es lunes por la mañana. Podemos tomarnos unos minutos antes de empezar.

—Ummm…

—¿Qué?

—Nada, solo estoy sorprendida. No eres muy amigo de las charlas informales en horario laboral. De hecho, no eres muy amigo de nada que implique no ser eficiente.

Me gustaría decir que exagera, pero, bueno, puede que sea un poco obsesivo con eso de no alterar rutinas ni perder el tiempo.

—Solo estoy intentando ser empático, Leah. El otro día mencionaste lo de tu abuela y su deseo de emparejarte. Parecías agobiada con ese tema y me dejaste un poco preocupado. Solo quiero saber cómo lo llevas.

—Oh. —Las mejillas de Leah se cubren de rosado, parece cohibida de pronto—. Vaya, no es necesario que te preocupes por mí. Yo… lo llevo bien. —Pero por la forma en la que dice la última frase, titubeando, sé que miente.

No ha ido bien. Por supuesto que no. A mí no puede engañarme.

—Entonces, ¿al final tuviste alguna cita este fin de semana?

—Pues lo cierto es que sí. El sábado.

—¿Y cómo fue?

Leah hace una mueca.

—Bastante mal, la verdad. Él no era para nada como yo imaginaba.

—Oh. ¿Era menos agraciado que en las fotos?

—No, no, no se trata de eso, el físico no es tan importante. Pero me dijo que era psicólogo y me mintió.

—¿Te mintió?

—Aunque el hecho de que me mintiera fue el menor de mis problemas. Creo que no estaba muy bien de la cabeza. Decía que podía hablar con los muertos y que veía apariciones a mi alrededor.

—¿Apariciones? —Abro mucho la boca y los ojos.

Ella asiente con disgusto.

—Me marché de la cita a toda prisa, pero llevo dos noches sin dormir bien por su culpa. ¿Recuerdas cuando vi *The Ring*?

Asiento. Claro que lo recuerdo. Al día siguiente llegó al trabajo con unas ojeras que le llegaban a las rodillas.

—Lo recuerdo.

—Tuve pesadillas durante semanas. Cada vez que cogía el teléfono temía que una niña con voz tenebrosa me susurrara: «siete días». La idea de que hayan espectros persiguiéndome no me hace muy feliz.

Vuelvo a asentir.

—Supongo que, a fin de cuentas, tener citas mediante una aplicación online, es poco fiable. Las estadísticas dicen que el 90% de gente que está en esas aplicaciones, miente.

—¿El 90%? —pregunta Leah sorprendida.

—Sé que te preocupas por tu abuela y que quieres que sea feliz, pero ¿qué hay de tu propia felicidad? Deberías hablar con ella y decirle que ahora mismo tus prioridades son otras. No puedes seguir perdiendo el tiempo teniendo citas que no deseas con hombres que,

estadísticamente hablando, son una farsa.

Leah asiente, como si estuviera dándome la razón. Por un segundo, estoy convencido de que todo ha salido bien. Que mi plan ha funcionado. Que he podido detener la catástrofe a tiempo. Sin embargo, mis esperanzas se esfuman en el momento en el que Leah abre la boca y dice:

—De todas formas, lo volveré a intentar. Solo he tenido una cita. No puedo darme por vencida tan rápido. Además, si el 90% de hombres mienten, significa que hay un 10% de hombres que no lo hacen. Solo debo lograr encontrar uno de esos hombres.

Leah amplía su sonrisa, mostrándome sus dientes y yo tardo unos segundos en corresponderle porque… mierda, esto no es lo que quería oír. Ni siquiera puedo rehacer mi argumentario sobre la marcha, porque Leah vuelve a adoptar su sonrisa prefabricada de secretaria, mira su Ipad, y recita de nuevo mi agenda para hoy, sin permitirme intervenir.

En fin. No queda otra: el plan tendrá que seguir.

Capítulo 5

Leah

Dos semanas más tarde, entro en la sala del café y busco a Katie con la mirada. Enseguida reconozco la melena rizada y rubia de mi amiga, que destaca en una de las mesas ocupadas. Su melena fue en lo primero que me fijé, hace cinco años. Aún recuerdo ese día con cariño. Yo era nueva, no tenía con quién comer, y me senté sola en una mesa esperando pasar desapercibida. Por aquel entonces aún no me creía merecedora del puesto por el que me habían contratado, por lo que prefería no llamar la atención. Tenía miedo de hablar y que alguien se percatara de lo tonta e insignificante que era. Katie iba con el grupo de las demás secretarias aquella mañana. Noté sus miradas despectivas puestas en mí, y luego escuché los cuchicheos. Aunque no podía oír lo que decían, era obvio estaban hablando de mí. Y no precisamente bien si teníamos en cuenta su forma de mirarme. No me sorprendía, a fin de cuentas, ¿cómo era posible que alguien como yo hubiera conseguido convertirse en secretaria de dirección? Recuerdo que Katie acabó saliendo en mi defensa cuando una de ellas dijo en voz alta que no merecía estar en mi puesto. Las llamó esnobs y clasistas, cogió sus cosas y se sentó frente a mí ofreciéndome su mano para presentarse.

—Me llamo Katie Sanders, soy secretaria de Ashton Wells, del departamento jurídico, y me alegro de que el jefe haya contratado por fin a alguien como tú. Estaba cansada de almorzar siempre con esas víboras.

Desde ese día, somos las mejores amigas. Y también las únicas secretarias que han perdurado en el tiempo. Las víboras fueron cayendo una a una.

Dejando atrás esos recuerdos, me preparo un café en la máquina de cápsulas, me acerco a mi amiga, que está sentada mirando el móvil, y me dejo caer en la silla de enfrente. Al instante deja

el móvil y fija su atención en mí.

—Neal acaba de enviarme el emoticono de una berenjena. Y no como insinuación sexual. La ha usado para pedirme que me pase por el super a comprar unas cuántas porque quiere hacer lasaña vegetal para cenar. —Katie suspira de forma dramática—. ¿Debería preocuparme? Podría ser el primer indicio de que nuestra relación está en debacle.

Katie lleva saliendo con Neal algo más de diez años, y puedo decir sin miedo a equivocarme que no, su relación no está para nada en debacle. No conozco a una pareja más sólida que la suya.

—Creo que das demasiada importancia a un emoticono.

—Muchas relaciones se van a la mierda por pequeños detalles.

—Eso dicen, aunque no puedo hablar con propiedad ya que la relación más larga que he tenido hasta la fecha ha sido con…

—¿Tu vibrador? —Katie me corta y se ríe ante su ocurrencia. Yo pongo los ojos en blanco.

—Iba a decir con mi novio del instituto. Mente pervertida. Estuvimos tres meses juntos y me dejó tras descubrir que no le gustaban las mujeres. Ni tampoco los hombres. Lo último que sé de él es que acabó haciéndose monje en un templo budista.

—Ouch.

—Sí, mi gusto en hombres ya dejaba mucho que desear por aquel entonces.

Al decir esto los ojos de Katie brillan como si acabaran de ser atravesados por un relámpago de entendimiento.

—¡Es verdad! Ayer tuviste una cita. Otra más. ¿Intuyo por ese comentario que fue una decepción más?

Asiento con vigor.

—La peor de todas, diría yo.

—¡No! —Los ojos de Katie se abren de par en par—. ¿Qué ha pasado esta vez? No puedo creer que todos los hombres con los que te encuentres seas así de terribles.

—Es como si estuviera maldita —murmuro entre dientes, dando un sorbo al café.

—Un poco. Es raro que tengas tan mala suerte. Veamos, recapitulemos. —Levanta un dedo —. La primera cita fue con el parapsicólogo.

—¡Ni me lo recuerdes! Aún tengo pesadillas con lo de las apariciones.

—¿Y la segunda?

—Con el de Wall Street.

—Ah, sí. —Levanta otro dedo—. El que sacó el portátil en medio de la cita y se puso a trabajar dejándote ahí mirando.

—Exacto. Luego cuando acabó y se dignó a dirigirme la palabra, lo primero que dijo fue: «que no te ofenda, pero si esto va bien y algún día tenemos un hijo, espero que no tenga tu nariz». A mí me gusta mi nariz. Es pequeña, delicada, algo respingona, siempre creí que era bonita. —Suelto un suspiro—. Después de eso busqué una excusa para marcharme y bloqueé su contacto.

—La tercera cita fue con el *sugar daddy*. —Katie levanta un tercer dedo y yo asiento con una mueca de asco.

—No puedo creer que subiera fotos suyas de cuando tenía treinta, teniendo más de sesenta. No sabía dónde meterme cuando apareció en aquel bar de cócteles y se plantó frente a mí como si nada. Y luego cuando me preguntó si quería ser su *sugar baby*… —Un escalofrío me recorre la columna vertebral—. Le dije que iba al baño y escapé.

—¿Y dices que la cuarta es peor? —Katie levanta el dedo anular, esperando.

—Mucho peor.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿Tiene una plantación de marihuana escondida en su casa?

¿Colecciona bragas usadas? ¿Adora a satanás? ¿Es fan de las máquinas de tortura de la Edad Media y tiene una como elemento decorativo en el salón?

Niego con la cabeza y ordeno los acontecimientos en mi mente para poder contarle lo sucedido ayer.

—Ya te conté que me propuso quedar para correr por Central Park. Reconozco que no me apetecía mucho, pero al verlo me pareció un hombre bien plantado. Empezamos a correr por los senderos mientras yo intentaba no morir ahogada por mi falta de costumbre a la actividad física cuando de pronto me sugirió que descansáramos en uno de los bancos. Nos sentamos, empezó a hablarme de su negocio de masajista, y luego me quitó una zapatilla y empezó a masajearme el pie ahí en medio del parque. Me sentí un poco violentada porque estaba sudada, pero me daba vergüenza pedirle que parara y entonces hizo algo horrible.

—¿Algo más horrible que sobarte un pie sudado en Central Park?

Asiento despacio.

—Me quitó el calcetín y se llevó mi pie a su nariz para olfatearlo.

—¡No! —Katie se tapa la boca con las manos.

—Me quedé congelada y él empezó a hablar con la respiración agitada y a decirme que tenía un fetiche con el olor a pies.

—Oh, Dios.

—Me puse tan nerviosa que le di un rodillazo en sus partes y salí corriendo.

Suelto un suspiro cargado de frustración y me llevo la taza a la boca. Esto de tener citas va a terminar con mi estabilidad mental.

Katie hace un mohín comprensivo.

—No sabía que el mercado de las citas estuviera tan mal.

—Yo tampoco. Estoy empezando a cansarme de esto. Sé que le prometí a la abuela

intentarlo, pero siento que cada nueva cita es peor que la anterior. ¿Es que no quedan hombres normales en Nueva York?

De pronto, Alex acude a mi mente. Puedo escuchar su voz diciendo: «Las estadísticas dicen que el 90% de gente que está en esas aplicaciones, miente». o «Sé que te preocupas por tu abuela y que quieres que sea feliz, pero ¿qué hay de tu propia felicidad?» o «No puedes seguir perdiendo el tiempo teniendo citas que no deseas con hombres que, estadísticamente hablando, son una farsa».

¿Y si él tiene razón? ¿Y si esto de las citas es un error?

Con esta duda en mente, me termino el café, me despido de Katie y regreso al trabajo.

Capítulo 6

Leah

—Has vuelto a hacerlo mal —me avisa Alex tras echarle un vistazo al ejercicio que acabo de resolver. O, al menos, es lo que he intentado.

—¿Qué? ¿Otra vez? —Hago un mohín con los labios—. No lo entiendo. ¿Por qué no me sale bien? Estoy haciendo todo lo que me has explicado.

—Está claro que no has prestado suficiente atención. Ya te he dicho que tienes que restar esta variable de aquí en lugar de sumar. Venga repítelo.

Alex me devuelve la libreta y yo resoplo con fuerza. No entiendo por qué en la carrera de Gestión de Eventos nos piden que aprendamos a resolver este tipo de operaciones. Dudo mucho que vayan a servirme de algo en un futuro.

Estamos sentados, frente a frente, en la mesa del despacho de Alex, rodeados de apuntes y recipientes de comida japonesa para llevar. No es habitual que mi jefe me ayude con los estudios aquí en la empresa, pero hoy se nos ha hecho tarde como para ir al restaurante de Janice.

Antes de seguir me llevo una porción de sushi a la boca para infundirme fuerzas. La verdad es que adoro todos los platos que preparan en Hideki, el restaurante japonés al que he encargado la cena, pero su punto fuerte son estos nigiris de gamba roja. De hecho, están tan buenos que Alex suele acabar con todos antes de que yo llegue ni siquiera a pestañear. Sin embargo, hoy el plato está prácticamente intacto, al igual que los fideos, y el resto de comida. Es obvio que Alex todavía no ha probado bocado. Lo cual es muy extraño, y más teniendo en cuenta que ya hace varias horas desde su última comida.

Frunzo el ceño y decido preguntarle al respecto.

—¿No comes? He pedido las variedades de sushi que más te gustan.

Alex niega con un gesto.

—No. No tengo hambre.

—¿Y eso?

—No lo sé. Desde anoche siento el estómago revuelto. —Se lleva una mano al abdomen y hace una mueca.

—Vaya... ¿Qué cenaste ayer?

—No lo recuerdo.

—Es posible que comieras algo que te sentara mal.

—Puede ser, pero no es nada grave. Así que no te desconcentres. Venga sigue.

Asiento y regreso la mirada a la libreta donde me espera el ejercicio sin resolver. En realidad, tal y como me lo ha explicado Alex, no parece tan complicado. Pero a estas horas de la noche tengo las neuronas fritas y se me hace muy difícil concentrarme. Y desde luego tampoco me ayuda que mi jefe no deje de controlarme. A medida que intento resolver la operación puedo sentir el peso de su insistente mirada sobre mí y llega un punto que me resulta desquiciante.

Suspiro y levanto la cabeza del papel. Como ya intuía, nuestros ojos se cruzan.

—Oye, ¿podrías dejar de mirarme continuamente? —le pido sin andarme con rodeos—. Así no puedo concentrarme.

—¿De qué hablas? No te estaba mirando a ti sino al papel. —Señala hacia la libreta—. Estás tan dispersa que, si no controlo lo que haces, en cualquier momento puedes volver a equivocarte.

—¿Dispersa? No estoy dispersa. Solo me está costando un poco más de lo habitual, eso es

todo.

—Claro que lo estás. Desde que empezaste con toda esta historia de las citas tienes la atención dividida. De ahí que tu rendimiento haya caído en picado. Aprobaste el último examen, sí, pero podrías haberlo hecho mil veces mejor y lo sabes. —Se cruza de brazos y me lanza una mirada acusatoria.

Abro la boca para rebatirle, pero al final me limito a coger otro trozo de sushi que mastico con fuerza. No tengo energía para discutir con Alex y más cuando sé que tiene parte de razón. Yo también soy consciente de que, si el tiempo que he malgastado en las citas lo hubiera dedicado a estudiar, podría haber rendido mucho más. Pero ¿qué iba a hacer? Estaba entre la espada y la pared. No necesito que me lo echen en cara.

—¿Cómo te está yendo, por cierto? —murmura de repente él con gesto distraído—. Con el tema de las citas me refiero. Espero que el esfuerzo esté valiendo la pena.

Vuelvo la cabeza en su dirección y no puedo evitar que en mis ojos aparezca un fogonazo de fastidio.

En serio, ¿por qué sigue dándole vueltas al asunto de las citas? Es obvio que le molesta que esté desaprovechando mi tiempo de estudio y, lo cierto, es que a mí no me apetece hablar de los energúmenos con los que me he topado. Es demasiado vergonzoso. Está claro que lo mejor para los dos sería evitar este tema.

—Pues dejémoslo en que todavía sigo en la primera fase del plan —me limito a contestarle —. Pero ya prosperaré. No todo se consigue en los primeros intentos. A veces hay que insistir.

Alex esboza una sonrisa de conformidad.

—Esa es la actitud, sí, pero tienes que saber que insistir no siempre funciona. No porque estés haciendo algo mal, sino simplemente porque no estás en el momento adecuado. ¿No has pensado en eso?

—La verdad es que no. Pero sea como sea, mi abuela tiene parte de razón. En la vida tiene que haber tiempo para todo, independientemente de cuál sea el momento, porque nunca sabes si ese momento va a ser el último. Y yo no quiero que mi día a día se reduzca solo a las obligaciones. Necesito salir y disfrutar de la vida. Y en un futuro no muy lejano también me gustaría casarme y tener hijos.

Alex asiente con calma, como si necesitara digerir mis palabras. Apartando la mirada añade:

—Supongo que cada uno tiene sus prioridades.

Arrugo la frente.

—¿A qué te refieres con eso? ¿Es que tú no quieres casarte y formar una familia?

Él parpadea un par de veces y tarda unos segundos en contestar a mi pregunta.

—Yo… No lo sé. La verdad es que no he tenido mucho tiempo de pensar en ello.

Por un momento me quedo sin saber qué decir. Tengo la sensación de que el ambiente se ha vuelto denso y palpable, y necesita ser aligerado. Fuerzo una sonrisa y al final digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Pues ya va siendo hora de que empieces a preocuparte por tu vida amorosa... ¿Quieres que te inscriba en la app de citas?

—¿Qué? Ni de coña.

—¿Por qué no? Si el problema es que no te convence esa aplicación, siempre puedo buscarte otra. Hay un montón. Ya verás, mira. —Cojo la tablet y deslizo el dedo por la pantalla para enseñarle el listado que encontré, pero antes de que llegue a entrar en el buscador Alex me la arranca de las manos y la pone fuera de mi alcance—. Ey ¿por qué me la quitas?

—Esta tablet es un instrumento de trabajo. Si quieres dedicarte a buscar tonterías hazlo con tu móvil, pero una vez hayas acabado de estudiar.

Aprieto los labios y no puedo evitar lanzarme una mirada de disgusto. ¿Por qué siempre tiene que ser tan aburrido? Es un desperdicio otorgarle el don de la belleza a un hombre así.

Con ese pensamiento regreso la vista hacia mi libreta, pero antes de que haya llegado a apuntar un solo número más, Alex emite un sonido que me hace levantar la cabeza. En cuanto veo su cara contraída y su mano sobre el abdomen, no tardo en comprender que se trata de un gemido de dolor.

—¿Te sigue doliendo el estómago? —me apresuro a preguntar, aunque es obvio que la respuesta es afirmativa.

Alex me lo confirma con un gesto de cabeza.

—Sí. Pero no es nad...

No llega a acabar la frase. En su lugar emite otro gemido amortiguado a la vez que vuelve a contraerse como si el dolor hubiera ido en aumento. Las pulsaciones se me disparan y los pensamientos también.

¿Qué debería hacer?

Me levanto de un salto y me coloco al lado de Alex. Ha vuelto a incorporarse, pero la palidez de su piel me indica que está muy lejos de estar bien. Me agacho y mis manos vuelan a su rostro para tocarle la frente.

—Pero si estás ardiendo. ¿Desde cuándo estás así?

Alex me devuelve la mirada con la respiración entrecortada y por un instante no dice nada. Hasta que aparta mis manos de forma brusca y se levanta de la misma manera.

—No es nada. Solo necesito acostarme un momento.

Le observo arrastrar los pies hasta el sofá que domina buena parte del despacho, y cuando se tumba voy junto a él. Ojalá tenga razón, pienso incapaz de relajarme. No estoy acostumbrada a

ver a Alex así, tan débil y vulnerable. Y eso hace que me preocupe todavía más.

—Debería verte un médico —murmuro al cabo de unos segundos en vistas de que no mejora—. No es normal sentir tanto dolor por una simple indigestión...

Alex agita la cabeza.

—Escucha, ya te he dicho que no es nada. Se me pasará. —Vuelve encogerse de dolor, pero esta vez lo hace como si un cuchillo invisible le hubiera atravesado las entrañas.

Y tomo una determinación.

—Se acabó, vamos al hospital. No puedes seguir así. —Me agacho y le cojo del brazo, a la vez que paso el otro por debajo de sus hombros para ayudarle a incorporarse.

Por suerte esta vez él no se opone a la idea de ir al médico, así que sigo ayudándole hasta que consigue ponerse de pie. El problema es que antes de que llegue a dar un paso se tambalea y cae hacia atrás. Y en el proceso me arrastra a mí también.

Y entonces... Dios, de repente estoy encima de él, con las manos apoyadas en su pecho duro como una piedra, y nuestros rostros a menos de un milímetro de distancia. Mis ojos se agrandan ante la inesperada cercanía. Pero en lugar de apartarme, como sería lógico, me quedo atrapada admirando la perfección de su rostro. Sus ojos velados, su piel sudorosa y febril, sus labios entreabiertos luchando por respirar. Es obvio que se encuentra mal, pero a la vez nunca me había parecido tan endiabladamente sexy. Y yo... yo...

Yo no debería estar pensando esto de un hombre enfermo. Y menos teniendo en cuenta que este hombre enfermo es mi jefe.

—Lo siento —me disculpo levantándome en el acto.

Mierda. Pero ¿qué me pasa?

Alex está sufriendo y yo teniendo pensamientos obscenos.

Sacudo la cabeza y vuelvo a intentar ayudarle a levantarse. Gracias a Dios, esta vez lo consigo sin sufrir ningún percance.

Una vez lo tengo de pie le pido que se apoye en mí y salimos del despacho. Atravesamos las distintas estancias iluminadas únicamente por las luces de emergencia, pero como Alex necesita pararse de vez en cuando, tengo la sensación de que no llegamos nunca.

¿Dónde narices está el vigilante de seguridad? En estos momentos sería de gran ayuda. Está claro que debería haberle llamado antes de bajar, pero los nervios me impiden pensar con claridad. Con ese pensamiento todavía revoloteando por mi cabeza, dejamos atrás las dependencias de la empresa y accedemos al ascensor. Una vez abajo dejo a Alex sentado en uno de los sillones y me desplazo hasta la caseta de seguridad, donde por fin veo al guarda. Le explico lo que pasa y él, sin perder ni un minuto, sale a la calle y para un taxi.

El tráfico es bastante fluido a estas horas de la noche, así que no tardamos más de diez minutos en llegar al Mount Sinai, el hospital más cercano. Pasamos por el triaje de urgencias y, como la enfermera encargada determina que Alex necesita atención médica inmediata, no tenemos que esperar. Le acomodan en una camilla y, tras pedirme que espere, se lo llevan para hacerle una exploración.

Suelto el aire con fuerza y me siento en uno de los asientos de la sala de espera. No han pasado ni veinte minutos cuando una enfermera de mediana edad se me acerca y me pide que la siga. Me guía hasta una consulta donde me espera un médico con varias radiografías en una pantalla iluminada. Al parecer Alex tiene apendicitis. Por suerte su estado no es grave porque lo han cogido a tiempo, pero necesita ser operado de forma urgente. Según continúa explicándome el doctor, la intervención consistirá en una laparoscopia, una técnica poco invasiva con un índice de recuperación más rápido que en la cirugía tradicional. Asiento con calma intentando procesar toda la información y, tras darme algunos detalles más sobre el postoperatorio, me llevan con Alex. Está semiincorporado en la cama de una de las salas individuales de urgencias y por lo que

veo ya lleva puesta la bata del hospital. En cuanto me ve le sonrío y doy un par de pasos hasta quedar a su lado junto a la cama.

Él chasquea la lengua con fastidio.

—Bueno, pues aquí estoy... Quien me iba a decir que iba a acabar así el día. —Mueve el brazo y me fijo en que tiene una vía intravenosa en la mano—. Por suerte me han inyectado algún tipo de calmante supersónico y el dolor es más llevadero. —Inspira y, tras dejar ir el aire con fuerza, fija sus ojos en los míos—. En fin... Gracias por haberme obligado a venir al hospital. Supongo que al final tu cabezonería me ha salvado la vida.

Vuelvo a sonreír.

—No ha sido nada. Como siempre dice mi abuela, es mejor prevenir que curar.

Alex asiente con expresión divertida.

—Tu abuela es una mujer sabia, sí. Pero tengo que decir que difiero con ella en algunos puntos…

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que ha dicho o hecho en lo que no estás de acuerdo? —le pregunto, aunque no me lo tomo muy en serio. Por como arrastra las palabras es obvio que la medicación le está empezando a afectar.

Abre la boca para contestar, pero de repente se oye movimiento fuera y entran un par de enfermeras. Nos informan de que ya está todo listo para la intervención y empiezan a preparar a Alex. No puedo evitar que me asalte una oleada de miedo. Una operación es una operación y, por muy sencilla que sea, siempre conlleva riesgos. Al menos Alex parece tranquilo, me digo, en un intento de consolarme.

Trago saliva y le doy un apretón en el brazo antes de murmurar:

—Nos vemos luego.

Alex niega con la cabeza.

—No, ya es tarde. Mejor vete a casa.

—¿A casa? ¿Cómo voy a irme a casa? Estás a punto de entrar en quirófano.

—Sí, pero se trata de una operación sin importancia.

—Da igual —le contesto viendo como las enfermeras empiezan a empujar la cama hacia la puerta—. No pienso dejarte solo.

—Leah, hazme caso. Ya has hecho demasiado por hoy. Estaré bien.

Tras esas palabras, Alex se despide de mí con la mano y, antes de que pueda añadir nada más, desaparece de mi campo de visión.

Capítulo 7

Alex

Lo primero que detecto en cuanto salgo de las fauces del sueño es que estoy en un lugar desconocido. Lo segundo es que cuando me muevo me duele el bajo vientre a rabiar.

Joder.

Me quedo quieto mientras respiro hondo, a la espera de que el dolor se atenúe, y luego muevo un poco la cabeza para intentar ubicarme. En la habitación no hay mucha luz, pero es suficiente para que pueda ver que a un lado tengo una mesita de noche, y al otro una especie de soporte del que cuelga una bolsa y una butaca. Aunque lo que más me llama la atención es quien está sentado en esa butaca. O más bien dicho, quien está durmiendo plácidamente en ella.

Leah.

Vuelvo a agitarme de forma brusca por la sorpresa y el dolor me ataca de nuevo. Y no solo en el abdomen, sino también en la mano, donde por lo visto tengo una vía intravenosa conectada. En ese instante todos los recuerdos vuelven a mí en masa: El dolor que quitaba la respiración, la llegada al hospital, la operación... Y por último yo mismo pidiéndole a Leah que se fuera a casa.

Sin embargo, aquí está.

Chasqueo la lengua.

¿Cómo puede ser tan cabezota?

Me la quedo mirando con el pensamiento de que debería despertarla. Tiene la cabeza apoyada en una mano sobre el reposabrazos y si sigue así acabará con dolor de cuello. Pero, por otro lado, me sabe mal disturbar su sueño. Parece tan relajada... Es extraño, pero tengo la

sensación de que estoy ante una persona distinta a la que veo todos los días. Y curiosamente me siento en paz por el simple hecho de mirarla. Ahora no hay ninguna sonrisa prefabricada en su rostro, ni tensión en su entrecejo. Solo piel lisa aterciopelada y unos labios entreabiertos de apariencia muy dulce. Por otro lado, Leah siempre lleva el pelo pulcramente peinado, pero ahora tiene varios mechones descuidados tapándole parte de los ojos. Y tengo que reconocer que me resulta adorable.

Sonrío para mí mismo y alargo el brazo con la intención de apartarle el pelo del rostro. Pero antes de que llegue a hacerlo, Leah se mueve y me retiro de inmediato.

Mierda, pero ¿qué demonios estoy haciendo?

¿Es que la morfina me ha trastocado la cabeza o qué?

Vuelvo a mirar a Leah con el corazón disparado y entonces me doy cuenta de que ha abierto los ojos. Parpadea un par de veces y cuando me enfoca con la mirada se incorpora de golpe.

—Oh… Ya estás despierto —murmura sobresaltada y sin perder ni un segundo se pasa las manos por la cara—. Lo siento, me he quedado dormida sin darme cuenta. ¿Cómo te encuentras?

Me recoloco sobre la cama.

—Dolorido, pero mejor. ¿Qué haces aquí? ¿No te he dicho que te fueras a casa?

—Sí, pero luego he pensado que necesitarías ayuda.

—Sí, claro, pero podía esperar hasta mañana. —Suspiro e intento deshacerme de la incomodidad que todavía circula por mi sistema nervioso—. En fin, ¿se sabe algo sobre el tiempo que me voy a tener que quedar aquí?

—No. Solo sé que ha ido todo bien y que tendremos más noticias cuando el médico te visite mañana.

Asiento y tras un silencio incomodo Leah pregunta:

—¿Necesitas algo? La enfermera ha dicho que toquemos el timbre si hace falta cualquier cosa.

Niego con la cabeza y entonces ella se levanta y, para mi absoluto desconcierto, empieza a acomodarse en un sofá que hay bajo la ventana. Arrugo la frente.

—Espera, ¿qué estás haciendo?

—¿No es obvio? Son las tres de la madrugada. Necesitamos descansar. —Extiende una manta y se tapa con ella.

—Sí, pero no es necesario que tú lo hagas aquí. Vete a casa y descansa en tu cama.

—Tranquilo, no es necesario. Así me tienes cerca por si necesitas algo.

—¿Qué? —Esbozo una sonrisa de incredulidad—. Oye, que no estoy inválido. Solo me he sometido a una pequeña operación de nada.

—Bueno, yo no diría que solo haya sido una «pequeña operación de nada». Si te sobrepasas se te abrirán los puntos.

Ignoro el dolor y me incorporo un poco para encararla.

—Oye, no soy un niño de dos años que no sabe estarse quieto. Vete a casa Leah, te lo digo en serio. Soy adulto y puedo cuidar de mí mismo.

—No. No pienso irme. Soy tu secretaria y asistente personal, ¿recuerdas?

—Y yo tu jefe, y como tu jefe te ordeno que te vayas a casa.

La miro con la mandíbula tensa y algo parecido a la rabia bullendo por mis venas, pero ella se limita a ignorarme. Es más, se echa hacia atrás y se tumba.

Asiento intentando calmarme.

—¿Piensas desobedecerme?

—Sí. Puedes echarme de la empresa si quieres. Pero ya mañana. —Abre la boca y bosteza— Ahora necesito dormir, y tú deberías hacer lo mismo.

Gruño y me acomodo sobre el colchón. Está claro que no hay nada que hacer. ¿Quién me mandaría contratar una secretaria tan obstinada?

A ver, no es que me desagrade del todo que Leah esté aquí. Lo que me molesta es que tenga que sacrificarse por mí. Es mi secretaria, no mi esclava. Y yo tampoco llevo bien el hecho de tener que depender de alguien. Supongo que porque no estoy acostumbrado a ello. Es lo que tiene crecer de la manera en la que crecí. Las circunstancias me obligaron a convertirme en una persona que no necesita a nadie para sobrevivir y se me hace difícil salir de ese perfil.

Aunque está claro que en estos momentos no me queda otra que adaptarme a la situación. Es increíble lo impredecible que puede llegar a ser la vida. Un día te sientes el amo del mundo y al otro estás postrado en una cama con tu secretaria velando por tu seguridad. Hace rato que no la oigo. ¿Se habrá dormido ya?

Giro la cabeza en su dirección y me digo a mí mismo que eso es lo más probable. Tiene los ojos cerrados y su pecho sube y baja de forma pausada. Me recreo en su imagen y de nuevo no puedo negar que verla dormir me reconforta. Me reconforta hasta el punto de que doy gracias interiormente de que esté aquí. Lo sé, soy un contradictorio de mierda. Pero, sí, lo confieso: me gusta que Leah se haya quedado; de lo contrario me encontraría solo, como siempre he estado. Y supongo que ella lo sabía. Por eso ha insistido tanto en quedarse.

No podría precisar el rato que me quedo mirándola con una sonrisa anclada en mi cara. Solo sé que cuando me doy cuenta de que lo estoy haciendo, y por segunda vez en lo que va de noche, vuelvo a maldecir.

En serio, ¿qué coño me está pasando?

Cierro los ojos con fuerza e intento olvidarme de todo y dejarme llevar por el sueño. Pero lo

cierto es que estoy muy incómodo como para dormir, por culpa del gotero y la dichosa cicatriz.

Suelto un resoplido de frustración.

Va a ser una noche muy larga…

Capítulo 8

Leah

El martes, el día después de la operación, voy a casa de Alex a por algunos enseres personales.

Como siempre, nada más entrar, me quedo embobada mirando su diseño moderno y sofisticado. No es la primera vez que estoy aquí. En alguna ocasión he tenido que venir para coger un traje porque el suyo se había manchado o encontrar algún informe o documento olvidado. La cuestión es que este lugar es increíble. Alex vive en una de las zonas más caras de Manhattan, en un ático cuyas vistas son casi tan impresionantes como las de su despacho. Los suelos son de mármol, los muebles de diseño minimalista y las ventanas tan amplias que hay luz natural por todas partes.

Me obligo a enfocarme en mi objetivo pese a la necesidad de probar el sofá de aspecto mullido que hay en el salón, y que debe ser de nueva adquisición, porque no recuerdo haberlo visto antes.

Sin perder más tiempo, me dirijo al vestidor de ensueño que hay en su dormitorio y empiezo a llenar con pijamas y ropa cómoda una mochila de deporte que encuentro en un rincón. También elijo un jersey de lana de color azul, que parece calentito. Creo que esta prenda tiene un valor sentimental para él, pues se la pone a menudo desde hace años.

A continuación, abro y cierro cajones hasta dar con la ropa interior. Mis mejillas se tiñen de rojo cuando cojo unos cuántos calzoncillos y los meto dentro de la bolsa. Es solo ropa, pero… bueno, digamos que mi mente tiene demasiada facilidad para imaginar cosas que no debe. Cosas como, por ejemplo, a mi jefe llevando esos calzoncillos. Solo los calzoncillos. Sin nada más. Me muerdo el labio ante semejante imagen mental, y luego, tras regañarme por ser tan poco profesional y dejarme llevar por mis ensoñaciones, la empujo al fondo de mi mente. Calcetines.

Necesito calcetines. Doy con ellos y los meto en la bolsa también.

Solo me falta llenar un neceser con algunos objetos de aseo. Voy al baño y encuentro un neceser ya lleno con lo imprescindible dentro de un mueble. Debe ser el que usa para los viajes de trabajo.

Después, cojo un taxi y me paso por la oficina para recoger su portátil antes de regresar al hospital. Por lo que parece la noticia de la operación del jefe se ha hecho viral y me detienen a cada paso para preguntarme qué tal está.

Una vez de vuelta al hospital, Alex me recibe con el modo gruñón activado. Lo ignoro mientras saco las cosas de la bolsa y las coloco ordenadamente dentro del armario de la habitación dónde lo han instalado.

Tras haber guardado todo, le ofrezco el portátil. Él se afana en cogerlo murmurando un «gracias». Hace una mueca al incorporarse, y yo pongo los ojos en blanco mientras me acerco para ponerle algunos almohadones tras la espalda. Es un enfermo pésimo.

—Recuerda que no puedes excederte trabajando, el médico insistió mucho en que debías descansar.

—Pero tengo toneladas de trabajo acumulado.

—Y también tienes empleados cualificados que pueden hacer ese trabajo por ti. Delega lo urgente.

—¿Por qué hablas de una forma tan imperativa? El jefe aquí soy yo.

—Ajá. ¿Quieres un pin? —pregunto mientras me siento en la butaca, saco el Ipad del bolso y empiezo a trabajar con él.

—¿Qué haces? —Alza una ceja.

—Reprogramar las reuniones para esta semana. En el taxi he anulado las de hoy.

—¿Por qué las anulaste? Podría haberlas hecho por videoconferencia.

Lo miro con el ceño fruncido y los ojos entornados.

—Creo que aún te dura el efecto de la anestesia. Dices tonterías.

—Leah… —Intenta incorporarse un poco más y una punzada de dolor atraviesa su rostro.

Suelto un resoplido, me levanto y recoloco de nuevo las almohadas tras él.

—Tienes que tomarte la recuperación en serio, Alex. Esto no es un juego. Si no sigues las indicaciones médicas podrías tener complicaciones. ¿Eso es lo que quieres?

Lo miro muy seria y él parece arrepentirse de su actitud.

—Vale, vale. Prometo no hacer esfuerzos innecesarios. —Levanta las manos a modo de disculpa y yo vuelvo a sentarme en la butaca para seguir trabajando.

Cuando la noche cae sobre la ciudad, después de que Álex haya cenado y la enfermera pasado a comprobar sus constantes, un Alex somnoliento susurra:

—No es necesario que te quedes esta noche también. Vete a casa.

—Ya sé que no es necesario, pero quiero quedarme.

—Leah, no seas cabezota

—No, Alex, no seas cabezota tú. No pienso dejarte solo. Y, ahora, duerme.

Compartimos una mirada silenciosa. Sé que entiende lo que quiero decir. Alex no tiene familia, si yo me voy, va a quedarse solo, y eso es algo que no voy a permitir. Por humanidad, y porque Alex me importa. Quiero estar aquí para él. Al igual que él dedica parte de su tiempo libre a ayudarme a mí con mis estudios. Es lo justo. Y, además, quiero hacerlo.

Nos conocemos desde hace cinco años y nuestra relación es algo más que la de jefe-secretaria. O eso me gusta pensar. Somos amigos. Nos preocupamos el uno para el otro. No voy a abandonarlo en un hospital a su suerte.

Mi lugar está aquí, velando por su bienestar.

Capítulo 9

Leah

Al día siguiente, Alex recibe la visita de Caden y Janice. Mientras ellos se quedan con él, yo aprovecho para ir a casa, darme una ducha y cambiarme. También paso por la oficina para recoger unos documentos. Cuando regreso al hospital, Alex se encuentra solo, tecleando en su portátil. Esta mañana el médico nos ha dicho que tendremos que quedarnos hasta el viernes porque unos marcadores han salido alterados en su analítica. No parece grave, pero quieren tenerlo controlado.

Lo cierto es que tiene mejor aspecto, aunque la sombra de una barba planea sobre su mandíbula.

Sé lo importante que es para él mantenerse pulcro y aseado, así que saco el neceser del armario, preparo la máquina de afeitar, la espuma, la brocha, una toalla, y un vaso de plástico con agua. Luego me acerco a él con todo en la mano y lo dejo en la mesa auxiliar, al lado de la cama.

Le quito el portátil del regazo.

—¿Qué haces? —pregunta cuando coloco la toalla alrededor de su cuello.

—Voy a afeitarte. —Le enseño la maquinilla de afeitar y sus ojos se abren de par en par.

—Ah, no. Por ahí sí que no paso. No pienso dejar que me afeites. Puedo hacerlo yo. Ya es suficientemente humillante que tengas que acompañarme hasta el baño.

Suelto un suspiro.

—¿Por qué eres tan testarudo? Solo tardaré un minuto.

—Podrías degollarme —dice poniéndose tenso.

—Lo haré con cuidado. ¿Crees que es la primera vez que uso una cuchilla?

—¿No lo es? —Alza una ceja, escéptico.

—Por supuesto que no, la uso para depilarme todas las semanas.

—Depilarse las piernas no es lo mismo que afeitar el cuello de otra persona.

No puedo evitar soltar una risilla entre dientes.

—Señor Hudson, no sabía que era usted un miedica.

—No se trata de ser miedica, se trata de tener sentido de supervivencia.

Ignorándolo, pongo un poco de espuma en la brocha y empiezo a esparcirla con cuidado por su mentón. Para ello, debo inclinarme hacia delante y nuestros rostros quedan tan cerca el uno del otro que puedo ver pequeñas llamas doradas arder en el fondo de sus iris castaños. Él enreda su mirada en la mía y siento una sacudida en la boca del estómago.

Ay, Dios, ¿qué ha sido eso?

Aparto los ojos avergonzada y un poco aturdida por la intensidad de ese breve contacto visual. En mi estómago algo cálido y líquido se expande con lentitud. Ummmm… ¿qué me está pasando? ¿He ingerido algo en mal estado y sufro de indigestión?

Evito pensar en ello y sigo aplicando la espuma de afeitar con movimientos suaves y controlados. Mantengo mis ojos fijos en su mandíbula para no mirarle a los ojos. Pero los labios de Alex aparecen en un primer plano y mi respiración en lugar de normalizarse se acelera un poco más.

La habitación del hospital se carga de algo denso y palpable, y el silencio nos sobrevuela. No es la primera vez que estoy tan cerca de Álex, ni tampoco es la primera vez que mi cuerpo reacciona a su cercanía, pero esta vez… hay algo distinto. No sabría decir el qué. Quizás lo íntimo que resulta el hecho de afeitarle, o quizás solo sea que no he descansado demasiado bien estos últimos días y lo sobrepienso todo. Sea como sea, necesito terminar con esto en cuánto antes.

Acabo de aplicar la espuma, dejo la brocha, cojo la maquinilla y la deslizo con cuidado sobre su rostro, en dirección opuesta al crecimiento de la barba. La cuchilla se desliza con facilidad, eliminando la espuma y dejando al descubierto la piel suave y recién afeitada. La respiración de Alex es tranquila y controlada, pero puedo sentir la tensión en su cuerpo. Además, me mira fijamente. Lo noto. A pesar de no devolverle la mirada la siento con intensidad.

Bajo la cuchilla por su cuello y perfilo con ella su pronunciada nuez de Adán. Siempre me ha resultado sexy la forma en la que sube y baja al tragar. ¿Es qué no hay nada en este hombre que no resulte sexy?

Detengo el movimiento de la cuchilla y a pesar de mi determinación por no volver a mirarlo a los ojos, lo hago. Nuestras miradas se encuentran una vez más. Sus pupilas están dilatadas y hay en sus ojos algo que no puedo identificar, algo que me provoca un escalofrío que baja por mi espalda y recorre el interior de mis muslos con un leve hormigueo.

Ay, maldición. Esto está mal. Muy mal. Fatal.

Las mejillas me arden y vuelvo a concentrarme en la tarea que tengo entre manos. No sé qué me pasa. Me siento confusa… confusa y aturullada. Necesito acabar ya.

El aire se llena de electricidad, puedo sentir las chispas chisporrotear a nuestro alrededor. Inspiro aire con fuerza, lo dejo ir despacio y finalmente termino de afeitarlo. Cojo la toalla para limpiar los restos de espuma y eliminar los pelos sueltos, pero él ha pensado lo mismo que yo, y su mano cubre la mía en un encuentro inesperado. Nuestros dedos se tocan y mi estómago se llena de burbujas. Burbujas calientes y revoltosas.

Nos miramos a la vez.

—Puedo… hacerlo yo —dice Alex con la voz ronca y profunda.

Bajo un instante los ojos para mirar su boca al hablar. Sus labios se entreabren. Su aliento me roza la cara. Su mano sigue cubriendo la mía.

Ninguno de los dos hace ni dice nada durante los segundos siguientes. Debo haberme vuelto

loca, porque la idea de vencer los centímetros que separan su boca de la mía para besarlo se vuelve tentadora.

Él traga saliva. La nuez de Adán sube y baja. Me muerdo el labio de forma instintiva porque… bueno, sí, como he dicho antes, ese movimiento resulta muy sexy y varonil.

Mientras la idea de probar sus labios planea sobre mí, la puerta de la habitación se abre de golpe, y yo doy un salto hacia atrás como si hubiera sido sorprendida haciendo algo prohibido. Nuestras manos se separan, la magia del momento se rompe y la realidad me golpea con fuerza.

Es la enfermera quien entra en la habitación, su expresión es un cóctel de sorpresa y desconcierto mientras observa la escena.

—Oh, perdón, no sabía que estaban ocupados. Necesito anotar las constantes vitales. Puedo volver luego.

—No estamos ocupados. Yo ya he terminado aquí —digo fingiendo una tranquilidad que no siento mientras recojo todo lo que he usado para la ocasión y salgo corriendo hacia el baño.

Me encierro en el cubículo y llevo una mano sobre mi pecho que late frenético. Pero ¿qué es lo que acaba de ocurrir?

¿He estado a punto de besar a Alex? ¿Es que me he vuelto loca? ¡Alex es mi jefe!

Trago saliva e intento calmarme.

Vale, Alex y yo nos hemos mirado de una forma superintensa.

Vale, puede que se me haya pasado por la cabeza besarlo.

Vale, puede que haya sido un momento raro de narices.

Pero, lo importante aquí, es que no ha pasado nada que debamos lamentar.

Con ese pensamiento en mente, salgo del baño y regreso a la habitación con Alex, que ya está liado tecleando en su portátil. No parece afectado, está tan concentrado en lo que hace que me siento tonta por haber pensado que las cosas entre nosotros podrían haberse enrarecido por

esto.

Perfecto, todo sigue igual. Como debe ser.

Capítulo 10

Alex

El viernes a primera hora de la mañana me dan el alta. Me siento bastante mejor y puedo caminar solo, a pesar de que la zona de la incisión me escuece un poco. Leah insiste en acompañarme en taxi hasta casa y lo hace aunque le digo que no hace falta. Creo que mi autoridad sobre ella ha quedado bastante mermada estos últimos días.

El frío del otoño ha llegado a Nueva York y puedo sentirlo a través de la lana del jersey azul que llevo puesto hoy. Cuando lo he visto colgado de la percha del armario del hospital no he dudado en ponérmelo ni un segundo. Este jersey tiene historia. Es la prenda más especial que tengo.

Una vez llegamos al apartamento, Leah abre la puerta y me obliga a sentarme en el sofá mientras ella se encarga de sacar de una bolsa las medicinas que nos han dado en el hospital para dejarlas ordenadas sobre el mueble del televisor. Escribe algo en ellas, creo que la pauta horaria. Luego se acerca a mí con el ceño fruncido.

De hecho, lleva frunciendo el ceño desde el miércoles. Parece molesta por algo, pero por mucho que le pregunto solo me dice que está cansada.

—Vale, creo que mi trabajo aquí ha terminado. ¿Necesitas que te ayude con algo en concreto? —Niego con un movimiento de cabeza—. En ese caso me iré. No olvides las recomendaciones del médico. Ya lo has oído: debes descansar y tomarte todo con calma. Nada de excederte en el trabajo ni de estrés innecesario. Tu recuperación es lo más importante ahora.

—Lo sé, lo sé. Prometo portarme bien.

Leah no parece fiarse demasiado en mis palabras, pero asiente y hace amago de irse. En el último momento se lo piensa y vuelve a mirarme.

—Y recuerda cuidar tu alimentación durante un tiempo. Comida suave y sin grasas. Nada de picante. Te he pasado por correo un listado de restaurantes a domicilio aptos para esa dieta. Y te he dejado unos tuppers que ha preparado mi abuela en la nevera listos para ser consumidos.

La mención de su abuela me provoca una sensación cálida en el estómago.

—¿De tu abuela? Vaya, eso es muy amable. ¿Podrías darle las gracias de mi parte?

—Claro. Eso haré —dice esquiva, evitando mirarme a los ojos. Yo quiero añadir algo más, pero ni siquiera me deja abrir la boca, enseguida añade—: Bien. Ahora sí, me voy.

Levanta la mano en un gesto rápido y yo siento el impulso de mantenerla aquí. No sé por qué, pero no quiero que se vaya aún. Y más cuando su ceño sigue fruncido y la noto rara. Incluso distante.

—Leah, espera. —Ella se detiene y se voltea—. No te vayas aún. Es la hora del almuerzo. Deja que te invite a comer.

Niega con un movimiento de cabeza.

—Lo siento, pero no puedo. He quedado con mi abuela.

—Entonces vente esta noche y pedimos algo rico en algún restaurante de tu lista. Me gustaría invitarte a cenar como compensación por tu ayuda estos días.

—No necesito ninguna compensación. Solo he hecho mi trabajo. —Sigue sin mirarme—. Además, esta noche tengo una cita.

Sus palabras son como aguijones. ¿En serio tiene una cita esta noche? ¿Y cómo se atreve a decir que solo ha hecho su trabajo? Ambos sabemos que no ha sido así. ¿Cuántas secretarias se habrían quedado velando a su jefe convaleciente durante días en su lugar?

Fuerzo una sonrisa cuando vuelve a levantar la mano a modo de despedida y se marcha.

Una vez a solas, pienso en los últimos días. Es obvio que Leah está molesta. ¿Quizás se sintió obligada a quedarse conmigo en el hospital? Insistí muchas veces en que se fuera, pero

quizás debí ser más contundente. Luego también está lo que ocurrió el miércoles. Me refiero al «momento afeitado». ¿Se daría cuenta de lo mucho que me afectó su cercanía? Puede que la hiciera sentir incómoda. Lo cierto es que sigo sin saber qué ocurrió, solo sé que de pronto nos estábamos mirando y que algo en el aire cambió. Y… deseé que estuviera más cerca. Probablemente estaba bajo los efectos de un montón de medicamentos que me dejaron atontado.

Por otro lado, ¿a qué viene lo de las citas? ¿Es qué no piensa darse por vencida? Esa chica es muy testaruda.

Suelto un bufido, enciendo la tele con Alexa y pongo Netflix. Me paso la mañana viendo episodios de un thriller noruego con la esperanza de que mi cabeza deje de dar vueltas al asunto de Leah, su malhumor y su empeño a seguir teniendo citas. Es que no lo entiendo. ¿Cómo puede seguir quedando con hombres después de todas esas experiencias desastrosas?

Suelto un gruñido e intento concentrarme en el televisor. Puede que las series nórdicas estén muy bien hechas pero son lentas de cojones, es difícil mantener los pensamientos a raya cuando cada plano es una oda a los pequeños detalles. ¿De verdad era necesario ese minuto entero admirando la forma en la que el polvo revolotea en el aire?

Mientras me debato entre cambiar de serie, echarme un rato o coger el portátil para trabajar, el timbre suena y me veo obligado a levantarme. Una parte de mí cree que será Leah arrepentida por haberme dejado solo y desvalido, por lo que esa parte muere de decepción cuando veo por el monitor del portero que se trata de mi amigo Caden. ¿En serio? ¿Qué hace aquí?

Durante un instante pienso muy en serio no responder. Podría decirle que estaba durmiendo y así ahorrarme esta visita indeseada. Pero no quiero ser un desagradecido, así que acabo abriendo. Dejo abierta también la puerta de arriba y lo espero sentado en el sofá.

Minutos después, Caden aparece en el salón llevando con él unas bolsas con el logo de Food Temple.

—¿Tienes hambre? Janice ha cocinado unos platos para ti. Desea que te recuperes pronto —

dice a modo de saludo.

—Tengo el estómago un poco revuelto, comeré luego.

Caden asiente, desaparece dentro de la cocina y reaparece minutos después con una cerveza en la mano.

—¿Cómo estás? —Se sienta a mi lado en el sofá.

—Psé, supongo que bien. Aunque estaría mejor si mi apéndice no hubiera decidido inflamarse por las buenas.

—Al menos fuiste al hospital. Conociéndote, me sorprende que fueras por decisión propia.

—Para ser honestos no fue decisión propia. Leah me obligó.

—Ajá. Así que, técnicamente, Leah te salvó la vida.

—Dicho así suena un poco tremendista, pero supongo que sí, lo hizo.

Caden me mira unos instantes en silencio mientras da un largo trago a la cerveza.

—Leah ha estado haciéndote compañía estos días en el hospital, ¿verdad?

—Sí, le dije que no hacía falta pero esa chica no me hace caso.

—Qué secretaria más comprometida. Debes pagarle bien.

—Por supuesto que le pago bien.

—¿Y seguro que eso es lo único que hay entre vosotros? ¿Una transacción laboral sin más?

La insinuación de Caden me pilla por sorpresa. Me pongo nervioso e intento acomodarme en el sofá lo que provoca un tirón en los puntos. En un quejido regreso a la posición inicial. No debí abrirle la puerta.

—¿Qué quieres decir? Leah lleva trabajando para mí cinco años. Obviamente más allá de jefe y secretaria, somos dos personas que han pasado mucho tiempo juntos y se han vuelto cercanos. Entre nosotros hay confianza.

—Confianza —repite Caden con una sonrisilla divertida en los labios—. Para ser honestos,

la primera vez que trajiste a Leah al restaurante me sorprendió. No eres una persona que abra fácilmente sus lugares seguros al resto. Sueles poner un muro entre lo que consideras tu mundo y el de los demás. ¿Recuerdas durante la Universidad? Tardaste meses en permitirme entrar en tu habitación, ¡y eso que compartíamos piso en la residencia de estudiantes!

—Eso es porque al principio no me fiaba de ti. Hacías chistes malísimos y no respetabas los turnos del baño. Llegué a clase tarde más de una vez por culpa de tus encierros matutinos.

—Échale la culpa de eso a mi tránsito intestinal.

—Puaj. Mejor no hablemos de tu tránsito intestinal, por favor.

—Lo que quería decir, es que no eres precisamente una persona accesible. ¿Cuántos amigos tienes? Uno. —Se señala a sí mismo—. Y lo soy porque he aprendido a aceptarte incluso con ese humor de mierda que te gastas a veces.

—Vaya, gracias.

—Pero con Leah es distinto. A ella sí que le has dejado entrar en tu mundo.

—Eso es porque… —Me quedo sin saber que decir, no puedo negar la evidencia. Caden tiene razón. He permitido que Leah llegue a muchos lugares inaccesibles para el resto de la gente. No sé explicar el motivo.

Siempre me he interesado por su progreso y sus avances. Al principio por ser fiel a cierta promesa que hice. Después, porque sentí admiración genuina por la dedicación y la constancia que demostraba cada día. Puede que me comportara como un jefe estricto y exigente, pero lo hacía porque me gustaba ver cómo se esforzaba por demostrarme que podía ser la secretaria preparada y eficaz que yo necesitaba. Nunca me pidió ayuda y superó todos los obstáculos por sí sola. Incluso cuando el chino y el coreano se le atragantaron, siguió estudiándolos hasta aprender lo básico. Es una mujer con talento y con mucha fuerza de voluntad. La admiro por eso.

Ante mi silencio, Caden prosigue:

—Y después está todo el tema de las citas. Llevas semanas fatal por eso. Por mucho que

digas que solo te preocupas por ella, no sé, tío, es raro. —Un breve silencio—. Alex, ¿no es posible que Leah te guste?

Lo miro como si estuviera loco y Caden asiente, de una forma un poco condescendiente, como si creyera saber algo que yo no sé. Y me toca las pelotas, la verdad. Pero ni siquiera me deja rebatir su teoría. Se acaba la cerveza, se levanta del sofá y me palmea el hombro. Después de eso, se va.

La pregunta de Caden resuena en mi mente durante un buen rato. Me parece tan absurda que no quiero darle vueltas, pero ahí está, repitiéndose una vez tras otra como un eco. Yo sé que Leah no me gusta, porque si me gustara lo sabría, ¿verdad? Esas cosas se saben. Puede que no tenga mucha experiencia en el ámbito amoroso y que mis relaciones sentimentales siempre hayan acabado en tragedia. Pero eso no me convierte en un inválido emocional incapaz de reconocer sus propios sentimientos.

Así que no, Leah no me gusta. Lo que siento por ella es… otra cosa. ¿El qué? No lo sé, pero otra cosa.

Capítulo 11

Leah

—¡Oh! ¿Cómo es que has hecho pastel de limón? —le pregunto a mi abuela mientras ella corta un trozo de pastel y lo sirve en un plato.

Estamos en su cocina, sentadas en una pequeña mesa, y a nuestro alrededor tenemos varias estanterías repletas de botes de especias, teteras, y tazas de colores. El olor a comida casera recién hecha también nos envuelve. Un aroma que me reconforta y me hace sentir en casa. No es por presumir, pero mi abuela es una gran cocinera. De hecho, hasta hace unos años regentaba un restaurante de cocina tradicional, donde deleitaba a sus clientes con maravillosos platos. Y este pastel de limón es uno de los que tenía más éxito. Se trata de una receta familiar elaborada a base de huevos, limón, galletas y leche condensada, y lleva tantos años perfeccionándola, que no tiene comparación.

—Es tu favorito, ¿no?

—Sí, pero la repostería conlleva trabajo. Y ya has hecho mucho preparando los tuppers con comida para Alex.

—Tranquila, ya sabes que la cocina me da vida. Además, por ver a mi nieta feliz hago lo que sea.

Le dedico una sonrisa cariñosa y tras coger un trozo de pastel me lo llevo a la boca. Está igual de rico que siempre. Lo saboreo y suelto un gemido de satisfacción.

—¿Cómo está?

—Exquisito

Mi abuela sonríe.

—Me alegro, pero no me refería al pastel, sino a Alex.

—Ah. Alex… —Algo se remueve dentro de mí al escuchar el nombre de mi jefe, cosa que nunca me había pasado en todos estos años que he estado trabajando para él. El vértigo que me acompaña desde que me dio por afeitarle en el hospital vuelve a aparecer—. Pues está bien. Quiero decir..., teniendo en cuenta de que acaba de pasar por una operación, claro. Ahora le toca hacer reposo y, conociéndole, le va a resultar difícil. Me ha dicho que te dé las gracias por tu ayuda con los tuppers.

—Dile que no ha sido nada. Es mi forma de agradecerle lo mucho que te está ayudando con los estudios. Es un buen chico y se lo merece.

—Se lo diré. —Fuerzo una sonrisa y me llevo otro trozo de pastel a la boca.

—Y ahora dejémonos de agradecimientos y vamos a lo que más nos interesa. ¿Cómo va nuestro plan?

—¿Nuestro plan? —pregunto fingiendo no tener ni idea de lo que me está hablando, aunque en parte agradezco que haya cambiado de tema—. ¿Qué plan?

—Venga ya. Lo sabes perfectamente. El plan de encontrar al hombre perfecto para que tu abuela pueda irse tranquila a la otra vida.

—Ah. Ese plan...

Me río y le explico mis últimas experiencias con los hombres de la aplicación de citas. Experiencias del todo surrealistas que, siendo sincera, espero que desaparezcan de mi mente en un futuro muy, muy cercano. Porque cada vez que las revivo me dan ganas de encerrarme en mi casa y no volver a salir nunca más.

Mi abuela se lleva una mano al pecho y, aunque lo intenta, no consigue disimular la

expresión de horror de su cara.

Carraspea.

—Bueno… No desesperemos. Hay muchos peces en el mar. Estoy segura de que tarde o temprano encontrarás al indicado.

—¿Tú crees? Ya empiezo a dudarlo.

—Sí. Acuérdate de cuando acompañábamos a tu abuelo a pescar. Había veces que tardaba en encontrar los mejores peces, y otras que directamente se iba con las manos vacías —me recuerda—. Solo tienes que seguir lanzando la caña y, si en ese proceso pescas un pez que no te conviene, pues lo devuelves al mar y listo.

Me río porque como de costumbre mi abuela lo soluciona todo con metáforas, experiencias propias y otras historias que ha ido aprendiendo a lo largo de la vida. Por lo general me suelen ayudar a ver los problemas desde otra perspectiva. Aunque, en esta situación, tal y como se han desarrollado los acontecimientos, me cuesta ser optimista.

—Ojalá fuera tan sencillo —digo con un resoplido—. Pero por lo que estoy viendo, mi mar del amor no tiene nada que ver con el mar al que el abuelo salía a pescar. En el mío solo encuentro piedras y latas de cerveza vacías. —Separo otro trozo de pastel con la cuchara—. En fin, esta noche lo intentaré otra vez, pero no tengo muchas esperanzas, la verdad.

—Cariño, no seas tan negativa. Por ahí hay muchos hombres que valen la pena y quizás estén más cerca de ti de lo que crees. Solo debes tener un poco de paciencia. —Me da un apretón cariñoso en el brazo—. Y cuando encuentres al que está destinado para ti lo sabrás al instante.

La miro con expresión divertida.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabré?

—Pues... —Se calla un momento como si estuviera reflexionando sus palabras y me da por

preguntarme si va a usar otra de sus metáforas—. Lo sabrás porque todo tu cuerpo reaccionará de forma exagerada cuando lo tengas cerca. Y cuando no lo esté, no podrás dejar de pensar en él.

—¿En serio? —murmuro con la intención de reírme, pero esta vez no lo consigo.

—Sí. Así es como me sentía yo con tu abuelo, que en paz descanse. Una mirada suya bastaba para que me burbujease la sangre. Y cuando me tocaba…, madre del amor hermoso, entonces ya no te digo nada. Aunque eso era al principio, por supuesto. Luego todo se estabiliza. Y aunque le quería con locura, más de una vez lo habría enviado a freír espárragos —me confiesa en tono alegre. Pero lo cierto es que yo la oigo en diagonal porque estoy perdida en mis propios pensamientos.

Pensamientos sobre mí y sobre Alex. Pensamientos sobre lo que ocurrió el miércoles. Pensamientos sobre cómo está empezando a reaccionar mi cuerpo cuando lo tengo cerca. El vuelco en el estómago. Su mano sobre mi mano. Sus labios cerca de los míos. Su aliento calentándome la cara.

Quizás lleve demasiado tiempo sin echar un polvo y tanta cita desastrosa me esté friendo el cerebro. Con ninguno de los hombres con los que he quedado he vivido un momento tan excitante como el que viví ayer con él. Y solo le afeité la cara.

Dios, qué triste es mi vida.

La verdad es que no entiendo muy bien que me está pasando y no sé si tiene algo que ver con lo que dice la abuela. Pero dudo mucho que esa teoría suya, sobre que una persona solo puede reaccionar ante su media naranja, sea fiable. En las novelas románticas, o en los cuentos de hadas, puede que sí, pero no en la realidad. Me refiero a que una persona puede atraerte mucho y despertar en ti todo tipo de sensaciones imprevistas, pero eso no significa que te guste de verdad. Tal vez solo se trate de atracción sexual sin más. Y es probable que eso sea lo que me esté pasando con Alex.

Sea como sea, lo que está claro es que la abuela tiene razón en el punto de que tengo que encontrar pareja. O, al menos, tener sexo. Fantasear con mi jefe de forma inapropiada es una línea roja que no puedo cruzar y últimamente la estoy bordeando demasiado.

Además, desde el miércoles estoy tan confusa que por más que lo intento no puedo actuar como siempre. De alguna forma necesito marcar cierta distancia. Estoy más callada y taciturna, y sé que Alex se ha dado cuenta. Espero que solo sea una fase y que muy pronto podamos ser los de siempre. Porque Alex no solo es mi jefe, es algo más, y ese algo más es lo que quiero mantener y cuidar para que no se dañe.

Capítulo 12

Leah

—Por cierto… ¿Ves esta cicatriz de aquí? —me pregunta el chico con el que he quedado esta vez.

Se llama Max, es profesor de idiomas y para mi alivio todo en él parece muy normal. Ha llegado puntual a la cita, se ha interesado por mí y hasta ahora hemos mantenido una conversación agradable y sin sobresaltos. Lo cual es un gran avance teniendo en cuenta mis experiencias anteriores.

—Sí —le contesto echando un vistazo a la pequeña cicatriz redondeada que tiene en su antebrazo derecho—. ¿Cómo te la hiciste?

—Pues verás, tiene una historia un tanto peculiar detrás.

—¿Ah, sí? —Alzo las cejas con interés—. ¿Qué tipo de historia?

—Lo primero que tienes que saber es que esto no es una cicatriz. Es una marca.

—¿Una marca? ¿De nacimiento?

—No. Mucho mejor que eso. —Se acerca un poco a mí y baja la voz—. Es una marca alienígena.

Sus palabras caen encima de mí como un jarro de agua fría. Un jarro de agua fría del tamaño de una piscina que arrasa con mis esperanzas de tener una cita normal.

Joder... ¿Es que no hay ningún hombre cuerdo en la app de HeartSync? Deberían haberla bautizado como CrazySync en su lugar. Desde luego le pega más. Es una aplicación de locos.

Suspiro armándome de paciencia y sigo con la conversación, al mismo tiempo que mi cerebro se pone a trabajar. Necesito pensar rápido en una excusa para poder marcharme de aquí.

—¿Una marca alienígena? ¿Hablas en serio?

—Completamente.

—Vale... Entonces, ¿tú qué eres? —Intento tomarme el asunto con seriedad, pero se me hace difícil, la verdad—. ¿Un extraterrestre?

—No, por Dios. ¿Cómo voy a ser yo un extraterrestre? Lo que pasa es que fui abducido por ellos.

—Ya... —Me remuevo en la silla y miro a mi alrededor.

¿Cómo podría justificar mi huida de esta vez?

—Fue el año pasado. Me abdujeron mientras dormía y fui a parar al interior de una nave enorme. La verdad es que no podría precisar con seguridad el tiempo que estuve con ellos, pero creo que fue alrededor de un par de meses. Luego, justo antes de devolverme a la tierra, me tatuaron la marca.

Asiento, distraída.

—¿Y por qué lo hicieron? Quiero decir, ¿fue como un regalo de despedida o algo así?

—Sí. ¿Cómo lo has sabido? —Max sonríe emocionado y en ese momento yo también lo hago. Se me acaba de ocurrir que puedo enviarle un mensaje a Katie para que me llame. Cojo el móvil y mis dedos se mueven veloces sobre el teclado mientras mi acompañante no deja de hablar—. Es un presente muy valioso. La señal de que soy uno de sus elegidos. Mi misión es preparar a los habitantes de la tierra para su llegada. Por eso doy clases. Enseño su idioma.

—Vaya… es increíble.

—Sí. Podría darte unas cuantas nociones a ti también si quieres.

—Oh, no es necesario —le digo agitando las manos—. No hace falta que te molestes.

—No es ninguna molestia. Mira. *Pitu* significa «hola» y *soren* «adiós». Y para decir gracias usan la palabra *ceres*.

Fuerzo una sonrisa. ¿Qué debe de estar haciendo Katie? Espero que no tarde en ver mi mensaje. No me veo capaz de aguantar esto mucho más tiempo.

—Pues no parece difícil para ser un idioma alienígena...

—Para nada. Escucha ahora. *Pitu linen sia dei*. Significa «Hola, encantado de conocerte». Fácil, ¿verdad? —Max sonríe satisfecho y tras enseñarme un par de frases más añade—. ¿Por qué no pruebas tú?

—¿Qué?

—Venga. Pregúntame qué tal estoy.

Niego con la cabeza y para mi alivio mi teléfono se pone a sonar.

—Perdona, tengo que contestar —suelto sin perder ni un segundo y cuando oigo la voz de mi amiga doy gracias al cielo.

—¿Leah? ¿Qué pasa? ¿No tenías una cita?

—Sí, eh...

—No me digas que has vuelto a toparte con un loco.

—Eso parece —murmuro disimulando.

—Joder, menudo coñazo. ¿Quieres que venga?

Barajo esa posibilidad, pero en seguida la descarto. No necesito llegar a tanto. Con fingir que es ella es quien precisa mi ayuda, bastará.

—No —le digo y, tras esperar un momento para que parezca creíble, pongo cara de

preocupación—. Vaya, no me digas. ¿En serio? Tranquila, enseguida iré para allá. Hasta ahora. —Cuelgo y miro a Max—. Era una amiga mía —le explico—. Le ha surgido un problema y tengo que ir a ayudarla. Lo siento.

—Oh... —Max parpadea algo desconcertado—. Pues mejor que vayas con ella, sí. Ya nos veremos otro día con más calma, y por supuesto te sigo enseñando la jerga alienígena.

—Claro... —Esbozo otra sonrisa forzada.

Luego me despido de él y, una vez salgo de la cafetería, añado un número más a la lista de contactos bloqueados.

***

Media hora más tarde cruzo el portal del edificio en el que vivo y, tras saludar al portero, subo a mi apartamento. Lo cierto es que ya llevo casi cuatro años instalada aquí, pero a día de hoy todavía me maravillo de la suerte que tengo. Está situado en el Lower East Side, un barrio en el sur de Manhattan que queda muy cerca del centro. Así que solo suelo tardar unos veinte minutos en llegar al trabajo si cojo metro. Y el precio del alquiler es bastante asequible para la zona en la que está situado. La única pega, por poner alguna, es que no es muy grande. Consta de un salón-comedor con cocina integrada, una habitación y un baño. Pero lo cierto es que para mí sola tengo más que de sobras. Además, con mi sueldo tampoco podría permitirme otra cosa. No es que en Nano Tech me paguen mal, ni mucho menos, pero el precio de los alquileres en Nueva York está por las nubes y limita mis opciones.

Cuelgo el abrigo en el perchero de pie que tengo junto a la puerta y voy directa a sentarme en el sofá. En su día lo compré en una tienda *low cost* al igual que el resto de los muebles, pero

con el tiempo me gustaría cambiarlo por otro más cómodo. También tengo en mente pintar las paredes y mejorar la decoración, pero entre una cosa y otra todavía no me ha dado tiempo. Aunque, visto lo visto, más me valdría dedicar mi tiempo libre a decorar en lugar de salir con hombres. Desde luego sería más provechoso.

Apoyo la cabeza en el respaldo y dejo ir un sonoro suspiro de frustración. Luego cojo el móvil y me percato de que tengo un mensaje de Katie sin leer:

KATIE

Ey, ¿todo bien? ¿Ha funcionado la estrategia de huida?

LEAH

Sí, ya estoy en casa, gracias por tu ayuda. Al final me voy a convertir en toda una experta escapando de citas desastrosas.

KATIE

Y que lo digas. ¿Con qué clase de hombre te has topado esta vez?

LEAH

Ya te contaré. Ahora voy a meterme bajo la ducha. Necesito sacarme de la cabeza todas las locuras que acabo de oír.

KATIE

Buena idea. Pero ya que estás, date un

baño. A ser posible con una copa de vino en la mano.

LEAH

Ojalá pudiera, pero no tengo bañera, ¿recuerdas? Y vino, juraría que tampoco.

KATIE

Oh, cierto. Pues entonces abre una lata de cerveza y déjala sobre la tapa del inodoro. Mejor eso que nada.

LEAH

Tampoco tengo cerveza. Mi despensa deja mucho que desear en estos momentos. Al igual que mi vida amorosa, que también es un desastre absoluto.

KATIE

Bueno, tranquila, no desesperemos. Siempre puedes recurrir al plan B. ¿Te compraste al final aquel consolador que te recomendé? No hay nada mejor que una buena sesión de orgasmos para relajarte y alcanzar el nirvana.

LEAH

Lo tengo sí, pero la cita de hoy me ha dejado la libido por los suelos y dudo que me vaya a

funcionar. En fin, agradezco tus aportaciones, pero como puedes ver el plan de la ducha sigue siendo mi mejor opción. Y ahora te dejo que a eso voy.

Me despido de mi amiga, a lo que ella responde que mañana me llama, y me dirijo al dormitorio. Dejo el móvil sobre la mesita de noche y, tras coger el pijama y ropa interior de recambio, entro en el lavabo. Ya sé que no es lo mismo ducharse que bañarse, pero sentir los chorros de agua caliente sobre la piel siempre me ha resultado muy agradable y relajante. Y, por suerte, hoy también me ayuda a calmarme. Así que cuando regreso a mi dormitorio, después de picar algo rápido en la cocina para cenar, lo hago sintiéndome más liviana. Me meto en la cama y, en el momento en que alargo el brazo para apagar la luz, me fijo en que mi teléfono está parpadeando de nuevo.

Esta Katie...

Sonrío y deslizo el dedo por la pantalla, pero para mi sorpresa el mensaje que aparece no es suyo sino de Alex.

ALEX

¿Qué tal? ¿Cómo ha ido la cita?

Toda la calma que había recuperado gracias a la ducha se esfuma con ese mensaje y por un momento siento el impulso de lanzar el móvil al otro lado de la habitación. Dios. Lo último que necesito en estos momentos es hablar de mi cita fatídica y menos con Alex. Además, me indigna mucho que siga interesándose sobre ese tema cuando sé de sobras que solo lo hace para intentar que lo deje. Y por mucho que sea mi jefe no tiene derecho a meterse en mi vida de esa manera. Chasqueo la lengua y me quedo mirando la pantalla meditando cómo debería proceder. Siendo

sincera, me dan ganas de pasar olímpicamente de él. Pero conociéndole sé que, si no le contesto ahora, me preguntará por ello nada más verme el lunes. Y pensándolo bien, prefiero finiquitar el tema ya mismo.

Resoplo con fuerza y me pongo a teclear.

LEAH

Ha ido bien. Gracias por preocuparte.

Como era de esperar mi mensaje no tarda ni dos segundos en aparecer en visto y cuando leo lo siguiente que me llega me enervo todavía más.

ALEX

¿En serio? ¿No has sufrido ningún percance esta vez?

LEAH

No. ¿Por qué estás dando por hecho que la cita me ha ido mal cuando ya te he dicho que no es así?

ALEX

No lo estoy dando por hecho. Solo es una forma de hablar. Aunque no te lo creas, me preocupo por ti.

LEAH

Pues no es necesario que lo hagas. Solo eres mi

jefe y yo una persona adulta que puede cuidarse sola. Buenas noches.

Suelto el móvil sobre la cama y maldigo unas cuantas veces. Hasta que me calmo lo suficiente para llegar a la conclusión de que tal vez me he pasado un poco. Además, Alex no ha contestado nada más. ¿Se habrá enfadado? Me muerdo el labio y tras dudarlo un momento decido escribirle un mensaje de disculpas.

LEAH

Lo siento, ignora esto último. En realidad, tenías razón. Mi cita de hoy también ha sido una pérdida de tiempo y estoy un poco agobiada.

Me quedo mirando la pantalla a la espera de la respuesta de Alex. Esta vez el mensaje tarda más en aparecer en visto y no puedo evitar inquietarme al respecto. De la misma manera que tampoco evitar que el corazón me dé un vuelco cuando compruebo que está escribiendo de nuevo.

Mierda... Pero ¿qué me pasa?

ALEX

Tranquila, no tienes por qué retractarte de tus palabras. Entre nosotros hay la suficiente confianza como para poder

ser sinceros el uno con el otro y decir lo que pensamos. ¿Por qué dices que la cita ha sido una pérdida de tiempo?

LEAH

¿De verdad quieres saberlo? Te aviso que parece sacado de una película de ciencia ficción.

ALEX

Tranquila, he visto muchas películas de ese tipo. Sobreviviré.

LEAH

Está bien. Pues resulta que en mi cita de hoy he conocido a Max el marciano. Un tipo que afirma haber sido abducido por una tribu extraterrestre y bendecido con su conocimiento.

ALEX

No jodas.

LEAH

Sí. Incluso se dedica a dar clases a la gente de su idioma…

ALEX

Dios. Menudo elemento.

LEAH

Sí, en fin… Solo quiero olvidar el asunto. Así que te agradecería que no habláramos más de ello.

ALEX

Ok. Pues olvidemos el tema.

LEAH

¿Cómo estás tú? ¿Qué tal el primer día en casa?

ALEX

Buf. Dejando de lado la visita de Caden, ha sido mortalmente aburrido. No sé si voy a aguantar mucho más así.

LEAH

Pues no te queda otra porque es lo que te ha recomendado el médico. ¿Has cenado y te has tomado la medicación?

ALEX

Afirmativo mi sargento. Ya estoy en pijama y listo para irme a la cama.

De improviso, una imagen de Alex vestido con el pijama que llevaba cuando estaba ingresado se cuela en mis pensamientos. Y al pensar en el hospital también me acuerdo lo que estuvo a punto de pasar allí, entre nosotros, y mis pulsaciones se disparan hasta el infinito. Y ese

recuerdo me lleva a la conclusión de que, visto mi estado de enajenación mental, debería interactuar con Alex lo menos posible. Sobre todo, fuera del trabajo.

LEAH

Perfecto. Pues no tardes mucho en acostarte.

Buenas noches.

ALEX

Buenas noches. Aunque no sé si podré dormir sin tus ronquidos de fondo.

LEAH

Pues entonces ponte a contar ovejas.

ALEX

Eso haré. Gracias por el consejo.

LEAH

De nada. Y para tu información yo no ronco.

ALEX

Sí, lo haces. Me sorprende que no tengas quejas de tus vecinos. Estoy seguro de que su sonido traspasa paredes.

LEAH

Mentiroso. ¿Así agradeces mi ayuda?

¿Blasfemando sobre mí?

ALEX

Vale. Me disculpo. Y retiro lo dicho. No roncas, solo respiras fuerte. Y es adorable.

Tras ese mensaje de Alex dejo el móvil sobre la mesita, apago la luz y me tumbo boca arriba en la cama. Hasta que me doy cuenta de que estoy sonriendo de oreja a oreja y suelto un gruñido de frustración. Mierda, no sé qué me está pasando con Alex, pero es totalmente inapropiado. No debería pensar en él y ni mucho menos sonreír como una tonta cuando lo hago.

Con ese pensamiento me pongo de lado y cierro los ojos intentando dormirme, pero mi mente está demasiado saturada y, como es lógico, no lo consigo. Cambio de postura varias veces mientras el tiempo avanza. O esa es la sensación que me da porque paso de mirar el reloj.

Tal vez debería hacerle caso a Katie y usar el consolador me digo a mí misma, al cabo de un rato, en vistas de que sigo con los ojos abiertos como platos.

Aunque bien mirado, sería una idea pésima. Pero el problema ahora no es que tenga la libido baja, no, sino todo lo contrario. Estoy demasiado motivada y todo por culpa de Alex. Me lo imaginaría acercándose a mí, vestido con ese maldito pijama. Me lo imaginaría encima de mí, dentro de mí, en lugar del consolador. Y está claro que no me puedo permitir tener esa clase de pensamientos si quiero que mi sentido común siga intacto.

Capítulo 13

Leah

Una semana más tarde me encuentro en la abarrotada sección de disfraces de Macy’s ayudando a Katie a elegir algo que ponerse mañana. Por lo visto, Neal confirmó su asistencia a una fiesta de Halloween y olvidó mencionárselo. La he visto tan atacada este mediodía durante la comida que me he ofrecido a ir con ella a la caza del disfraz perfecto después del trabajo.

—Deberías venirte. A Jayden, el amigo de Neal, no le importará, y además está soltero y es atractivo. Quién sabe, tal vez surja algo entre vosotros. —Katie saca un disfraz de la Mujer Maravilla y lo deja dentro de la cesta junto al resto de disfraces que pretende probarse.

Hago una mueca y niego con un movimiento de cabeza.

—Tengo que entregar un trabajo importante, no puedo permitirme salir mañana. Además, con la mala suerte que tengo con los hombres seguro que conozco a ese Jayden y descubro que es miembro activo en una secta o terraplanista.

Katie se ríe un poco.

—Te diría que exageras, pero realmente lo tuyo con las citas online es algo digno de *Expediente X*.

—¿Verdad? Pensé que nada podría superar al loco de la abducción alienígena, pero me equivocaba. El de ayer fue cien veces peor. —Un estremecimiento recorre mi columna vertebral al recordar al chico de ayer por la tarde. —Es que no lo entiendo. Juro que durante nuestras conversaciones por chat parecía completamente normal, así que imagina mi cara cuando se presentó a la cafetería con un hurón enrollado en el cuello.

—Amiga, esa debió ser la señal que debiste ver para salir corriendo. Aun no entiendo porque te quedaste ahí.

—No lo sé, supongo que sentí pena. Me dijo que estaba pasando por un mal momento y que ese hurón formaba parte de su terapia de recuperación. Quise ser empática y no juzgarlo por eso y por su aspecto descuidado, pero tienes razón, debí escapar. Me hubiera ahorrado el espectáculo de después cuando el hurón decidió que era un buen momento para ejercitarse correteando por las mesas del resto de comensales de la cafetería, husmeando pasteles y tirando tazas de café. —Hago un mohín al recordarlo—. Pasé mucha vergüenza cuando nos echaron de allí y nos pidieron que pagáramos las consumiciones desperdiciadas. Encima él se había dejado la cartera y tuve que abonarlo yo.

—Espero que te haga el Bizum que te prometió.

—Yo lo dudo. Me bloqueó antes de llegar a casa. —Suelto un suspiro, indignada por no permitirme a mí bloquearle antes.

Katie me mira en silencio unos segundos.

—¿Y no te has planteado dejar el tema de las citas por un tiempo? Está claro que no disfrutas con esto y que la experiencia no está siendo precisamente positiva. Quizás el destino te esté enviando un mensaje.

Asiento despacio, pensando en su pregunta. Después de mi cita con el loco de la abducción alienígena pensé seriamente dejarlo estar, al menos durante un tiempo, pero… enseguida decidí seguir con el plan inicial. Porque últimamente no sé qué me pasa. No dejo de pensar en Alex. Desde el día del afeitado se ha metido en mi cabeza como un maldito parásito que se niega a desaparecer. Y mis pensamientos no son castos y puros, como deberían serlo teniendo en cuenta que él es mi jefe y yo su secretaria. Son inadecuados y me están llevando por el camino de la amargura. Necesito cortarlos de raíz y solo lo conseguiré si encuentro a otro hombre que ocupe ese lugar.

Es que, pensándolo bien, es normal que fantasee con él. Los hombres con los que he quedado son tan horribles que a su lado los encantos de Alex son mucho más notorios.

Ayer se reincorporó al trabajo después de unos días de reposo en casa, y cuando entré para recitarle la agenda, el corazón dio un salto mortal dentro de mi pecho. No me puedo permitir tener este tipo de reacciones en el trabajo. Por eso no puedo renunciar a las citas. Lo que necesito es conocer a un hombre que valga la pena.

Pero claro, todo esto no se lo puedo decir a Katie, porque puede dar lugar a suspicacias que, en este momento, no necesito.

Estoy reordenando las ideas para darle una explicación creíble sobre mi necesidad de seguir teniendo citas cuando mis ojos topan con una pareja a pocos metros de donde nos encontramos nosotras. Van cogidos de la mano y hablan con naturalidad mientras miran unos disfraces a conjunto de *La familia Addams*. La chica no me suena de nada, pero él… él sí. Me es familiar. Con los ojos entornados mantengo mi mirada fija en él.

—No puede ser… —murmuro en voz alta al reconocer en ese hombre vestido de traje y aspecto impoluto al chico encorvado y depresivo de ayer.

Katie sigue mi mirada hasta la pareja y alza una ceja.

—¿Qué pasa?

—Ese de ahí es Marcus, el chico del hurón —susurro en su dirección.

—¿Qué? —Katie parpadea con la mirada fija en él—. ¿Tiene novia?

Los engranajes de mi cerebro se ponen en marcha a gran velocidad, intentando encontrar una lógica a lo que estoy viendo. No estoy entendiendo la situación. O sea, el chico de ayer iba vestido con bermudas, una camiseta con manchas y llevaba el pelo grasiento como si hiciera semanas que no se bañara. En cambio, este chico parece normal. Incluso atractivo. Si la intención de este chico era engañar a su novia teniendo una cita conmigo, ¿no se hubiera vestido más

normal en lugar de fingir ser alguien patético? Además, no lleva hurón. Y ayer insistió en que no salía de casa sin él.

Me froto las sienes empezando a sentir un intenso dolor de cabeza. Esto no tiene sentido. ¿Será su hermano gemelo? ¿Esas cosas pasan?

Siguiendo un impulso, dejo a Katie atrás y me acerco a la pareja. Solo necesito aparecer en su campo de visión para saber que estoy en lo cierto y que ese es Marcus, porque su rostro empalidece al verme como si fuera un fantasma.

—¿Marcus? —pregunto con un tono de voz cargado de tensión.

Él balbucea sin responder y la chica que lo acompaña me mira con el ceño fruncido.

—Perdona, creo que te equivocas, él no se llama Marcus, se llama Liam.

—Ajá, con que Liam, ¿eh? —Me cruzo de brazos y Katie aparece a mi lado.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta Katie.

Yo niego con un movimiento de cabeza y la chica de enfrente arruga el ceño. En el fondo me da pena. Está a punto de descubrir que tiene como novio a un capullo que se dedica a quedar con chicas mediante una aplicación de citas para… bueno, el objetivo no lo tengo del todo claro aún.

—Yo… oye, esto no es lo que piensas —se apresura a decir el tal Liam levantando las manos.

—¿Y qué es lo que pienso? Ahora mismo ni yo misma sé que pensar. ¿Dónde está *Buttercream*? Pensé que no salías de casa sin él.

La chica abre mucho los ojos y se lleva una mano al pecho dramáticamente.

—¿*Buttercream*? ¿Por qué esta desconocida conoce el nombre de nuestro hurón?

Aunque se lo pregunta a él, decido responder yo:

—Porque lo trajo a una cita conmigo.

Katie mira a Liam con una ceja levantada.

—¿Y qué clase de tipo lleva a un hurón a una cita?

La novia de Liam deja caer la cesta de compras, Liam parece a punto de sufrir un colapso nervioso y yo me quedo en silencio esperando una explicación que nunca llega.

—Liam, ¿has tenido una cita con esta mujer? Pero ¿por qué? Hace dos meses que nos comprometimos, ¿cómo has podido hacerme esto? —La chica arranca a llorar y con los puños apretados pega a Liam en el pecho—. ¡Dijiste que me amabas! ¡Qué querías vivir toda tu vida a mi lado! Eres un mentiroso. ¡Nunca podré perdonarte algo así! Incluso le presentaste a nuestro bebé.

Espera, ¿bebé? Espero que se refiera a *Buttercream*.

—Eh, cielo, cálmate, por favor, no es cierto. Hay una explicación. —Liam intenta calmar a su novia que cada vez berrea más fuerte—. No tuve una cita con ella. Es decir, sí, la tuve, pero fue una cita falsa.

A mi lado, Katie suelta un grito ahogado. Si no estuviera implicada en esta situación sería entretenido verla desde lejos.

—Perdona, ¿qué? ¿Una cita falsa? Cuéntame más sobre eso.

Liam resopla. Se nota que está sudando la gota gorda con todo esto. La novia deja de llorar un poco y lo mira con los ojos enrojecidos.

—Yo también exijo saber más —balbucea ella.

—Me contrató un tío, ¿vale? Puso un anuncio en internet y yo respondí porque las condiciones eran muy buenas. Me pagó un pastón por hablar con ella por chat —dice Marcus a

su novia, señalándome— y tener una cita que acabara en desastre. Nada más. Pero, nena, todo fue ficticio. Te lo prometo. El tío hasta me pasó una ficha con el rol que debía interpretar. Y no sé, me pareció una buena forma de ganar un dinero extra para la boda. Tú quieres casarte por todo lo alto y con lo que gano de contable es imposible que pueda pagar una boda así.

La chica hace morritos pero antes de que pueda hablar, yo me adelanto, porque estoy alucinando con la información recién obtenida:

—¿Un tío te contrató? ¿Qué tío?

Él niega con la cabeza, nervioso.

—No lo sé, nunca llegué a verlo. Todo lo hicimos de forma telemática. Solo hablamos por teléfono una vez.

—¿Cómo se llama? —Lo acorralo contra una estantería llena de accesorios para disfraces.

—Nunca me dijo su nombre, sé que era hombre porque su voz era masculina.

El dolor de cabeza se intensifica porque esto no tiene ningún tipo de sentido. ¿Alguien contrató a este chico para salir conmigo? Eso es… absurdo. Rocambolesco. Cínico. ¿Quién sería capaz de hacer algo así?

Solo hay tres personas que sepan lo de las citas: la abuela, Katie y Alex.

Eso deja sobre la mesa de sospechosos a una sola persona, a la única cuya voz es masculina.

Cojo el móvil, abro la conversación de WhatsApp con Alex y empiezo a subir por los mensajes hasta encontrar un audio. Es de hace un mes.

—¿Es él?

Reproduzco el audio.

—Hola Leah, necesito que aplaces la reunión de mañana. Me ha surgido algo y no llegaré a la oficina hasta las diez. Gracias.

El chico me mira con los ojos muy abiertos.

—Creo que sí, no estoy seguro, pero diría que su voz se parece.

Todo mi sistema se congela mientras la incredulidad se aposenta en la boca de mi estómago.

Empiezo a rememorar el carrusel de citas sinsentido que he sufrido en las últimas semanas y la rabia bulle mi sangre hasta convertirla en lava caliente.

¿Y si todos los chicos con los que he quedado han sido contratados por Alex?

Eso explicaría porque todas mis citas han sido tan extrañas e inusuales.

Aun así me falta una pieza en este puzle. ¿Cómo ha conseguido Alex que solo hiciera match con los chicos que ha contratado? Hay algo raro aquí.

—Leah… —La voz de Katie me devuelve a la realidad, una realidad donde sigo acorralando a Marcus, es decir, Liam contra una estantería.

Me aparto para dejarlo ir y él y su novia desaparecen a toda prisa. Miro a Katie con la incredulidad poseyendo cada una de las facciones de mi rostro. Debo parecer una tarada ahora mismo.

—Leah —repite, con cara de circunstancias. Tiene su móvil encendido entre las manos y me lo ofrece—. Hace un rato Neal me pasó una noticia que no he visto hasta ahora. Tienes que leerla.

Cojo el aparato y leo el titular: «El poderoso magnate de la nanotecnología Alexander Hudson compra la aplicación de citas en expansión HeartSync».

Con ojos veloces, leo la noticia donde se explica que Alex compró la aplicación a finales de

septiembre, coincidiendo con el inicio de mis citas. El texto menciona a su asesor financiero, quien asegura que la compra fue motivada por el interés de Alex en diversificar sus inversiones y adentrarse en el apasionante mundo de las aplicaciones y la tecnología emergente. La noticia sugiere que Alex ve el potencial de HeartSync como una oportunidad para introducirse en este campo y aplicar su enfoque innovador y sus recursos considerables para mejorar la aplicación y su seguridad.

De pronto, un relámpago de lucidez me sacude. Creo que voy a vomitar. Recuerdo el problema técnico que tuve en HeartSync poco después de empezar a usarlo. De un día para el otro desaparecieron los contactos de los chicos con los que hablaba y tuve que empezar de nuevo.

Katie y yo compartimos una mirada incrédula. Todo cobra sentido de repente. Alex ha estado manipulando mis citas desde el principio. ¿A qué clase de juego está jugando?

Con un suspiro le devuelvo el teléfono a Katie y me froto las sienes. El dolor de cabeza se ha vuelto insoportable.

—Katie, necesito hablar con Alex. Esto es una locura.

Katie asiente, parece casi tan desconcertada como yo.

Sin pensármelo dos veces, me despido de Katie, salgo de Macy’s y detengo el primer taxi que aparece en la transitada avenida. Le canto la dirección de la oficina sin dudarlo. Seguro que Alex aún sigue en su despacho.

Mientras nos dirigimos hacia Silicon Alley, mi cabeza es un torbellino de preguntas que giran sin control. ¿Qué está tramando Alex? ¿Por qué se molestaría en organizar estas citas? ¿Qué busca? Y lo más importante, ¿cuál es su objetivo con todo esto?

Capítulo 14

Alex

No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy. Ese es uno de los dichos con el que más me identifico. No porque esté de acuerdo con todo lo que dice la sabiduría popular, sino porque en este caso opino que esas palabras encierran una gran verdad. La clave del éxito reside en abordar las tareas de manera oportuna porque de lo contrario disminuyen la eficacia y la productividad. O lo que es lo mismo, pero dicho en lenguaje coloquial, la acumulación de trabajo nos lleva a sentirnos más agobiados y por tanto, no rendimos una puñetera mierda. Por eso, tenía el presentimiento de que estas dos semanas de baja me iban a pasar factura. Y así ha sido. Entre las reuniones atrasadas y las actuales tengo la agenda a tope, por lo que desde que me incorporé, no he parado. Y si estoy liado con las reuniones, no puedo dedicar tiempo a otras tareas. O al menos no todo el que me gustaría. Sé que está la opción de delegar trabajo, sí, pero, aun así, hay ciertas cosas que acostumbro a supervisar yo mismo e informes que solo redacto yo.

Así que esa es la razón por la que sigo todavía en la empresa a pesar de que tengo los ojos inyectados en sangre y el estómago rugiendo de hambre. Primero porque tengo la ostia de trabajo acumulado y segundo porque me está costando la vida enfocarme, lo que implica que estoy avanzando a paso de tortuga. Además, el asunto de Leah tampoco me ayuda a centrarme. No puedo quitarme de la cabeza que desde que estuvo conmigo en el hospital la noto rara y distante. Es como si hubiera puesto algún tipo de barrera invisible entre nosotros. Y lo peor es que por mucho que me coma el coco, pensando cuál puede ser el motivo de ese cambio, no doy con la respuesta. De hecho, incluso he pensado en dejar de andarme con rodeos y preguntárselo a ella, pero no he tenido muchas ocasiones. Cada vez que he intentado sacar a colación algún tema

personal, Leah ha desaparecido dejándome con la palabra en la boca.

Por otro lado, ahora que lo pienso, es posible que el cambio de actitud de Leah no tenga nada que ver conmigo, sino más bien con el estrés al que está sometida por esas citas del demonio. Pero ese pensamiento en lugar de tranquilizarme me inquieta todavía más. Si es así, yo no estoy lo que se dice libre de culpa.

Joder… Está claro que mi plan no ha resultado ser tan buena idea como pensaba en un principio. A ver, compré la aplicación de citas con la intención de ayudarla, pero las cosas no han salido ni mucho menos como yo tenía previsto.

Para empezar, porque creía que bastaría con dos o tres citas para que Leah se diera por vencida y que eso le serviría como excusa para librarse de seguir con ello. Incluso supuse que su abuela dejaría de insistir al ver que la cosa no funcionaba. A fin de cuentas, Leah solo estaba haciendo eso para satisfacerla, ¿no? Sin embargo, ha pasado casi un mes, Leah sigue teniendo citas desastrosas y la última vez que hablé con ella sobre ese tema me aseguró que seguiría intentándolo. Debí haber recordado que esa mujer es todo constancia y superación. Y cabezonería. Al igual que su abuela.

Estoy dándole vueltas a ese asunto cuando la puerta se abre de un golpe seco, rebotando contra la pared. Me quedo un poco sorprendido al ver a Leah aparecer de repente, con los ojos llameantes y el rostro contraído en una mueca de furia. Creo que nunca la había visto tan enfadada a excepción de aquella vez que cerró sin guardar aquel trabajo de la universidad en el que estuvimos trabajando durante horas.

De pronto una revelación me sobreviene. Lo sabe. Ella lo sabe.

—¿Leah? ¿Qué haces aquí? —le pregunto mientras ella se acerca a paso decidido hacia mi mesa—. Creía que te habías ido a casa.

Asiente con un gesto rígido y me fijo en que lleva el móvil en la mano.

—Pues sí. Aunque en lugar de ir a casa, he acompañado a Katie al centro comercial y no sabes cuánto me alegro de haberlo hecho. Ha resultado ser una salida muy reveladora.

Pego un respingo, pero aun así intento mantenerme sereno.

—Ahm… ¿Y por qué has vuelto? Si te has dejado algo podías haberme llamado. Te lo habría acercado en coche después.

—No estoy aquí por eso, sino porque tengo algo importante que preguntarte y no podía esperar hasta mañana. —Levanta el brazo y me pone su teléfono delante de la cara—. ¿Qué significa esto? ¿Me lo puedes explicar?

Entrecierro los ojos y me concentro en la pantalla iluminada. No tardo en comprender que se trata de una noticia publicada en un diario online. Una noticia que habla sobre mi decisión de comprar la app de citas. ¿Por qué nadie me informó sobre esta publicación? Trago salivo y en un intento de capear el temporal digo como si tal cosa:

—No entiendo qué es lo que quieres que te explique. En Nano Tech no solo nos centramos en la investigación. También nos dedicamos a adquirir otras empresas del sector para posicionarnos mejor y…

—Soy consciente de ello, sí, pero ¿qué tiene que ver una app de ligue con la nanotecnología?

—Bueno…, no mucho, lo reconozco. Pero se trataba de un negocio muy rentable. No podía dejar pasar la oportunidad.

Leah esboza una sonrisa irónica.

—Por supuesto que no. Aunque es mucha casualidad que la venta de la app se cerrara el 25 de septiembre, ¿no crees? —Desliza el dedo por la superficie del móvil y tras encontrar lo que estaba buscando vuelve a enseñármelo—. Justo un día después de que yo te dijera que me había dado de alta.

Me encojo de hombros.

—Las casualidades existen, aunque mucha gente diga lo contrario.

Leah asiente con calma y tras llevar su mirada hacia los ventanales inspira con fuerza y murmura:

—Está bien. Como veo que vas a tener la desfachatez de seguir mintiéndome a la cara, voy a ir directa al grano. Lo sé todo.

—¿Todo? No entiendo a qué te refieres.

—Claro que lo sabes. Deja de hacerte el tonto, joder —exclama dando un golpe fuerte sobre la mesa que nos sobresalta a los dos—. Compraste la app para tener un control absoluto sobre ella, lo que te dio vía libre para hacer tus tejemanejes sin que nadie te cuestionara por ello. Y todo porque, por alguna razón enfermiza, querías boicotear mis citas. —Sus ojos llenos de furia me atraviesan. Abro la boca en un intento de calmarla, pero ella me acalla apuntándome con el dedo—. Y no, no vuelvas a inventarte otra excusa porque ya te he dicho que lo sé todo. La verdad explotó ante mi cara cuando, por casualidades de la vida, me encontré a Marcus en el centro comercial. Ya sabes, el tío que usaba un hurón como terapia de recuperación, o mejor dicho, Liam, uno de los actores que contrataste. Él fue quien me explicó toda la historia. Historia que como es lógico me resultó difícil de creer hasta que me enteré de que habías comprado la app de citas y todo cobró sentido.

Se cruza de brazos con su mirada todavía clavada en la mía y por un instante puedo apreciar el cúmulo de emociones que se asoman tras ella. Hay enfado y desconcierto, pero también decepción. Decepción dirigida a mí. No puedo evitar que el corazón me dé un vuelco.

—Leah, yo... Déjame explicarme.

—Oh, sí, por supuesto. Explícame por qué alguien con tu estatus ha podido caer tan bajo y hacer algo tan ruin.

Sus palabras me atraviesan el pecho como si fueran flechas de fuego que me abrasan por dentro. Aunque supongo que me lo merezco. Suspiro y bajo la cabeza incapaz de seguir mintiendo.

—Tienes razón. Soy culpable, lo reconozco. Contraté a los actores y les pedí que se hicieran pasar por usuarios de la aplicación —le confieso—. Luego modifiqué el código para que tu perfil solo pudiera hacer match con ellos. Pero tienes que saber que lo hice con buenas intenciones, lo juro. —Busco su mirada con la esperanza de que me crea, pero ella reacciona agitando la cabeza.

—No puedo creerlo. ¿Buenas intenciones, dices?

—Sí, aunque no lo reconozcas, estás pasando una etapa de mucho estrés y no quería que el asunto de las citas te acabara pasando factura. Estaba preocupado por ti y…

—No, lo que has hecho no tiene nada que ver con la preocupación. Si te preocuparas por mí, no le habrías pedido a un tío que me manoseara los pies en medio de Central Park.

Entrecierro los ojos a la vez que una sensación extraña se apodera de mí y me levanto de forma brusca.

—¿Qué? ¿Quién te manoseo?

—El masajista obsesionado con el olor a pies. Me sorprende que no lo sepas cuando tú te encargaste de elaborar todo el guion.

Niego con la cabeza y rodeo la mesa para acercarme a ella.

—Eso no entraba en los planes. No tenía que manosearte. Yo solo…

—No, cállate. No puedo creer que seas tan retorcido. —Me silencia llevándose una mano a la cabeza y hace una mueca como si le doliera—. ¿Te paraste a pensar por un momento en que es lo que quería yo? ¿En si lo que estabas haciendo podría herir mis sentimientos? Por supuesto que no. No lo hiciste porque no tienes empatía. Eres como…, como un robot.

Alzo las cejas y la miro con estupefacción.

—¿Un robot? Eso sí que no me lo esperaba.

—Sí, un robot. Eres un robot sin sentimientos de ningún tipo. No, si al final va a resultar que eres tú el que más necesita apuntarse a HeartSync.

—Espera. ¿De qué cojones estás hablando?

—Pues de que necesitas empezar a salir con mujeres de forma urgente, a ver si se te ablanda ese corazón de piedra que tienes.

—¿Qué? —Una sonrisa cargada de incredulidad se adueña de mi rostro, pero Leah no puede apreciarla porque ahora se está dedicando a guardar el móvil en su bolso—. Escucha, a mí en esa aplicación no se me ha perdido nada. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Es un poco tarde para decir eso, ¿no crees? —murmura—. Más que nada teniendo en cuenta la suma de dinero que has desembolsado para comprarla. Ahora no te queda otra que amortizarla. —Se da la vuelta y pone rumbo a la puerta mientras yo sigo sus pasos cada vez más descolocado—. Aunque no hay mal que por bien no venga. Piensa en que así podrás seguir aprovechándote de las ventajas de ser su dueño. Ya sabes, burlar el código y demás. Eso sí, asegúrate de que haces match con mujeres reales antes de quedar en persona. Las estafas en las apps de citas están a la orden del día.

Tras soltarme todo eso hace ademán de salir de mi despacho, yo le pido que espere y… lo que viene a continuación sucede en un abrir y cerrar de ojos. Leah ignora mis palabras, así que en un intento de detenerla la agarro de la mano y tiro de ella. Y supongo que lo hago más fuerte de lo que tenía pensado, porque la inercia hace que acabe chocando contra mí. Por suerte reacciono rápido y consigo sujetarla antes de que llegue a perder el equilibrio.

—Lo siento… —me apresuro a disculparme todavía con el estómago hecho un nudo.

Ella alza la vista y me mira aturdida. Y en el instante en que nuestros ojos conectan, algo

cambia en el ambiente y no tardan en asaltarme las mismas sensaciones del otro día en el hospital. El vuelco en el estómago, la electricidad, la necesidad de acortar la escasa distancia que nos separa. Sensaciones confusas e inesperadas a las que le tengo que sumar lo agradable que me parece tener mis manos sobre su cintura. Tal vez por eso me resisto a moverlas de ahí aunque sé que ese no es el camino correcto.

Y curiosamente Leah tampoco se aparta y mi confusión se intensifica. Deslizo la mirada por su rostro en un intento de descifrar sus pensamientos.

¿Le estarán embargando las mismas emociones contradictorias que a mí? Me da por preguntarme y cuando mi mirada va a parar a sus labios entreabiertos, el sonido de una melodía rompe con la tensión del momento.

Los dos reaccionamos al unísono. Yo aparto las manos de su cintura y ella da un par de pasos rápidos hacia atrás. Vacilo un momento y cuando vuelvo a centrarme me doy cuenta de que lo que está sonando es mi teléfono.

¿Quién diantres me estará llamado a estas horas?

Le digo a Leah que espere un segundo y salvo la distancia que me separa de la mesa. El nombre de Simon, el director adjunto de la empresa, aparece en la pantalla iluminada. Descuelgo la llamada y le pregunto qué quiere, pero entre el cansancio y lo de Leah tengo la mente tan dispersa que no acabo de entenderle. Maldigo mentalmente y al final soluciono la situación diciéndole que me envíe un correo electrónico especificando lo que necesita. Tras eso me despido y cuando busco a Leah con la mirada me doy cuenta de que se ha ido. Me paso una mano por el pelo y suelto un resoplido de frustración.

Siempre he pensado que soy una persona resolutiva porque nunca me centro en los problemas, sino en buscar soluciones. Pero siendo sincero, ahora mismo no sé por dónde coño debo tirar.

Capítulo 15

Alex

—¿Qué has hecho qué? —exclama Caden desde el otro lado de la barra entre sorprendido y divertido al mismo tiempo—. Dios mío. ¿Cómo se te ocurrió?

Varios clientes se giran en nuestra dirección y yo me remuevo en el taburete, incómodo.

—Shh, ¿te importaría bajar la voz?

—Lo siento. Es que me he quedado completamente en shock. No es propio de ti actuar de manera tan impulsiva.

Me llevo la botella de cerveza a la boca y me la termino de un trago. He venido al restaurante de Caden porque necesitaba llenar el estómago y también explicarle lo que me ha pasado hace un rato con Leah, pero visto lo visto ahora me arrepiento de haberlo hecho. Gruño y me limito a pedirle un vaso de Bourbon. Necesito beber algo fuerte.

—Marchando. —Caden se da la vuelta para coger la botella y me sirve un vaso mientras yo me dedico a observar el líquido ambarino con cara de pocos amigos. Luego vuelve a dejarla en su sitio y añade—: La verdad es que tengo que reconocer que tu ingenio roza lo extraordinario. A mí no se me habría ocurrido un plan así ni en mis mejores sueños —se burla—. Pero tengo que darle la razón a Leah. No deberías haberte entrometido en sus asuntos personales. Mira que te lo advertí.

Echo la cabeza hacia atrás y suspiro.

—Lo sé, pero es la única manera que se me ocurrió para que se olvidara del tema de las citas. Ahora solo tiene que centrarse en estudiar y aprobar. Eso sin que se vea afectado su rendimiento en el trabajo, por supuesto.

—No lo entiendo. ¿Por qué te preocupan tanto los estudios de Leah?

—¿Por qué no debería preocuparme? Para mí es un beneficio tener una asistente cualificada.

Mi amigo asiente, pensativo.

—No te digo que no. Pero, aun así, no veo ese argumento como una razón de peso para llegar al extremo de comprar una aplicación de millones de dólares y hacer lo que has hecho. —Se apoya en la barra y ladea la cabeza sin dejar de enfocarme con los ojos entrecerrados—. ¿Estás seguro de que no hay por ahí otra razón que no me estás contando?

—¿Otra razón cómo cuál? —murmuro frotándome la parte posterior de la cabeza—. Sé más específico.

—Pues otra razón relacionada más bien con los asuntos del corazón. ¿No será que estás celoso?

Levanto el cuello y le dirijo una mirada escéptica.

—¿Celoso de qué?

—De que Lea esté quedando con otros hombres.

—No me jodas… ¿Ya vuelves otra vez con eso? Es ridículo. —Cojo el vaso y bebo un trago.

Ya solo me faltaba escuchar este tipo de estupideces para acabar el día a lo grande.

—Bueno, Leah es una mujer muy atractiva, tú un hombre en edad de procrear y como tu dijiste pasáis mucho tiempo juntos —continúa Caden al mismo tiempo que mi incomodidad aumenta—. No sería tan descabellado que hubieras empezado a sentirte atraído por ella.

Niego con la cabeza.

—Imposible. Entre nosotros no hay nada más allá del trabajo, así que deja de insistir con ese asunto porque al final me cabrearé. Ni me gusta Leah, ni siento celos de ningún tipo.

Una sensación amarga me recorre por dentro, empapándolo todo de dudas y confusión. No puedo negar que antes, en la oficina, cuando hemos chocado, la tensión ha vuelto a sobrevolarnos con la misma intensidad que hace unas semanas en el hospital. No sé qué diablos ha pasado, solo sé que no quiero pensar en lo que eso significa. Prefiero ser un ciego emocional. Si no lo pienso no existe. La ignorancia hace la felicidad, dicen.

Mi amigo levanta los brazos en son de paz.

—Vale, vale. Está claro que he supuesto mal, lo siento. Llevo tanto tiempo sin verte salir con una mujer que pensaba que tal vez sería por eso.

—Joder, tío ¿tú también? —Aprieto la mandíbula con fuerza—. Primero Leah y ahora tú.

Caden alza una ceja con expresión divertida y rodea la barra para sentarse a mi lado.

—¿Qué pasa? ¿Leah también se ha metido con tu falta de interacción sexual?

—Con otras palabras, pero sí —confieso y, tras soltar un largo resoplido de frustración, le acabo contando lo que me ha dicho Leah respecto a ese tema.

Caden reacciona riéndose con ganas.

—¿Robot sin corazón? ¿En serio te ha llamado así? —Asiento sin compartir su alegría. A mí ese calificativo me hace de todo menos gracia—. Me gusta esta chica. Tiene agallas.

—Eso desde luego. Y también mucha suerte de que sea un jefe benevolente. —Hago una mueca y me vuelvo a llevar el vaso a los labios.

—Sea como sea, deberías seguir su consejo y empezar a salir con mujeres. Así dejarás de darle tantas vueltas a cosas que no tienen importancia.

—Lo haré, sí, pero cuando lo consideré oportuno.

Caden niega con un gesto.

—Eso me suena a excusa barata y necesitas echar un polvo ya. —Se queda en silencio y por su expresión sé que le está dando vueltas a algo que no me va a gustar—. Tengo una idea. Janice tiene un montón de amigas que se morirían por tener una cita contigo. Le diré que te prepare un encuentro con alguna de ellas.

—¿Qué? Ni se te ocurra. No voy a ir.

—Oh sí. Claro que lo harás. Soy tu amigo del alma y sé perfectamente lo que te conviene. —Me palmea con fuerza la espalda, sobresaltándome—. Y también te aconsejo que no tardes mucho en pedirle perdón a Leah. En fin, te dejo que estamos en hora punta y no quiero que Janice me eche la bronca.

Se levanta y yo le lanzo una mirada contrariada. ¿Es que no entiende lo que significa la palabra «no»?

—Oye, espera. Te repito que no pienso ir a ninguna cita —insisto. Pero Caden se limita a ignorarme y cuando me quiero dar cuenta ya ha desaparecido entre el ajetreo del restaurante.

Maldito Caden...

Chasqueo la lengua y me acabo el vaso de Bourbon de una tacada. Me lo he pedido porque necesitaba evadirme por unos instantes de mis problemas, pero no estoy teniendo mucho éxito en ese sentido. Está visto que necesitaría enchufarme una botella entera en vena para olvidarme de todo lo que tengo en la cabeza: El estrés del trabajo, la discusión con Leah, las palabras sin sentido de Caden, la incomodidad… Aunque por encima de todo, si hay algo de lo que me gustaría desprenderme es de la decepción que he visto en los ojos de Leah. Dios, esa imagen no deja de atormentarme. Y, a ver, no es que la culpe por ello, sino todo lo contrario. Me merezco su decepción. Me la merezco por haber actuado así, como si fuera un puto obseso y un

controlador.

Bajo la cabeza y aprieto los ojos con fuerza.

Mierda. Está claro que la he cagado. La he cagado pero bien. Por muy preocupado que estuviera por Leah no debería haber comprado esa jodida aplicación. He llegado demasiado lejos y, como es lógico, ahora estoy pagando las consecuencias.

Me sigo mortificando con esos pensamientos cuando llego a la conclusión de que Caden tenía razón en algo. Tengo que disculparme con Leah. Tengo que pedirle perdón, asumir mi responsabilidad y prometerle que nunca más volveré a hacer una cosa así. Pero no porque crea que merezca ser perdonado, sino porque necesito que sepa que voy a compensarla por lo que he hecho.

Y no puedo esperar hasta mañana para hacerlo.

Me saco el móvil del bolsillo para comprobar la hora y sin perder ni un segundo le pido la cuenta a un camarero. Diez minutos más tarde ya estoy en el coche dirigiéndome a casa de Leah.

Capítulo 16

Leah

Suspiro con la mirada fija en la pantalla del portátil. Tengo que entregar este trabajo en la plataforma de la universidad antes del lunes y soy incapaz de escribir nada coherente. El enfado domina cada recoveco de mi cuerpo en este momento y no puedo pensar en otra cosa que no sea Alex. Alex sufriendo. Alex pagando las consecuencias de lo que ha hecho. Solo pienso en formas de vengarme. Por ahora la opción de ponerle laxante en el café o picapica en la ropa interior van ganando. Aunque bueno, sé de sobras que nunca haría algo así porque al contrario que él yo sí soy buena persona.

Intento volver a concentrarme en el texto que estoy escribiendo, pero no lo consigo.

A este paso voy a ser incapaz de terminar el trabajo a tiempo. Y todo por culpa de Alex.

Ironías de la vida, según él, ha montado toda esta farsa para que pueda centrarme en los estudios, y, al final, por su culpa, ¡voy a acabar suspendiendo!

Van a tener que darle la medalla al estratega del año.

Se supone que Alex tiene una mente brillante. Según los medios especializados, es un genio, una de las celebridades de nuestra generación. Entonces, ¿por qué se ha comportado como un auténtico desequilibrado? ¿Será verdad eso que dicen de que todos los genios están un poco locos?

El móvil vibra sobre la mesa. Miro la pantalla iluminada con el nombre de Alex. Me está llamando, pero no pienso cogerlo. También tengo una decena de mensajes suyos sin leer, pero es que no quiero saber nada de él. Lo que ha hecho ha superado por mucho la barrera de lo

razonable.

Alex llama dos, tres, cuatro, hasta un total de cinco veces. En todas las ocasiones me limito a mirar la pantalla iluminada hasta que cuelga. Si cree que voy a cogerle el teléfono después de lo que ha hecho va listo. Incluso estoy valorando la posibilidad de faltar al trabajo mañana. Nunca lo he hecho antes sin una razón de peso, soy una persona responsable, pero es que no me veo capaz de enfrentarme a Alex en mis condiciones actuales. Podría acabar haciendo una tontería. Como, no sé, perder los papeles y montar un numerito frente a todos.

Me froto los ojos exhausta. Ojalá pudiera deshacerme del nudo que lleva horas oprimiéndome la garganta. No es solo que me sienta enfadada, sino que además me siento decepcionada. Confiaba en Alex. Lo consideraba algo más que mi jefe. Lo consideraba… un amigo. Familia. Después de esto, ¿cómo voy a ser capaz de volver a fiarme de él?

La sensación de pérdida se instala en la boca de mi estómago revolviéndolo todo. No sé si estoy más enfadada por el hecho de que me haya hecho pasar por todas esas citas horribles o porque me haya mentido.

Mierda, estoy hecha un lío.

Ni siquiera tengo tiempo de profundizar en ese pensamiento, porque el sonido del timbre de la puerta de entrada me devuelve a la realidad.

Dudosa, me dirijo hacia la puerta y miro por la mirilla. Es Alex.

¡Maldito Alex! ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha conseguido subir? ¿Y el portero porque no me ha llamado?

—¡Leah! Abre, por favor.

—No quiero.

—Leah…

—Vete.

—Si no abres me quedaré aquí a pasar la noche.

—Tú verás. El suelo de mármol tiene pinta de ser muy frío.

—Eso es lo de menos.

—Pues no pienso salir de aquí hasta que te marches, por mí cómo si te momificas frente a mi puerta.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan cruel?

—¡Lo he aprendido de ti!

Escucho un sonido al otro lado y luego veo aparecer en mi espacio visual a mi vecina Karen. Lleva albornoz, rulos y un bate de béisbol entre las manos. La imagen es tan grotesca que me cuesta un poco procesarla.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Karen señalando de forma amenazadora a Alex con el bate de béisbol.

—Eh, yo… —Alex la mira con los ojos muy abiertos y retrocede un paso.

—¿Eres un acosador?

—¿Qué? No, se equivoca, señora, yo solo…

—Leah, querida, ¿estás bien? ¿Quieres que llame a la policía?

A pesar de que la idea de que Alex acabe en un calabozo esta noche me parece increíblemente tentadora, decido abrir la puerta y acabar con esta situación antes de que la cosa vaya a más.

—No es necesario, gracias, Karen. —Miro a Alex y le hago una señal con la cabeza para que entre. Me despido de Karen, prometiéndole que la llamaré si necesito su bate de béisbol en

algún momento de la noche.

—Esa mujer da mucho miedo —dice Alex a mis espaldas.

Me giro y lo enfrento, cruzándome de brazos.

—¿Cómo has conseguido que el portero te dejara pasar sin avisar?

Se encoge de hombros.

—Me conoce. Me ha visto traerte y recogerte muchas veces. Así que ha sido fácil convencerlo.

—¿Y por qué has venido? Estoy fuera de mi horario laboral, no tienes ningún derecho a irrumpir en mi casa y trastocar mi paz mental a estas horas.

—Yo… lo siento, tienes razón —concede Alex, rascándose la nuca con expresión mortificada—. Pero necesitaba hablar contigo y no me cogías el teléfono. No sabía qué más hacer.

Parece sincero, y la forma en la que sus cejas se arquean denotan un malestar real. A pesar de que sigo muy enfadada con él, decido escucharle.

—Está bien. Tú dirás. ¿De qué necesitas hablar?

—Quería pedirte perdón. Fui un imbécil por haber actuado de una forma tan controladora contigo, no tenía ningún derecho a hacerlo. Supongo que tenías razón en todo lo que dijiste antes, aunque, para ser honestos, sigo pensando que no deberías distraer tu atención en algo tan trivial como salir con hombres. Apenas tienes tiempo entre el trabajo y los estudios. Si intentas abarcar demasiado es posible que acabes quemada y que no rindas bien.

Abro los ojos como platos.

—O sea, ¿lo que te preocupa es que no rinda lo suficiente en el trabajo?

—No, no me has entendido bien. Lo que quiero decir es que me preocupo por ti. Yo solo intentaba protegerte y...

—Pues no necesito que mi jefe me proteja —lo interrumpo—, puedo protegerme yo sola. ¿Quién te crees que eres? ¿Un príncipe azul? ¿Un caballero de brillante armadura? Pues no, te equivocas. Si esto fuera un cuento de hadas, tú serías la bruja malvada que siempre lo jode todo.

—He venido aquí para disculparme e intentar enmendar mi error, ¿por qué me atacas?

—Hasta donde yo sé, lo único que has hecho hasta ahora es justificar lo que hiciste.

—Eso es porque ni siquiera me has dejado terminar de hablar. Lo que quería decirte antes de que me comparases con la bruja malvada de un cuento, es que a pesar de que sigo pensando que no deberías tener esas citas solo para complacer a tu abuela, quiero reparar el daño.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Voy a dejar de manipular el código. A partir de ahora eres libre de hablar y quedar con los chicos que quieras.

Una risa amarga escapa del fondo de mi garganta.

—¿Te das cuenta de lo mal que suena eso? ¡Debí haber sido libre desde el principio!

—Sí. Y lo siento. Supongo que me dejé llevar por mi afán de querer controlarlo todo, pensando que hacía un bien por ti sin pararme a pensar en cómo te haría sentir. Prometo que no volverá a pasar.

Lo miro con los ojos entrecerrados, analizando su expresión. Parece hablar en serio, pero es inevitable dudar de sus palabras.

—Estoy muy dolida, Alex. Tu disculpa no cambia el hecho de que cruzaste ciertos límites.

Alex parece inquieto, como si no estuviera seguro de cómo responder.

—Lo sé. Y si hay cualquier cosa que pueda hacer para redimirme, solo tienes que decírmelo y lo haré.

Asiento, despacio.

—Solo necesito tiempo.

—Vale.

Alex suspira y después de un silencio tenso e incómodo decide que es momento de irse. No decimos mucho más de camino hacia la puerta, y una vez sola, me siento tan abrumada que en lugar de regresar frente al portátil para seguir con mi trabajo, acabo por tumbarme en la cama, cerrar los ojos y dejar que el sueño me venza.

Porque necesito dejar de pensar. Necesito olvidarme de Alex. Y no me refiero solo a olvidarme de su traición con todo el asunto de las citas, sino también de este vértigo maldito que me araña las entrañas cada vez que lo tengo cerca. Hoy más que nunca quiero dejar de sentirme en la parte alta de una montaña rusa cuya bajada solo conduce al desastre.

Capítulo 17

Leah

Unos días más tarde estoy sentada sobre la alfombra color carmesí del salón de Katie cenando tailandés, en una de nuestras noches de chicas. Neal ha salido con sus amigos a ver un partido de fútbol y nos ha dejado el piso, pequeño como una caja de cerillas, para nosotras solas.

—Bueno, es normal que tu relación con Alex no esté pasando por su mejor momento después de lo que ocurrió —apunta Katie, llevándose unos tallarines a la boca—. Te sientes resentida por su comportamiento. Yo también lo estaría en tu lugar.

Asiento. Resentimiento es mi segundo nombre desde que descubrí todo el pastel.

—Pero no me gusta el ambiente laboral que hay desde entonces. Siento que la complicidad que habíamos construido a base de años trabajando juntos se ha roto por completo. ¿Y si las cosas entre nosotros no vuelven a ser como antes? —La inquietud me oprime la garganta.

Llevo días pensando en la posibilidad de que mi relación con Alex nunca vuelva a ser la misma de antes, y eso duele. Duele porque después de la abuela y Katie, Alex era la persona más importante en mi vida.

Katie me observa fijamente mientras juega con un tirabuzón de su pelo.

—¿Por qué tengo la sensación de que no estás preocupada solo por el trabajo?

La pregunta de Katie me pilla por sorpresa y me pongo tan nerviosa que la gamba que tenía pinzada con los palillos resbala, aterrizando sobre mi blusa negra con topos blancos.

—No sé a qué te refieres —musito mientras limpio la mancha con una servilleta, sin mucho

éxito, todo sea dicho.

—Bueno, es que Alex y tú siempre habéis tenido un rollito muy raro.

—¿Un rollito muy raro? Explícate.

—Es decir, siento que nunca os habéis comportado solo como jefe y empleada. Yo me llevo genial con Ashton, pero jamás quedaría con él fuera del trabajo o le haría compañía día y noche en un hospital. Los límites entre nosotros son claros y está bien que lo sean para no dar pie a confusiones o malentendidos. Sin embargo, entre vosotros… —No acaba la frase, se limita a mirarme con una sonrisa suspicaz que me pone de los nervios

—¿Entre nosotros qué?

—Pienso que quizás en algún momento dejasteis de ser solo eso, ya sabes, jefe y empleada.

Mi ceño se frunce.

—¿Qué estás insinuando, Katie?

—No insinúo nada, solo te explico lo que se percibe desde fuera. Se nota que tenéis mucha complicidad y… bueno, es posible que el pasar tanto tiempo juntos haya hecho que empecéis a desarrollar sentimientos románticos el uno por el otro.

Me río sin ganas, ignorando una vocecita en mi interior. Una vocecita que lleva semanas intentando ser escuchada y que yo ignoro porque ignorarla es más fácil que gestionar lo que tiene que decir.

—Te equivocas. Solo somos amigos. Nada más.

—Pues no me lo creo, lo siento. Al menos no creo que sea así para él. ¿Quién compraría una aplicación valorada en centenares de miles de dólares solo para evitar que su «amiga» tenga citas con hombres?

—¿Una mente enferma?

—Leah, compró la app, manipuló el código, contrató a actores para tus citas desastrosas e incluso les dio un guion a seguir. ¿De verdad crees que hizo todo eso solo porque quería ayudarte como «amiga»? Yo te quiero mucho pero nunca haría algo así por ti.

—Pero él es multimillonario, para él esa inversión no es más que calderilla.

—Ya, pero no es solo el dinero. Es todo el esfuerzo que ha hecho para armar esta farsa.

Trago saliva, reflexionando sobre las palabras de mi amiga. Estos últimos días ya estoy hecha un lío con Alex y todo lo que remueve en mí. No puedo ahora enfrentarme a una posibilidad tan remota y absurda como el hecho de que yo pueda gustarle.

Niego con un movimiento de cabeza.

—Estoy segura de que te equivocas. Alex no siente nada por mí. Compró la aplicación por su necesidad patológica de querer controlarlo todo. Solo por eso.

—Si tú lo dices… —Se nota que Katie no lo piensa así.

—Además, de ser cierto no hubiera dejado de manipular mi perfil en la aplicación de citas, ¿verdad?

—Ummmm… Puede. ¿Estás segura de que ahora ya no lo hace?

Con un movimiento afirmativo le explico que el otro día me dejó hablar con el responsable del área técnica de HeartSync quién se comprometió a velar por la seguridad de mi cuenta de ahora en adelante. Además, de un día al otro empecé a recibir muchos más *match*, como antes de que Alex empezara con sus tejemanejes.

Podía haberme cambiado de aplicación para prevenir, pero decidí confiar en la palabra de Alex.

—¿Y hay algún hombre interesante? —Vuelve a preguntar Katie.

Asiento.

—En realidad, sí. Se llama Henry, es publicista y tiene un perrito adorable llamado *Chocolate* al que viste de reno por Navidad. Además, es muy familiar. Come todos los domingos con sus padres y hermanos. Y le gusta viajar.

Fuerzo una sonrisa para que Katie piense que estoy entusiasmada con Henry, aunque no sea del todo así. Es decir, llevamos unos días hablando, es majo, guapo y busca una relación estable, lo que lo convierte prácticamente en el hombre ideal, pero no siento nada cuando hablo con él. En lugar de estar emocionada ante la perspectiva de que Henry sea justo lo que necesito, estoy… apática. Como si conversar con él fuera algo que hago por obligación y no porque realmente me apetezca.

—Guau, ¿en serio? Necesito ver una foto —me pide Katie, quién parece haberse tragado el entusiasmo fingido. Cojo el móvil, abro la aplicación y le enseño una de las fotos de perfil de Henry. Es una selfi que se hizo en el gimnasio, donde se puede comprobar que tiene cuerpazo. Katie se pone en plan teatrera y hace como si se le cayera la baba y estuviera limpiándola del suelo—. Joder, Leah, está buenísimo.

—Quiere que quedemos este sábado para cenar pero yo tengo mis reservas.

—¿Por qué? Parece perfecto.

Me meto un trozo de pollo en la boca para darme tiempo a responder. No hay una razón específica por la que no quiera quedar con Henry. Solo siento que no estoy en el *mood* adecuado. Dedico tanto tiempo a pensar en Alex que no me queda tiempo para enfocarme en nada más. Ni siquiera en la universidad. Me pusieron un cinco en el trabajo que entregué el otro día por lo penoso que era.

¡Maldito Álex!

No solo consiguió manipular el código en la aplicación, ¡ahora ha conseguido manipularme el cerebro también! Soy incapaz de dejar de pensar en él.

Frente a una atónita Katie, me golpeo la frente con la mano abierta, como si intentara mediante este golpe enviar mis pensamientos sobre Alex al fondo de mi mente. Necesito sacármelo de la cabeza de una vez por todas. No puedo seguir así. Y, sobre todo, no puedo perder la posibilidad de conocer a alguien increíble solo por esto. Tengo que frenar esta tontería.

Con una nueva determinación brillando en el fondo de mis ojos, no sé si fruto de la desesperación o la esperanza, miro a Katie y aseguro:

—Olvida eso. Tienes razón. Le diré a Henry que sí y tendré una cita con él. ¿Qué puede salir mal?

Capítulo 18

Alex

Estoy sentado en una mesa junto a la ventana del Zenit, uno de los restaurantes mejor valorados de Nueva York. Un título que se ha ganado gracias a sus selectos platos de autor y a las inigualables vistas que ofrece. Y como soy de los que piensan que comer es un placer, un placer que se convierte en una experiencia sublime cuando va ligado a un lugar espectacular, no dudo en escoger este sitio para mis reuniones de trabajo. Además, me queda cerca de la empresa, así que eso también suma a su favor. Sin embargo, hoy no estoy aquí por negocios, sino porque supuestamente tengo una cita. Y digo supuestamente porque todo ha sido orquestado por Caden en contra de mi voluntad. Al final, el muy cabezota, habló con Janice y esta decidió presentarme a Bridget, una de sus amigas, con lo cual no me quedó otra que acceder a salir con ella. Era eso o quedar como un impresentable. Así que aquí estoy, a punto de cenar con una completa desconocida. Una completa desconocida que me mira con una sonrisa agradable desde el otro lado de la mesa.

—¿Ya saben lo que van a pedir? —pregunta uno de los camareros que ya me ha atendido otras veces.

—Yo de primero raviolis de langosta y de segundo pato asado. —Le devuelvo la carta y cuando me percato de que Bridget parece dudosa, añado—: Ambos platos son exquisitos, te los recomiendo. Siempre que vengo pido lo mismo.

—Una buena elección, desde luego —concuerda conmigo el camarero—. Son dos de nuestros platos más solicitados.

—¿Ah, sí? —Bridget levanta la mirada de la carta y asiente con una sonrisa—. Pues

entonces pediré lo mismo.

A continuación, el camarero nos pregunta que queremos beber y, tras anotarlo todo, saca un mando del bolsillo y lo apunta hacia el techo del que cuelga un retroproyector.

—Ahora mismo empezará la experiencia inmersiva —nos informa—. Que la disfruten.

En cuanto se marcha, Bridget me dirige una mirada interrogativa.

—Se refiere a que van a proyectar una simulación 3D sobre la mesa mientras nos preparan la comida —le explico—. Lo más curioso del asunto es que los platos que verás en movimiento son los mismos que hemos pedido.

—Vaya, ¿en serio?

—Sí, conozco al creador y no tiene desperdicio. Ahora verás.

Las imágenes empiezan a reproducirse sobre la mesa y dirigimos la vista hacia nuestros platos donde un chef en miniatura se dedica a prepararnos la cena. Si soy sincero, esta proyección es otra de las razones por las que elegí venir hoy aquí. Pensé que nos evitaría la incomodidad inicial, además de la obligación de estar todo el rato hablando. Y por lo visto di en el clavo. Bridget está tan ensimismada con la simulación que ni siquiera me mira. Lo que significa que yo puedo relajarme hasta que traen el primer plato.

A raíz de ahí sí que ya no hay excusas que valgan y no nos queda otra que empezar a hablar. Mantenemos una charla trivial sobre nuestros gustos culinarios, y los restaurantes a los que solemos ir, y cuando nos sirven el segundo plato la conversación deriva a temas más personales.

—Vaya, ¿así que te dedicas a la nanotecnología? —se sorprende Bridget cuando le hablo de mi profesión—. Janice me dijo que eras directivo, pero no entró en más detalles. Yo también estoy especializada en ese campo, concretamente en biomedicina.

Dejo de cortar la carne y la miro con curiosidad.

—¿En serio?

—Sí. Trabajo para la universidad de Columbia.

Asiento esbozando una lenta sonrisa de comprensión.

—Pues menuda coincidencia, sí —musito. Aunque por dentro estoy pensando que la casualidad no ha tenido nada que ver en esto. Janice es mucho más buena casamentera de lo que pensaba, lo tengo que reconocer.

Seguimos hablando mientras nos acabamos el segundo plato hasta que Bridget me explica que su departamento fue inaugurado hace solo cinco años y que poco a poco han ido incorporando más laboratorios. Y a partir de eso nos enfrascamos en un intercambio de ideas sobre métodos de secuenciación del Genoma, coincidimos sobre la importancia de la investigación, e incluso barajamos la posibilidad de una futura colaboración entre mi empresa y la universidad para la que trabaja.

La conversación es tan estimulante que el tiempo avanza más rápido de lo que había imaginado. Incluso tengo que reconocer que lo estoy pasando bastante bien después de todo.

Acabamos de cenar y el camarero aparece de nuevo para llevarse los platos vacíos y dejarnos la carta de postres. A todo esto, Bridget comenta que la comida le ha parecido deliciosa y se levanta para ir al lavabo.

La sigo con la mirada hasta que desaparece de mi campo de visión. La chica es bastante guapa, lo tengo que admitir, y el interés que ha despertado entre los hombres de las otras mesas también lo demuestra. Tiene buen tipo, el pelo largo y ondulado, de un tono cobrizo muy bonito, y el rostro agradable y bien formado. Sin embargo, no despierta en mí ningún tipo de atracción. Sí que es cierto que tenemos muchas cosas en común y podría hablar con ella durante horas, pero no nos veo compartiendo nada más. Ni siquiera una noche de sexo sin ataduras, como sugirió Caden. Un tema que me preocuparía si no hubiera constatado hace poco con otra mujer que mi

libido sigue al cien por cien de su capacidad. El problema es que, por ironías de la vida, esa mujer no es otra que Leah, mi indispensable y eficiente secretaria. Y ese no es el único vínculo que nos une, sino otro más personal que ahora mismo no voy a explicar para no extenderme.

Resoplo y me pregunto qué tal le estará yendo a Leah con sus citas. Le prometí que volvería a modificar el código para que pudiese quedar con quien quisiera y eso hice. Así que como mañana es fiesta, es muy probable que esta noche haya aprovechado para quedar con algún hombre. Un hombre real de la aplicación y no un actor. Un hombre que tal vez ahora mismo le esté haciendo sonreír y despierte en ella la atracción que yo no soy capaz de sentir con Bridget. Un hombre que no dude en intentar intimar con ella, besarla, tocarla e incluso follársela en la primera cita.

De repente, toda la comida que acabo de ingerir empieza a apretar con fuerza en mi estómago hasta el punto de que siento algo ácido trepando hacia mi garganta.

Dios. ¿Pero qué coño me está pasando últimamente? Necesito recuperar el control de mí mismo.

—¿Todo bien? —La voz de Bridget me saca de mis pensamientos y por un momento la miro aturdido. Vuelve a estar sentada frente a mí pese a que yo no la he visto ni llegar.

—¿Disculpa?

—Te pregunto si va todo bien. De repente te has puesto muy pálido.

Trago saliva con fuerza para erradicar el mal gusto que se ha adueñado de mi boca.

—Estoy perfectamente, sí.

Bridget asiente, aunque no parece muy convencida, y para mi alivio el camarero aparece de nuevo con la carta de postres.

—¿Qué me recomiendas? —me pregunta ella con la vista puesta en la carta.

Cojo la mía y le echo un vistazo rápido.

—Con el postre la elección es más complicada. Todos son increíbles —confieso—. Ummm… ¿Te gusta el chocolate?

—Me encanta.

—Entonces elige el brownie. No te arrepentirás.

—¿Es lo que vas a pedir tú?

Asiento, aunque mis desvaríos mentales han conseguido que pierda el apetito.

—El chocolate también es lo mío.

—De acuerdo. Pues no se hable más.

Dejamos las cartas a un lado y el camarero regresa para anotar lo que queremos. Luego pone rumbo a la cocina y mientras le observo distraído reparo en la pareja que acaba de entrar. Él es bastante alto, aunque no tanto como yo, y va vestido con un traje chaqueta de un color parecido al mío. Ella tiene unas piernas larguísimas y un cuerpo esbelto. Siguen al camarero que les acompaña hacia su mesa y, cuando llegan a nuestra altura, no puedo evitar volver a fijarme en la chica. Lleva puesto un vestido drapeado ajustado y tengo que admitir que realza sus curvas de forma exquisita. Curiosamente, se acaban sentando a nuestra izquierda y en un acto reflejo llevo la mirada hacia su rostro y… la sangre se me cuaja en las venas.

No porque no sea bonita sino al contrario. Es preciosa. Tanto que hace tiempo ya que memoricé esa cara a la perfección. Esa boca, esa nariz y esos ojos que ahora también me están mirando a mí. Y por su expresión no dudo de que también está alucinando.

Mierda, pero ¿qué cojones está haciendo Leah aquí?

Capítulo 19

Leah

Me quedo mirando al hombre de la mesa de al lado incapaz de disimular la sorpresa en mi cara. Ahí está el hombre de facciones perfectas y vestimenta impecable con el que tengo el placer o la desgracia de trabajar codo con codo todos los días.

Dios mío, no puedo creerlo. No puedo creer que de entre todos los restaurantes de Nueva York haya ido a parar al mismo que Alex. ¿Es que el universo está confabulando en mi contra o qué?

A ver, que soy consciente de que las casualidades existen. Y este es uno de los restaurantes que Alex suele escoger para sus reuniones de trabajo. Yo misma me he encargado de realizar la reserva un sinfín de veces. Pero lo cierto es que siempre que he reservado lo he hecho para la hora de la comida y en días laborables. Así que sinceramente dudo mucho que su presencia de hoy aquí se trate de una coincidencia. Y más teniendo en cuenta su historial. Compró la aplicación de citas, manipuló el código a su antojo y lo más probable es que haya continuado aprovechándose de eso para seguir controlando mis movimientos.

Eso es, sí.

Debe haber estado husmeando en mi perfil y leyendo mis conversaciones. De ahí que haya descubierto donde he quedado con Henry. Todo ello violando mi derecho a la privacidad. Vete a saber cuántos más derechos y normas ha infringido. Aunque por encima de todo, lo que más me duele es que me haya mentido. Otra vez. Me prometió que nunca más volvería a hacer una cosa así, incluso metió en el ajo al responsable del área técnica de la app como garantía. Y todo ha resultado ser una pantomima.

Creía que Alex ya había rebasado todos los límites, pero está claro que me equivocaba.

Siento como si una hoguera estuviera prendiendo en mi interior. Una hoguera que no hace más que avivarse cuando Alex me envía un saludo desenfadado acompañado de una sonrisa inocente. La posibilidad de levantarme e irme cobra fuerza dentro de mí, pero al final me acabo diciendo que no puedo hacerle eso a Henry. Para empezar porque fue él quien se encargó de realizar la reserva y no quiero causarle más molestias.

—¿Quién es? —me pregunta este percatándose de que estoy mirando en dirección a Alex.

Inspiro con fuerza y me vuelvo de nuevo hacia él.

—Un compañero de trabajo.

—¿En serio? Menuda coincidencia.

—Tú lo has dicho. Menuda coincidencia —murmuro, y no dudo en volver a lanzarle otra mirada asesina a Alex.

Por suerte enseguida aparece el camarero con la carta y la distracción me ayuda a calmarme un poco.

—¿Qué vas a pedir? —le pregunto a Henry con la vista puesta en el listado de platos—. Todo tiene tan buena pinta que no consigo decidirme.

—Ummm… Pues estoy dudando entre el pato a la naranja y el pollo con salsa. Aunque el cangrejo también tiene aspecto de estar exquisito.

Busco los platos que dice y echo un vistazo a la descripción.

—Pues creo que me decantaré por…

—Disculpad. —Una voz ajena a las nuestras se entromete en la conversación y no necesito alzar la vista para saber a quién pertenece. A Alex por supuesto—. Si me permitís la intromisión, os recomiendo que pidáis raviolis de gambas y pato asado. Son los platos estrella de este sitio.

—Oh, ¿en serio? —Henry parece un poco sorprendido por la intromisión de Alex, pero enseguida vuelve la mirada a la carta y asiente—. Parecen muy apetitosos, sí. Pediré eso entonces. Gracias por el consejo. —Le dirige a Alex una sonrisa sincera y este le responde con un «no hay de qué» con un gesto de cabeza.

Yo, en cambio, ignoro la falsa amabilidad de Alex y lo miro apretando la mandíbula. ¿Pero qué narices se propone? No pienso dejar que me fastidie la noche.

—Pues yo pediré el primer plato que has dicho —anuncio volviendo la cabeza hacia Henry, y en el proceso me aseguro de hablar lo bastante fuerte para que Alex me oiga—. El pato a la naranja. Y de primero el arroz caldoso de mar y montaña.

La verdad es que preferiría morirme de hambre antes que probar un solo bocado de los platos que ha recomendado el manipulador de mi jefe.

Con ese pensamiento aparece de nuevo el camarero para pedirnos nota y antes de marcharse nos informa de que va a iniciar la simulación 3D. No me sorprende porque Henry ya me había hablado de ella y como me pareció una idea muy original busqué más información por la red.

Un pequeño chef virtual de aspecto bonachón empieza a corretear sobre la mesa mientras nuestros platos se van llenando de ingredientes, pero yo soy incapaz de dejarme llevar. No puedo dejar de pensar en el hombre que se encuentra sentado en la mesa de al lado y en la razón de porqué está aquí.

Ladeo la cabeza y lo miro con disimulo.

Ahora parece que está manteniendo una conversación relajada con la chica que tiene enfrente. Es muy guapa, lo tengo que reconocer. No puedo evitar preguntarme si Alex tendrá algún tipo de interés en ella o si por lo contrario solo la está usando de tapadera. Es decir, para que no parezca que solo está aquí para espiarme a mí. O tal vez ambas posibilidades son ciertas y mi jefe se las ha ingeniado para matar dos pájaros de un tiro.

Desde luego es experto en resolver conflictos en el menor tiempo posible. En eso y en muchas cosas más, como siempre se encarga de recordarme. Sea como sea, lo cierto es que la chica sí parece interesada en él de manera genuina. Su forma de mirarle no deja lugar a dudas. Cosa que no me extraña porque, por mucho que me pese, tengo que reconocer que hoy Alex está especialmente guapo. Demasiado teniendo en cuenta que para él lo de hoy es todo puro teatro.

Suelto un suspiro de frustración mientras él se dedica a cortar un trozo de pastel de lo que parece chocolate. Y cuando se lo lleva a la boca, mi mirada se queda atrapada ahí sin remedio. Hasta que otra persona se interpone en mi visión y me libera del maldito encanto envenena cerebros de Alex.

Al instante comprendo que se trata del camarero que ha venido a traernos los primeros platos. Los deja sobre la mesa y tras darle las gracias tomo una cucharada de arroz. Como era de esperar está en su punto, pero dudo que consiga acabármelo. Toda esta situación ha conseguido que se me cierre el estómago. También me cuesta actuar como si no hubiera pasado nada, pero Henry resulta ser un conversador nato y a medida que transcurre la velada me voy dejando llevar gracias a su desparpajo. Hablamos de temas variados sin que la conversación decaiga en ningún momento e incluso llego a reírme a carcajada limpia un par de veces, lo cual es de agradecer.

Entre una cosa y otra, al final el tiempo se me pasa volando y llega el momento de escoger el postre. Abrimos nuestras cartas y empiezo a leer el listado que también es muy extenso. Pero no he llegado ni a la segunda línea cuando vuelvo a oír una voz que proviene de la mesa de al lado. La odiosa voz de Alex inmiscuyéndose de nuevo.

—Si no sabéis qué pedir de postre os recomiendo el brownie.

Cierro los ojos con fuerza, inspiro hondo y me vuelvo hacia él.

—Gracias por tu ayuda, pero no necesitamos que sigas iluminándonos con tus conocimientos sobre este lugar. Para empezar porque no nos apetece pastel de chocolate. ¿Verdad Henry? —Miro a Henry que parece un poco descolocado, pero al final acaba asintiendo.

—Es cierto. Pediremos otra cosa. —Le echa un vistazo rápido a la carta—. ¿Qué tal un sorbete de limón?

Asiento y me aseguro de regalarle una de mis mejores sonrisas hasta la fecha.

—Me parece perfecto.

Cierro la carta y aunque no vuelvo a mirar a Alex, sé que me sigue observando. Puedo sentir su mirada clavada en mí, lo cual demuestra que mi teoría es cierta. Solo está aquí para controlarme.

Es obvio que quiere que mi cita acabe en desastre. Pero yo voy a encargarme de demostrarle que eso no va a pasar ni en sus mejores sueños. Así que durante los minutos siguientes dedico toda mi energía a dejar claro que estoy disfrutando como nunca. Y eso incluye sonreír mucho, y también tocar de vez en cuando el brazo de Henry con complicidad.

—Dios mío, ¿en serio te sacaste dos carreras a la vez? —exclamo al cabo de un rato cuando Henry me habla de sus estudios. Y por supuesto lo hago con sorpresa desmedida. Luego sin bajar la voz añado—: Vaya, es admirable. Yo estoy intentando sacarme el grado de Gestión de Eventos, pero me exigen tanto en el trabajo que no sé si lo conseguiré…

Henry me dirige una mirada cómplice.

—Te creo. Yo viví algo similar en la primera empresa para la que trabajé. Parece mentira, pero la explotación laboral sigue a la orden del día.

—¿Explotación laboral? —La voz de Alex vuelve a hacer acto de presencia, pero esta vez suena tan fuerte que hasta la chica que está con él lo mira sorprendida. Me vuelvo de nuevo hacia él y le veo esbozar una sonrisa plagada de incomodidad. Carraspea antes de volver a hablar—. A ver…, Henry. Te llamas así, ¿verdad? No hagas caso de lo que Leah acaba de decir porque esa no es la situación en la empresa ni mucho menos. De hecho, Nano Tech siempre encabeza el ranking de empresas que más cuidan a sus trabajadores. El problema es que la chica no sabe

gestionar su tiempo. —Clava sus ojos en mí—. Un tiempo muy preciado que su benevolente jefe le regala para estudiar, pero que, sin embargo, ella prefiere desperdiciar mariposeando por ahí…

¿Qué?

Abro la boca de par en par, atónita ante lo que acabo de oír y mi primer impulso es arremeter sin control contra Alex. Pero por suerte aparece el camarero con nuestro postre y me impide montar una escena en medio del restaurante.

Tras eso le digo a Henry que necesito ir un momento al servicio y, sin mirar hacia la mesa de Alex, me levanto y desaparezco del comedor.

Sigo las indicaciones que me llevan hasta la planta de arriba y encuentro los servicios al final de un pasillo. Una vez dentro me percato de que son igual de lujosos que el resto del local, y también de que estoy completamente sola. Con lo cual no dudo en aprovechar la ocasión para expulsar toda la rabia acumulada que llevo dentro. Empiezo a soltar improperios a cuál peor, todos contra mi jefe. Y en medio de ese desfase verbal, oigo que alguien empuja la puerta detrás de mí. Me callo al mismo tiempo que me doy la vuelta y… cuando descubro quién acaba de entrar mi corazón se salta un latido.

Es Alex. Y por la seriedad que recorre su rostro sé que me ha escuchado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto alzando la barbilla. No voy a dejar que me intimide—. Este es el baño de mujeres.

—Lo sé. —Da un par de pasos en mi dirección y se cruza de brazos—. Lo cierto es que venía a pedirte perdón por mi último comentario. Pero en vistas de qué a tus ojos soy un perturbado, además de muchos calificativos más, supongo que es mejor que no gaste mi energía, ¿no?

Asiento con un gesto.

—Supones bien. A estas alturas ya no me creo tus disculpas. Para empezar porque me

aseguraste que estabas arrepentido, y que nunca más volverías a meterte en mi vida, pero era todo una farsa por tu parte.

Alex parpadea, desconcertado.

—¿Qué quieres decir?

—Venga ya, no te hagas el tonto. Me mentiste sin miramientos y el hecho de que estés hoy aquí lo demuestra. —Le sostengo la mirada mientras su expresión pasa del estupor a la comprensión.

—Espera un momento, a ver si lo entiendo, ¿crees que estoy aquí para controlarte?

Vuelvo a asentir.

—Eso es lo que pienso, sí. Es demasiada casualidad que hayamos coincidido los dos en el mismo sitio. Volviste a husmear en la aplicación y cuando descubriste el lugar donde había quedado con Henry, decidiste montarte tú también una cita como tapadera.

Alex suelta una sonora carcajada que no ilumina sus ojos.

—¿Una cita como tapadera? Pero si fuiste tú la que sugeriste que quedara con mujeres. ¿O es que ya no te acuerdas?

—Claro que lo recuerdo —murmuro, y en el proceso me apoyo en la superficie sobre la que descansa el lavamanos—. Pero la idea era que lo hicieras de corazón y sin ninguna intención oculta detrás.

—Y así es como ha sido. Para saciar tu curiosidad te diré que Bridget es una amiga de Janice. Ella misma fue quien lo organizó todo.

—¿Ah sí? ¿Y sabe Bridget que en realidad la estás utilizando para espiarme a mí?

Alex se pasa una mano a la frente y suspira.

—Te lo vuelvo a repetir. Todo ha sido una macabra casualidad sobre la que yo no he tenido nada que ver. Pregúntale a Janice si quieres. Tu cita de hoy es lo último que tenía en la cabeza hasta que has entrado por la puerta. Bridget es una mujer muy atractiva, además de inteligente, y tengo que reconocer que me lo estoy pasando muy bien con ella. Me gusta.

No puedo evitar que en mis labios aparezca una sonrisa cargada de incredulidad.

—¿En serio? Permíteme que lo dude.

Y a partir de ahí la expresión de Alex cambia por completo. Como si su paciencia hubiera tocado fondo.

—¿Qué pasa, Leah? —pregunta dando un par de pasos hacia mí y por alguna extraña razón retrocedo hacia el fondo del lavabo—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia? ¿Es que no me ves capaz de sentirme atraído por una mujer?

Sigue acercándose a mí mientras yo sigo retrocediendo, hasta que me doy cuenta de que a mi espalda está la pared y no puedo dar ni un paso más.

—Claro que sí —le contesto intentando mantenerme firme—. Solo creo que con Bridget no se ha dado esa posibilidad.

Alex apoya uno de sus fuertes brazos en la pared y clava su mirada en mí.

—Ah, ¿no? ¿Cómo estás tan segura?

Trago saliva.

—Porque de lo contrario, no habrías tenido tiempo de pensar en nada más que no fuera, ya sabes…, ella.

Bajo la vista para no puedo seguir enfrentándome a la intensidad de los ojos de Alex, pero cuando lo hago tropiezo con sus labios de anuncio. Así que, sinceramente, no sé qué es peor, una cosa o la otra.

—Ya veo… —murmura de repente él con voz más grave de lo normal. Una voz ronca y oscura que retumba en mi bajo vientre y se extiende por el resto de mi cuerpo en forma de burbujas calientes—. Así que, por lo visto, te has convertido en toda una experta en cuanto a mí se refiere.

Aparto la mirada para intentar dejar de sentir ese torbellino de sensaciones, pero aún siento la fuerte presencia de Alex en todos los poros de mi cuerpo.

—Yo no diría tanto, pero te conozco bastante bien. Si lo que dices fuera verdad me habría dado cuenta.

—Muy bien. Pues si tanto me conoces, ¿qué es lo que estoy pensando ahora, Leah?

Mi mirada desconcertada regresa a la suya y cuando nuestros ojos se encuentran me doy cuenta de que no debería haberlo permitido. Alex me está mirando con una nueva intensidad que hace que me flojeen las piernas. Me está mirando como aquella vez en el hospital, con las pupilas dilatadas y la respiración acelerada. Y al igual que aquel día lo tengo demasiado cerca y… una parte de mí desea reducir más esa distancia.

Tal vez por eso ignoro la voz de mi sentido común y no me aparto cuando algo cambia en el ambiente. Ni tampoco cuando Alex ladea la cabeza y acerca lentamente su cara a la mía. El corazón empieza a latir desbocado dentro de mi pecho mientras una especie de fuerza electromagnética me atrae hacia su boca. Y cuando cierro los ojos ya sé que estoy perdida.

El tiempo se detiene en el mismo momento en que nuestros labios se tocan. Con una leve caricia al principio, pero aun así la sensación es tan intensa que todo mi cuerpo se contrae en respuesta. Y por supuesto me pide más. Entreabro los labios mientras la boca de Alex empieza a moverse con habilidad sobre la mía y cuando nuestras lenguas se tocan todo se precipita.

Alex pasa sus dedos por mi pelo y con la otra mano me empuja hacia él por la cadera. Mis manos hacen lo propio y se aferran a sus hombros. Un gemido ronco escapa de su garganta al

mismo tiempo que el beso se vuelve más profundo. Un beso que causa estragos en todas las zonas erógenas de mi cuerpo.

Dios, su boca sabe un poco a chocolate y es tan adictiva como había supuesto que sería. Su pecho es duro como una roca como también era de esperar. En cambio, su forma de besar no tiene nada que ver con nada que haya soñado o experimentado hasta la fecha. Es intensa y exigente, pero también paciente y con un toque de dulzura. Todo igual que él. Está claro que no hay nada en el mundo que Alex Hudson pueda hacer mal. Debería haberlo imaginado. Debería…

De repente un ruido se cuela en mi neblina mental. Un ruido que me pone alerta y obliga a todos mis sentidos a trabajar. No tardo en comprender que se trata de voces. Voces de mujeres que están a punto de entrar en el servicio.

Me separo de Alex al mismo tiempo que él también se aleja de mí y, como ya suponía, la puerta se abre, y dos mujeres de mediana edad aparecen frente a nosotros. Los ojos de ambas reparan en mí, después en Alex y… sus voces se apagan al instante. Luego intercambian una mirada de circunstancias totalmente lógica. Al fin y al cabo, estamos en el lavabo femenino y Alex no tiene pinta de mujer.

De todas maneras, después de lo que acaba de pasar entre mi jefe y yo, la imagen que le estemos transmitiendo a dos extrañas es el menor de mis problemas.

Bajo la cabeza y salgo escopeteada del lavabo.

Capítulo 20

Leah

Me encuentro frente al edificio donde vivo esperando que Alex llegue para dirigirnos al aeropuerto. Son las seis de la mañana, aún es de noche y hace un frío que pela. Hoy tenemos uno de esos viajes exprés en el que vamos y volvemos de otro Estado en un mismo día. Esta vez toca Washington. Y no me apetece nada ir.

Apenas han pasado unos días desde que Alex y yo nos besamos en el cuarto de baño del Zenit y desde entonces nuestra relación está atravesando la mayor crisis hasta la fecha. Somos incapaces de actuar con normalidad lo que hace que cada interacción entre nosotros sea una tortura. Estamos tensos, incómodos y… extraños. Es como si la complicidad de siempre se hubiera desvanecido de un plumazo.

Besarnos fue un error, eso está claro. Ni siquiera recuerdo muy bien cómo ocurrió. En un momento estábamos discutiendo y al otro tenía su lengua dentro de mi boca.

¿Cómo pudimos hacer algo así? ¿Se trata de un episodio compartido de enajenación mental transitoria? ¿Eso existe?

De nuevo, vuelvo a sentir sus labios presionando los míos, su lengua invadiendo mi boca y su cuerpo duro aprisionándome contra la pared. Me llevo una mano a mis mejillas que de pronto se han sonrojado. Mentiría si dijera que no me gustó, o que quería que parara, o que no participé activamente en ese beso. O que no me excité. Un calor intenso recorre la parte baja de mi vientre al recordarlo y suelto un suspiro llena de frustración.

Agh, fuera, fuera, no debería estar pensando en esto a pocos minutos de tener que verlo.

El sonido de un coche a lo lejos me obliga a abandonar esa línea de pensamiento. Dirijo la mirada a la carretera y diviso un taxi acercándose hasta detenerse frente a mí. Álex baja la ventanilla y con un gesto me indica que suba. Volteo el vehículo y me siento, lo más alejada que puedo de él. Compartir un espacio tan reducido con Alex es lo último que me apetece hacer en este momento, pero tampoco tengo otra opción. Es trabajo y debería comportarme como la secretaria competente y profesional que soy.

Tampoco es que Álex me lo ponga especialmente fácil. Hoy está tan guapo que cuando me pongo el cinturón y lo miro para saludarlo, se me corta la respiración. Ya no es que sus rasgos sean perfectos, o que su cabello oscuro parezca suave al tacto y quiera acariciarlo, o que el traje azul que lleva le quede como un guante, o que sus hombros anchos parezcan el lugar perfecto para apoyar la cabeza y sentirse protegida… es algo más. Es la forma en la que sus ojos brillan con intensidad cuando me mira.

Sea como sea no me puedo permitir el lujo de quedarme embobada mirándolo, así que carraspeo, desvío la mirada, saco el Ipad del bolso y empiezo a recitarle la agenda del día.

Hoy nos toca volar a Washington D. C. para que Alex de una conferencia en la Universidad de Georgetown. Son muchas las universidades que nos solicitan este tipo de colaboraciones. A pesar de su corta edad, Alex es el mayor referente de nanotecnología del país.

Alex no me vuelve a mirar ni una sola vez mientras le explico el planning. Se limita a asentir mientras mantiene su mirada fija a la ventanilla. El ambiente entre nosotros se vuelve tan denso y pesado que cuando llegamos al aeropuerto salgo disparada fuera del taxi como quién lleva mucho tiempo debajo del agua y emerge a la superficie en busca de oxígeno.

Por suerte nuestros caminos se separan aquí. Alex tiene un pase VIP, por lo que accede nada más entrar a una zona exclusiva, mientras yo sigo el recorrido habitual. Al menos durante las siguientes dos horas no tendremos que vernos las caras, porque él irá en primera clase y yo en turista.

Mientras me dejo caer en una de las sillas, no dejo de preguntarme cuánto tiempo durará esta situación con Alex. No quiero que estemos así. No quiero que nuestra relación se eche a perder por un error.

¿Alguna vez conseguiremos volver a ser los de antes?

***

La mañana pasa volando. Después de llegar a Washington D. C. un coche pasa a recogernos para llevarnos a la Universidad de Georgetown. Allí entramos en el torbellino típico de este tipo de eventos. Alex es secuestrado por los profesores del departamento de ingeniería de la universidad y yo me quedo en la sala donde se celebrará la conferencia. Mi trabajo es simple: debo tomar fotografías y videos para las redes sociales de la empresa.

La sala se llena rápidamente con estudiantes y académicos ansiosos por escuchar a Alex hablar sobre los «Avances en Nanotecnología para el tratamiento del Cáncer». Mientras busco el mejor ángulo para las fotos, escucho los cuchicheos de la gente. Algunos mencionan lo impresionante que es que Alex haya conseguido tanto siendo tan joven, pero una pequeña minoría, formada sobre todo por chicas, se enfocan en otro tipo de aptitudes:

—A mí este tema no me interesa demasiado, pero en cuánto vi su foto en el cartel decidí hacer un hueco en la agenda para esta conferencia —dice una de ellas.

—Deberían darle un programa en la tele, haría que el interés por las Ciencias aumentara abruptamente entre la población femenina —dice otra provocando las carcajadas de las demás.

—En una entrevista dijo que no estaba casado ni tenía pareja, ¿debería darle mi número de teléfono? —pregunta una tercera.

Normalmente, ignoro este tipo de comentarios, pero hoy me afectan de manera diferente. Siento una punzada de celos que intento reprimir. ¿Por qué debería importarme lo que piensen de él? Es mi jefe, nada más. Debería centrarme en hacer bien mi trabajo y no dejar que esos comentarios me afecten.

Alex aparece en escena y los cuchicheos y risitas se acentúan. Tras una breve presentación por parte del decano de la universidad, la charla da comienzo. Como siempre su presencia es magnética y su carisma arrollador. Tiene una manera de hablar y expresarse que consigue mantener la atención del público con facilidad. Se nota que la nanotecnología es su vida, su mundo y su pasión, y que su dedicación es genuina.

Yo sigo grabando algunos cortes para que el departamento de marketing pueda hacer un video y colgarlo en YouTube. Estoy tan concentrada en tomar buenos planos que tardo unos segundos en darme cuenta de que los ojos de Alex están fijos en mí. Me doy cuenta a través de la pantalla, desde donde sus ojos castaños parecen más grandes y su mirada más profunda. Habla mirándome, como si el auditorio estuviera vacío y solo existiéramos nosotros dos. Como si fuera la única persona que existe en esta sala.

Y este es uno de los motivos por los que detesto a Alex en este momento. No debería mirarme así y hacerme sentir especial e importante. Me confunde, altera mis biorritmos y me hace sentir cosas que no quiero sentir.

Cuando la conferencia termina me escondo en los baños. Sé que Alex almorzará con algunos profesores de la universidad, lo que me da un margen para relajarme y alejar de mi mente los pensamientos indeseados que su mirada intensa ha provocado durante la charla.

Cuando salgo al pasillo minutos después, me siento mejor. Compro un sándwich y un refresco en una de las máquinas expendedoras y busco un banco en el que sentarme mientras espero que llegue la hora para marcharnos. El vuelo sale a las cinco, así que aún quedan un par de horas. Saco el móvil y reviso los mensajes pendientes. Tengo varios de Henry. Ahora ya no

hablamos a través de la app, sino por WhatsApp. Por mucho que Alex insistiera en que su presencia en el Zenit fue una coincidencia, sigo sin creérmelo mucho.

Abro la conversación.

HENRY

Ey, ¿cómo va por Washington D. C.? Esta mañana *Chocolate* y yo hemos paseado por Central Park y he pensado que podrías acompañarnos la próxima vez.

HENRY

¿Quizás el sábado?

HENRY

Espero que te encuentres mejor.

Después del último mensaje hay una foto suya con *Chocolate* mirando a la cámara. Me siento fatal. Primero por haber besado a otro durante nuestra cita, y después por haberle dado largas estos días cuando ha insistido en quedar con la excusa de que no me encontraba bien. Se nota que Henry está interesado en mí de verdad, entonces, ¿por qué sus mensajes no despiertan nada en mí? Es un chico guapo, atento, simpático, divertido y comprometido, todo lo que una mujer podría desear, entonces, ¿por qué la idea de volver a verlo me produce tanto rechazo?

Como no quiero ser grosera, le respondo con un mensaje ambiguo:

LEAH

Hola, Henry. Por aquí va todo bien. La conferencia ha terminado ya. Y sí, me encuentro mejor, gracias. Este fin de semana tengo mucho trabajo de la uni. ¿Nos vemos en otra ocasión?

Suelto un suspiro sintiéndome mala persona y me como el sándwich mientras veo la lluvia torrencial caer detrás de los grandes ventanales. El cielo se ve tan oscuro que parece de noche. Se oyen truenos y de vez en cuando los relámpagos iluminan el cielo plomizo.

Tras acabarme el sándwich, me dedico a pasear por la universidad. Es preciosa, con su arquitectura tradicional y sus jardines bien cuidados, a pesar de la lluvia que los empapa.

Cuando ya falta poco para tener que reunirme con Alex, escucho el móvil vibrar dentro del bolso. Es un número desconocido. Respondo con el saludo de rigor.

—Buenas tardes, le habla SkyLink Airways para comunicarle una situación imprevista. Debido a las intensas lluvias y tormentas eléctricas, lamentamos informarle que todos los vuelos programados para hoy en el Aeropuerto Internacional de Washington Dulles han sido cancelados. La reanudación de los servicios está programada tan pronto como mejoren las condiciones climáticas.

Suelto una exclamación ahogada.

—¿Qué? ¡Eso es un inconveniente! ¿Cuándo se espera que mejore la situación?

—Según nuestros meteorólogos, prevemos que las condiciones mejorarán durante las primeras horas de la mañana.

—¿Qué? ¿Mañana? Pero ¿dónde se supone que vamos a pasar la noche?

—Le recomendamos buscar alojamiento en la ciudad. Podemos proporcionarle algunas opciones si lo desea. Siempre tratamos de ser considerados con nuestros clientes, especialmente con nuestros clientes VIP, como es el caso del señor Hudson.

La llamada finaliza poco después y yo me quedo congelada.

No podremos volver hoy a Nueva York.

Deberemos quedarnos aquí a pasar la noche.

¿Por qué mi vida tiene más giros inesperados que una maldita comedia romántica?

Capítulo 21

Alex

—Lo siento, pero no tenemos habitaciones ordinarias disponibles. Esta semana es el congreso de medicina más grande del año y todas nuestras habitaciones están reservadas —dice la recepcionista del hotel al que acabamos de llegar con una sonrisa apenada.

A mi lado, Leah resopla llena de frustración.

—Entonces, ¿nos quedamos sin opciones?

—Solo nos queda la Suite Presidencial, pero es una de nuestras suites más exclusivas y costosas.

Leah parece indecisa, así que tomo el control de la situación.

—De acuerdo, tomaremos la Suite Presidencial. —Le entrego la tarjeta para el pago.

La recepcionista asiente y nos entrega las llaves de la suite. Me dirijo hacia los ascensores, pero veo que Leah no me sigue.

—¿Qué haces parada ahí? Ven. —Le hago una señal para que se acerque, pero ella niega con un movimiento de cabeza.

—Me quedaré en el bar del hotel esperando que llamen del aeropuerto. Tú descansa. Yo te avisaré cuando haya novedades.

—¿Y por qué ibas a pasar la noche en el bar del hotel teniendo una habitación disponible?

Leah hace una mueca.

—Tú lo has dicho, una sola habitación. Necesitas privacidad.

—¿Privacidad? Dormiste a mi lado en el hospital una semana entera hace poco.

—Ya, pero ahora la situación es distinta.

—¿Por qué?

Leah me mira claramente contrariada. No la culpo. Entre nosotros las cosas están más bien frías, como si acabáramos de entrar en la Era glacial. Reconozco que compartir habitación con ella tampoco es algo que me apetezca teniendo en cuenta la situación, pero no pienso permitir que pase la noche en el bar de un hotel. Es inadmisible.

—Vale, con suerte serán solo unas horas.

A pesar de no estar muy convencida, accede. Subimos al ascensor hasta la Suite Presidencial. La habitación es amplia y elegante, con una cama King-size, una zona de estar espaciosa y una vista impresionante de la ciudad desde el ventanal. Una vista emborronada por la lluvia que cae sin cesar.

—¿Me permites usar el baño para darme una ducha rápida? —pregunta Leah.

—Por supuesto. Haz como si esta habitación fuera también tuya.

Leah entra en el baño y yo me tumbo en la cama. Los nervios revolotean por mi estómago. Vale, puede que tener a Leah desnuda dentro del cuarto de baño no ayude a mantener a raya mi estabilidad mental. Intento no pensar en el beso que nos dimos, o bueno, que le di, porque yo lo inicié, aunque ella no lo detuviese, pero es imposible. Incluso cuando estoy enfocado en otras cosas, el dichoso beso sigue presente en un segundo plano.

Lo peor de todo no son las implicaciones legales de besar a una empleada, que las hay, sino las implicaciones personales. Porque mi relación con Leah es una de las más significativas que hay en mi vida. Por ella y por todo lo que la envuelve. La cuestión es que no debería haberla

besado. Debería haber mantenido bajo control el impulso del momento. Pero no lo sé, no tengo ni idea de lo que pasó por mi mente. Solo sé que la parte racional se desvaneció y quedó en su lugar otra primitiva. Y aún pude detenerme a tiempo por qué aquellas mujeres irrumpieron en el baño, de lo contrario, no sé qué hubiera pasado. Estaba desatado. Solo podía pensar en follarla contra aquella pared. Mierda. ¿Qué clase de perturbado soy?

Todo sería más sencillo si el beso hubiera sido un fiasco. Ahora podríamos hablar de ello con naturalidad y admitir que fue un error, que nos dejamos llevar por un momento de tensión descontrolado. Pero el beso fue alucinante. Fue tan bueno que de pronto entendí porque la gente les escribía canciones y les dedicaba poemas. No puedo sacar a colación el tema porque ni siquiera yo mismo entiendo qué me está pasando. ¿Cómo puedes hablar de algo que no entiendes? Normalmente, me guío por lo tangible, lo lógico, lo racional. Pero esta situación no es nada de eso. Mis pensamientos se vuelven caóticos cada vez que recuerdo ese beso y no puedo evitar que mi cuerpo reaccione de manera inapropiada.

En un intento desesperado para conseguir que el beso vuelva a ese cómodo segundo plano, saco el portátil y me pongo a trabajar en temas pendientes. Me quito la americana y la corbata, me acomodo en la cama y desde allí respondo correos y reviso documentos pendientes.

Leah sale del baño, vestida con la misma ropa que antes. Lleva el pelo un poco húmedo y su rostro libre de maquillaje. Se sienta en el sofá de la salita, que veo desde mi posición pues se trata de una zona diáfana. Coge el móvil y lo desbloquea. Se lleva el aparato a la oreja como si quisiera escuchar algo en voz baja, pero el mensaje se reproduce en voz alta.

—Ey, perdona que te haga un audio en lugar de escribir, pero es que estoy en el coche, con el manos libres. Vaya, siento mucho que te hayas quedado tirada en Washington D. C. con tu compañero de trabajo. Espero que te esté tratando bien. Si en algún momento te aburres y quieres que te entretenga no dudes en llamarme. Un beso. —Reconozco la voz del tipo en cuestión. Es el mismo con el que tuvo una cita el otro día. Mientras el audio se reproduce veo los intentos vanos

de Leah por detenerlo.

Un relámpago de malestar recorre mi columna vertebral.

—¿Sigues en contacto con ese tipo? —pregunto, aunque no puedo evitar que mi voz suene más áspera de lo que pretendía.

—¿Con Henry? Sí —responde Leah, su rostro adquiere un tono rojo brillante.

—Ajá. Me sorprende.

—¿Por qué? —Leah parece incómoda con mi pregunta.

—Bueno, no parecía tu tipo.

—Pues sí lo es. Es completamente mi tipo. Guapo, inteligente, divertido y buena persona.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, pero hago un esfuerzo por ocultar mi decepción. No debería sentirme así, no tengo derecho a sentirme así. Leah es una mujer soltera, y puede salir con quien quiera. Entonces, ¿por qué me molesta?

—Curioso… —murmuro, intentando sonar indiferente.

—¿El qué?

Me callo lo que de verdad quiero decirle: «Es curioso que no fuera con él con quién te besaras». En lugar de mencionar eso, me limito a encogerme de hombros y decir, con la mirada fija en mi portátil:

—Si tienes hambre puedes llamar al servicio de habitaciones y pedir algo para cenar.

—Vale, gracias. —Se levanta, coge el auricular, marca unos números y se lo pone en la oreja—. ¿Pido algo para ti?

—No, gracias. No tengo apetito.

Leah pide su cena y luego se acomoda en la zona de trabajo con su iPad. Seguro que está

ocupada con sus estudios. Escucho sus murmullos frustrados y maldiciones en voz baja mientras lucha con algo en la pantalla.

—¿Necesitas ayuda con algo? —pregunto intentando ser amable.

—Estoy haciendo un presupuesto ficticio para un trabajo, pero no consigo que las casillas se sumen en el total. No sé qué estoy haciendo mal.

—Déjame ver —le digo, extendiendo la mano.

Leah se sienta en la cama junto a mí y me entrega su iPad. Examino la pantalla y rápidamente identifico el error. Le señalo dónde está y le propongo algunas correcciones para mejorar el presupuesto. Es reconfortante volver a sentir la complicidad envolviéndonos, haciéndonos sentir cómodos y seguros el uno con el otro. Con Leah siempre ha sido así. O lo había sido hasta antes de que su abuela la empujara a tener esas malditas citas.

A medida que pasa el tiempo la posición de Leah cambia, pasa de estar sentada a estar tumbada junto a mí, mirando la pantalla del iPad juntos. Bosteza, parece cansada. La cercanía entre nosotros es inevitable, y mi corazón se acelera con cada roce accidental de nuestros brazos. Aunque intento concentrarme en lo que estamos haciendo, mi mente divaga hacia lugares mucho más oscuros y peligrosos.

Estoy explicándole cómo dar formato al documento cuando escucho el sonido pausado de su respiración y al mirarla me doy cuenta de que se ha quedado dormida. Una oleada de ternura se expande por mi pecho. Debía de estar agotada si se ha quedado dormida así. Cierro el iPad y lo dejo sobre la mesita de noche. Se ha tumbado sobre las sábanas, así que me levanto, busco en los armarios, encuentro un edredón y con cuidado la tapo con él. Vuelvo a acomodarme en la cama y la observo dormir. Me recreo en sus facciones: en las pestañas largas y negras, en su nariz un poco respingona, sus pómulos altos y sus labios carnosos ligeramente entreabiertos. Mis ojos se quedan fijos ahí, en esos labios. ¿Por qué no dejo de pensar en lo mucho que me gustaría volver a besarlos?

Un calor creciente se instala en mi estómago y me levanto de la cama de un salto, frustrado y enfadado conmigo mismo. Pero ¿qué coño me pasa? ¿Por qué mi mente no deja de pensar cosas indebidas?

Recuerdo las palabras de Caden: «Alex, ¿no es posible que Leah te guste?» o «Leah es una mujer muy atractiva, tú un hombre en edad de procrear y como tu dijiste pasáis mucho tiempo juntos. No sería tan descabellado que hubieras empezado a sentirte atraído por ella».

¿Y si es eso lo que me pasa? ¿Y si Leah me gusta?

Nunca me ha gustado nadie antes. Me he sentido atraído por mujeres y he tenido alguna que otra relación, pero nunca jamás he sentido amor romántico por ellas. De hecho, durante un tiempo llegué a plantearme que era arromántico. ¿Y si estaba equivocado? Desde luego la inteligencia emocional no es lo mío.

Necesitado de respuestas, cojo el portátil, abro un navegador oculto y escribo en el buscador: «Cómo saber si alguien te gusta». Dios, si alguien supiera que el CEO de una empresa de éxito se dedica a buscar estas cosas en Internet mi reputación se iría a pique. Intento acallar la voz de mi conciencia que siente vergüenza ajena por mi comportamiento y miro los resultados que aparecen en la pantalla. Los primeros son meramente informativos, pero acabo encontrando uno que promete brindar una respuesta clara a través de un test.

A pesar de saber que esto es ridículo, decido someterme al test en línea. No pierdo nada por intentarlo.

La primera pregunta dice así:

¿Cómo te sientes cuando estás cerca de esa persona?

A) Siento mariposas en el estómago y me pongo nervioso al instante.
B) Me siento un poco emocionado y ansioso.

C) No siento ningún cambio emocional en particular.

La «C» está fuera de lugar. Leah nunca me ha provocado indiferencia. Desde el primer momento, me generó curiosidad y simpatía. Y ahora… está claro que la opción más precisa es la «A». Cuando estoy cerca de Leah mi corazón empieza a latir más rápido, siento un nudo en el estómago y me cuesta pensar con claridad.

Convencido de mi respuesta, selecciono la opción «A» y sigo con la pregunta siguiente.

¿Qué tan seguido piensas en esa persona?

A) Casi todo el tiempo, no puedo sacarla de mi mente.

B) A veces, especialmente cuando interactuamos.

C) Rara vez.

Esta vez la opción «A» vuelve a ser la más acertada. Sobre todo en las últimas semanas es así. Leah ocupa gran parte de mis pensamientos. Cuando ella me dijo que empezaría a tener citas con otros hombres, la idea de perderla se convirtió en una constante. Aunque antes de eso ya pensaba en ella más de lo normal.

Con un suspiro resignado, vuelvo a seleccionar la opción «A» y continúo el test. Cada pregunta que dejo atrás me hace estar más convencido de que mis sentimientos por Leah van más allá de una amistad o una relación laboral. Son preguntas reveladoras que me hacen reflexionar sobre cómo me siento cuándo pienso en ella, si me gusta escuchar su voz o si me preocupo por su bienestar.

Finalmente llego a la última:

¿Te imaginas en una relación romántica con esa persona?

A) Sí, absolutamente. Visualizo a la perfección un futuro juntos lleno de amor y felicidad

B) Tal vez, aunque tengo dudas o inseguridades al respecto.

C) No, nunca he pensado en ella de esa manera.

Me detengo ante esta pregunta, de alguna manera es la más importante de todas. ¿Me imagino en una relación con Leah? Para ser honestos nunca he destinado mucho tiempo a pensar en mi vida personal. Ni siquiera me he llegado a preguntar si quería casarme o tener hijos, o no al menos de una forma consciente. El no tener familia supongo que ha influenciado en eso. Siempre he estado tan enfocado en mi trabajo que el resto de mi vida ha quedado relegado a un segundo plano.

Por un momento me imagino cómo sería tener una relación con Leah. Cómo sería despertar cada mañana a su lado, besarla cada día y hacerle el amor todas las noches. ¿Por qué es tan fácil imaginarlo? ¿Y por qué de pronto la idea de dibujar un futuro junto a ella se me antoja una posibilidad tan increíblemente tentadora?

Una certeza cae sobre mí como una losa pesada.

Leah me gusta. Me gusta mucho. Me encanta. Me vuelve loco.

A pesar de la revelación repentina, elijo la opción «A» y dejo que el test arroje su resultado:

¡Vaya, vaya! Parece que alguien tiene un pequeño *crush*. ¡Tus sentimientos hacia esta persona son más intensos de lo que creías! Es posible que estés enamorado/a de ella. ¡No temas explorar tus emociones y darle una oportunidad al amor!

Cierro el test, el portátil y me llevo una mano a la boca que se abre con incredulidad. Así que, a fin de cuentas, sí, Leah me gusta. Me gusta tanto que fui capaz de gastarme un dineral en una aplicación y montar una pantomima para que no conociera un hombre mejor que yo. Lo hice pensando que la estaba protegiendo, pero al único que estaba protegiendo era a mí mismo.

¿Cómo he podido ser tan estúpido? Hace años que admiro su forma de ser, su talento y dedicación. Incluso me he quedado más de una vez embobado mirándole el trasero o las piernas. ¿Cómo no he podido darme cuenta antes de lo mucho que me gustaba?

Dejo el portátil sobre la mesita de noche, junto al Ipad y me tumbo en la cama, a una distancia segura respecto a ella. Apago la luz general y dejo abierta una lámpara auxiliar, creando a nuestro alrededor una atmósfera íntima. Mi cabeza bulle en un caos de pensamientos desordenados.

Lo bueno es que ahora que sé lo que me pasa, puedo actuar en consecuencia. La conozco lo suficiente como para saber que no puedo hacer movimientos demasiado bruscos. Debo ser cuidadoso y no forzar la situación.

Tampoco estoy seguro de que Leah sienta lo mismo por mí, pero que me devolviera el beso es un buen indicador. Y si yo aún no le gusto, no hay mayor problema, haré lo que sea para convertirme en el hombre que ella necesita. La conquistaré y enamoraré. Soy constante y perseverante. Una vez tengo un objetivo, no desfallezco hasta conseguirlo.

Imagino que necesitará tiempo para acostumbrarse a la nueva situación. No pasa nada, esperaré a que deje de verme solo como su jefe y empiece a verme como algo más.

Pero ahora estoy seguro de que Leah es mi futuro, ese futuro que hasta hace poco ni siquiera era capaz de visualizar.

Sintiéndome más ligero, cierro los ojos y me dejo llevar por el sueño. Mañana será un nuevo día lleno de posibilidades.

Capítulo 22

Leah

Abro los ojos y fijo la mirada en el techo del que cuelga un ventilador que no me es familiar. Tampoco reconozco los muebles de madera maciza que tengo a mi alrededor, ni las tupidas cortinas que cubren las ventanas. Me incorporo un poco, completamente desubicada, y mis ojos van a parar a la mesita de noche. Sobre ella descansa un folleto de propaganda anunciando diversos monumentos emblemáticos, entre ellos el Capitolio. Al instante varias imágenes inconexas empiezan a acudir a mi memoria y no tardo en recordar donde estoy.

En la suite de un hotel en Washington D. C. En la única habitación que quedaba libre para ser precisos. Y en la que solo hay una cama de matrimonio para dos personas que no lo son ni por asomo. Ni siquiera recuerdo cuándo me quedé dormida.

Aprieto los ojos con fuerza y, cuando me armo de valor, giro la cabeza consciente de quién voy a encontrar a mi lado.

Y ahí está.

Nada más y nada menos que Alex, mi jefe, durmiendo con su cara a pocos centímetros de la mía.

Me vuelvo con el corazón disparado y maldigo para mí misma.

Mierda, este no es el mejor momento para jugar a los recién casados con Alex. Necesito estar lo más lejos posible de él hasta que las cosas se calmen y compartir la cama de la suite de un hotel es todo lo contrario a eso. Además, tampoco puedo poner orden al cacao mental que llevo en la cabeza mientras lo tenga cerca. Su presencia no hace más que aumentar mi confusión.

Anoche volví a ser testigo de ello. Sobre todo, cuando me pidió que me sentara a su lado en la cama.

Está demostrado que Alex me altera y me acelera el corazón, pero al mismo tiempo me lo llena de calidez. Me hace sentir como si estuviera al borde de un abismo, pero también segura y reconfortada. Y todo ello de una forma que nunca había experimentado, cuando sé de sobras que no debería sentirme así.

De ninguna de las maneras.

Suspiro y no puedo evitar echarle otra mirada furtiva.

Es curioso porque esta no es la primera vez que le veo dormir, pero sí la primera que le observo haciéndolo de forma tan relajada. Como si por primera vez en mucho tiempo se hubiera librado de todas sus preocupaciones. Me fijo en su rostro destensado y en el pelo revuelto que ahora le cubre parte de la frente, y no puedo evitar sonreír. Desde luego no tiene nada que ver con la imagen imponente y rígida que muestra al mundo. Ahora su aspecto es mucho más juvenil, desenfadado e incluso inocente, diría yo. Como si nunca hubiera roto un plato cuando yo sé de sobras que no es así. Dejando de lado el tema de la aplicación, Alex también está implicado en el episodio del beso. Un beso que no debería haber ocurrido, pero contra todo pronóstico lo hizo.

Y mi castigo es vivir el resto de mi vida sin poder sacármelo de la cabeza.

Me muerdo el labio y deslizo la mirada por su cara hasta que la detengo en su boca. Recuerdo a la perfección su textura y su sabor. Su hábil forma de moverse. La facilidad con la que me adapté a sus movimientos. Unas sensaciones que no dudo que volverían a repetirse si me dejara llevar y volviera a besarle.

Los músculos de mi bajo vientre se ponen tensos cuando me imagino haciendo precisamente eso. A Alex y yo continuando desde el punto donde lo dejamos la otra vez. Solo que ahora ya no

estamos en el lavabo de un restaurante, sino en una cama, y las posibilidades son infinitas. Cierro los ojos. Mi temperatura corporal aumenta al mismo tiempo que varias imágenes, a cuál más indecente, se suceden en mi mente. Y al final no me queda otra que sacudir la cabeza para sacarlas de ahí.

Dios, ¿desde cuándo tengo una mente tan sucia? Yo no soy así.

Con ese pensamiento abro los ojos y me doy cuenta de que Alex también los tiene abiertos. Lo que significa que está despierto. Me dirige una mirada velada que no tarda en aclararse, y ahí aparece de nuevo ese brillo que derriba todos mis muros y barreras. Ese brillo que me hace sentir como si yo fuera una especie de descubrimiento fascinante. El descubrimiento más importante con el que se ha cruzado hasta la fecha, cuando en realidad no soy más que su secretaria. Una secretaria a la que tiene en mucha estima, y a la que considera una buena amiga, sí, pero ya está. Por eso no debería seguir mirándome así. Y ni mucho menos clavar luego la vista en mis labios. Porque me conduce a pensar que tal vez se esté imaginando lo mismo que yo hace unos instantes. A los dos en esta cama, dejándonos llevar por la pasión y…

Un sonido estridente irrumpe en el ambiente y me incorporo con el corazón disparado. No tardo en comprender que proviene de mi teléfono, el cual dejé ayer noche cargando sobre la mesita.

Aparto el edredón y tras sentarme en el borde de la cama descuelgo la llamada.

—Buenos días, llamo de SkyLink Airways para informarle de que el Aeropuerto de Washington Dulles acaba de empezar a operar con normalidad.

Me cuesta unos segundos comprender lo que la voz femenina del otro lado de la línea me acaba de decir.

—Ahm, vale. Perfecto.

—Ahora vamos a reprogramar su viaje. Vamos a ver… Según me aparece en pantalla, su

vuelo cancelado tenía como destino el aeropuerto John Fitzgerald Kennedy de la ciudad de Nueva York, ¿verdad?

—Sí. Eso es.

—De acuerdo. Pues el primer vuelo con destino a ese aeropuerto sale a las diez de esta mañana. ¿Les va bien?

Miro el reloj y le contesto que sí sin dudarlo.

—Allí estaremos.

Necesito regresar a Nueva York y necesito hacerlo ya, pero no precisamente por motivos laborales…

—En ese caso les reservamos dos asientos. Uno en clase preferente y otro en clase turista como en su anterior vuelo.

—De acuerdo. Gracias por contactar con nosotros tan rápido.

—No hay de qué. Sentimos las molestias causadas.

Nos despedimos y finalizo la llamada.

Al instante oigo la voz de Alex y su cercanía me hace pegar un respingo.

—¿Eran los de la aerolínea?

Dejo el móvil sobre la mesita.

—Sí, los vuelos se han restablecido y nos han programado uno, para dentro de tres horas.

—Genial —murmura y tras hacer una pausa añade—: ¿Has dormido bien?

Trago saliva y no me queda otra que volverme hacia él.

—Sí, gracias —le contesto fingiendo una tranquilidad que no siento en absoluto. Ya no solo

por el hecho de que hayamos compartido cama, sino porque Alex ahora está apoyado en el respaldo, y unos pectorales de infarto se asoman a través de su camisa medio desabrochada—. ¿Y tú?

Asiente mientras se despereza.

—Yo también… La verdad es que me siento muy descansado. Hacía mucho que no dormía toda la noche del tirón. —Con ese último comentario sus ojos buscan la míos y al instante veo en ellos algo que ayer no estaba ahí. Una expresión que cabalga entre la duda y la determinación absoluta que no hace más que aumentar mi incomodidad. Como si tuviera la necesidad de decirme algo, pero no sabe cómo hacerlo.

—Me alegro. —Aparto la mirada y, tras pasarme una mano por el pelo que de buen seguro tengo revuelto, me levanto. Señalo hacia el lavabo—. Voy a adecentarme un poco y enseguida llamo para que nos traigan el desayuno.

Por el rabillo del ojo veo que Alex asiente, pero no vuelvo a mirarle directamente. Cruzo la habitación a paso rápido y me encierro en el baño.

***

Una hora más tarde ya estoy haciendo cola junto a otros pasajeros con destino a Nueva York. Cuando llega mi turno le enseño mi billete a la azafata y cruzo la pasarela de embarque que me lleva al interior del avión. Como de costumbre, antes de buscar mi asiento me dirijo a la zona VIP, donde Alex debe llevar ya un rato acomodado. Una vez allí lo ayudo a preparar todo lo que necesitará para trabajar durante el vuelo y, tras asegurarme de que está todo en orden, me despido.

—Espera, ¿a dónde vas? —me pregunta él antes de que le dé la espalda.

—A sentarme en mi butaca. Tengo los pies molidos.

—Entonces haz lo propio. —Da unos golpecitos en el asiento justo al lado del suyo, como si estuviera animándome a sentarme—. Es una butaca increíblemente cómoda.

Suspiro mientras pongo los brazos en jarras.

—No estoy para bromas, Alex. Ese no es mi asiento. —Meto la mano en el bolsillo de mi abrigo y saco mi tarjeta de embarque para verificar el número exacto.

—Sí que lo es. He pedido que te lo cambiaran cuando nos hemos separado.

Mi mirada vuela hacia él al mismo tiempo que una arruga aparece en mi frente.

—¿Que lo has cambiado?

—Sí.

—¿Y eso por qué?

—Tranquila, no te alteres. Lo he hecho para que me puedas ayudar durante el vuelo —me contesta y tras echar un vistazo a su alrededor como si estuviera comprobando que nadie nos escucha añade—. Además, también es una forma de compensarte. Ya sabes…, por lo que pasó con la aplicación y demás.

La incomodidad vuelve a adueñarse de mi sistema nervioso, hasta el punto de que mi capacidad de pensar también se ve afectada. Por eso no soy capaz de articular más que un simple «vale» antes de acatar las órdenes de Alex y sentarme en mi nueva butaca de lujo.

—¿Qué tal? —me pregunta él al cabo de un rato—. ¿Te sientes a gusto?

Levanto la mirada del iPad y le digo que sí, con un gesto rígido.

—La verdad es que tenías razón. Es un asiento muy cómodo.

Alex me sonríe visiblemente complacido y no puedo evitar preguntarme qué demonios le debe de estar pasando por la cabeza. En todos estos años nunca nos hemos sentado juntos durante los vuelos de trabajo. Así que supongo que es lógico que me sienta extrañada al respecto.

¿Se trata de una forma de compensarme como bien ha dicho él? ¿O quizá hay algo más? Algo más relacionado con…

—El cinturón. —Su voz me sobresalta de nuevo.

Salgo de mi ensimismamiento y me doy cuenta de que el avión ya se ha puesto en movimiento.

—Oh, sí. —Bajo la cabeza para coger la cinta, pero antes de que tenga tiempo de reaccionar, Alex lo hace por mí.

Entonces acerca su rostro al mío, y une ambos extremos del cinturón mientras el mundo se detiene a mi alrededor. Y por lo visto yo también me he quedado paralizada porque no puedo hacer otra cosa que quedarme inmóvil hasta que él acaba de ajustarlo.

—La seguridad ante todo —me dice en cuanto se aparta, y en el proceso me dedica otra sonrisa radiante.

Esta vez sí que no soy capaz de encontrar mi voz. Ni siquiera para darle las gracias.

Dios mío, ¿pero a qué viene tanta caballerosidad?

¿Quién es este nuevo Alex que tengo delante?

Esas son algunas de las preguntas que no dejan de revolotear en mi cabeza mientras el avión despega y empieza a sobrevolar las nubes. Aunque por muchas vueltas que le dé no consigo dar con la respuesta. Lo único que tengo claro es que no reconozco a Alex. No lo reconozco a él, ni tampoco a mí misma. Porque, para más inri, no puedo dejar de recrearme en la sensación que me ha embargado cuando él me ha abrochado el cinturón.

Una sensación cálida y agradable que me hace flotar como si estuviera subida en una nube en lugar de un avión.

***

Horas más tarde cruzo la puerta de mi apartamento con la sensación de que he entrado en el cielo. Nada más aterrizar hemos cogido un taxi que nos ha dejado en la empresa, donde hemos continuado con la jornada laboral habitual. Con lo cual, entre una cosa y otra, estoy muerta de cansancio.

Desde luego ha sido un día demasiado intenso en todos los sentidos.

Me siento en la cama y me quito los tacones con una mueca de dolor. Me iría bien darme una ducha, pero estoy demasiado cansada incluso para eso, así que al final me limito a ponerme el pijama. Luego paso por el lavabo para desmaquillarme y lavarme los dientes de forma rápida y me tumbo en la cama. Necesito dormir y evadirme de todo.

Apago la luz, me abrazo a mi peluche y cuando cierro los ojos intento pensar en alguna de mis series favoritas para relajarme.

Sí, eso siempre me funciona.

No hay nada como imaginarse a algún actor buenorro para desestresarse. Y si es sin ropa, y en alguna escena tórrida, todavía mejor. El único problema es que esta noche el invento no parece funcionar. Y todo por culpa de Alex, que no deja de colarse en mis pensamientos. Alex con su sonrisa irresistible y sus repentinos buenos modales. Alex abrochándome el cinturón de seguridad y encargándose de que la azafata me trajera el café justo como a mí me gusta. Alex prestándome su americana para que no pasara frío por culpa del aire acondicionado. Alex

llevándome la maleta y abriéndome la puerta del taxi.

Gruño contra el cojín.

Dios. ¿Pero qué mosca le ha picado?

Suelto un gemido y enciendo la luz consciente de que en este estado no voy a conseguir dormir. Luego cojo el mando, enciendo la tele, y me pongo el último capítulo de la serie que estoy viendo. Por suerte la intriga enseguida me atrapa y no tardo en evadirme.

Sin embargo, no debo llevar así ni media hora, como mucho, cuando oigo el sonido de una notificación proveniente del móvil. Lo cojo y le echo un vistazo rápido. Para mi sorpresa es un *Super Like* de la app de citas, lo que significa que tengo un nuevo admirador. No puedo evitar abrir la aplicación para ver de quién se trata.

Lo primero que me llama la atención es el nombre que aparece en el perfil. Porque por casualidades de la vida también es Alex. Lo siguiente en que me fijo es en la foto.

Entonces llega a la conclusión de que no se trata de ninguna coincidencia.

El hombre de cuerpo de infarto y rostro de modelo que me devuelve la mirada desde la pantalla, el mismo que me acaba de enviar una solicitud en HeartSync, es Alex Hudson, mi jefe.

Capítulo 23

Leah

A la mañana siguiente cuando suena el despertador me quiero morir. Literalmente me siento como si me hubiera pasado una apisonadora por encima, cosa que no me extraña teniendo en cuenta que debo de haber dormido máximo tres horas.

Y por descontado, la culpa de todo la tiene Alex.

Fijo la mirada en el techo mientras los acontecimientos de ayer acuden a mi mente hasta que llego a la peor parte: El momento en que descubrí que mi jefe me había enviado un *Super like* a través de HeartSync.

Suelto un gemido cargado de frustración y me tapo la cara.

Dios, es surrealista. Lo más surrealista que me ha ocurrido en la vida.

Me incorporo y cojo mi móvil, con la esperanza de que se trate todo de una pesadilla. Pero no. Ahí sigue la petición de Alex. En espera.

Suelto el teléfono como si con ello pudiera hacer desaparecer los hechos y vuelvo a gemir.

Vale, no lo he soñado. Alex se ha registrado en la aplicación de citas y me ha dado un super me gusta.

¿El por qué? No lo tengo claro. De la misma manera que tampoco sé cómo debería actuar yo a partir de aquí.

Me muerdo una uña e intento pensar un poco en ello.

Por lo pronto lo más fácil es que ignore su petición, eso está claro. Pero el problema vendrá

después cuando tenga que encontrarme cara a cara con él en el trabajo. Y para ello queda algo más de una hora… ¿Cómo debería actuar entonces? ¿Fingiendo que no ha pasado nada? ¿O quizás lo mejor sería preguntarle por el tema directamente? También está la posibilidad de que sea él quien saque el tema. ¿Qué debería decirle en ese caso?

Joder. ¿Desde cuándo mi vida se ha vuelto tan complicada?

Salgo de la cama y sigo dándole vueltas al asunto mientras abro el armario. Por lo general siempre me preocupo de que mi atuendo no desentone, de la misma manera que también dedico buena parte del tiempo a peinarme y a maquillarme. Pero hoy todo eso me parece secundario. Me visto con el primer pantalón y la primera camisa que encuentro, me aplico un poco de máscara de pestañas y me dejo el pelo suelto. Luego me preparo un café rápido, que me bebo sin ganas, me pongo al abrigo y salgo de mi apartamento.

Una vez abajo abro el paraguas que he cogido en el último momento. Está lloviendo a cántaros y por el color gris oscuro de las nubes no tiene pinta de que el tiempo vaya a mejorar. Por suerte la parada del metro no me queda muy lejos. Me dirijo hacia el paso de peatones de mi calle y, mientras cruzo, veo un coche estacionado al otro lado que me es familiar. Antes de que tenga tiempo de plantearme nada más, su ocupante se asoma por la ventanilla y me llama por mi nombre.

—¡Leah!

Entrecierro los ojos para intentar ver a través de la lluvia y el corazón me da un vuelco.

¿Alex? ¿Pero qué diantres está haciendo aquí?

Me acerco a la puerta del lado del conductor y doy voz a mis pensamientos mientras la lluvia repiquetea con fuerza sobre mi paraguas.

—¿Qué haces aquí?

—¿No es obvio? Te he venido a recoger.

—Ya, ¿pero por qué? Hoy no tenemos ninguna salida programada.

—Simplemente porque está diluviando y no quiero que te presentes en la empresa como un perro mojado. Venga sube.

Le lanzo una última mirada de desconcierto y hago lo que me dice.

Una vez dentro del coche dejo el paraguas junto a mis pies e intento acomodarme con la inquietud circulando por mis venas.

—El cinturón —oigo que dice Alex.

Y antes de que tenga tiempo de reaccionar se repite el episodio del avión. Es decir, Alex invade mi espacio personal hasta niveles extremos, coge el cinturón, y me lo abrocha a la vez que yo me quedo paralizada. Su olor me envuelve, su presencia me abruma y mi corazón empieza a latir como un loco.

—¿Cómo es que últimamente estás tan despistada? —añade con una sonrisa mientras yo sigo en estado de shock.

—Yo…, eh… —empiezo a decir, pero antes de que consiga acabar, él coge una bolsa de papel del asiento de atrás y la deja sobre mi regazo.

Alzo una ceja.

—¿Y esto?

—Es tu desayuno.

—¿Mi qué?

Abro la bolsa de la que emana un aroma dulzón muy apetitoso y, cuando veo lo que hay en el interior, no puedo evitar sonreír a pesar de todo. Son unas galletas rellenas de chocolate negro y crema de cacahuete, con una forma de corazón muy característica, que venden en una pastelería con mucho renombre. Hace tiempo que quería probarlas y Alex lo sabía.

Cojo una y la miro con entusiasmo.

—¿Cómo las has conseguido? Por lo general hay que hacer una hora de cola para comprarlas.

—Mejor no preguntes. —Alex lleva su mirada al frente y enciende el motor al mismo tiempo que yo le observo con expresión divertida. La verdad es que solo el hecho de imaginármelo haciendo cola como el resto de los mortales me hace reír—. Venga prueba una —añade.

Le doy un mordisco y a medida que mastico constato que las galletas tienen su fama bien merecida. Son crujientes, pero cremosas por dentro, y los ingredientes se derriten en mi boca de una manera irresistible.

Alex me mira de reojo mientras se incorpora a la marcha.

—¿Qué tal están?

—Espectaculares. —Muerdo otro trozo—. Gracias por el detalle.

—No hay de qué. —Alex tuerce una sonrisa y siento que las piernas se convierten en gelatina. Suerte que estoy sentada, de lo contrario tendría serios problemas para mantenerme en pie.

Durante los siguientes minutos, el silencio nos rodea, pero no es incómodo en absoluto. Es evidente que algo ha cambiado entre nosotros en las últimas 48 horas, pero ¿qué es?

El recuerdo de la solicitud de Alex en la aplicación de citas ocupa mi mente. ¿Eso tiene relación con este cambio repentino? Y de ser así, ¿cuál es su objetivo?

Fijo mi mirada en el cristal empañado, que me devuelve una imagen distorsionada de la realidad. Fuera sigue lloviendo con fuerza y todo parece caótico y confuso. Justo como me siento yo.

—Sigue comiendo. —La voz de Alex me saca de mis pensamientos y le miro de nuevo.

—¿Qué?

—Que sigas comiendo —repite sin mirarme—. Esas galletas valen su peso en oro y parte de mi tiempo. Así que no puedes desperdiciar ni una miga.

Asiento y como de costumbre le hago caso.

***

Ya es casi mediodía cuando me doy cuenta de que todavía no he hecho las fotocopias para la próxima reunión, así que me pongo con ello sin perder ni un segundo. Cojo la carpeta con los papeles que necesito y me dirijo a la sala donde están las fotocopiadoras. Por suerte consigo hacerlas sin ningún incidente y no tardo más de diez minutos en regresar a mi zona. Todavía no me he sentado cuando veo una bolsa de papel sobre mi mesa que antes no estaba ahí.

—¿Qué es esto? —le pregunto a Cindy, la asistente del subdirector, que está sentada en otra mesa cercana.

Me dirige una mirada rápida y se encoge de hombros.

—No lo sé, lo ha dejado el director Hudson. Ha dicho que era para ti.

Al oír nombrar a Alex me tenso de forma instantánea, pero aun así asiento y vuelvo a sentarme fingiendo normalidad.

Miro con disimulo dentro de la bolsa. En su interior hay una botella de agua y varios platos envasados de comida para llevar.

¿Pero qué demonios? ¿Alex ha vuelto a comprarme comida?

Cierro la bolsa en el acto y la dejo a un lado para que no la vea nadie. Luego clavo la mirada en la puerta del despacho de Alex. La idea de entrar en tromba y exigirle que deje de comportarse conmigo de esta forma tan extraña me tienta con fuerza. Pero al final mi sentido común evita que lo haga.

Cindy sigue aquí y no es una persona muy discreta que digamos. Con lo cual la historia de mi episodio de locura transitoria no tardaría ni media hora en circular por toda la empresa.

Chasqueo la lengua y tras unos instantes de indecisión, cojo la bolsa y pongo rumbo al departamento de Katie.

No tardo en divisarla en su lugar de trabajo habitual junto al despacho de Ashton Wells. Saludo de forma rápida al resto de integrantes del equipo jurídico y me planto a su lado.

—Ey, Katie. —La saludo con un movimiento de mano—. ¿Has comido ya?

—Todavía no. Antes quería acabar este informe.

—¿Te queda mucho?

—No lo sé. Puede que un cuarto de hora, ¿por qué?

Me acerco a ella y bajo la voz.

—Necesito contarte algo. Urgentemente.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado?

Le dirijo una mirada de circunstancias, como dándole a entender que no se lo puedo explicar aquí, que ella capta en el acto.

—Oh… Pues mejor me tomo un descanso, sí. —Se levanta y coge su bolso—. Vamos.

Salimos de su departamento y, tras cruzar el pasillo que conecta los diferentes espacios, entramos en la sala habilitada como comedor. Por ahora no hay nadie más aparte de nosotras,

pero aun así me aseguro de elegir una mesa que quede apartada.

—¿Qué es lo que pasa? —me pregunta enseguida Katie—. Estoy muerta de intriga.

Me limito a vaciar todo el contenido de la bolsa que me ha dejado Alex mientras ella pone cara de estupefacción.

—Vaya. ¿Qué mosca te ha picado para ir a comprar la comida en Sunday? Vale un ojo de la cara.

—Lo sé. Pero no la he comprado yo, ese es el problema —le confieso abriendo los envases.

—¿No? ¿Y quién ha sido entonces? —Katie pasea su mirada sobre los platos y señala hacia el que contiene espaguetis a la carbonara—. ¿Puedo coger un poco de eso?

—Adelante sírvete lo que quieras. Como puedes ver aquí hay comida para parar un tren. Alex se ha pasado comprando cosas.

Katie arruga la frente.

—¿Así que ha sido Alex? ¿Él es quien ha comprado todo esto?

Asiento con expresión apesadumbrada.

—Sí. Y la cosa no queda ahí. También me ha comprado el desayuno y me ha acompañado en coche al trabajo. Y ayer cambió mi billete de avión para que pudiera sentarme con él en primera clase…

—¿En serio? —Katie sonríe con entusiasmo—. Vaya, vaya con Alex Hudson. No conocía esa faceta suya tan adorable.

Atravieso un trozo de brócoli con el tenedor y lo hago con tanta fuerza que lo desmenuzo en el proceso.

—No es adorable. Lo que está haciendo está totalmente fuera de lugar. ¿Y si se enteran los

demás? No quiero ser la comidilla de la empresa.

—¿Por qué te preocupas por eso ahora? Tú aprovecha y déjate mimar. Que les den a los cotillas.

Agito la cabeza con reprobación.

—Ese no es el único problema. No entiendo a que está jugando a Alex. ¿Sabías que se presentó en el restaurante el día que quedé con Henry?

Katie abre mucho los ojos.

—Por supuesto que no. ¿Cómo lo iba a saber? No me lo habías contado.

—Es verdad, lo siento. Ya no sé ni dónde tengo la cabeza —me disculpo.

Y al pensar en lo que pasó aquella noche en el restaurante no puedo evitar que mis recuerdos me lleven también a la escena del beso. El corazón se me dispara dentro del pecho, como empieza a ser costumbre con todo lo que tiene que ver con Alex.

—En realidad, hay bastantes cosas más que aún no te he explicado. Han sido unos días intensos…

—¿Ah, sí? —Katie entorna los ojos con expresión juguetona y me apunta con su tenedor—. Pues te recuerdo que como buena amiga tuya que soy merezco estar al tanto de esa información en primicia. Así que ya puedes empezar a largar.

Esbozo una sonrisa nerviosa y me centro en explicarle lo que pasó aquella noche. Hasta que llego a la última parte y también la más difícil de contar.

—Entonces, después de que pasara lo que te he explicado, me levanté de la mesa y fui un momento al lavabo —continuo, tras lo que tomo una bocanada de aire para infundirme fuerzas —. Un lavabo muy lujoso, por cierto. Con grifos dorados y espejos enormes. Tendrías que hacerlo visto…

—Ya me lo imagino, sí. Pero ahora no tenemos tiempo para divagar sobre diseño de interiores. Ves al grano.

—Sí, eh, la cosa está en que, a los pocos minutos de que yo entrara en el lavabo, eh, yo…

—¿Sí? —Katie clava sus ojos inquisitivos en mí, lo que no me ayuda precisamente. Las palabras se me quedan atascadas en la garganta—. Venga Leah, desembucha ya. ¿Qué pasó en el lavabo?

Suelto un gruñido de exasperación.

—Está bien. Pues que entró Alex y acabamos besándonos.

Justo después de soltar la bomba me doy cuenta de que he alzado demasiado la voz y miro angustiada a mi alrededor. Para mi alivio todavía seguimos solas.

—¿Qué? —exclama Katie—. Joder, ¿te enrollaste con Alex? Haber empezado por ahí.

—No, no nos enrollamos. Solo nos dimos unos cuantos besos, lo que técnicamente no es lo mismo.

—¿Unos cuantos besos cómo? ¿Hubo lengua?

Me remuevo en el asiento cada vez más incómoda y suspiro.

—Sí…

—Y ¿cómo fue el asunto exactamente? Necesito más detalles.

—Yo qué sé —murmuro a la vez que rompo mi servilleta de papel en varios trozos diminutos—. Estábamos discutiendo sobre lo que acababa de pasar y de repente ocurrió.

—¿Ocurrió? Perdona que te diga Leah, pero las cosas no pasan sin más. ¿Quién besó primero a quién?

—Empezó él, por supuesto. Yo solo me dejé llevar. —O eso creo me digo a mí misma. A

estas alturas ya no estoy segura de nada. Dejo caer la cabeza entre las manos y suelto un gemido —. Dios, ¿en qué estaba pensando? Debo de estar loca…

—¡Ja! Lo sabía —suelta de repente Katie reprimiendo una sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—Lo tuyo con Alex. Te dije que a él le gustabas. Es obvio. Por eso compró la app de citas e hizo todo lo que hizo. Porque estaba celoso. Y ahora está claro que te está cortejando. ¿A qué vienen sino todos estos detalles que está teniendo contigo?

—Bueno, tal vez solo está intentando compensarme por su mal comportamiento. Él mismo lo dijo…

—Ya, claro. ¿Y el morreo que te dio, qué? ¿También es una forma de compensarte?

Me llevo otro trozo de brócoli a la boca y mientras mastico analizo sus palabras. ¿Es eso posible? ¿Qué le guste a Alex de forma romántica? Pienso en su extraña manera de actuar. En el beso y en sus miradas. En los detalles que ha tenido últimamente conmigo. La verdad es que visto de forma objetiva lo que dice Katie tiene sentido. Aunque eso no quita que me siga costando la vida entenderlo.

—Supongo que tienes razón —me limito a contestar.

—Por supuesto que la tengo. Y ahora que ya nos hemos puesto de acuerdo en ese punto ¿Qué hay de ti?

Pego un respingo.

—¿De mí?

—Sí. ¿Cómo te sientes tú respecto a Alex? Dejando de lado que es obvio que te atrae. De lo contrario, no le habrías dejado que te metiera la lengua hasta el fondo de la garganta en un lavabo.

Vuelvo a echar un vistazo rápido a mi alrededor y la atravieso con la mirada.

—¿Podrías dejar de hablar de manera tan gráfica? Te recuerdo que estamos en el trabajo.

—Lo siento, pero no te alejes del tema en cuestión. ¿Sientes algo por Alex o no?

Inspiro con fuerza e intento pensar en cómo me siento respecto a Alex. Nuestra relación ha ido evolucionando a lo largo de los años, por lo que ahora, además de ser jefe y empleada, somos amigos, eso lo tengo claro. También tengo la certeza de que me atrae. Es decir, me gusta como es, tanto por dentro como por fuera, por mucha rabia que me dé reconocer este último punto. Aunque Alex es un hombre increíblemente guapo, inteligente y exitoso, y yo una mujer en la flor de la vida con las hormonas revolucionadas, así que supongo que es lógico que me sienta atraída por él.

Pero más allá de ahí estoy hecha un lío. Tampoco soy ninguna experta en relaciones sentimentales, así que no tengo mucho con lo que comparar. Solo sé que mi cuerpo responde de forma exagerada con todo lo que tiene que ver con él. ¿Son mis hormonas las que provocan esas reacciones? ¿O hay algo más? ¿Algo relacionado con el corazón?

—No lo sé —acabo admitiendo—. Todo esto me ha venido de sopetón y ahora mismo soy incapaz de pensar. Sea como sea, lo más prudente es que pongamos fin a esta locura antes de que se complique más, o acabará interfiriendo en nuestro trabajo.

Katie sacude la cabeza como dando a entender que no tengo remedio.

—Sabía que dirías eso. Tu siempre tan responsable.

—Pues sí. ¿Qué hay de malo en ello?

—Nada. Pero estaría bien que apagaras esa parte de ti de vez en cuando.

Me río entre dientes.

—Ya lo hice y mira cómo me ha ido —le recuerdo señalándome a mí misma—. Y espérate

porque aún hay más.

—¿Más?

—Sí. —Cojo el móvil, abro la aplicación de citas y se lo paso a mi amiga—. Míralo tú misma.

Como era de esperar, la expresión de Katie pasa del desconcierto a la sorpresa y de la sorpresa a la diversión en cuestión de segundos.

—Qué fuerte —exclama sin apartar la vista de la pantalla—. Aunque no sé de qué me sorprendo, porque cuadra al cien por cien con mi teoría. Hay que ver lo perseverante que puede ser nuestro jefe cuando quiere algo. Y tengo que reconocer que en las fotos sale para mojar pan…

Chasqueo la lengua.

—Anda dame —digo quitándole el móvil de las manos.

Katie se ríe con ganas. Desde luego se lo está pasando en grande con todo esto.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —me pregunta en cuanto vuelve a ponerse seria—. No puedes dejarlo en espera eternamente.

—¿Por qué no? Tal vez esa sea la solución al problema. Ignorar su petición y pasar de todo lo que haga a continuación. Eso hará que se olvide del tema y con un poco de suerte, todo volverá a ser como antes.

Le lanzo a Katie una mirada esperanzada, pero su expresión de escepticismo me hace caer de nuevo en un pozo de desolación.

—¿En serio crees que eso te funcionará con Alex?

Hago una mueca.

—Tienes razón. No lo hará.

Me dejo caer sobre la mesa. Está claro que Alex no se olvidará del asunto, así por las buenas. Tal y como ha dicho Katie, la perseverancia lleva su nombre. Yo misma he sido testigo de esa maldita tenacidad a lo largo de los años.

Resoplo con fuerza.

Necesito pensar en otra solución y tengo que hacerlo ya.

Capítulo 24

Leah

Una mañana más, cuando el despertador me arranca de las fauces de Morfeo, me quiero morir. Hoy tampoco he descansado nada. Me he pasado la noche dando vueltas sobre el colchón, intentando encontrar una solución plausible para lo mío con Alex. Pero nada. Esa solución se ha negado a aparecer. Lo único que ha aparecido con la llegada del nuevo día es un intenso dolor de cabeza provocado por sobrepensar las cosas.

Después de seguir mi rutina diaria y tomarme un analgésico, salgo de casa y me dirijo hacia el metro. De camino al paso de peatones, de nuevo, veo de reojo un coche familiar.

Me detengo en seco, con el corazón acelerado y las piernas un poco flojas. Alex baja la ventanilla y con una sonrisa deslumbrante me hace un gesto para que me acerque.

Oh, venga, ¡no fastidies!

A pesar de que mi instinto de huida está más activo que nunca, obedezco y doy pasos en su dirección, quedándome a una distancia prudencial.

—¿A qué has venido?

—¿Por qué siempre preguntas obviedades? Estoy aquí por ti. —Sonríe de medio lado y noto que mis esfuerzos por sonar contundente y segura se van al garete.

—Hoy no llueve. —Señalo con el dedo hacia el cielo, donde brilla un sol radiante—. ¿Cuál es el motivo por el que has venido a buscarme esta vez? ¿Temías que pudiera derretirme con la fuerza de la luz solar? —Sin pretenderlo he sonado un poco brusca, pero es que Álex hoy está guapísimo y me cuesta mucho concentrarme en lo que digo y no en lo bien que se le ajusta el

traje o lo bonitos que se ven sus ojos castaños con esta luz.

—Bueno, eso no es moco de pavo, la radiación ultravioleta puede ser uno de los principales factores que contribuyen al cáncer de piel. Pero no he venido a buscarte por eso. En realidad lo he hecho porque hoy no vamos a trabajar en la oficina. Tengo otros planes para nosotros.

Alex me guiña un ojo y con un movimiento de cabeza me indica que entre en el coche. Mi instinto de huida vuelve a activarse, pero por mucho que me muera de ganas de escapar de esta situación incómoda, sé que no tengo opción, así que rodeo el coche y me dejo caer en el asiento del copiloto.

Esta vez, cuando veo a Alex inclinarse hacia mí con la mirada puesta en el cinturón, me apresuro en coger yo misma el cierre y abrocharlo. Creo que no soportaría sentirlo tan cerca otra vez. Me nublaría el juicio por lo que queda de mañana y eso no puedo permitirlo.

No me pasa inadvertida la sonrisa socarrona que Alex esboza. Me pongo tan nerviosa que busco desesperada un tema de conversación que disipe un poco la tensión:

—¿Y si no vamos a trabajar en la oficina donde se supone que vamos a trabajar?

—Fuera de Manhattan. —Alex me ofrece una cajita de cartón y se reincorpora al tráfico.

Cojo la cajita y reconozco enseguida el logo del establecimiento. Pertenece a una confitería francesa muy conocida de la ciudad. Abro la caja y encuentro una veintena de macarons de diferentes colores y sabores, dispuestos con cuidado en su interior.

Sonrío instantáneamente, recordando aquella ocasión hace unos años en la que me comí una decena de ellos en un evento de un colaborador francés al que le acompañé. Se burló de mí por eso.

¿Cómo ha podido acordarse?

Según Katie, yo le gusto a Alex. Entonces, ¿comprarme comida deliciosa forma parte de su

plan de conquista?

Cierro la caja de golpe y la guardo dentro del bolso. Si pretendo acabar con esta tontería que me quita el sueño debo mostrarme más indiferente.

Carraspeo y retomo la conversación en el punto en la que la hemos dejado.

—Fuera de Manhattan abarca un espacio de infinitas posibilidades, ¿podrías ser más concreto?

—El lugar donde vamos está en Queens.

—¿Queens?

Alex asiente con la mirada fija en la carretera. Yo lo observo discretamente mientras conduce, cautivada por sus movimientos. La forma en que sus manos fuertes y masculinas se mueven con gracia sobre el volante es hipnótica. Cada giro y cada maniobra del coche parece una danza sincronizada, como si el vehículo fuera una extensión natural de su cuerpo. ¿Desde cuándo un cambio de marchas es una experiencia tan erótica?

La voz de Alex me obliga, por suerte, a abandonar esta línea de pensamiento.

—Sabes que la empresa destina parte de sus fondos a una fundación propia que apoya a diversas organizaciones y proyectos sociales, ¿verdad? —pregunta. Asiento recordando lo mucho que me impresionó descubrir en su día el porcentaje tan alto de beneficios que la empresa destina a esa fundación. Alex prosigue—: Uno de estos proyectos es un centro de ayuda para jóvenes con riesgo de exclusión social en Queens. Es un centro de día, aunque también aloja a menores de edad que no tienen donde dormir. Desde la fundación ofrecemos apoyo económico, y cada cierto tiempo donamos aparatos tecnológicos que los trabajadores de allí reparten entre los jóvenes del barrio con pocos recursos. Hace unos meses fueron unos móviles, esta vez son tablets con aplicaciones didácticas preinstaladas. Quiero que me ayudes con las cajas y mostrarte en centro.

Una oleada de admiración recorre todo mi sistema.

—Guau, y yo que pensaba que la gente con dinero solo os implicabais en proyectos sociales porque desgrava.

—Por supuesto que aprovecho los beneficios fiscales, pero ese no es de lejos el motivo que me mueve.

Durante los siguientes minutos Alex me habla del centro y de los programas que llevan a cabo. El compromiso que muestra Alex por esta causa es genuino. Es evidente que no se trata solo de cumplir con las responsabilidades corporativas de la empresa; él realmente se preocupa por mejorar la vida de los jóvenes en situación de vulnerabilidad.

No conocía esta faceta suya, y reconozco que me desconcierta e impresiona descubrir que detrás del hombre de negocios atareado que conozco existe alguien bueno y compasivo que dedica parte de su tiempo a ayudar a los demás.

Finalmente, llegamos al centro, en Queens. Es un edificio modesto pero acogedor, con un jardín en la parte delantera. Alex estaciona el coche y ambos bajamos para recoger las cajas de tablets y llevarlas al interior.

Una mujer de mediana edad muy agradable sale a recibirnos. Nos ayuda con las cajas que dejamos amontonadas en un pequeño almacén y al terminar se gira hacia mí y me sonríe.

—Es la primera vez que Alex viene acompañado. ¿Eres su novia? —Me sorprende que se refiera a Alex por su nombre de pila y no por su apellido. Aunque lo que más me sorprende es que me crea su novia.

—No, no lo soy —me afano en responder.

—Por ahora —dice Alex tras mis palabras, con una sonrisa traviesa. Nuestras miradas se cruzan durante unos segundos y siento las mejillas arder.

¿Eso significa que realmente yo le gusto y que quiere que…? ¡Ay, Dios!

La mujer alza las cejas suspicaz y me ofrece su mano.

—Yo soy Margaret, dirijo este lugar.

—Yo Leah —digo estrechándosela—. Trabajo para Alex y *solo* soy su secretaria. —Enfatizo el «solo» para que Alex perciba mi intencionalidad, pero él se limita a reírse por lo bajo.

¿De qué va haciendo insinuaciones delante de otras personas?

—Ven, te enseñaré el centro —dice Margaret enlazando su brazo con el mío. Luego se dirige a Alex—. Tú puedes salir fuera. Algunos de los chicos están jugando a baloncesto.

Agradecida de perder de vista a Alex, dejo que Margaret me guíe. Hay varias salas con mesas y sillas donde los jóvenes pueden estudiar, leer o trabajar en sus tareas escolares. Otras áreas están destinadas al ocio, con juegos de mesa y una pequeña biblioteca. Parece un entorno acogedor y enriquecedor para los chicos que lo frecuentan.

Terminamos la visita en el pequeño patio trasero donde Alex juega al baloncesto acompañado de un pequeño grupo de chicos que no han alcanzado aún la mayoría de edad. Me pregunto cuántos de ellos deberían estar en el instituto y no aquí. Aunque imagino que es mejor tenerlos en un lugar controlado que no en la calle, donde podrían estar haciendo cualquier cosa.

Es inevitable que mis ojos sigan a Alex por la pista. Se ha quitado la americana, la corbata y se ha arremangado la camisa hasta los codos. Rodeado de estos chicos parece más joven y desenfadado; no hay rastro de la seriedad y la formalidad que le caracteriza en el trabajo. Además, el deporte se le da bien. No debería sorprenderme. Mal me pese, a Alexander Hudson se le dan bien demasiadas cosas.

—Nos gusta tener a Alex aquí. Es un gran referente para los chicos. Muchos piensan que si se esfuerzan lo suficiente podrán llegar tan lejos como él ha llegado. Es un buen ejemplo para ellos, teniendo en cuenta su pasado.

Las palabras de Margaret llaman mi atención. ¿Qué ha querido decir con «su pasado»? ¿A qué pasado se refiere? No sé mucho de su infancia y su adolescencia, más allá de que su madre murió cuando era pequeño. Quiero preguntarle por eso, pero antes de que pueda llegar a hacerlo, el sonido del portero automático nos interrumpe.

***

Al mediodía nos despedimos de Margaret y salimos del centro. Alex está un poco despeinado. Unas gotas de sudor perlan su frente y tiene las mejillas un poco rojas a causa del esfuerzo realizado. No debería preguntarme si este es el aspecto que tiene en otras circunstancias mucho más comprometidas, pero ¡maldita sea! Es lo primero en lo que pienso cuando nos quedamos a solas porque está claro que algo no funciona bien en mi cabeza.

De camino al coche, Alex detiene la marcha.

—Oye, hacer tanto ejercicio me ha abierto el apetito. ¿Y si vamos a comer algo antes de volver a la oficina?

Pienso en los riesgos de aceptar su invitación. Comer con Alex es algo a lo que estoy habituada. Lo hacemos a menudo, así que no debería entrañar mayor riesgo, ¿no? Además, yo también estoy hambrienta. No he desayunado y hace rato que el estómago me ruge con fuerza.

Llevada por la certeza de que voy a estar a salvo, asiento.

—Vale. Vayamos a almorzar.

—En ese caso deja que busque algún lugar cerca. —Alex sonríe satisfecho, saca el móvil del bolsillo y empieza a toquetear la pantalla.

—Espera. —Coloco una mano sobre la suya para frenarlo. Pequeñas descargas eléctricas me

recorren la piel con el simple contacto y me aparto como si quemara. Finjo que estoy bien, que no acabo de sentir lo que he sentido a pesar de que el corazón me late rápido y tengo el pulso acelerado—: Hay un sitio por aquí cerca que conozco al que me gustaría ir. Aunque no te lo creas, me crie en Queens.

—¿En serio? —Sin embargo, no parece sorprendido—. Yo también.

—Podemos ir andando. Yo te guio.

Caminamos unas cuantas calles hasta llegar a un restaurante pequeño y familiar llamado *La cocina de la abuela*. Miro el letrero con una sonrisa nostálgica y cuando mis ojos se encuentran con los de Alex veo en ellos una emoción parecida. No me detengo a analizar su emoción porque estoy demasiado ocupada con gestionar la mía propia.

—Durante décadas este restaurante fue regentado por mi abuela. Hace unos años cuando se jubiló lo traspasó a una pareja con dos niños que se comprometió a seguir sus recetas. Son deliciosas, ya verás. Hacía mucho que no venía. ¿Entramos?

Capítulo 25

Leah

Estamos sentados en una mesa, ya hemos pedido y desde que hemos entrado Alex parece ausente. Intento darle conversación, pero él se limita a responder con monosílabos, así que desisto.

¿Qué le pasa ahora? No parece incómodo, más bien parece sobrecogido, como aquel que se reencuentra con un viejo amigo después de mucho tiempo sin verlo. Pero ¿por qué?

Dado que soy incapaz de atraer su atención, aprovecho este tiempo de espera para pasear mi mirada por este lugar. Venir a este restaurante siempre me trae recuerdos. Durante muchos años, fue como una segunda casa para mí.

Aunque su aspecto interior ha cambiado un poco, *La cocina de la abuela* sigue siendo un lugar cálido y confortable. Su decoración es tradicional, con muebles de madera oscura y aspecto rústico. Realmente parece que estés en el interior de la cocina de una abuela de verdad.

Giselle, la mujer que regenta el restaurante con su marido, se acerca a nuestra mesa con los entrantes. Giselle tiene raíces cubanas, y es una mujer voluptuosa cuya cabellera larga y oscura llama mucho la atención. Es muy atenta y cariñosa, y siempre que vengo me trata a las mil maravillas. Su marido es estadounidense y tienen dos niños preciosos.

—Hola cielo, ¿hoy vienes sin tu abuela? —pregunta Giselle mirando a Alex con picardía.

Ay, Dios. Otra vez no. Enseguida me afano a aclarar la situación:

—Sí, quería enseñarle este lugar al señor Hudson, mi *jefe* —puntualizo la última palabra, «jefe». Por lo que parece hoy es el día de las puntualizaciones.

Lanzo una mirada asesina a Alex para darle a entender que otro «por ahora» despertará en mí una ira incontrolable, pero sigue distraído con su mundo interior.

Vaya, esto sí que es raro.

—Ajá. Ahora entiendo porque te gusta tanto tu trabajo. Cuando dijiste que vuestras oficinas tenían vistas espectaculares no sabía que te referías a *estas* vistas.

Las palabras de Giselle provocan que Alex salga de su abstracción.

Voy a asesinar a Giselle. Dar carnaza a Alex nunca es buena idea.

—Vaya, ¿Leah presume de vistas? —Alex me mira reprimiendo una sonrisa.

—Presumo de las vistas de tu despacho. —Al ver que la sonrisa reprimida de Alex se amplía ante lo ambiguo de mis palabras, añado—: De las vistas de Manhattan que se ven tras la cristalera de tu despacho.

Giselle se ríe abiertamente y se aleja de vuelta a la cocina. Alex me mira riendo entre dientes. Buscando borrar el rubor que sube por mis mejillas, señalo el plato que acaba de servirle.

—Prueba la sopa, está deliciosa. Es una variante del Clam Chowder típico de la costa este. Es una creación de mi abuela.

Alex se lleva una cuchara a la boca y prueba la sopa. Cierra los ojos con deleite y cuando vuelve a abrirlos me mira con una nueva sonrisa, pero en esta ocasión su sonrisa no tiene rastro de diversión ni de burla, hay algo dulce y sincero en ella. De nuevo parece sobrecogido. Incluso melancólico.

—Tienes razón, está delicioso.

Un nuevo silencio nos sobrevuela. Alex ha vuelto a entrar en estado de introspección y siento la necesidad de romperlo.

—Alex, ¿puedo hacerte una pregunta? Es personal.

Alex conecta sus ojos con los míos.

—Intuyo que además de personal será incómoda.

—Es posible, y puedes no responderla, pero tengo curiosidad. —Espero impaciente hasta que Alex hace un movimiento con la mano invitándome a seguir—. El centro al que hemos ido no es un centro más, ¿verdad? Es decir… la fundación apoya a muchos otros centros, pero dudo que los visites todos tan regularmente como sí visitas este. Se nota que hay una implicación personal. ¿Me equivoco?

Alex niega con un movimiento de cabeza, despacio, y deja la cuchara encima de la mesa.

—No te equivocas. En realidad, este centro fue el primero con el que colaboré cuando obtuve mis primeros beneficios con la empresa. Para entonces hacía poco que habían abierto sus puertas, no tenían muchos recursos y yo quería ayudar.

—¿Y por qué este y no otro?

—Porque está en Queens. Y pasé una de las peores etapas de mi vida aquí —Alex encoge con suavidad sus hombros y aparta sus ojos de los míos—. No siempre fui tan afortunado como lo soy ahora.

Asiento, recordando las palabras de Margaret antes. Ha mencionado su pasado, un pasado que yo desconozco.

—¿Quieres hablarme de ello?

—¿Quieres que te hable de ello? —pregunta sorprendido.

—Me encantaría que lo hicieras.

Alex asiente y parece reordenar sus pensamientos durante unos segundos. Cuando parece tener un esquema mental de lo que quiere explicar, enreda su mirada en la mía una vez más.

—Si esto fuera un cuento empezaría esta historia diciendo algo así como «Había una vez un niño…» pero lo cierto es que esto tiene poco de cuento, Leah. Antes de Nano Tech mi vida no

fue nada fácil. Nunca conocí a mi padre y mi madre murió cuando cumplí los doce años por cáncer. Las autoridades no sabían qué hacer conmigo y tras pasar unos meses en una casa de acogida, encontraron a un pariente, un tío, que aceptó quedarse conmigo a cambio de la paga estatal. Fue una época difícil. Vivía en un lugar donde no era bienvenido, donde era solo una carga para mi tío, un hombre que pasaba la mayoría de su tiempo consumiendo alcohol. Pasé hambre y me vi en la necesidad de buscar trabajo para poder asumir mis propios gastos. —Alex suspira y hace un breve silencio. Yo escucho con atención, absorbida por su relato—. Un día, entré en un pequeño restaurante como este y le pregunté a la dueña si podía contratarme. Ya tenía la edad legal para trabajar, pero por aquel entonces estaba tan delgado y débil que probablemente parecía más joven. Ella me miró con compasión y decidió ayudarme a pesar de ser un desconocido. Su generosidad me brindó la oportunidad de seguir adelante.

Los músculos de mi estómago se tensan y una amalgama de sentimientos contradictorios se entremezclan en mi interior. Tristeza, rabia, compasión, gratitud… todo junto y revuelto. Nunca imaginé que, tras esa fachada de seguridad, Alex escondiera una historia tan triste.

En las revistas de negocios suelen mencionar su caso como un ejemplo de superación personal y éxito contra todas las probabilidades. Pero escuchar la historia completa de primera mano, en sus propias palabras, es distinto.

Ante mi silencio, Alex añade:

—La ayuda y el apoyo que recibí en ese momento me enseñaron la importancia de tender la mano a quienes lo necesitan. Eso es lo que intento hacer ahora con este centro y otros proyectos sociales. Quiero que los jóvenes tengan oportunidades, incluso en situaciones difíciles como yo las tuve.

—Vaya, no sé qué decir. —Intento encontrar las palabras adecuadas en mi interior, pero aún estoy demasiado conmocionada por lo que acaba de explicarme, así que me limito a decir—: Eres admirable, Alex.

—Lo soy. —Una sonrisa, esta vez divertida, se dibuja en sus labios—. Si decides hacer un club de fans en mi honor y ser la presidenta, no me quejaré.

Su comentario me hace rodar los ojos, pero gracias a él, el ambiente cargado y denso empieza a disiparse.

—Tampoco eres tan admirable.

—¿Cómo que no? —Finge indignarse—. Deberían hacer una película sobre mi vida, como hicieron con Mark Zuckerberg.

—Bueno, Nano Tech no es Facebook.

—No, por suerte nadie nos acusará de vender datos de usuarios ni contribuir a la propagación de teorías de conspiración absurdas, ni acabaremos defendiéndonos en algún tribunal, o eso espero.

Suelto una risita y en ese momento Giselle se acerca a la mesa y con un movimiento fluido cambia los platos vacíos por otros llenos, esta vez por un delicioso risotto de mariscos con trufas negras.

—Este plato es un auténtico placer para los sentidos —dice Alex tras llevarse un tenedor a la boca y saborearlo.

—¿Verdad? Este era el plato preferido de mi madre. —Sonrío.

Hablar sobre el pasado de Alex ha hecho que de alguna manera piense en mi propio pasado. Recuerdo lo mucho que mi madre disfrutaba comiendo este risotto, pero era tan mala cocinera que nunca podía hacerlo ella misma. No heredó las habilidades culinarias de la abuela.

—Merezco ser compensado. —La voz de Alex me devuelve a la realidad.

—¿Qué?

—Te he contado mi historia. Deberías contarme algo sobre ti. Acabo de desnudarme frente a ti y tú sigues vestida. —Una vez más, mis mejillas se tiñen de rojo. Un cosquilleo se adueña de

mi tripa. ¿Por qué acabo de imaginarme a Alex desnudo en contra de mi voluntad?—. No es justo que solo yo revele mis traumas.

Asiento.

—Tienes razón, no es justo. —Reflexiono un breve momento—. Bueno, creo que tú sabes más de mí que yo de ti. Pero veamos… ¿qué puedo contarte de nuevo? Ya sabes que mis padres murieron poco antes de que yo cumpliera la mayoría de edad. Es algo que he comentado alguna vez. Y obviamente fue un duro golpe para mí, porque estaba muy unida a ellos. Nunca fui una de esas adolescentes que aborrecen a sus padres y reniegan de ellos en busca de independencia. A mí me gustaba pasar tiempo con ellos y hacer planes en familia. Así que cuando murieron en aquel terrible accidente de tráfico, lo pasé mal. Muy mal. —Mi voz se rompe un poco y siento las lágrimas acumularse tras los ojos—. De hecho, me quedé tan devastada que el último año de instituto fue desastroso y mi nota media bajó en picado. Mi abuela fue un gran apoyo para mí en ese momento. Pasé por una depresión terrible. Me llevó a terapia y poco a poco pude salir del pozo. Ahora al menos puedo recordarlos enfocándome en los recuerdos felices y no solo en su muerte.

—Cuéntame uno de esos recuerdos felices.

Lo pienso unos segundos. Hay muchos recuerdos que me llevo de ellos, pero uno destaca sobre los demás.

—Los cruceros por el río Hudson.

—Ajá, por el Hudson. Por supuesto que tus recuerdos felices tienen que ver conmigo.

—¿Contigo?

—Me apellido Hudson, y todo el mundo sabe que el río lleva ese nombre en mi honor.

Niego divertida.

—Ajá. Porque todo el mundo sabe que eres un ser inmortal con más de mil años de edad y fuiste el primero en bautizar el río con tu apellido.

—Exacto. Y tras esta breve aclaratoria, sigue por favor. Cuéntame más sobre ese recuerdo feliz.

Me pinzo el labio reprimiendo una sonrisa y me sumerjo de nuevo en el recuerdo.

—Como decía, disfrutaba mucho de los cruceros por el Hudson que hacía con mis padres. Subíamos a bordo del barco y navegábamos por el río, admirando la ciudad desde el agua. Ver los rascacielos iluminados por la noche y sentir la brisa fresca mientras el barco avanzaba era una sensación única. —Suelto un suspiro nostálgico—. Ahora, cuando algo me hace sentir mal o estoy triste, voy a uno de esos cruceros y siento que los problemas se disipan por arte de magia. Hace mucho que no voy a uno. Y eso que he tenido motivos de sobras para hacerlo. —Miro a Alex con intención, pero este se hace el tonto.

—Ignoro a qué motivos te refieres.

—No sé, ¿quizás un montón de citas desastrosas que estuvieron a punto de acabar con mi estabilidad emocional?

—Ummm… cierto. —Un breve silencio—. ¿Sabes lo que va bien para olvidar todas esas citas desastrosas? —Niego con la cabeza—. Tener una cita fantástica.

—Como si eso fuera tan fácil.

—Lo es. No sé si has consultado la app últimamente, pero creo que tienes un *Super Like* de alguien increíble.

No puedo creer que Alex acabe de sacar la solicitud de la app a colación. Mi capacidad de raciocinio queda completamente alterada. La posibilidad de dejar pasar el tiempo y hacer ver que esa solicitud no existe acaba de ser descartada.

Mierda. Di algo, Leah. Lo que sea.

—Yo… —bajo el volumen de voz muerta de vergüenza y clavo la mirada en mi regazo—. Sí, la he visto. —Bueno, muy ingeniosa no he sido.

—Dicen de ese tipo que es un buen partido: empresario de éxito, atractivo, inteligente y

terriblemente sexy. Yo no desaprovecharía la ocasión de salir con un hombre tan perfecto como él.

—Veo que la humildad no está entre sus atributos.

—La humildad es para los perdedores.

La mano de Alex recorre la mesa y atrapa la mía entre sus dedos. Levanto la mirada de mi regazo en ese instante, mientras nuestras pieles en contacto crean una corriente eléctrica que viaja a todas direcciones. Nuestros ojos se enredan con intensidad.

—Para que no haya dudas sobre mis intenciones, Leah, esto va en serio. No es un juego. Me gustas. Quiero tener una cita contigo.

Me quedo sin aliento cuando su pulgar hace círculos en el dorso de mi mano: Es un contacto suave, pero lo siento intenso, como si sus yemas fueran de fuego y estuvieran dejando marcas en mi piel. Las mariposas revolotean en mi estómago junto a algo líquido, espeso y caliente.

—Yo… —Ni siquiera me salen las palabras.

—No es necesario que digas nada y no quiero que te sientas presionada, pero tampoco quiero que mi forma de actuar te confunda. Quiero ser honesto y directo contigo, como lo he sido siempre. Me gustas mucho y voy a seguir cortejándote de aquí en adelante hasta que aceptes tener una cita conmigo. Piénsalo, medítalo, y cuando estés preparada, acepta esa solicitud. No hay prisa, me he prometido a mí mismo ser paciente. Por suerte, la paciencia es una de mis virtudes. Y si al final de todo decides que esto te incomoda y que no quieres que siga adelante, dímelo, con total sinceridad. Prometo guardar todos esos sentimientos que me llenan el pecho en una caja y no volver a sacarlos nunca más de allí.

***

Horas más tarde, llego a casa con la cabeza hecha un lío. Después de la confesión de Alex ha sido imposible seguir manteniendo una conversación normal con él. Estaba tan desesperada por salir de ese restaurante que he pedido la cuenta antes incluso de que sirvieran los postres. Aunque, para mi horror, el trayecto de Queens a la oficina ha sido aún peor. Silencio, tensión y las palabras de Alex repitiéndose en un bucle sin fin en mi cabeza.

Por el amor de Dios, ¿cómo se le ha ocurrido a Alex soltar algo así de la nada?

Lo ha hecho a traición, para pillarme con la guardia baja. He dejado de ser una persona funcional después de escuchar su discurso.

Incapaz de sacarme todos estos pensamientos de la cabeza, me doy una ducha rápida y me preparo un paquete de ramen instantáneo que me como directamente de cazuela con la ayuda de un tenedor.

Pienso en la tarde desastrosa en el trabajo. Nunca había cometido tantos errores en un lapso de tiempo tan corto. Alex no se ha quejado, se ha limitado a mirarme vagar por la oficina como una zombi mientras él mantenía una actitud profesional dentro de su despacho, lo que me parece superinjusto. ¿Por qué soy yo la única afectada?

Al acabar mi turno me he marchado del trabajo sin despedirme, temía empezar a tartamudear si lo hacía.

Esta no soy yo. ¿Por qué me estoy comportando así? Estoy siendo muy infantil.

Alex ha sido franco, incluso me ha dicho que si quiero frenar todo esto solo tengo que decírselo. Eso es lo que quería, ¿no? Me ha servido una solución en bandeja de plata y, sin embargo, soy consciente de que eso no es lo que quiero.

Creo que sé por qué Alex me ha llevado hoy al centro de Queens, y creo saber también porque me ha enseñado la forma que tienen sus demonios. Quería mostrarme su parte más vulnerable, esa parte que suele tener siempre escondida bajo mil candados. Quería que tuviera una fotografía más completa de su persona, más allá de todas esas versiones de Alex que

conozco.

Y mierda, me gusta esa fotografía completa. De hecho, ya me gustaba la fotografía antes, cuando aún faltaban piezas.

Puedo seguir engañándome, fingiendo que mi atracción por Alex no tiene importancia, pero ¿qué sentido tiene llegado a este punto?

Alex me ha dicho que le gusto.

Y a mí me gusta él.

¿Por qué seguir gastando energías en negar lo evidente?

Tras dar buena cuenta de los fideos, abro el móvil y la app. Allí está la solicitud de Alex esperando.

Entro en su perfil y vuelvo a mirar las fotos. Su pelo moreno, sus anchos hombros, sus brazos fuertes, sus labios mullidos que besan de maravilla… todo eso puede ser mío con tan solo con un clic.

Me muerdo el labio y siento una punzada atravesar entre mis costillas. ¿Y si lo hago? ¿Y si acepto la solicitud?

Pienso en el trabajo, en la relación laboral que tenemos. También pienso en esa otra relación que hemos construido en los últimos años. Somos algo más que jefe y empleada. Es una persona importantísima en mi vida. No quiero quedarme sin trabajo, y tampoco quiero perder a Alex por algo que no sé si saldrá bien, pero… ¿y si lo nuestro funciona?

¿Y si Alex es la persona de la que hablaba la abuela? Ese hombre confiable con el que poder formar una familia.

Me paso una mano por el pelo frustrada, y miro con atención el botón rojo de aceptación de la solicitud.

Es una malísima idea hacerlo.

Pésima. Horrible. Irreversible. Una vez hecho, no hay vuelta atrás.

Pero ese botón rojo me atrae como un imán.

Acerco el dedo pulgar al botón, cierro los ojos y… antes siquiera de procesar mis movimientos, lo oprimo.

Al ver las palabras: «¡Enhorabuena! Tienes un nuevo match», cojo un cojín, me lo coloco en la cara y suelto un grito a pleno pulmón.

¿Acabo de aceptar la solicitud de Alex?

Acabo de aceptarla.

Capítulo 26

Alex

Siempre he pensado que jugar a pádel se asemeja mucho al mundo de los negocios. Básicamente, porque las cualidades que se necesitan para dominar ambas disciplinas son las mismas: paciencia, sangre fría, equilibrio, concentración, buena vista, anticipación… Esa es una de las razones por las que adoro este deporte. La otra es que siempre me ayuda a desconectar de todo.

Sin embargo, hoy, a diferencia de otras veces, no consigo evadirme. Lo que se traduce en que estoy jugando de puta pena y, si no me pongo las pilas, voy a acabar perdiendo contra Caden.

—¿Qué te pasa hoy? —me pregunta mi amigo mientras golpea la pelota.

Al instante, el pensamiento de que en menos de una semana tengo una cita con Leah, vuelve a adueñarse de mi cabeza. Pero, aun así, me las ingenio para devolverle la bola con fuerza.

—Nada —miento—. ¿Qué va a pasar?

—No sé, tío, pero ya has perdido varias bolas. No es propio de ti estar tan despistado.

Sonrío.

—En realidad solo te estoy dando un poco de ventaja, a ver si así consigues ganarme por una vez.

Por el rabillo del ojo veo que Caden también sonríe. Le devuelvo otra bola e intento concentrarme por millonésima vez en lo que va de juego.

El tiempo avanza mientras no dejamos de darle a la pelota, hasta que pasa la hora que

solemos dedicar a jugar, y nos dirigimos a los vestuarios. Al final ha ganado Caden y, como es la primera vez que lo consigue, está eufórico. Me alegro por él y tras coger el jabón y la toalla entro en la ducha.

Una vez más me asalta el pensamiento de mi inminente cita con Leah y algo se agita dentro de mí. Lo que es sorprendente porque por lo general no dejo que nada me altere. En cambio, desde que Leah aceptó salir conmigo es como si mi mente y mi cuerpo hubieran cobrado vida propia. Yo mismo fui quien le propuso salir juntos el próximo fin de semana, nada más volver a verla en el trabajo. Tal vez actué de forma un poco precipitada, lo sé, pero me moría de ganas de estar a solas con ella y no quería dar lugar a que se arrepintiera de su decisión.

Y, joder, no es propio de mi actuar así.

Leah anula toda mi capacidad de raciocinio y me hace sentir como un adolescente descerebrado cuando yo no me he comportado así ni con dieciséis años. Me siento la hostia de raro. Es como si estuviera conduciendo sobre un terreno sinuoso y desconocido, pero en lugar de frenar no puedo hacer otra cosa que pisar con fuerza el acelerador.

Por un lado, estoy emocionado a más no poder y la expectación me reconcome, pero por otro también estoy preocupado. Preocupado porque, tal y como le prometí a Leah, quiero hacer algo extraordinario, pero aún no sé el que. Y eso que llevo ya varios días con sus respectivas noches, devanándome los sesos y buscando ideas por Internet. Ya sé que Leah y yo nos conocemos desde hace años y por supuesto no es la primera vez que cenamos juntos. Pero esta vez es muy diferente. Se trata de una cita. Una cita romántica en toda regla. Y como es lógico, quiero organizar algo significativo y especial para que ella no se olvide nunca de esa noche.

Pienso en ello mientras me ducho, pero no se me ocurre nada más allá de lo típico. Cuando regreso a mi taquilla sigo igual de indeciso.

—Oye, ¿te puedo hacer una pregunta personal? —pregunto dirigiéndome a Caden, que va más adelantado que yo y ya está a medio vestir.

—Adelante, pero que conste que no pienso desvelarte la táctica que he usado para ganarte. Es un secreto de estado.

—Tranquilo, por mí, como si te lo quieres llevar a la tumba. —Me río dejándome arrastrar por su entusiasmo y abro la taquilla para sacar mi ropa—. En realidad, solo tenía curiosidad por saber a dónde llevaste a Janice la primera vez que saliste con ella. Es decir, en vuestra primera cita.

Caden me mira con desconcierto y no le culpo. No se me ha ocurrido otra forma menos directa de abordar el tema.

—¿A qué viene esta pregunta? —En sus labios no tarda en aparecer una lenta sonrisa de comprensión—. Ey, tu cita con Bridget fue bien por lo que veo. Ahora entiendo dónde tenías la cabeza durante el partido… Vais a repetir, ¿no?

Inspiro con fuerza.

—Cabe esa posibilidad, sí —me limito a decir. Lo que no es del todo mentira. En realidad, sí que tengo una cita, solo que no con la mujer que él cree.

Sea como sea en este momento tengo asuntos urgentes de los que ocuparme, que no incluyen explicarle mi vida amorosa a mi amigo.

—¡Genial, tío! Ya sabía yo, que Janice te iba a buscar la candidata perfecta. Tiene un sexto sentido para estas cosas. —Me da una palmada en la espalda y sigue abrochándose los botones de la camisa—. A ver, deja que lo piense. Hace tanto tiempo de eso, que según como confundo lo que hicimos un día y otro. Ummm, ¿a dónde fuimos la primera vez? —Se queda un momento inmóvil mientras piensa en ello—. ¡Ah, sí! Al parque de atracciones.

—¿Al parque de atracciones? —Ahora soy yo quien le dirige una mirada cargada de estupefacción.

Entre todas las posibilidades que he barajado en mi cabeza, ni por asomo, se encuentra la de

llevar a Leah a un parque de atracciones. Para empezar, porque nunca he sido muy amante de poner mi vida en manos de algo que no puedo controlar yo mismo.

—Sí —continúa Caden—. Nos montamos en varias atracciones, compartimos algodón de azúcar y la cosa fue subiendo de nivel hasta que acabamos dándonos el lote en la noria. Fue una gran noche.

Asiento, aunque yo tenga un concepto muy diferente de lo que es una gran noche, mientras él parece recrearse con los recuerdos de aquel día.

—También es cierto que éramos muy jóvenes —añade—. Pero nunca me he arrepentido de mi elección porque sabía que era lo que Janice quería. Una de sus amigas me dijo que le encantaban los parques de atracciones, así que no me lo pensé. Al final creo que el secreto de una buena cita reside en eso. En hacer algo que haga feliz al otro.

—¿Algo que haga feliz al otro? —repito pensativo.

—Exacto. Así sabrá que le importas y que vas en serio con ella. Sí es que es esa tu intención, claro. Pero por lo preocupado que te veo, intuyo que sí. —Me mira de reojo mientras yo analizo lo que acaba de decir—. Ya lo tengo. ¿Quieres que le pida ayuda a Janice? Conoce muy bien a Bridget. Te podrá dar unas cuantas ideas.

—No, tranquilo —me apresuro a decir—. Ya me las apaño yo.

—¿Seguro?

—Sí. No hace falta que te molestes, en serio.

Caden asiente y empiezo a vestirme.

Vuelvo a darle vueltas a sus palabras que desde luego tienen mucho sentido. Yo también quiero hacer algo así por Leah. Quiero verla sonreír y demostrarle que mis sentimientos no son pasajeros.

Pero… ¿cómo podría hacerlo?

¿Qué es lo que la haría feliz? ¿Feliz hasta el punto de que esa experiencia quede grabada para siempre en su memoria y tal vez en su corazón?

Reflexiono sobre ello mientras intento pensar en las conversaciones que he mantenido con ella.

Y de pronto algo hace clic en mi cabeza y doy la solución. Tengo la sensación de que el cielo se abre ante mis ojos.

¡Claro, eso es! Me digo a mí mismo mientras todos los engranajes de mi cerebro se ponen en marcha y empiezan a funcionar.

Acelero el ritmo. Tengo mucho que organizar y el tiempo apremia. Solo me falta resolver una parte del plan y creo que sé quién me puede ayudar.

Cierro la taquilla y me vuelvo de nuevo hacia Caden.

—Oye, ahora que lo pienso sí que me vendría bien algo de ayuda.

—Claro. ¿Qué necesitas? ¿Quieres que hable con Janice al final?

Niego con un gesto.

—En realidad me gustaría verla en persona. ¿Cuándo tiene un momento libre?

Capítulo 27

Leah

Me paro delante del espejo del recibidor y observo mi reflejo ladeando la cabeza. Es viernes noche, lo que se traduce en que hoy tengo una cita. La cita con Alex para ser precisos. Y aunque me dé vergüenza admitirlo he estado más de una hora probándome ropa para la ocasión.

Al final me he decantado por un vestido ceñido de terciopelo en color vino, del que me enamoré a primera vista cuando lo compré hace cosa de un par de años, que he conjuntado con unos zapatos de tacón negros. Pero siendo sincera, no sé si he escogido bien. Alex no ha querido decirme a donde vamos y me siento perdida.

Suspiro y dirijo la mirada hacia mi pelo.

Tampoco tenía claro si hacerme un recogido o dejármelo suelto, y al final he optado por unas ondas, que luego he sujetado a un lado de la cabeza con un pasador.

Y en cuanto al maquillaje, me he hecho lo mismo que cada día, pero intentando resaltar un poco más los ojos y los labios.

La verdad es que no me desagrada el resultado, pero aun así sigo estando indecisa. Tanto que, cuando regreso a la habitación, tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no cambiarme de nuevo.

Por el amor de Dios… ¿Qué me pasa?

Parezco una colegiala. No recuerdo cuándo fue la última vez que me preocupé tanto por lo que me iba a poner para quedar con un chico. Y eso que últimamente he quedado con varios, muy a mi pesar.

Me dedico a guardar la montaña de ropa que he dejado tirada sobre la cama, y mi móvil no tarda en sonar. Por un momento me pongo en tensión ante la posibilidad de que se trate de Alex, pero el mensaje no es suyo sino de Katie.

KATIE

Suerte con tu cita.

Esbozo una sonrisa y me siento en la cama con los dedos sobre el teclado del teléfono.

LEAH

Gracias, la necesitaré. Estoy hecha un amasijo de nervios. Esto no puede salir bien.

KATIE

Tranquila. Tú relájate y disfruta. Ya me informarás de cómo ha ido todo.

LEAH

Sí, ya te contaré.

KATIE

No te olvides, ¿eh? Y con todo lujo de detalles. Siempre he tenido curiosidad por saber qué esconde el jefe debajo de esos trajes a medida.

Suelto una risita nerviosa y me despido de ella todavía más alterada de lo que estaba antes. La palabra que ha usado Katie para referirse a Alex resuena con fuerza en mi cabeza.

El jefe.

Porque eso es lo que es Alex. Es el director de la empresa para la que trabajo. Mi jefe.

Y estoy a punto de tener una cita romántica con él.

Mierda. ¿En qué estaba pensado cuando acepté?

Todavía no me acabo de creer que dijera que sí.

Suelto un gemido de frustración e intento recordar la parte positiva de todo esto. Lo que me llevó a aceptar su solicitud.

A ver, Alex me gusta, eso está claro. Me gusta mucho. Más de lo que, por ahora, estoy dispuesta a admitir en voz alta. Y también es verdad que me hace sentir cosas que van mucho más allá de la amistad. Pero eso no quita que me esté adentrando en un terreno completamente desconocido, así que supongo que es normal que me sienta de esta manera. Asustada pero también emocionada, histérica y eufórica. Todo al mismo tiempo como si estuviera a punto de volverme loca.

¡Argh!

Inspiro con fuerza intentando calmarme y no puedo evitar que en mi mente se reproduzcan los acontecimientos de esta mañana en la empresa. Concretamente, el momento en que estaba preparando una de las salas de reuniones y ha aparecido Alex. Entre nosotros las cosas siguen estando tensas, pero de un modo distinto al de los últimos días. Supongo que por eso no me ha molestado que se pusiera a ayudarme con mi trabajo. Ni tampoco que se me quedara mirando fijamente en más de una ocasión. Al contrario. Me ha resultado intenso y excitante. Y cuando

nuestros cuerpos y nuestras manos se han rozado en algún momento sin buscarlo, no he podido evitar ponerme a temblar. A temblar de…

El sonido de otro mensaje entrante me saca de mis pensamientos.

Y el estómago se me contrae en cuanto lo leo.

Porque esta vez sí que se trata de Alex.

ALEX

Ya estoy aquí. Hace un frío de mil demonios. Ponte un abrigo grueso.

Mis dedos se deslizan torpes sobre el teclado y le contesto con un «ok» seguido de «ahora bajo». Luego me echo un último vistazo en el espejo y tras ponerme un abrigo de lana, salgo de casa.

El frío de inicios de noviembre me golpea en la cara, pero no tardo en divisar a Alex. Me está esperando en el mismo sitio que de costumbre junto a su coche.

Su imponente figura resalta bajo la luz de la luna.

Camino hacia él y a medida que me acerco noto como me flojean las piernas.

Madre del amor hermoso.

¿Cómo puede estar tan impresionante?

Soy muy consciente de la perfección que siempre exhibe mi jefe, pero esta vez se ha superado a sí mismo. Y ese es un estándar muy, pero que muy, alto.

Alex siempre lleva el pelo tan perfecto que parece recién salido de la peluquería, pero hoy ha optado por hacerse algo diferente. Se lo ha peinado hacia atrás, permitiendo que su frente quede despejada. Y juraría que así su mirada me resulta más profunda y abrumadora que nunca, hasta el punto de que no sé si voy a ser capaz de mirarle a los ojos sin ruborizarme.

Por otro lado, su forma de vestir también suele ser exquisita, pero hoy lleva puesta una chaqueta gruesa de corte recto que nunca le había visto. Una chaqueta que resalta la anchura de sus hombros de una forma endiabladamente sexy. Y como es natural, a una parte de mí le entran ganas de arrancársela para comprobar si lo que hay debajo es de verdad.

Y entre una cosa y otra, todo se resume a que yo no puedo dejar de comérmelo con los ojos. Como si Alex fuera el mejor invento de la historia de la humanidad, o algo más increíble todavía, cuando en realidad se trata solo de un hombre al que llevo viendo casi cada día durante los últimos cinco años.

Por suerte, cuando me paro delante de él, recupero un mínimo de cordura. Al menos la justa para recordar cómo se saluda.

—Hola… —murmuro, pero no recibo respuesta.

Parpadeo un par de veces y cuando salgo de mi ensimismamiento me doy cuenta de que Alex también parece perdido en sus pensamientos. Además, me está mirando de una forma muy extraña.

No puedo evitar preguntarme si la habré cagado en algo relacionado con mi indumentaria.

—¿Pasa algo? —me apresuro a decir echándole un vistazo a mi ropa—. La verdad es que como no sé a dónde vamos, he tenido que improvisar. Pero siempre puedo volver a subir y ponerme otra co…

—No —me interrumpe Alex con voz más grave de lo normal—. Ya estás bien así… —Carraspea y tras volver a recorrer mi rostro con una de sus miradas que queman me dedica una

sonrisa sincera—. Estás increíble en realidad.

Sus palabras hacen eco dentro de mí y el pulso se me dispara. Aun así, consigo articular:

—Gracias… Tú también estás bastante bien, supongo.

—¿Supongo? —Alex alza las cejas visiblemente contrariado—. ¿Qué significa eso de «supongo»? Yo siempre estoy perfecto. No necesito que nadie llegue a esa suposición.

Ruedo los ojos.

—Oh, cierto. Me habían olvidado de que la humildad no forma parte de tu catálogo de virtudes.

—Oye, ¿a qué viene eso? Yo puedo ser humilde como el que más —puntualiza abriendo la puerta del copiloto para que me siente. Hago lo propio—. De hecho, siempre he sido muy consciente de cuáles son mis defectos. Lo que pasa es que mi aspecto físico no es uno de ellos. —Esboza una de sus sonrisas de estudio y antes de que tenga tiempo de añadir nada más cierra la puerta.

Mejor dejar el tema pienso con una sonrisa.

Alex también sube al coche y, en un visto y no visto, arranca el motor y dejamos atrás la zona donde vivo.

—¿Me vas a decir ya a dónde vamos? —le pregunto en cuanto nos mezclamos con el tráfico de Nueva York.

Alex niega lentamente con la cabeza.

—Por supuesto que no. Es una sorpresa, ya te lo dije.

Sonrío y por el rabillo del ojo veo que él hace lo mismo. Después nos quedamos en silencio mientras algo cálido y reconfortante revolotea entre nosotros. Tal vez por eso no tengo la necesidad de rellenar ese silencio con palabras carentes de significado y, no sé por qué, pero

intuyo que Alex se siente de la misma manera.

Llevo la mirada a la ventana y me dedico a disfrutar de los rascacielos iluminados, que hoy parecen brillar más que nunca. Hasta que poco a poco el bullicio de las calles más céntricas va desapareciendo y las aguas del río Hudson aparecen ante nosotros.

Miro a Alex con actitud interrogativa, pero él se limita a seguir conduciendo sin dejar de bordear el río. Dejamos atrás varios muelles, entre los que curiosamente se han habilitado zonas para jugar al golf y otros deportes.

Y cuando creo que ya no voy a ser capaz de aguantar más la intriga, Alex aparca el coche junto a la entrada de uno de los embarcaderos y me pide que le siga.

—No lo entiendo —murmuro en cuanto nos adentramos por el muelle desierto, pero repleto de embarcaciones—. ¿Dónde vamos a cenar? No sabía que había restaurantes por aquí.

—Y no los hay —me aclara y tras dar un par de pasos más se para—. Por eso vamos a cenar justo aquí. —Señala hacia uno de los barcos que quedan a nuestra izquierda y le miro estupefacta —. Leah, bienvenida al Aquamarine.

Capítulo 28

Leah

Si hace un mes alguien me hubiera dicho que estaría hoy en una cita con Alex, no lo hubiera creído. ¿Cómo iba a salir yo con mi jefe? Imposible. Pero aquí estoy, subida en una embarcación llamada Aquamarine, navegando por uno de los ríos más importantes de la ciudad. Al subir me ha presentado a Patrick Chambers, el capitán del barco, quién nos ha deseado una feliz velada con una sonrisa.

A pesar de que las vistas nocturnas de Nueva York son impresionantes con sus gigantescos rascacielos iluminados, no puedo apartar mis ojos del hombre que tengo delante. Alex se mueve con destreza en una pequeña cocina portátil instalada en la cubierta y yo lo miro atontada desde la mesa elegantemente servida que hay enfrente. Cuando Alex me ha dicho que él sería el chef de la noche, no podía creerlo. ¡Nunca imaginé que supiera cómo usar una sartén!

—Sé que soy irresistible, pero me pone nervioso que me mires así. —Alex levanta los ojos unos instantes de la cazuela donde está removiendo una salsa en este momento y me lanza una sonrisa juguetona que me hace sonrojar.

—No te miro de ningún modo —protesto a la defensiva, aunque es obvio que miento.

Me lo estaba comiendo con los ojos como si él fuera el plato principal y yo llevara semanas sin comer. Aunque, en verdad, no tengo nada de apetito. Mi estómago está demasiado lleno de mariposas revoltosas como para que me quepa nada más en él.

—Lo haces —insiste—. Y necesito enfocar toda mi atención en los pasos de la receta para no fastidiarla.

Frunce el ceño, concentrado en lo que hace.

—Es raro. —Suelto con una risita. Una ráfaga de viento helado se cuela por el cuello de mi abrigo, y lo ajusto con más fuerza. Aunque hace mucho frío, las estufas que nos rodean hacen de este lugar un refugio bastante acogedor.

—¿El qué? —pregunta sin mirarme.

—Que cocines para mí. Para empezar, ni siquiera sabía que se te diera bien cocinar.

—No hay nada que no se me dé bien. Además, cuidaste de mí cuando enfermé, así que quería hacer algo especial por ti también. —Tuerce una sonrisa y me lanza una mirada fugaz. Nuestros ojos apenas conectan durante unos segundos, pero lo siento de una forma tan intensa que se me acelera el pulso y se me desboca el corazón. Por Dios, ¡esto es ridículo! Es Alex, mi jefe. Lo conozco desde hace más de cinco años, ¿por qué de repente mi cuerpo reacciona de una forma tan desmesurada?

Paseo mis ojos alrededor y el cielo nocturno lleno de nubarrones llama mi atención.

—Parece que va a llover. —La humedad es palpable en el ambiente, aunque eso es habitual en Nueva York.

—Imposible. Según el pronóstico del tiempo solo hay un 10% de probabilidad de lluvia.

Asiento volviendo a fijar mis ojos en él.

—¿Y qué es lo que estás cocinando? Huele muy bien.

—Raviolis de langosta con salsa de jengibre y coco.

Abro la boca de par en par.

—¡Guau! Suena muy sofisticado.

—Lo es. Es un plato fusión entre la cocina tailandesa y la italiana. Es uno de los platos estrellas del Temple Food.

—¿Janice accedió a darte la receta? Pensé que los chefs eran muy celosos con sus creaciones.

—Y lo son, pero hicimos un trueque. Clases de cocina a cambio de poner al día su página web.

—¿Janice te dio clases de cocina? —No puedo evitar reírme al imaginarlo.

—Ajá. Y eso es algo que dudo que se repita en un futuro próximo. Detrás de esa sonrisa dulce y compasiva que muestra se esconde una mujer mandona y cruel. Nunca me han gritado tanto en mi vida por no seguir unas instrucciones.

Suelto una carcajada, no conozco mucho a Janice, pero tiene pinta de ser una mujer con carácter capaz de dominar a cualquier persona, hombre o mujer, que tenga delante. Me sorprende que Alex haya tomado clases de cocina por mí. Es todo… repentino y extraño, aunque a la vez… me hace sentir importante.

Poco después ya estamos sentados en la mesa, disfrutando de la deliciosa cena. Ha abierto un Riesling, asegurando que es el mejor vino para acompañar la comida. A pesar de que no tengo mucha hambre, me fuerzo por comer un poco. Ya podrían las mariposas irse a revolotear a otra parte. Alex sonríe satisfecho cuando le aseguro que está buenísimo.

Me meto un trozo de ravioli en la boca y me fijo en el impresionante paisaje urbano que se extiende frente a nosotros. La brisa fría de la noche me acaricia las mejillas y sonrío. No necesito preguntarle por qué me ha traído aquí. Sé de sobras que lo ha hecho por lo que el otro día le dije sobre mis padres cuando le hablé de mis recuerdos felices con ellos.

—Tres preguntas —dice Alex de sopetón, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué? —pregunto sin entender.

—Juguemos al juego de las tres preguntas. Tú me haces tres preguntas a mí y yo tres a ti, y debemos ser sinceros con nuestra respuesta.

Lo miro encarnando una ceja.

—¿Y si no queremos responder alguna de esas preguntas?

Él lo piensa un instante.

—¿Le deberá un deseo al otro?

Me río.

—Ajá. No sé si eso me gusta. ¿Y si me pides un deseo que no quiero cumplir?

Yo estoy pensando en encargarme de llevar su ropa a la tintorería durante un mes, o tener que atender personalmente al pesado del señor Webber, uno de nuestros mayores accionistas, pero la forma en la que me mira Alex, humedeciéndose el labio inferior y clavando sus penetrantes ojos castaños en mí, me hace suponer que él está pensando en otra cosa. Algo que provoca una oleada de líquido caliente recorrer mi vientre.

—Estoy seguro de que querrías cumplir los deseos que tengo en mente, pero para que quede claro, queda fuera de este trato cualquier deseo que implique cometer actos ilegales o que atente contra la integridad de terceros —dice Alex con un tono ligeramente burlón.

Me lo pienso unos segundos y asiento.

—Vale. Acepto.

Chocamos nuestras copas para sellar este acuerdo.

Alex me señala con la suya.

—Tú primero.

—¿Yo? —Me quedo unos instantes pensando en ello. Esto es tan inesperado que no sé qué preguntar, así que suelto lo primero que se me ocurre sobre la marcha—: ¿Por qué te especializaste en la Nanotecnología?

—Vaya, qué pregunta más seria para empezar. —Se limpia la boca con la servilleta de tela y da un sorbo al vino, tomándose tiempo para responder—. Bueno, ya te conté hace unos días que mi madre murió de cáncer. ¿Lo recuerdas? —Asiento—. Fue un cáncer en el páncreas, uno de los que tiene peor pronóstico. Cuando se lo detectaron ya había hecho metástasis en el hígado y otros órganos. No había muchas opciones de tratamiento en ese punto, y fue increíblemente doloroso verla sufrir tanto.

—Uf, no puedo imaginar lo devastador que debió ser.

—Lo fue. —Asiente, despacio—. Eso me llevó a investigar más sobre el cáncer y las posibles formas de tratarlo. Descubrí que la nanotecnología tenía un gran potencial en ese campo, especialmente en la entrega de medicamentos de manera precisa y dirigida. Me fascinó la idea de que las partículas microscópicas pudieran transportar medicamentos directamente a las células afectadas, minimizando los efectos secundarios en el resto del cuerpo.

Asiento para que sepa que lo escucho y que me interesa. En su día tuve que estudiar mucho para entender la complejidad del servicio que ofrecíamos en Nano Tech. Saber que el origen de todo su trabajo reside en la enfermedad de su madre, me hace verlo con otros ojos.

Alex prosigue:

—Me sumergí en el estudio de la nanotecnología con la esperanza de contribuir de alguna manera a mejorar los tratamientos contra el cáncer y otras enfermedades. Creo que cuando uno experimenta el impacto de una enfermedad así, siente la necesidad de hacer algo al respecto, aunque sea en la medida de sus posibilidades. —Alex mira su copa de vino por un momento antes de levantar la vista hacia mí—. Supongo que esa es una de las razones por las que me obsesioné tanto por el trabajo y descuidé todas las demás facetas de mi vida.

—Obsesionarte sirvió para convertirte en uno de los referentes de tu campo. Eso es admirable.

Alex sonríe, su expresión es un poco tensa, como si el hecho de estar contándome todo esto le hiciera sentir vulnerable.

—Gracias por escuchar. No suelo hablar mucho de esto.

Entre nosotros parece haber caído una nube oscura y pesada, llena de nostalgia y tristeza. Puede que hacerle esta pregunta no fuera buena idea, a fin de cuentas. Aunque ahora conozco más sobre él, siento que he tocado hueso.

—¿Quieres hacerme alguna pregunta? —Sonrío intentando volver al ambiente chispeante de

antes.

—Ah, sí —dice distraído. Sin pensárselo, suelta—: ¿Qué pensaste cuándo viste mi solicitud en la aplicación?

Me atraganto con el vino que estoy bebiendo y empiezo a toser.

—¿Esa es tu primera pregunta? —Mi voz está un poco tomada.

—Sí, ¿no quieres responderla?

—Es demasiado comprometida.

Se ríe por lo bajo.

—Si prefieres concederme un deseo…

—¡Ni de coña! —No me fío de Alex y de sus deseos. Él sonríe y aunque no me apetece mucho tener que responder algo así, admito que me gusta ver que hemos dejado atrás el episodio taciturno de antes—. A ver, para ser honesta, fue un poco confuso.

—¿Confuso? ¿Por qué?

—Bueno, tú nunca habías parecido interesado en mí antes, no al menos de esa manera. Así que me sentí un poco abrumada con tu cambio de actitud repentina. Necesitaba asimilar muchas cosas. Además, eres mi jefe. Tomar esa decisión implicaba asumir ciertos riesgos.

Asiente satisfecho y decido hacerle una nueva pregunta antes de que tenga tiempo a añadir algún otro matiz a la suya:

—Sigo. Pregunta: ¿De verdad compraste la aplicación de citas solo para ayudarme con los estudios?

Desvía la mirada en una expresión divertida, que parece decir algo así como: «me has pillado».

—La verdad es que en un inicio estaba convencido de que sí. En todo momento pensé que te estaba haciendo un favor. Quería que te centraras en tus estudios, pero es verdad que me ponía

enfermo imaginarte con otros hombres.

—¿Y por qué no me contaste cómo te sentías en lugar de montar esa farsa?

Hace una mueca.

—Porque ni siquiera entendía qué me pasaba. Para mí todo esto es nuevo Leah. Me gustas mucho. Es la primera vez que alguien me gusta tanto.

Admito que siento una presión en el pecho con esa última confesión. El ambiente entre nosotros se carga de electricidad. De electricidad y… y algo más. Siento una pulsión entre las piernas. Algo oscuro y peligroso.

Alex se levanta con tranquilidad, recoge los platos vacíos de raviolis y se sitúa de nuevo tras la isleta. Enciende la plancha y coloca en ella dos filetes de ternera.

—Supongo que ahora me toca a mí. Siguiente pregunta: ¿Has vuelto a quedar con Harry?

—Henry. Se llama Henry. —Pongo los ojos en blanco, consciente de que se ha equivocado de nombre aposta—. Y no. No hemos vuelto a quedar desde que tú y yo coincidimos en el restaurante.

Compartimos una sonrisa un poco tonta, supongo que recordando lo que pasó dentro de los baños de ese restaurante. Ese beso inesperado que fue un punto de inflexión en nuestra relación.

—¿Y tú?

—Yo tampoco he vuelto a quedar con él, Henry no es mi tipo.

Me río divertida, y rehago la pregunta.

—¿Has vuelto a quedar con Bridget?

—No. Aunque era una mujer increíble, no era para mí.

—¿Por qué?

—Porque ella no eres tú.

Nuestras miradas se enredan durante unos segundos. La electricidad aumenta su intensidad

y en ese momento el sonido de un trueno llena el silencio que nos rodea. Por unos instantes pienso que las chispas entre nosotros saltan de forma literal, pero cuando un relámpago ilumina la noche sobre nuestras cabezas, entiendo que no se trata de eso.

—¿Seguro que no va a llover? —pregunto.

Alex niega con la cabeza, aunque esta vez la sombra de una duda ilumina sus ojos castaños.

—Ya te he dicho que es imposible, la probabilidad de lluvia según los pronósticos es de… —Pero no puede acabar la frase, porque antes de que eso suceda las primeras gotas de lluvia caen sobre nosotros.

Son gordas y frías, pero pronto, las gotas se convierten en una tromba de agua helada.

Alex y yo nos miramos con incredulidad. La lluvia tumba las copas, llena los platos y cala la ropa que llevamos puesta.

—Señor Hudson, debemos volver de inmediato. —Patrick, el capitán del barco, aparece desde el interior con la urgencia en el tono de su voz—. Pónganse a cubierto.

Él regresa dentro y Alex cierra la plancha, me mira y me indica con la cabeza que entremos también. Asiento y, aunque debería ser un corto trayecto hasta la entrada, un fuerte viento surge de la nada empeorando la situación. El pelo se me pega en la cara, mis ojos se llenan de agua impidiéndome ver con claridad y mis zapatos resbalan peligrosamente en el suelo mojado.

Doy un traspiés y me precipito hacia atrás. Siento un dolor sordo atravesarme el tobillo y cierro los ojos, esperando la colisión contra el suelo. Pero esta nunca llega. Los brazos fuertes de Alex me rodean y me sostienen, y de pronto el olor de la lluvia se entremezcla con otro olor, aún más delicioso. Olor a Alex. Olor de lugar seguro.

—¿Estás bien? —pregunta acercando su rostro al mío para que pueda oírle a través del sonido de la lluvia. Siento sus manos en mi cintura y mi cuerpo pegado al suyo.

—Sí, ha sido solo un resbalón —digo aturdida por lo cerca que los labios de Alex están de los míos.

Mierda. Quiero que me bese. No tendría que estar pensando en esto ahora, en un momento tan complicado, pero soy incapaz de ignorar esta necesidad. Siento pequeñas descargas eléctricas por todo el cuerpo y el deseo se enciende en mi interior como un volcán a punto de entrar en erupción.

No sé en qué piensa Alex, solo sé que cuando busco sus ojos de nuevo lo veo mirarme los labios también. Y como si fuéramos dos imanes sintiéndose atraídos el uno por el otro, acortamos la distancia que nos separa. Cierro los ojos y espero.

—¿Tengo permiso para besarte?

Abro los ojos confusa. Estamos tan cerca que al hablar mis labios rozan los suyos.

A nuestro alrededor la lluvia sigue cayendo con fuerza, empapándonos aún más.

—¿Qué?

—Me queda una pregunta por hacer. Soy tu jefe. Y quiero estar seguro de que hago esto con tu consentimiento esta vez. —En todo momento sus ojos siguen clavados en mis labios—. ¿Tengo permiso?

Como respuesta, coloco una mano detrás de su nuca, me pongo de puntillas y lo beso.

Sus labios están fríos y mojados por la lluvia, al igual que los míos, pero nada importa; mi necesidad por saborearlo es tal que nada más sentir el primer contacto, inclino el rostro hacia un lado, entreabro los labios y deslizo mi lengua dentro de su boca.

Un gemido escapa del fondo de su garganta cuando nuestras lenguas se encuentran. Quiero que sienta mi necesidad, mi urgencia. Quiero que sepa que no tiene que pedirme permiso para besarme, porque mis ganas compiten con las suyas.

Mientras nuestras lenguas se exploran y se retan el mundo que nos rodea desaparece. No hay lluvia, ni ropa mojada, ni dolor en el tobillo, nada. Al igual que la primera vez que nos besamos dentro de los baños del Zenit, el tiempo se detiene.

Alex me pega más a él, sus manos me sostienen por las caderas y siento la presión de su

generosa entrepierna en la parte baja de mi vientre. Eso despierta en mí un instinto primitivo, una pulsión sexual incontrolable. Así que abro más la boca, tiro con fuerza de su nuca y dejo que mi lengua hable por mí. Nunca he besado así a un hombre. Es como… follar con la boca. Sí, eso. Como follar con la boca. Y él entiende lo que le estoy pidiendo, lo entiende y actúa en consecuencia. Sus manos se desplazan a mi trasero y mueve las caderas para encajarse entre mis muslos, ahí donde lo necesito.

Oh, joder… el sexo me palpita con ganas de más. ¿Por qué aún estamos vestidos? Deberíamos estar desnudos, a poder ser en una cama.

Pero no estamos en una cama. Ni siquiera estamos en una casa. Estamos navegando por el río Hudson con una tormenta eléctrica cayendo sobre nosotros.

Cuando el sonido de un nuevo trueno acompañado por un relámpago resuena con intensidad a nuestro alrededor, rompemos el beso y nos miramos. Los ojos de Alex brillan de una forma especial. Sé lo que está pensando sin necesidad de que use las palabras. Es una certeza. La certeza de que este beso bajo la lluvia ha sido perfecto. Y con esta certeza silenciosa envolviéndonos, me coge en volandas y nos pone a cubierto.

Capítulo 29

Alex

Detengo el coche en un hueco libre frente al edificio de Leah y paro el motor.

—Bueno…, pues ya hemos llegado —murmuro rompiendo con el silencio.

Durante casi todo el trayecto hemos estado así, prácticamente sin decir nada. Pero he tenido la sensación de que no hacía falta. Entre nosotros se acaba de abrir un mundo de posibilidades nuevas y excitantes que no es necesario nombrar con palabras. Ambos somos conscientes de ello.

—La vuelta ha sido más rápida que la ida —añado.

Leah asiente.

—Sí. A esta hora suele haber menos tráfico. —Hace un breve silencio. Me mira y esboza una sonrisa tímida—. Gracias por traerme. Bueno, por todo lo de esta noche.

—De nada. Espero que a pesar de la tromba de agua que ha caído lo hayas pasado bien.

Leah vuelve a sonreír.

—¿Acaso lo dudas? Ha resultado ser una experiencia de lo más emocionante.

Le lanzo una mirada cargada de significado.

—¿Tú crees?

—Sí. Sobre todo, cuando nos hemos refugiado en la cabina junto al capitán —confiesa—. Las anécdotas que nos ha explicado no tienen desperdicio.

Sonrío y me muevo para quedar de cara a ella.

—¿Así que eso es lo que más te ha gustado de nuestra cita? ¿Las historias navales del capitán Chambers?

Asiente con un brillo travieso en la mirada.

—Sí, y también la comida, por supuesto. Estaba muy rica.

Se relame los labios y no puedo evitar que el recuerdo de nuestro beso bajo la lluvia se adueñe de mis pensamientos. Ha sido tan perfecto que no creo que pueda olvidarlo en la vida.

Me acerco más a ella.

—¿Y qué más te ha gustado?

—Pues… —Se calla un momento como si de repente le costará hablar y cuando su mirada viaja a mi boca sé que está recordando lo mismo que yo—. Las increíbles vistas.

—Ajá…

Quiero besarla. Quiero continuar lo que hemos empezado en la cubierta del barco. El problema es que, si lo hago, no tendré suficiente con unos cuantos besos. Todo lo contrario. Tal y como estoy acabaría follándomela aquí mismo y no puedo permitir que eso pase. Para empezar porque no quiero que Leah malinterprete mis intenciones. Podría llegar a pensar que para mí es solo un polvo de una noche, una diversión sin más, cuando es todo lo opuesto a eso.

Por eso quiero hacer las cosas bien. Cortejarla como es debido, poco a poco y sin prisas. Así que, por muchas ganas que tenga de arrancarle la ropa y hacerle el amor hasta el amanecer, el sexo tendrá que esperar.

—Entonces tendremos que repetirlo. ¿No crees? —me limito a decir—. Solo que la próxima vez me aseguraré de que las probabilidades de lluvia sean del cero por ciento.

Me echo hacia atrás y antes de que Leah tenga tiempo de añadir nada más abro la puerta y salgo. Luego rodeo el coche y la ayudo a salir.

En cuanto sus pies tocan el suelo emite un leve gemido que no me pasa desapercibido.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Me ha dado una punzada el tobillo. Me lo he torcido en el barco.

Da un par de pasos y cuando veo que cojea, añado:

—¿Y si te has hecho un esguince? Debería verte un médico. Vamos, te llevo.

—Oh, no. Tranquilo no hace falta. Solo es una torcedura sin importancia.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues porque no lo tengo hinchado —concluye—. Además, no es la primera vez que me pasa. Es lo que conlleva ser una persona patosa. —Sonríe restándole importancia al asunto, pero yo sigo sin tenerlas todas conmigo.

—¿Estás segura? Porque no me cuesta nada acompañarte y salimos de dudas.

—Sí. Hazme caso. Solo necesito reposar un poco y mañana estaré como nueva.

Da otro paso que se traduce en una nueva mueca de dolor y en ese momento decido tomar las riendas de la situación. Salvo la escasa distancia que nos separa y antes de que tenga tiempo de reaccionar la cojo en brazos.

Emite un grito ahogado.

—¡Ey! ¿Qué estás haciendo?

—¿No es obvio? —digo mientras camino a paso decidido—. Llevarte en volandas hasta tu apartamento.

—Pero no es necesario. Bájame ahora mismo. —Se revuelve sobre mis brazos con intención de que la suelte, pero yo reacciono sujetándola todavía más fuerte.

—O te llevo en brazos hasta tu apartamento o al médico, ¿qué prefieres?

Leah resopla con fuerza.

—A mi apartamento, por favor.

Sonrío ante mi pequeña victoria y no tardo en plantarme en la entrada de su edificio. Por suerte el portero enseguida se percata de nuestra presencia y nos abre la puerta.

—Se ha hecho daño en el pie —le explico al ver que nos mira interrogativo.

—En realidad no ha sido nada —añade Leah, pero él ya nos ha adelantado y está llamando al ascensor.

Entramos los tres en la cabina y una vez arriba el hombre también nos ayuda a abrir la puerta del apartamento de Leah.

—¿Necesitan algo más? —pregunta desde el umbral mientras yo me dedico a dejar a Leah sobre el sofá—. ¿Quieren que llame a una ambulancia?

—Oh, no es necesario —contesta ella al instante—. Solo es una torcedura sin importancia.

—De acuerdo. Si necesitan algo más ya saben dónde encontrarme.

Tras eso le agradezco su ayuda y cierro la puerta.

Leah suelta un sonoro suspiro.

—Dios, qué vergüenza.

—¿Vergüenza por qué? —Sonrío y vuelvo a su lado—. Cuando la gente está enferma tiene que dejarse cuidar. ¿O no me dijiste eso tú en el hospital?

—Sí, pero yo no estoy enferma. No era necesario organizar todo este circo. —Hace ademán de levantarse, pero yo se lo impido empujándola suavemente por los hombros.

—¿A dónde se supone que vas ahora?

—A buscar un poco de hielo.

—Espera. Yo te lo traeré.

Me dirijo a la zona de la cocina que está integrada en la sala de estar y abro el congelador. Tras echar un vistazo rápido, cojo una pequeña placa de hielo.

—¿Dónde guardas los paños de cocina? —le pregunto a continuación.

—En el segundo cajón a mano derecha.

Lo abro y cojo uno con el que envuelvo el bloque de hielo para no aplicarlo directamente sobre la piel de Leah. Luego regreso al sofá y se lo paso.

En algún momento se ha sacado las medias porque están hechas una bola sobre la mesa. Intento no pensar en el detalle de que ahora sus piernas están desnudas, pero sigo con los sentidos revolucionados y se me hace muy difícil.

—Gracias —me dice ella, pero yo ya estoy dirigiéndome de nuevo a la cocina o, mejor dicho, huyendo de la tentación—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Prepararte una bebida caliente. ¿Tienes hervidor de agua?

—Sí, eh… Lo tienes en el armario que está sobre el fregadero.

Busco donde me indica y enseguida encuentro el hervidor. A los pocos minutos ya lo tengo sobre la encimera a la espera de que el agua se caliente.

Me doy la vuelta y cuando miro en dirección al sofá compruebo que Leah se está aplicando el hielo en el pie. Pero no podría estar haciéndolo en una posición más incómoda.

Suspiro y tras volver a su lado se lo quito de las manos.

—Oye, ¿y ahora qué pasa? —se queja ella.

—No quiero que además del pie te acabes jodiendo la espalda. Anda déjame a mí

Leah vuelve a quejarse, pero yo sigo a lo mío. Me siento encima de la mesita de centro

frente al sofá y le levanto el pie. Luego lo dejo en mi regazo y pongo la placa envuelta sobre él.

—Tienes que aplicar el hielo de forma intermitente en periodos de unos diez minutos como mucho —le explico al mismo tiempo que intento obviar que lo que estoy haciendo también me resulta jodidamente erótico—. De lo contrario se puede dañar uno de los nervios superficiales.

Leah asiente y el silencio nos envuelve hasta que le suelto el pie.

—Gracias —musita—. Pareces muy puesto en el arte de tratar lesiones.

—Mis conocimientos no tienen límites, ya lo sabes.

—Oh, cierto.

Leah se ríe entre dientes y cuando levanta la mirada nuestros ojos se encuentran. Entonces reparo en que estamos muy cerca el uno del otro. Demasiado.

De hecho, solo con moverme un poco podría volver a besarla de nuevo.

Una vez más traslado la vista hacia su boca. Esa boca de labios rosados y entreabiertos que me atrae con la fuerza de un imán. Y cuando lo hago me doy cuenta de que la he cagado. Porque ya no me veo con fuerzas para impedir que las leyes de atracción hagan su trabajo.

Mi rostro se acerca lentamente al suyo, como si ese fuera el único camino posible, hasta que nuestras respiraciones se entremezclan y…

Un pitido estridente resuena a nuestro alrededor y reacciono poniéndome de pie de un salto.

—Joder, ¿qué cojones es ese ruido? —pregunto con el corazón disparado.

Leah se ríe.

—El silbato del hervidor de agua.

Dirijo la vista hacia la cocina y cuando comprendo lo que está diciendo voy corriendo a parar el fuego. Luego levanto el recipiente y lo aparto de la superficie caliente para que deje de

hervir.

Resoplo con fuerza y me apoyo en la encimera.

Joder. ¿Pero qué coño estoy haciendo?

Está visto que no puedo permanecer aquí mucho más tiempo o al final lo acabaré lamentando.

Respiro hondo intentando que mi polla llegue a la misma conclusión que mi cerebro. Y cuando por fin lo consigo, le preparo a Leah una taza de té. Luego regreso junto a ella y se la paso.

—Es la única variedad de té que he encontrado.

—Lo sé. Tengo que ir a hacer la compra —confiesa ella haciendo una mueca y al cabo de un momento me pregunta—. ¿Y tu taza?

—Yo no quiero té.

—¿Por qué no? Después del frío que hemos pasado a ti también te iría bien beber algo caliente.

Lo que yo necesito no es un té caliente sino darme una ducha de agua bien fría.

—Yo… —Evito su mirada y vuelvo el cuello hacia la puerta—. En realidad, debería irme ya. Es tarde.

—Oh. —Leah pega un respingo y, tras quedarse un momento en silencio, asiente—. Supongo que tienes razón. No había caído en la hora que era. —Baja la mirada y por un instante tengo la sensación de que parece decepcionada, cuando no debería ser así.

—En realidad no es que quiera irme —digo en un intento de arreglarlo—. Quiero decir…, me siento muy a gusto aquí contigo. Demasiado en realidad. Y por eso es mejor que me vaya. —Joder, pero ¿qué coño estoy diciendo? Está claro que hablar de sentimientos no es lo mío.

Me paso las manos por la cara mientras Leah se me queda mirando como si de repente me hubiera vuelto loco.

—Alex, no entiendo que estás intentando decirme. ¿Podrías ser más claro?

Asiento y tras tomar una bocanada de aire continúo hablando en un intento de explicarme mejor.

—Me refiero a que lo suyo es que nos tomemos esto con calma. Ya sabes… Es nuestra primera cita. No quiero precipitar las cosas.

Un fogonazo de comprensión aparece en los ojos de Leah

—Ah, vale. Así que te refieres a eso. —Baja la cabeza y deja su taza sobre la mesa. Su decepción aumenta por momentos—. Tiene su lógica. Yo tampoco quiero precipitar nada y más teniendo en cuenta nuestra relación laboral. Debemos pensarlo mucho antes de dar cualquier paso.

El corazón me da un vuelco.

—Espera un momento, me parece que no me has entendido bien.

—Pues yo creo que sí.

—No, no lo has hecho. —Doy un par de pasos y me agacho junto a ella—. Escucha, yo tengo muy claro lo que quiero. Por eso te envié la petición en la aplicación de citas.

—Oh. Es verdad —murmura evitando mi mirada—. Por un momento me había olvidado de eso. Fue todo un detalle por tu parte que me pidieras salir a través de esa aplicación en lugar de hacerlo en persona.

—Tienes razón. Lo de la aplicación no fue la mejor idea del mundo, por eso mismo ahora quiero hacer las cosas bien —admito—. Y cómo te he dicho, cuando te pedí salir lo hice totalmente convencido de ello. Me gustas de verdad, Leah, y quiero estar contigo. Quiero estar

contigo a todas horas y de todas las formas posibles. Y eso incluye estar contigo en una cama y no solo para dormir. —La mirada de Leah vuela a la mía, pero antes de que tenga tiempo de decir nada añado—: Y por eso, lo mejor por ahora, es que me marche ya.

Me levanto, cojo mi chaqueta y me dirijo escopeteado hacia la puerta.

—Sigue aplicando hielo en el tobillo como te he dicho, e Intenta no forzarlo mucho —le recomiendo antes de despedirme—. Nos vemos el lunes.

Evito su mirada y salgo por la puerta. Una vez en el rellano pulso varias veces el botón del ascensor con impaciencia.

Mierda… ¿Cómo le he podido soltar todos esos desvaríos a Leah? Parezco un enfermo mental.

Hago una mueca y respiro hondo intentando calmarme, pero está claro que no lo conseguiré hasta que llegue a casa y me meta debajo de la ducha.

Alzo la vista hacia el indicador del ascensor y al ver que no se mueve pulso de nuevo el botón. ¿Por qué coño no avanza?

Barajo la posibilidad de bajar por las escaleras, pero antes de que llegue a decidirme oigo el ruido de una puerta al abrirse tras de mí. No necesito darme la vuelta para saber que es la de Leah.

—Alex, espera. —Oigo a mis espaldas.

Aprieto los ojos con fuerza y maldigo de nuevo.

Capítulo 30

Leah

—¿En serio te vas a ir así sin más? —le suelto a Alex desde el umbral y cuando me doy cuenta de lo fuerte que ha sonado mi voz pego un respingo. No quiero dar lugar a que Karen vuelva a presenciar otra de nuestras escenas. Por suerte es tarde y lo más probable es que la mujer lleve ya rato acostada.

Alex se da la vuelta y, cuando nuestras miradas se encuentran, baja la cabeza.

—Es lo mejor.

—¿Lo mejor? —El desconcierto y la incredulidad que me han llevado a salir en su busca vuelven a apoderarse de mí, pero por suerte esta vez consigo moderar mi tono de voz. Doy un par de pasos hacia él y me cruzo de brazos—. ¿Lo mejor para quién? Para ti supongo, ¿no?

—¿Qué? —Los ojos de Alex se llenan de incomprensión—. No. Yo solo… —Se pasa una mano por el pelo mientras parece buscar las palabras adecuadas, pero yo ya estoy cansada de dar rodeos.

—¿Tú qué, Alex? —le interrumpo exasperada—. Como de costumbre solo piensas en ti. Primero boicoteas mis citas para poder ser tú el que salga conmigo. Y cuando lo consigues, organizas todo lo de esta noche para luego venirme con el cuento de que quieres tomarte lo nuestro con calma. Pero déjame decirte que las cosas no funcionan así. No puedes presentarte en mi casa, vestido como un adonis griego, y besarme de esa forma tan intensa en el barco, para luego soltarme estas tonterías. ¿Qué hay de lo que quiero yo, ¿eh? ¿Y si yo no quiero frenar el ritmo? —Doy un último paso hasta quedar justo en frente de él y mi voz tiembla cuando añado —. ¿Y si yo no quiero que te vayas?

Alex parpadea desconcertado y su mirada vuela a la mía. Luego entrecierra los ojos mientras parece analizar mi rostro. Como si no acabara de creerse lo que le acabo de decir. Como si estuviera intentando descifrar mi expresión de la misma manera que estoy haciendo yo con la suya. Como si estuviera librando una batalla interna.

Las puertas automáticas del ascensor se abren a nuestro lado, pero ninguno de los dos les prestamos atención.

Alex traga saliva y cuando vuelve a hablar lo hace con un susurro ronco.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que me quede?

Asiento sin dejar de mirarle.

—¿Estás segura? —insiste—. Porque si lo hago…, si vuelvo a entrar ahí contigo. No creo que pueda contenerme.

Todo su cuerpo parece en tensión y su pecho sube y baja al mismo compás que el mío, con respiraciones superficiales y rápidas. Su mirada desciende y se posa en mis labios. Yo tampoco puedo evitar clavar la mía en los suyos.

Vuelvo a asentir.

—Lo sé.

Entonces, antes de que pueda asimilar lo que está sucediendo, Alex me agarra del brazo y me arrastra hacia mi apartamento. Luego cierra la puerta de un portazo, me aprisiona contra una de las paredes y me besa.

Me besa por fin.

Abro la boca y gimo de satisfacción cuando nuestras lenguas se tocan y empiezan a moverse con urgencia. Al instante me doy cuenta de que me he vuelto adicta a sus besos. Al sabor de sus labios. A su hábil forma de atrapar los míos. A los sonidos que emite. Mis manos trepan por su

espalda. Las suyas se aferran a mi cintura. Todo su cuerpo se aferra a mí en realidad y puedo notar su dureza. Me muevo para sentirlo justo donde yo quiero mientras su boca no me da tregua, hasta que de repente dejo de sentirla. Abro los ojos y veo que Alex se ha separado un poco y me está mirando fijamente.

Por un instante me asalta el pensamiento de que volverá a irse. Pero sus ojos enturbiados por el deseo me dicen otra cosa. Sus dedos han encontrado la cremallera de mi vestido a la altura del escote, y tengo la sensación de que me está pidiendo permiso para bajarla. Me quedo quieta dándole a entender que tiene vía libre.

El tiempo parece detenerse a medida que Alex se pone en movimiento. Baja la cremallera y mi vestido acaba completamente abierto. Luego me lo pasa por detrás de los hombros y tira de él hasta que lo deja caer en el suelo. Da un paso hacia atrás y me recorre el cuerpo con la mirada.

Todavía tengo la ropa interior puesta, pero por un instante me siento cohibida. Cohibida, pero también muy excitada por la forma en que Alex me está mirando.

—No sabes las veces que he fantaseado con esto —me confiesa al cabo de unos segundos con voz queda—. Pero ninguna de mis fantasías se asemeja a la realidad. Eres perfecta Leah.

Vuelve a acercarse a mí, pero antes de que sus manos lleguen a tocarme le doy un pequeño empujón para que se aparte.

—Espera. —Mis labios dibujan una sonrisa maliciosa—. Ahora te toca a ti. Quítate la ropa.

Alex también sonríe.

—Como gustes.

Lleva las manos hasta las solapas de su americana y se la quita. Luego hace lo mismo con el chaleco, la camisa y el resto de la ropa hasta que se queda solo con los boxers.

Se me seca la garganta.

Por mucho que haya visto retazos de su cuerpo en el hospital, nada me ha preparado para esto. Alex tiene un cuerpo hecho para la lujuria. Recorro con la mirada sus hombros anchos y sus pectorales marcados. Luego hago lo mismo con sus piernas torneadas y me detengo en la enorme protuberancia que se intuye bajo sus calzoncillos. Es obvio que está empalmado. Y el pensamiento de que está así por mí consigue que yo también me ponga a mil.

Alargo el brazo con la intención de acariciarlo. Necesito sentir esa dureza entre mis manos. Pero antes de que llegue a hacerlo, él se las ingenia para volver a acorralarme contra la pared.

—Tu turno ya se ha acabado —susurra junto a mi oído mientras me sujeta por los brazos—. Ahora me toca a mí mover ficha. —Acerca su boca a la mía para darme un beso húmedo, pero antes de que tenga tiempo de saborearlo vuelve a apartarse. Entonces añade—: Quítate la ropa interior.

Su petición provoca que se me acelere el pulso, pero aun así hago lo que pide. Empiezo con el sujetador. Lo desabrocho y lo dejo caer al suelo mientras su mirada me abrasa por dentro. Luego me bajo el tanga y lo suelto sobre el resto de ropa.

Alex no tarda ni dos segundos en acercarse. Ahora tiene la vista clavada en mi pecho desnudo. Hunde una mano en mi cintura y me atrae hacia él, mientras que con la otra atrapa uno de mis pechos. Luego hace lo mismo con la boca y su lengua empieza a martirizar mi pezón.

Una oleada de placer se arremolina entre mis piernas y me estremezco. Alex gruñe en respuesta y no tarda ni dos segundos en estampar su boca sobre la mía.

Y a partir de ahí perdemos el mundo de vista.

Nuestros besos se vuelven más profundos y ansiosos, al mismo tiempo que nuestras manos cobran vida propia. Las mías van a parar al culo de Alex. Las suyas también al mío. Y de repente las baja un poco más abajo y me levanta del suelo.

—¿Dónde está tu habitación? —me pregunta entre beso y beso mientras me apoya en la

pared. Estoy a punto de responderle que al final del pasillo, pero en ese instante siento la presión de su erección entre las piernas. Y me olvido de todo lo que no sea frotarme contra ella—. Da igual —oigo que murmura él tras soltar un jadeo—. Necesito metértela ya.

Lo siguiente que sé es que estoy tumbada en el sofá. Alex desaparece un segundo y vuelve con algo en la mano. Acto seguido se desprende de sus calzoncillos y desliza un preservativo por su imponente miembro.

Algo parecido a la anticipación calienta mi estómago cuando alza la vista y me sonríe de forma juguetona. Y en un abrir y cerrar de ojos lo tengo sobre mí. Nuestras bocas se encuentran de nuevo. Y cuando abro las piernas también lo hacen nuestros sexos, esta vez sin ningún impedimento de por medio. Me estremezco. Los dos lo hacemos. Entonces Alex se separa un poco, conecta su mirada con la mía e introduce la punta de su polla en mi interior. Luego retrocede y sigue empujando con delicadeza, pero como estoy tan mojada en seguida me llena al completo.

—Joder —murmura con la respiración agitada y sigue moviéndose, aumentando poco a poco el ritmo.

El calor vuelve a arremolinarse en mi bajo vientre mientras no puedo apartar la vista de él. Creía que conocía todas sus expresiones faciales, pero es obvio que no. Nunca lo había visto de esta manera: Excitado y a punto de perder el control. El rostro en tensión. Los ojos entrecerrados por el placer. Los labios entreabiertos e hinchados.

Y es lo más sexy que he visto en toda mi vida.

Ese es el último pensamiento que tengo antes de perder la capacidad de pensar. Porque cuando las embestidas de Alex aumentan, en mi mente ya no hay espacio para nada más que el placer.

Sus caderas empujan y retroceden, una y otra vez, al mismo tiempo que su lengua saquea mi

boca llevándome al límite. La tensión empieza a acumularse en mi interior y le rodeo con las piernas para sentirlo mejor.

—Dios, Leah, si haces eso no voy a durar nada —me avisa Alex parándose en seco. Jadea contra mi boca—. Y quiero oírte chillar de placer antes de correrme.

—Entonces sigue moviéndote como lo estabas haciendo —suplico adelantando las caderas —. Por favor…

Alex levanta la cabeza y me dedica una sonrisa pícara.

—¿Moverme cómo? —Empuja y retrocede un par de veces más, pero vuelve a parar y se retira. Y antes de que tenga tiempo a quejarme vuelve a penetrarme con fuerza—. ¿Así?

Me arranca un chillido de placer y asiento con la cabeza incapaz de articular palabra. Alex lo vuelve a hacer. Se retira hasta dejar solo la punta en mi entrada y empuja de nuevo. Una vez y luego otra, hasta pierdo la cuenta y acaba follándome al mismo ritmo acelerado de antes.

Mi vista se nubla.

—No pares —le pido mientras varias oleadas de placer empiezan a discurrir por mi interior.

Y cuando creo que ya no voy a ser capaz de aguantar tanta tensión dentro de mi cuerpo, esta se libera y me precipita hacia un orgasmo cegador.

Grito al mismo tiempo que me estremezco.

Entonces Alex acalla mis gemidos con su boca y pierde el poco control que le queda. Apoya un pie en el suelo y se introduce en mí de manera desenfrenada. Hasta que él también explota.

Empuja unas cuantas veces más mientras su cuerpo se estremece en fuertes sacudidas y se deja caer exhausto sobre mí.

Capítulo 31

Alex

Dicen que los sueños no se cumplen, sino que se trabajan y yo he pasado gran parte de mi vida poniendo en práctica esa teoría. Primero en el instituto donde me gradué con honores a los diecisiete. Luego dándolo todo en la universidad para conseguir sacarme la carrera antes de tiempo a la vez que trabajaba como becario en una empresa del sector. Y una vez me licencié dejándome el culo para levantar mi propio negocio.

En mi día a día no había espacio para nada más. Tenía muy claro lo que quería, pero debido a mis circunstancias familiares sentía que jugaba con desventaja, así que no podía permitirme ninguna distracción. No podía desviarme de mi objetivo. Tal vez por eso nunca me molestó quedarme estudiando, cuando mis compañeros de clase salían por ahí los fines de semana, de la misma manera que en la actualidad tampoco he tenido problema en dedicar todo mi tiempo a trabajar.

Sin embargo, las cosas parece que acaban de cambiar. Porque por primera vez en mi vida preferiría estar en otro sitio en lugar de en mi despacho.

Y ese sitio no es otro que el cálido apartamento de Leah. De nuevo solos los dos, enredados bajo las sábanas, tal y como hemos estado haciendo la mayor parte del fin de semana.

Ese es el primer pensamiento que se me ha pasado por la cabeza en cuanto he puesto un pie en la empresa. Y sigo pensando lo mismo ahora que estoy reunido con Simon, el director adjunto.

Pero por muchas ganas que tenga de perder el mundo de vista junto a Leah, el trabajo es el trabajo y sigo teniendo obligaciones. Una de ellas, ultimar los detalles de un evento sobre

Nanociencia y Nanotecnología que estamos organizando de cara al mes que viene.

—¿Ya sabemos el número exacto de empresas que acudirán? —le pregunto a Simon.

—Sí, todas las que contactamos han confirmado su asistencia —me contesta con la vista puesta en su portátil.

—¿Y los ponentes?

—Espera que abra el archivo. —Da un par de clics con el ratón y se concentra en el documento en cuestión—. Vale. En principio podrán asistir todos menos John Marshall de la Universidad de California y Sarah Harris del Instituto Nacional del Grafeno.

Entrecierro los ojos.

—Ambos estaban invitados a la misma conferencia, ¿no?

—Sí, a la de nanomateriales compuestos.

Asiento con calma.

—Entonces tendremos que pedir la colaboración de alguien más, o de lo contrario nos veremos obligados a modificar el programa. —Me echo hacia atrás en la silla y pienso en ello —. ¿Qué hay de Trevor Philips?

—¿El profesor que ganó el Premio Nacional de Nanotecnología?

—Sí.

—Olvídate. Tengo un amigo que lo conoce y por lo que sé nunca acepta dar charlas.

Suspiro y tamborileo con los dedos sobre el reposabrazos de mi asiento mientras barajo otras opciones.

¿A quién podríamos invitar?

—Ya lo tengo —suelto de pronto—. Peter Suleman de NanoSolutions. Se jubiló el año

pasado y conociéndole dudo que se niegue.

Simón sonríe complacido.

—Genial. Pues contactemos con él a ver si hay suerte.

—En cuanto acabemos le paso los datos a Leah —añado.

Y de repente, solo con pronunciar el nombre de mi secretaria, tengo la sensación de que me siento más liviano.

Miro con disimulo hacia la puerta.

¿Qué estará haciendo ella ahora? ¿Estará pensando en mí? ¿Estará pensando en todo lo que hemos hecho este fin de semana?

Una sonrisa traicionera se abre paso a través de mis labios, pero la bloqueo a tiempo y respiro hondo para volver a centrarme.

Seguimos hablando de otros puntos importantes de la planificación del evento, como seguridad, presupuestos y demás, y en menos de una hora ya hemos acabado.

Espero a que Simon salga por la puerta y no pierdo ni un segundo en coger el teléfono para pedirle a Leah que venga.

A los pocos minutos la puerta se abre y ella entra. Nada más verla se me acelera el corazón, y eso que hoy también he amanecido en su casa. La verdad es que mi intención era que fuéramos juntos al trabajo, pero ella se ha negado. Por ahora quiere mantener lo nuestro en secreto para no generar suspicacias entre los otros trabajadores de la empresa, y yo lo respeto. Así que hemos desayunado juntos y luego me he marchado. Por ella haría lo que fuera, aunque siendo sincero, espero que esta situación no se alargue mucho en el tiempo. Lo que yo quiero es tener una relación formal con ella, no esconderme. Que todo el mundo sepa que su corazón me pertenece. Además, Leah siempre ha sido una trabajadora excepcional y nada va a cambiar eso.

Admiro su cuerpo como he hecho en tantas otras ocasiones. Solo que esta vez la sensación que me embarga es muy diferente. Para empezar porque ahora sé lo que tiene debajo de la ropa. Conozco a la perfección todos sus pliegues, curvas y recovecos. El dulce aroma de su piel. Su suavidad. Su sabor…

Se detiene delante de mi mesa y me dedica una sonrisa cargada de circunstancias. Yo también sonrío y sorprendentemente me olvido de lo que quería decirle. Al final es ella quien rompe con el silencio.

—Ummm. Me has llamado, ¿no?

Carraspeo y salgo de mi trance momentáneo.

—Sí, eh, necesito que contactes con alguien —murmuro y tras echar una mirada a la pantalla apunto varios datos en una nota. Se la paso a Leah—. Es Peter Suleman, un exdirectivo de NanoSolutions. Nos han fallado dos conferenciantes del evento del mes que viene y he pensado en él como sustituto.

Ella asiente con un gesto decidido.

—De acuerdo. En seguida me pongo a ello.

—Perfecto. Pero ten en cuenta que vamos con el tiempo justo. Intenta hablar con él por vía telefónica en primer lugar.

Leah vuelve a asentir.

—Eso haré.

—Genial, gracias.

Me callo y entre nosotros se instala un silencio denso cargado de muchas cosas. Leah es la siguiente en hablar.

—¿Necesitas algo más?

Reprimo una sonrisa sin mucho éxito.

—Ummm. En realidad, sí —confieso—. Quería preguntarte si estás libre dentro de un rato.

—¿Dentro un rato?

—Sí, podríamos comer juntos.

Leah niega con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo. Le prometí a Katie que comería con ella.

Me cruzo de brazos sin apartar la vista de ella.

—¿Y qué me dices de esta noche? ¿Crees que podrías hacerme un hueco a la hora de la cena?

Los ojos de Leah brillan divertidos.

—No lo sé. Tengo que consultarlo con mi agenda.

Mi sonrisa se amplía.

—Muy bien. Pues en cuanto sepas algo ya sabes dónde encontrarme.

Leah esboza una sonrisa nerviosa y tras despedirse pone rumbo hacia la puerta.

Entonces hago algo que nunca había hecho. Me levanto y sigo sus pasos.

—¿A dónde vas? —me pregunta ella en cuanto se percata de que voy detrás de ella.

—Te acompaño hasta la puerta.

—Vaya, menuda sorpresa. ¿A qué viene tanta galantería?

Me pongo a su lado.

—Necesitas que alguien te vigile de cerca por si te vuelves a tropezar. Tú misma admitiste que eres bastante torpe con los pies.

Leah se para frente a la puerta y se vuelve en mi dirección dispuesta a rebatirme, pero enseguida repara en otra cosa que la hace sonreír.

—No tan torpe como tú anudando corbatas por lo que veo. ¿Qué demonios has hecho? La llevas peor que nunca.

—Bueno, esta mañana tenía mejores cosas que hacer que preocuparme por mi vestimenta —le contesto encogiéndome de hombros y una sonrisa juguetona aparece en mis labios—. ¿Quieres que te las enumere?

Leah se ruboriza de una forma encantadora y cuando contesta sus palabras suenan atropelladas.

—No es necesario. Me puedo hacer una idea. —Suspira y lleva sus manos a mi cuello para arreglarme el nudo de la corbata. Yo por mi parte me dedico a recorrer su rostro con la mirada mientras me dejo hacer. Todo en ella me resulta tan agradable y adictivo. El cálido contacto de sus dedos. Su dulce aroma. Sus jugosos labios…—. Ya está —murmura ella y cuando alza la vista y nuestras miradas se encuentran no puedo resistirme más.

La atraigo hacia mí y la beso. Y me aseguro de hacerlo de tal manera que ella no pueda pensar en nada más que yo durante el resto del día.

Exploro, succiono y saboreo su boca como si dispusiera de todo el tiempo del mundo y antes de separarme le doy un pequeño tirón en el labio inferior.

Leah parpadea un par de veces y cuando parece regresar a la realidad da un paso atrás y susurra:

—¿Qué estás haciendo?

—Nada. Solo te estaba dando las gracias por ser tan cuidadosa con mi imagen pública.

—Deja de bromear. No podemos comportarnos así en el trabajo. —Sus ojos vuelan

inquietos hacia la puerta—. ¿Y si hubiera entrado alguien?

—Imposible. Nadie entra aquí sin llamar primero.

—Bueno, pero podrían oírnos —añade—. Tenemos que ser cuidadosos. Creía que estabas de acuerdo en esperar a que lo nuestro se hiciera público.

—Y lo estoy —le contesto sin dudarlo—. El problema es que eres demasiado adorable y no he podido resistirme.

Leah rueda los ojos, pero por la sonrisa que asoma a sus labios tengo la certeza de que le ha gustado mi comentario.

Antes de que pueda decir nada más, mi teléfono suena y la realidad se impone. Por mucho que me pese tengo que seguir con mis obligaciones.

Me apresuro a cogerlo y cuando descuelgo veo que Leah ya se ha marchado.

Capítulo 32

Leah

—Entonces, ¿cómo la tiene? ¿Grande como su cuenta bancaria? Imagino que sí. Ya sabes lo que dicen: ego grande, pene grande. Y nuestro jefe de ego va sobrado —Katie se mete una patata frita en la boca sonriente y yo le lanzo una mirada asesina después de comprobar que ninguno de nuestros compañeros ha escuchado su comentario.

Puede que habernos quedado en la cafetería de la empresa no haya sido buena idea.

—¿Puedes hablar más bajo? —le pido, roja como un tomate—. Y no pienso responderte a esa pregunta, Katie. Es personal e inadecuada.

—Oh, venga. No seas mojigata. —Hace un mohín para darme pena, aunque la conozco de sobras para saber que es una cuentista y no lo consigue en absoluto—. Otras veces no te ha importado darme detalles jugosos de los chicos con los que has salido.

—Eso es porque otras veces salía con chicos que no eran nuestro jefe —le recuerdo.

Además, tampoco es que haya tenido muchos líos amorosos. No porque sea una persona reacia al compromiso, pero el trabajo como secretaria de Alex no me deja mucho tiempo libre. Si a eso le sumamos la carrera de Gestión de eventos que estoy haciendo a distancia, la posibilidad de encontrar un hueco para hacer actividades que me permitan conocer gente se reduce drásticamente.

Si no fuera porque la abuela insistió tanto en que buscara pareja, nunca habría dado este paso. Es curioso pensar que ese fue el punto de inflexión que lo hizo cambiar todo. El que precipitó que Alex y yo acabáramos juntos.

Frente a mí, Katie suelta un suspiro melodramático.

—Te recuerdo que llevo más de diez años en una relación con el mismo hombre. Su pene es el único que veo desde hace más de una década. Necesito que me dejes vivir a través de ti.

Su comentario me hace reír. Por mucho que se queje, sé que no cambiaría su relación con Neal por nada en el mundo. Son la pareja más compatible que he conocido nunca.

—Creo que lo que necesitas no es vivir a través de mí, es ponerte una peli porno.

—Eso ya lo hago regularmente. Y los videos de la sección de sexo de oficina son mis favoritos.

—El hecho de que tengas una sección favorita debería preocuparte.

—Para nada. Solo demuestra que soy una mujer conectada con su sexualidad. Con lo cual, déjame que te pregunte, ¿habéis tenido sexo en la oficina o pretendéis tenerlo?

Me atraganto con un trozo de lechuga de mi ensalada y la miro mal.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una muy válida. Si hay algo morboso de enrollarte con el jefe es hacerlo sobre la mesa de su despacho después de haber tirado todo lo que había sobre ella en un arrebato.

Reconozco que la imagen de Alex subiéndome en su mesa para hacer perversiones me atrae un poco, pero…

—Teniendo en cuenta que las paredes son de cristal y que su tolerancia al desorden es nula, es poco factible. Ver algo tirado en el suelo podría provocarle un ictus.

De hecho, el beso que nos hemos dado antes ya ha sido un poco peligroso. Tenemos que ser cautos si no queremos ser descubiertos.

—Cierto. Estoy segura de que quien popularizó este tipo de diseño en las oficinas lo hizo para extinguir el sexo entre trabajadores. Todo eso de que el espacio parece más luminoso y moderno así son pamplinas.

—Por supuesto, tiene pinta de conspiración mundial —afirmo vehementemente, con ironía.

—¿Verdad? —Me saca la lengua y luego me mira fijamente unos segundos sin decir nada —. Y volviendo a la pregunta inicial. Acepto que no quieras hablar de tamaños. Pero ¿y el sexo? Al menos podrás decirme si estuvo bien o no.

Mordisqueo una zanahoria mientras recuerdo el fin de semana que hemos pasado juntos. Ha sido… bueno, no hay palabras para describir lo increíble que ha sido el sexo con él. Nunca antes me había encontrado con un amante tan atento, considerado y generoso. De hecho, siempre me ha costado un poco lo físico. El sexo me hace sentir vulnerable y expuesta. Pero hace tanto tiempo que conozco a Alex y es tan grande la complicidad que hay entre nosotros que en ningún momento me sentí incómoda.

Fue… perfecto. Simplemente perfecto.

—Bien, no necesito que me respondas a la pregunta. Tú cara lo ha hecho por ti. —Me guiña un ojo, me lanza una mirada llena de ternura y luego sonríe ampliamente. Me mira orgullosa y satisfecha, como si fuera una madre delante de una hija recién graduada en la universidad.

Katie, a veces, puede ser un poco exagerada. Pero sé que su reacción es genuina: está feliz por mí. Cuando nos conocimos al empezar a trabajar aquí intentó emparejarme con algunos de los amigos de su novio con la esperanza convencida de que merecía conocer alguien especial, pero ninguna de esas citas cuajó. Desde entonces siempre ha insistido en que debía darle una oportunidad al amor, por muy ocupada que fuera mi vida. De hecho, se convirtió en fan absoluta de mi abuela cuando consiguió que aceptara entrar en el complejo mundo de las online.

Para ahorrarme una nueva pregunta íntima, le pregunto a Katie sobre el viaje a Chicago que tiene que hacer la semana que viene con su jefe. Mientras ella habla yo regreso una y otra vez al fin de semana, a los besos y caricias de Alex, y a la sensación de que entre sus brazos estoy segura y protegida, como si nada malo pudiera sucederme cuando estamos juntos.

Capítulo 33

Alex

—¿Dónde tienes el sacacorchos? —pregunta Leah con una botella de vino en la mano.

—Creo que en el segundo cajón —le contesto distraído.

Estoy sentado en la isleta de mi cocina mientras ella se pasea ante mi vista vestida solo con una de mis camisas. Y la visión es tan apetecible que se me hace difícil pensar en otra cosa.

—¿Estás seguro? —insiste ella revolviendo en el cajón que le he indicado—. Porque aquí no lo veo.

—Mira en el de abajo entonces.

Leah hace lo que le digo y se agacha ofreciéndome una vista inigualable de su culo prieto. Una sonrisa bobalicona se adueña al instante de mis labios.

Aún no hace ni una hora desde nuestra última sesión de sexo, pero no me importaría seguir dándole al tema. Aquí mismo en la cocina para hacer los honores también en esta parte de la casa. Ella sentada en la isleta con mi camisa arremangada hasta la cintura. Yo de pie bombeando dentro de ella…

—Aquí tampoco lo veo. —La voz de Leah me saca de mis fantasías y acto seguido me la encuentro observándome con los brazos en jarras—. ¿Qué se supone que estás mirando? Podrías ayudarme a buscar en lugar de quedarte ahí plantado.

Le regalo una de mis mejores sonrisas y voy hacia ella.

—Estaba admirando las vistas. Son exquisitas.

—¿En serio? —inquiere divertida, comprendiendo en el acto a lo que me estoy refiriendo—. ¿Mejores incluso que las de tu rascacielos?

—Mucho mejores. —Me coloco detrás de ella y aprovecho esa posición para pegarme a su espalda y rozar mi polla contra su culo—. ¿No percibes lo alegre que se ha puesto mi cuerpo?

Leah sonríe junto a mi cuello y murmura:

—Ya lo noto, sí. Supongo que habrá que hacer algo al respecto.

—Supones bien.

En un visto y no visto, le doy la vuelta, la levanto, y ya la tengo sentada sobre el mármol justo como había imaginado. Me rodea con las piernas y yo levanto la camisa de un tirón. Acerco mi cara a la suya para hundirme en su boca y…

El timbre de la entrada rompe con el silencio y juro que nunca había odiado tanto ese sonido como en este preciso instante.

Maldigo y aprieto los ojos con fuerza. Cuando los vuelvo a abrir me encuentro que Leah se está riendo y me arranca una sonrisa a mí también.

—Debe ser el repartidor de pizzas —constata—. ¿Quieres que abra yo?

Niego con un gesto.

—Tranquila. Ya voy yo.

Es obvio que Leah se ha ofrecido para que no reciba al repartidor con una tienda de campaña monumental bajo el pantalón del pijama. Pero puede respirar tranquila porque esa posibilidad no se va a dar. Toda mi excitación se ha esfumado en cuanto ha sonado ese jodido timbre.

Gruño y voy hacia la entrada consciente de que la culpa es mía.

Joder, tengo la despensa llena. ¿Quién me mandaría pedir una pizza para cenar?

Pongo la mano en el pomo y abro la puerta sin molestarme en ponerme algo encima.

Y cuando alzo la mirada no es al típico repartidor, de cuerpo larguirucho y rostro todavía marcado por la pubertad, a quien me encuentro. Sino a Caden. Caden cargando una con una cacerola enorme entre las manos. Y para colmo no viene solo porque Janice está junto a él.

Mierda… Pero ¿qué diantres están haciendo aquí?

—Hola —les saludo incapaz de esconder mi desconcierto—. Menuda sorpresa. ¿Qué hacéis aquí?

Caden sonríe.

—¿Tú qué crees? Venimos a cuidar de ti.

—¿A cuidar de mí?

—Sí, ¿no has dicho que estabas con gripe? —añade y por un momento lo miro frunciendo el ceño.

Hasta que caigo en que esa es la excusa que le he dado esta mañana para poder quedar con Leah en lugar de asistir a nuestra sesión de pádel.

—Ah, sí —murmuro maldiciendo interiormente. Está claro que debería haberme inventado otra excusa menos problemática. Como por ejemplo que tenía que quedarme en la empresa a adelantar trabajo—. Pero no hacía falta que vinierais.

—Claro que sí. Necesitas comer bien para recuperarte y no hay plato más nutritivo que el que te hemos traído. —Caden levanta la olla con una sonrisa de satisfacción—. La sopa de gallina de Janice. Es una receta familiar que ha ido pasando de generación en generación, pero ella le ha añadido su toque secreto.

—En realidad solo le he agregado unas cuantas cebollas —interviene ella—. Para potenciar

sus efectos antibacterianos y antiinflamatorios. Es mano de Santo. Ya lo verás.

—Os lo agradezco, pero era necesario que os molestarais… —empiezo a decir, pero antes de que consiga acabar la frase Caden se cuela en el interior de mi vivienda y Janice lo imita.

—No es ninguna molestia —oigo que dice mi amigo mientras desaparece por el pasillo y yo vuelvo a maldecir.

Leah está en la cocina vestida solo con una camisa y si mis amigos la ven no habrá excusas que valgan.

Cierro la puerta y voy como un rayo detrás de ellos.

Cuando entro en la cocina veo que Caden y Janice están trasteando frente a la encimera, pero curiosamente no hay ni rastro de Leah.

¿Dónde se habrá metido?

Miro hacia el comedor con el corazón acelerado, aunque dudo que Leah esté allí. No se puede salir de la cocina sin pasar por la entrada, así que es difícil que lo haya hecho sin ser vista. Pero si no ha salido de aquí, ¿dónde se habrá escondido? La cocina es grande pero no tanto.

Sea como sea, tengo la esperanza de que esta inesperada visita no dure demasiado. Me sabe mal por mis amigos, porque les he hecho preocuparse sin razón, pero no es con ellos con los que tenía pensado pasar la noche.

—¿Y esto? —suelta de repente Caden y cuando me vuelvo hacia él veo que ha encontrado la botella de vino que había sacado Leah—. No me digas que pensabas beber alcohol estando como estás. —Niega con la cabeza—. No, si ya sabía yo que no se te puede dejar solo.

Vuelve a depositar la botella sobre el mármol, pero con tan mala pata que cuando Janice se gira le da con el codo. Con lo cual la botella va a parar al suelo reventándose en el proceso, y de repente hay cristales y restos de vino por todos sitios.

—¡Oh! Mierda, qué torpe soy —se lamenta Janice al instante—. Lo siento.

—No, la culpa es mía por dejar la botella ahí —añade Caden y acto seguido se vuelve en mi dirección—. ¿Dónde tienes la fregona?

Inspiro de forma profunda para que mi paciencia no se desmorone.

¿Qué he hecho yo para que mi noche de ensueño junto a Leah se haya transformado en esta pesadilla?

—En ese armario de allí. —Señalo—. Pero no te preocupes ya lo limpio yo.

Me pongo en movimiento, pero Caden sortea el estropicio que hay en el suelo y llega al armario primero. Y antes de que lo abra tengo un mal presentimiento. Un mal presentimiento que se hace realidad en cuanto mi amigo abre la puerta y suelta un grito.

Porque dentro del armario está Leah. De pie, rodeada de palos de limpieza y poniendo cara de circunstancias. Mi mirada va de ella, al rostro de Caden, y luego al de Janice que se acaba de acercar preguntando qué demonios pasa. Y acto seguido ellos me dirigen su mirada asombrada a mí. A mi torso desnudo para ser más precisos. Y en ese momento tengo claro que no necesito darles ninguna explicación. Los hechos hablan por sí solos.

***

—Bueno… Así que Leah y tú estáis juntos —murmura Caden aprovechando que acabamos de quedarnos solos en el comedor—. ¿Desde cuándo?

—Desde hace un par de semanas —le contesto con la vista puesta en la puerta.

Después de la surrealista escena que se ha desarrollado en la cocina, las cosas se han calmado un poco y al final hemos acabado cenando todos juntos. Una cena que ha consistido básicamente en sopa, pizza, y algunas que otras risas relacionadas con lo que ha pasado. Pero ni Caden ni Janice han insistido más con el tema y tengo que reconocer que lo hemos pasado bien.

Más tarde, no mucho después de acabar de cenar, nos hemos puesto a hablar de temas variados, entre ellos los platos que prepara Janice. Y no sé bien cómo ha ido, pero sé que Leah le ha comentado que le encantó la receta que preparé en el barco. Y tras cruzar unas cuantas palabras más, Janice le ha dicho que si quería podía enseñarle algunos trucos y se han marchado las dos a la cocina.

Solo espero que con ella tenga más paciencia que conmigo, pienso con una sonrisa, y en ese momento Caden interrumpe el hilo de mis pensamientos.

—Eso lo explica todo.

Alzo una ceja en su dirección.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que ahora entiendo muchas cosas —me aclara—. Como, por ejemplo, por qué últimamente no te he visto el pelo. O por qué te molestaba tanto que Leah se hubiese apuntado en la aplicación de citas. Estabas celoso.

Mis labios se curvan en una sonrisa traicionera. Caden tiene razón, aunque me cueste reconocerlo.

—Es posible, sí.

—Ya me olía que sentías algo por Leah. Acuérdate que te lo dije. —Me señala con el dedo y tras hacer una pausa, ladea la cabeza—. Lo que no entiendo entonces es porque decidiste salir

con Bridget.

—¿Qué? Serás caradura… Si fuiste tú quien lo organizó todo.

Caden se ríe.

—Cierto, sí. Pero no soy yo el que está en tu cabeza. Y como comprenderás estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado por mí? —Me llevo mi copa a los labios—. ¿Y por qué razón si puede saberse?

—Por tu vida sexual, como es lógico. —Se inclina sobre la mesa y baja la voz—. O más bien por la inexistencia de ella. Incluso llegué a pensar que tenías algún problema. Ya sabes…, ahí abajo.

De repente el vino que acabo de tragar se me va al lado equivocado de la garganta y me sobreviene un ataque de tos.

Caden se pone de pie y empieza a palmearme la espalda.

—Para ya, joder. Estoy bien —le suelto apartando su brazo de un manotazo y tras carraspear un par de veces, añado—. Y mi cuerpo también está bien. Todo en mí funciona a la perfección. Así que deja de desvariar y márchate ya de mi casa.

—Vaya… Muy bonito. ¿Así es como tratas al amigo que ha luchado contra viento y marea para traerte un plato de sopa? Primero me mientes y ahora esto.

Caden se sienta de nuevo y me lo quedo mirando sin decir nada. Es obvio que se está haciendo el ofendido cuando en realidad no es así, pero no puedo evitar que me atraviese una punzada de culpabilidad. No debería haberle engañado, pero en ese momento no se me ha ocurrido otra solución mejor.

—Oye… siento haberte mentido —me disculpo bajando la voz y antes de continuar llevo la

mirada hacia la puerta para comprobar que seguimos solos—. Pero no quería mencionar que había quedado con Leah. Llevamos muy poco tiempo juntos y ella prefiere que todavía no se sepa.

Caden me dirige una mirada cómplice.

—Tranquilo que lo decía de broma. Entiendo su posición. No debe ser fácil iniciar una relación con alguien al que también ves todos los días en el trabajo. Y más cuando ese alguien es el director de una multinacional, además de tu jefe.

Arrugo la frente.

—Entiendo que la situación no es la ideal, pero ¿qué problema hay con que sea su jefe?

—Bueno. Ya conoces a la gente. Algunos pensarán que debido a tu implicación personal estás favoreciendo a Leah de alguna manera. O incluso dudarán de sus capacidades.

—Pero eso es una gilipollez —espeto apretando la mandíbula—. Leah es una trabajadora muy eficiente y capaz.

—Lo sé. Pero la envidia hace actuar a la gente de forma incoherente, te lo digo por experiencia —confiesa—. En la cocina de un restaurante se cuecen muchas más cosas aparte de comida.

Asiento intentando procesar sus palabras...

—Sea como sea, no voy a permitir que nadie vaya por ahí hablando mal de Leah.

—No lo dudo. Pero yo más bien me enfocaría en no tener que llegar a eso —murmura Caden pensativo—. Tienes que pensar en cómo minimizar los daños. No es lo mismo que tus trabajadores se enteren de lo tuyo con Leah por el boca a boca, a que seas tú quien se lo comunique, por ejemplo.

—Lo sé. Tenemos que ser cuidadosos —digo más para mí que otra cosa.

Y entonces caigo en que tengo otro contratiempo ondeando en el horizonte. Porque hay alguien más a quien le tengo que explicar lo que ha pasado con Leah. Una persona a la que conozco desde hace muchos años que no tiene nada que ver con la empresa. Una persona muy valiosa para mí. Y como es natural, su opinión también me importa mucho. Más incluso que la de todos mis trabajadores juntos.

Capítulo 34

Leah

Una semana después, el sonido de mi estómago rugiendo de hambre me obliga a mirar la hora en el ordenador de la oficina. Son casi las diez de la noche. Mi jornada laboral termina a las seis, pero hoy Alex tiene trabajo atrasado y me he ofrecido a quedarme para echarle una mano.

No hay un alma en toda la oficina. Hace un rato he visto salir a un chico del laboratorio, cerrando la luz tras de sí. Está claro que somos los últimos en irnos hoy.

Mi estómago vuelve a quejarse, recordándome que no he comido nada desde el almuerzo. Mi cuerpo necesita una recarga de energía urgente. Miro la pantalla del ordenador donde una larga lista de datos y gráficos espera ser revisada y tomo una decisión.

Resuelta, me levanto de mi sitio y llamo a la puerta de Alex con los nudillos antes de asomar la cabeza.

—Voy a pedir algo para cenar. ¿Te apetece chino?

Alex levanta la mirada de su portátil y sonríe. No lleva americana ni corbata, el primer botón de la camisa está desabrochado y tiene las mangas arremangadas hasta los codos. El look relajado le queda más que bien. Aunque parece cansado. Hace meses que nuestra empresa está trabajando en un proyecto de mejora del software de nanotecnología que utiliza para la detección y cura del cáncer, y hay mucho que revisar y comprobar antes de darle el visto bueno.

—Chino suena perfecto

—Genial. ¿Tienes alguna preferencia?

—Lo que sea está bien para mí. Confío en tu criterio.

Asiento y me retiro para hacer el pedido desde una aplicación de comida a domicilio. Elijo una variedad de platos para compartir. Media hora más tarde, cuando llega el repartidor, vuelvo al despacho con varias bolsas de comida china.

Alex ha dejado su escritorio y está de pie frente a la ventana, mirando las increíbles vistas nocturnas de Manhattan que se ven desde aquí.

—¡La comida ha llegado! —Me acerco al escritorio de Alex, aparto unos cuantos papeles y empiezo a sacar y abrir los recipientes llenos de comida humeante.

Alex se gira hacia mí y se acerca.

—Gracias por encargarte de la cena, Leah. Definitivamente necesitaba un descanso de la pantalla.

—Espero que te guste. Pedí un poco de todo para que tengas opciones. —Me acomodo en la silla frente a su escritorio.

—Qué suerte tengo de tener una secretaria que piense en todo. —Alex arrastra su silla por el suelo, voltea la mesa, y se sienta a mi lado. Su pierna roza la mía y siento su contacto a través de las medias con una intensidad abrumadora. Sin vacilar, con una sonrisa torcida, me planta un beso con mordida de labio incluida.

Lo miro boquiabierta, incapaz de disimular mi sorpresa.

—¿Qué haces?

—¿Qué hago? —Haciéndose el tonto, coge unos palillos chinos, los separa y luego elige un recipiente lleno de tallarines.

—No puedes hacer esto. —Nos señalo—. ¿Y si alguien nos ve?

—Nadie va a vernos porque he comprobado el registro de trabajadores y solo quedamos activos tú y yo.

Arqueo una ceja.

—¿Y el de seguridad? Hace su ronda cada media hora.

—He llamado a Ben antes para decirle que puede saltarse las dos próximas.

Me llevo una mano al pecho, sobresaltada.

—¿Estás loco? Eso suena sospechoso.

—Relájate, Leah. No pasa nada. Le he dicho que estábamos tratando temas sensibles y que se mantuviera alejado hasta nuevo aviso. Lo tengo todo bajo control.

Se lleva un tallarín a la boca con tranquilidad y yo intento hacerle caso y relajarme. Pero es difícil encontrar paz con Alex tan cerca de mí. Llevamos semanas viéndonos fuera del trabajo, pero en la oficina siempre guardamos las distancias. Tenerlo tan cerca ahora es tan tentador como lo fue en su día la manzana prohibida en el pecado original.

Hablamos sobre el trabajo mientras intento alejar de mi mente todos esos pensamientos sucios e inadecuados. Alex parece emocionado por los buenos resultados que arroja el nuevo software. Me encanta escucharlo hablar sobre nanotecnología porque cuando lo hace sus ojos brillan con pasión. Se nota que esto le gusta, que es lo suyo y que disfruta. Además, desde que Alex me explicó el motivo por el que decidió dedicarse a esto, siento un profundo respeto y admiración por lo que hace. Incluso más que antes.

Acabamos de cenar, recojo todos los recipientes, los pongo en la bolsa y me los llevo a reciclar. Dejo mi móvil sobre la mesa y cuando regreso minutos después, veo que algo ha cambiado en el aire. Alex parece más serio de repente y frunce el ceño de manera obvia. No puedo evitar preguntar:

—¿Qué ha ocurrido en mi ausencia?

Él hace un gesto de disgusto y tarda en responder.

—Nada.

—¿Seguro?

Asiente despacio, me siento y tras un breve silencio, añade:

—Has recibido un mensaje.

—¿Un mensaje? —Cojo el móvil y reviso los mensajes entrantes. Un relámpago de entendimiento cruza mi rostro cuando encuentro uno nuevo de Henry. Miro a Alex llena de incredulidad—. ¿Me has mirado el móvil?

—Por supuesto que no. No te he mirado el móvil. Nunca atentaría contra tu privacidad. Pero tengo ojos operativos, con lo cual cuando se ha iluminado no he podido evitar leer el nombre que aparecía en la pantalla —gruñe—. No sabía que seguías hablando con él.

—Y no sigo hablando con él.

—Pero te ha escrito.

—Sí, bueno, cuando quedamos le hablé del odontólogo al que voy y quiere que le dé la dirección. —Me quedo en silencio unos segundos, procesando el significado de su cambio de humor. Lo miro con los ojos abiertos, comprendiendo—. ¿Estás celoso?

—¿Qué? No, por supuesto que no estoy celoso. Y no es que me debas explicaciones ni mucho menos. Es solo que… —Se queda en silencio, resopla y desvía su mirada de la mía.

—Acaba la frase, Alex. ¿Es solo que…?

—Es solo que me siento inseguro —musita enfurruñado, evitando mirarme.

—¿Inseguro? ¿Alexander Hudson inseguro? Eso sí que es una novedad.

Alex se levanta de la silla y se pasa una mano por el cabello, despeinándolo aún más. Parece avergonzado. Sigue sin mirarme.

—Alex —insisto al ver que no responde, atrayendo su mirada de regreso a la mía.

Coge aire, lo deja ir despacio y luego, dice, con un voz de tono pausado:

—Leah, me gustas.

—Y tú me gustas a mí.

—Ya. Pero no solo me gustas. Me gustas mucho más de lo que me ha gustado nadie antes. Me gustas tanto que a veces me siento como si estuviera enfermo. —Sus palabras me hacen sonrojar, y trago saliva sintiendo como el pulso se me acelera—. De hecho, si lo pienso bien, creo que me gustaste desde la primera vez que te vi entrar por esa puerta. —Señala la puerta de su despacho y desvío mis ojos hacia ella—. Recuerdo que llevabas vaqueros ajustados, el cabello recogido en una coleta, y que entraste llena de dudas. Pero tus ojos brillaban con gran resolución. Reconozco que me pareciste preciosa. Jodidamente preciosa. Enterré esos pensamientos en lo más profundo de mí ser, porque sabía que eran inadecuados, porque, maldita sea, ¡soy tu jefe! Pero ahora que he dejado de contenerme, ahora que los he asimilado y aceptado… estoy más que listo para comprometerme al 200% contigo. Al 1.000% si hace falta. No estoy seguro de que también sea así para ti.

Mi corazón late con fuerza mientras escucho lo que dice. Alex se ha abierto como nunca y admito que no estaba preparada para una confesión así. Trago saliva con fuerza y noto mi boca seca y pastosa. Me levanto de la silla también y me acerco a él, ordenando los pensamientos en mi cabeza.

—También es así para mí.

—¿En serio?

—Tú también me pareciste precioso la primera vez que te vi. —Estamos tan cerca que puedo distinguir la forma en la que se le arquean los ojos al sonreír—. También un arrogante y creído, pero bueno, todo eso va dentro del pack de la erótica del poder.

—No soy arrogante ni creído.

—Lo eres. Te crees perfecto.

—Me creo perfecto porque lo soy.

Reprimo una sonrisa y él levanta las cejas, como retándome a contradecirlo.

—Lo que quiero decir es que yo también estoy lista a comprometerme contigo al 1.000%.

—No quiero que te sientas presionada.

—No me siento presionada en absoluto.

Nos miramos a los ojos fijamente unos segundos, en silencio, como si ambos necesitáramos un instante para procesar lo que acabamos de decir en voz alta.

—Entonces —Alex rompe el silencio, y da un paso hacia mí, lo que me obliga a levantar la barbilla para seguir mirándolo a los ojos—, ¿eso significa que estamos juntos con exclusividad?

—Ajá.

Coloca sus manos en mis caderas y me empuja con suavidad contra su escritorio.

—Entonces, ¿quieres ser mi novia?

Me pongo roja al instante y el corazón me da un vuelco, porque hace años que nadie me hace una pregunta así. Bajo la barbilla con timidez, pero Alex me la vuelve a levantar con el pulgar.

—Responde —me pide.

—Bueno, es que esa pregunta es muy del instituto.

Se ríe entre dientes y acerca su rostro al mío, susurrándome en el oído:

—Puede. Cuando estoy contigo es como si volviera a esa época. Me revolucionas los sentidos, Leah. —Al hablar, sus labios rozan la piel de mi cuello, y su aliento está caliente y… Dios, esto se está poniendo cada vez más intenso. Apoyo las manos en los bordes de la mesa e intento mantener la compostura, aunque cada vez estoy más cerca de perderla por completo—. Para serte honesto, llevo mucho tiempo fantaseando con esto.

—¿Con qué?

—Con tenerte justo así, como te tengo ahora.

Nuestros cuerpos acaban pegados, siento calor por todas partes y empiezo a hiperventilar.

—Pensé que habías dicho que llevabas años conteniéndote.

—Cierto. Pero hay fantasías que no pueden contenerse, sobre todo en ciertos momentos de autocomplacencia.

Con un movimiento suave, me sienta sobre el escritorio. Me abro de piernas para rodearle la cintura con ellas y la falda de tubo se ajusta alrededor de mis caderas. Puedo sentir el latido de mi corazón resonando en cada parte de mi cuerpo, y la electricidad en el aire es palpable. Alex me sostiene con firmeza, con sus manos en mi cintura. Su mirada ardiente se encuentra con la mía.

—Antes has dicho que Ben no aparecerá, ¿verdad?

—Sí. —Sube y baja su rostro, frotando su nariz contra mi cuello y oreja. Siento pequeñas descargas en mi piel.

—En ese caso, deberíamos ahondar de forma práctica en esas fantasías.

Alex sonríe contra mi cuello y luego empieza a besar la zona, trazando con besos suaves una línea que va desde el lóbulo de mi oreja hasta la comisura de mis labios.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres? —Su voz ronca y su aliento caliente hace que mi piel se erice.

Asiento con determinación, y eso parece ser suficiente para Alex. Sus labios encuentran los míos y me besa. Nuestras bocas se abren a la vez, permitiendo que nuestras lenguas se enreden en un baile frenético, húmedo y profundo.

Sus manos recorren mi espalda y yo coloco las mías en su trasero para atraerlo más a mí. Siento su erección contra mi sexo y un suspiro de alivio y desesperación escapa del fondo de mi garganta. De pronto, odio las capas de ropa que me impiden sentir su piel desnuda contra la mía.

Nuestros pechos suben y bajan a la vez, al ritmo de nuestra respiración furiosa.

Sin separar su boca de la mía, Alex desliza una mano entre nosotros, por debajo de mi falda, bordea mis bragas y mete un dedo por dentro de la tela. Roza mi clítoris con delicadeza y luego lo hunde en mi entrada. Reprimo un jadeo cuando empieza a penetrarme con él.

—Joder, qué mojada estás —dice con la voz ronca.

Fijo mi mirada en el bulto de sus pantalones y le desabrocho el cinturón primero y la bragueta después. Meto la mano dentro de sus calzoncillos y libero su generosa erección. Subo y bajo mi mano por su extensión mientras Alex intercala caricias en mi clítoris con penetraciones.

—¿Fantaseabas con esto? —pregunto liberándome de sus besos un instante.

Sus labios están hinchados y enrojecidos, imagino que los míos deben verse igual.

—Algo así. Sí.

—¿Y con qué más fantaseabas?

Mis ojos y los de Alex chocan en una mirada llena de intención. Alex tuerce una sonrisa y luego responde en tono juguetón:

—¿Quieres que te lo enseñe?

Su mirada se vuelve más intensa y veo el anhelo en sus ojos. Sus dedos hábiles siguen explorando mi intimidad, y la mezcla de sensaciones me hace arquear la espalda, buscando más contacto.

—Alex —gimo su nombre, la urgencia y el deseo se desbordan en mi voz.

Su dedo se mueve dentro de mí con una cadencia que me hace perder el control, y mis muslos se tensan involuntariamente a su alrededor.

—También fantaseaba con esto. —Con un movimiento suave pero decidido, Alex retira su dedo de mi interior. Mi cuerpo protesta por la pérdida, pero antes de que pueda manifestarlo a viva voz, hace algo que me deja sin aliento: me abre la blusa de un tirón y los botones salen disparados por todas partes.

Suelto un grito ahogado llevada por la sorpresa. Debería estar enfadada porque haya roto mi blusa preferida, pero nada de eso, al contrario, me excita que haya liberado ese lado animal que tanto suele mantener encerrado en su día a día bajo capas y capas de control y contención.

Alex baja mi sostén y besa mis pechos. Lame mis pezones, los muerde, y luego se los mete en la boca. Me vuelve tan loca que pierdo completamente la consciencia de lo que hacemos. Solo quiero seguir, dejarme llevar.

—¿Sabes con que más fantaseaba? Con esto. —Alex se pone de rodillas frente a mí, carga una de mis piernas sobre un hombro y acerca su boca a mi sexo. Su lengua se hunde en mi entrada y lame los pliegues de forma ascendente hasta rozar mi clítoris.

Suelto un gemido que suena a lamento y que se convierte en desesperación cuando su lengua empieza a rodear, besar y lamer ese centro de placer.

Me saquea el sexo con ansias y me lleva al límite, hasta que el orgasmo aparece en el horizonte y detiene sus movimientos.

—Oh, no, no puedes parar ahora —lloriqueo.

Alex se pone en pie de nuevo, me come la boca y luego me baja de la mesa.

—No quiero que termines tan pronto. Hay una fantasía que me falta por mostrarte.

Me lleva hasta la cristalera desde donde se ve Manhattan iluminado. Me sitúa frente a la ella con los pechos al descubierto y se coloca detrás.

—Esta es una de mis fantasías más recurrentes —susurra en mi oído, acercándose por detrás tanto a mí que puedo sentir como su presencia me envuelve como una manta caliente y pesada.

Noto las manos de Álex en mis costados, empujándome con suavidad contra los ventanales. Mis pechos chocan contra el frío vidrio y suelto un gemido por el inesperado contraste de temperaturas. Sé que nadie puede vernos, que este edificio es alto y que la vidriera está oscurecida, pero… es impactante.

Pienso en Katie, se sentiría orgullosa de mí por estar a punto de tener sexo de oficina.

—¿Estás lista para mí? —susurra en mi oído, su aliento caliente envía escalofríos por toda mi piel.

—Sí, Alex, sí —jadeo ansiosa.

Me sube la falda, aparta las braguitas a un lado y siento su polla pulsante contra mi entrada. Pero antes de que llegue a penetrarme, suelta un gruñido frustrado apoyando su frente contra mi nuca.

—Mierda, no podemos seguir.

—¿Por qué? —pregunto en un quejido.

—No tengo condones, nunca traigo a la oficina, no pensé que…

Siento que me deshincho como un globo que estaba volando alto. Muy alto. Cojo aire, lo suelto y tras reflexionar unos segundos, suelto:

—Podríamos hacerlo sin condón. Yo tomo la píldora y estoy sana.

—Yo también estoy sano, me hago controles cada seis meses, pero… —se apresura a decir.

—Entonces… Llévame de ti, Alex.

Alex gruñe contra mi oído. Vuelve a situarse en mi entrada, rodea mis caderas con fuerza y luego me penetra en una estocada profunda que me hace tirar la cabeza hacia atrás. Busco su boca con la mía y le meto la lengua en la boca mientras él se hunde más en mí. Después de un instante de disfrutar de este primer contacto piel con piel, empieza a moverse, penetrándome en un vaivén frenético.

Sus embestidas son fuertes, enérgicas, y yo lo recibo con ganas, con el calor arremolinándose en mi vientre y llenando cada espacio de mi cuerpo con ondas de placer que me elevan hacia lugares desconocidos.

Como si no fuera suficiente el hecho de sentirlo así, Alex coloca una mano sobre mi sexo y acaricia mi clítoris con movimientos rápidos, al compás de sus penetraciones. Ay, Dios. Voy a correrme. Siento el orgasmo cerca.

Mi mente está nublada y en este momento no me pertenezco. No existo. Soy solo las

sensaciones que me recorren y me guían hacia la explosión final.

Alex gime mi nombre en mi oído con voz ronca, y eso es todo lo que necesito para correrme. El éxtasis es tal que durante unos segundos siento que el mundo se disuelve y se convierte en placer. Placer crudo que se adueña de cada parte de mí misma. Y arrastro a Alex conmigo. Lo siento liberando toda la tensión acumulada en mi interior, soltando un último gruñido desesperado.

Nos quedamos allí, respirando agitadamente unos segundos hasta que finalmente Alex se retira.

—No te muevas —me pide.

Lo oigo trastear tras de mí y segundos después regresa y me limpia entre los muslos cuidadosamente con un trozo de papel. Este gesto me parece muy tierno. Me giro cuando termina y me llevo una mano a la boca para disimular mi sonrisa tonta y satisfecha. Alex me mira fijamente abrochándose el cinturón y yo me ajusto la falda e intento cerrarme la blusa, aunque esto último es imposible dado la falta de botones. Se me escapa la risa tonta y Alex se muerde el labio visiblemente culpable.

—Lo siento por eso. Quizás no debí llevar tan lejos mis fantasías.

—No pasa nada, ha sido… divertido.

—¿Tienes alguna de repuesto?

Asiento.

—Siempre guardo un par por si surge algún contratiempo. Nunca se sabe cuándo acabará una mancha de café en mi blusa.

—O cuando un cavernícola te la romperá de un tirón —añade él.

Compartimos una sonrisa cómplice y Alex me atrae hacia él para abrazarme con fuerza. Mientras me empapo de esta cálida sensación, me pregunto qué nos deparará el futuro. ¿Puede ser él mi final feliz? ¿Ese final feliz del que hablan en los cuentos y en las novelas de amor? No

lo sé. Tampoco importa. Porque estamos juntos, enredados en un abrazo, sintiendo nuestros latidos sincronizarse. Y eso es todo lo que necesito en este momento.

Capítulo 35

Leah

—¿Me vas a decir ya a dónde vamos? —pregunta Alex con expresión divertida.

Aparto la mirada de la ventana del taxi en el que he pasado a recogerle y sonrío.

—No. Ya te he dicho que es una sorpresa.

Alex suelta un suspiro de resignación.

—La verdad es que no estoy acostumbrado a las sorpresas. La intriga me está matando.

—Esa es la idea, sí. De lo contrario, no sería una sorpresa.

—Lo sé —añade y durante unos segundos se dedica a jugar con la pulsera que llevo en la muñeca—. Pero aun así podrías apiadarte de mí y darme una pequeña pista. ¿No te doy pena? —Frunce los labios e intenta poner cara triste, pero lo único que consigue es que me ponga a reír.

—En absoluto. Tú tampoco soltaste prenda cuando organizaste todo aquello del barco, ¿recuerdas?

—Touché

—Exacto. No te va a quedar otra que aguantar hasta el final. —Vuelvo la mirada hacia la ventana y compruebo que no falta mucho para llegar.

No negaré que yo también estoy algo nerviosa. Lo cierto es que quiero sorprender a Alex llevándolo a casa de mi abuela para que se conozcan y nunca he lidiado con una situación como esta. Quiero decir que nunca he sentido la necesidad de presentarle a la abuela ninguno de mis ligues. Pero esta vez es diferente, por supuesto. Alex no es un ligue sin más, sino el hombre del

que estoy enamorada, aunque todavía se me haga un poco raro pronunciar esa palabra. Y la conversación que mantuvimos el otro día en la empresa me hizo darme cuenta de que si le quiero tengo que demostrárselo. Demostrarle que voy a por todas con lo nuestro, al igual que hizo él.

Así que después de darle vueltas al tema, decidí organizar lo de hoy. Llamé a la abuela y le dije que estaba saliendo en serio con un chico y quería que presentárselo. Ella se puso loca de alegría como era de esperar, y estoy segura de que a Alex también se alegrará de que haya decidido dar este paso. Por ahora creo que es la mejor muestra de amor que le puedo dar.

Además, mi sexto sentido me dice que esos dos se llevarán bien.

Solo espero que no se equivoque.

Con esos pensamientos todavía revoloteando en mi cabeza me doy cuenta de que ya hemos llegado al distrito de Queens. Empezamos a dejar atrás varias calles llenas de vida y no puedo evitar sonreír. Como siempre dice la abuela, el auténtico Nueva York está en los barrios, no en los rascacielos, y por supuesto le doy la razón. Concretamente ella vive en una calle bastante tranquila del barrio Astoria, que parece imperturbable al paso de los años.

El taxi para justo delante de su vivienda. Una modesta casa adosada de dos plantas con un pequeño jardín en la parte de atrás. Me apresuro a darle mi tarjeta al conductor para que me cobre antes de que Alex se ofrezca a hacerlo en mi lugar. Pero a diferencia de otras veces, mi querido jefe está demasiado distraído mirando por la ventana como para percatarse de nada más. Incluso le tengo que decir varias veces que ya hemos llegado para que baje del coche.

¿Pero qué demonios le pasa?

¿Tan excitado está por la sorpresa que no es capaz ni de reaccionar?

—Vamos. Es aquí. —Le indico poniendo rumbo a la entrada, pero él no hace ademán de moverse y al final no me queda otra que retroceder.

Le agarro de la mano, tiro de él y le obligo a subir los escalones que llevan a la puerta. Por

supuesto tengo llave, pero esta vez no me parece apropiado usarla, así que me limito a llamar al timbre.

Durante la espera vuelvo a echarle una mirada rápida a Alex. Tiene el cuerpo rígido y por la cara que pone parece que va a salir corriendo de un momento a otro.

—Ey. No hace falta que estés tan nervioso —susurro cada vez más extrañada—. ¿A dónde crees que vamos? Solo quiero que conozcas a alguien. Te gustará.

Alex se vuelve hacia mí y sus ojos me enfocan, aunque es obvio que sigue distraído.

—Lo sé, lo siento —se disculpa esbozando una sonrisa fugaz—. Es solo que de repente me he acordado de un asunto que tengo que solucionar en el trabajo y estoy un poco inquieto por ello, eso es todo.

Justo cuando Alex acaba de pronunciar la última palabra, la puerta se abre y mi abuela aparece ante nosotros.

—¡Hola! —Nos recibe rebosante de alegría—. Por fin. Creía que no llegabais.

Me da un abrazo rápido y enseguida dirige su atención hacia mi acompañante.

—Abuela, este es Alex —me apresuro a decir—. El chico del que te hablé.

Entonces sucede algo que no tenía previsto. Mi abuela deja de sonreír y su expresión pasa de la curiosidad a la sorpresa en cuestión de segundos. O lo que viene a ser lo mismo, se queda mirando a Alex con los ojos abiertos como platos.

Por un momento me pongo en tensión, pero enseguida llego a la conclusión de que la reacción de la abuela es normal. Más que nada teniendo en cuenta quién está a mi lado. El atractivo físico de Alex nunca deja a nadie indiferente, y menos aún a las mujeres.

—Vaya… —murmura en cuanto recupera el habla y traslada su mirada extrañada a la mía —. ¿Este es el hombre con el que estás saliendo? —Asiento y su rostro se ilumina con una nueva

sonrisa. Una sonrisa que juraría que es todavía más radiante que la anterior—. Menuda sorpresa más… agradable.

Alex extiende su mano hacia ella y se presenta.

—Soy Alex Hudson. Encantado

—Oh, no, el gusto es mío —le contesta ella aceptando su gesto—. No todos los días puedo tener el placer de deleitarme la vista con un mozo tan guapo y bien formado. Puedes llamarme Betty.

Dicho esto, me guiña un ojo y se echa a un lado para que pasemos.

Colgamos los abrigos en el perchero de la entrada y guio a Alex hacia el comedor donde el aroma a bizcocho recién horneado y el calor de la chimenea nos envuelven.

—Podéis sentaros —nos dice ella a nuestras espaldas—. Ya está todo listo, incluido tu pastel preferido, Leah.

Sonrío y le pregunto si necesita que haga algo más, pero ella me contesta que no y no tardamos en estar los tres acomodados en los sofás alrededor de la mesa de centro.

La abuela coge un cuchillo y empieza a cortar el bizcocho en varios trozos.

—Así que este es tu pastel favorito —constata Alex en tono desenfadado y doy gracias de que ya esté más relajado.

Asiento con entusiasmo y me apresuro a pasarle su plato.

—Venga, pruébalo. Estoy segura de que te va a encantar.

Alex sonríe y se lleva un bocado a la boca. Mastica con calma, saboreándolo, mientras yo no puedo dejar de observarle con expectación, hasta que en su cara aparece una expresión de placer.

—Mmm. Coincido contigo —admite y no pierde ni un segundo en coger otro trozo—. Es el mejor pastel que he probado en mucho tiempo.

Sonrío satisfecha.

—Sabía que te gustaría. En el restaurante todo el mundo se lo pedía, ¿verdad abuela? Era su plato estrella.

—Oh, cielos, parad ya —contesta ella, agitando el brazo—. Al final vais a conseguir que me ruborice y ya no tengo edad para comportarme así. ¿Queréis un poco de café?

Tanto Alex como yo le decimos que sí y nos lo sirve en su colección de tazas de porcelana antigua.

—Vigilad, que está muy caliente —avisa.

Soplo sobre mi taza y bebo un sorbo con cuidado de no quemarme. Luego me llevo un trozo de pastel a la boca y lo degusto con calma. A todo esto, me doy cuenta de que Alex ya tiene el plato vacío.

—¿Podría repetir? —no tarda en preguntar, a lo que la abuela responde como si tal cosa:

—Por supuesto, chico. Ya contaba con ello.

¿Chico?

Dejo de masticar y la miro alzando una ceja.

Pero bueno… ¿Desde cuándo se toma esta mujer tantas confianzas con los desconocidos? En la vida la había visto comportarse de forma tan dulce con personas ajenas a nuestra familia, y menos aún si a esas personas las acaba de conocer. Está claro que el encanto de Alex es capaz de trastocar la cabeza a cualquiera.

—Quiero decir… —se apresura a añadir en cuanto se percata de cómo la estoy mirando—. Lo he supuesto porque todo el mundo repite cuando prueba mi pastel. —Baja la cabeza y coge el

plato de Alex para servirle otro trozo.

—Gracias —musita él en cuanto se lo devuelve y tras mirarme de reojo sigue comiendo.

La abuela carraspea.

—Bueno y… ¿Cómo os conocisteis?

Le dirijo una mirada rápida a Alex antes de responder:

—Trabajamos juntos.

—Oh, ¿en serio? —Se sorprende ella.

—Sí, eh… —Hago una pausa mientras busco las palabras adecuadas—. En realidad, él es el directivo de la empresa para la que trabajo.

Vuelvo a mirar a la abuela a la espera de su reacción. No tengo ni idea de cómo se va a tomar, que esté saliendo con el jefe. Desde luego no es una situación muy habitual.

—¿El directivo de tu empresa? —repite y en su mirada no tarda en aparecer un brillo especial—. Entonces… ¿Es posible que Alex sea el jefe del que siempre me has hablado tan bien? —Cierro los ojos con la esperanza de que eso me ayude a desaparecer y asiento. Ella por su parte junta las manos con una expresión soñadora que no me esperaba en absoluto—. ¡Oh! Pues es muy bonito que al final hayáis acabado juntos. Lleváis tanto tiempo trabajando codo con codo y apoyándoos el uno al otro. Debe ser cosa del destino.

—Yo pienso lo mismo. —Nos sorprende la voz de Alex y cuando le miro me dedica una mirada que me sacude por dentro—. Estábamos predestinados.

Su sonrisa se amplía y me dejo atrapar por ella tal cual polilla en una bombilla encendida. Es tan luminosa y me hace sentir tan bien que podría pasarme horas admirándola. Hasta que la voz de la abuela me libera y regreso de golpe a la realidad.

—Y, ¿cómo fue? ¿Quién se declaró primero?

Ruedo los ojos.

—Abuela no seas tan cotilla.

—¿Qué pasa? ¿No tengo derecho a interesarme por la vida sentimental de mi única nieta?

—Si, pero…

—En realidad yo fui quien dio el primer paso —interviene Alex y le lanzo una mirada cargada de circunstancias.

Espero que no le dé por explicarle toda la historia. Si mi abuela se entera de lo que hizo Alex con la aplicación de citas, pasará de adorarle a odiarle en cuestión de segundos. Y conociéndola ya me la veo echándolo de su casa.

—Por casualidad vi que Leah estaba dada de alta en la misma aplicación de citas que yo —continúa explicándole Alex mientras contengo el aliento—. Y como ya hacía tiempo que me gustaba, decidí dar el paso y le envié una solicitud para que saliera conmigo. Luego ella la acabó aceptando y aquí estamos. —Desplaza su mirada a la mía al mismo tiempo que yo respiro aliviada—. Sé que debería haberme confesado de una forma más romántica, pero la verdad es que soy un poco torpe cuando se trata de expresar sentimientos. —Una sonrisa sincera le cruza la cara y me arranca una a mí también—. Por supuesto, luego me aseguré de recompensarla organizando una cita que sabía que no olvidaría.

—Me llevó a dar una vuelta por el río Hudson —prosigo yo antes de que la abuela vuelva a preguntar—. En un barco como solíamos hacer con mamá y papá. Luego cenamos allí

—Yo te preparé la cena para ser más exactos —interviene Alex.

—Está bien, sí. Siento no haber aclarado ese detalle. Él fue quien preparó la cena.

La abuela se ríe por lo bajo.

—Por lo que veo Alex, eres un hombre de recursos —comenta complacida—. ¿Y qué

cocinaste, si no es mucho preguntar?

—Pues la verdad es que fue un menú digno de un restaurante de categoría —no duda en responderle él, tras lo que le explica con pelos y señales en qué consistía cada plato.

Luego le habla de las clases de cocina que recibió de Janice y de su restaurante, lo que le lleva a la abuela a rememorar cuando regentaba el suyo, y nos acaba explicando varias anécdotas muy divertidas de aquella época.

Y así seguimos entre risas e historias del pasado hasta que nos damos cuenta de que ya se ha hecho de noche y deberíamos poner punto final a la velada.

Nos levantamos y ayudamos a la abuela a recogerlo todo a pesar de sus reticencias y después me encargo de meter lo que hemos ensuciado en el lavavajillas. Como no es mucho enseguida acabo y regreso al comedor.

Alex me espera junto a la chimenea con el rostro vuelto hacia las llamas y las manos metidas en los bolsillos de su pantalón de diseñador. Aprovecho que no me ve para admirar con calma su glorioso trasero, hasta que él se da la vuelta y me dirige una sonrisa perspicaz. Yo también sonrío y tras dar unos cuantos pasos me coloco a su lado junto a la chimenea.

—Ya sé que mi cuerpo es una delicia para la vista, pero deberías moderarte un poco —susurra con la mirada puesta de nuevo en las llamas—. Estamos en casa de tu abuela. Se escandalizaría si se enterara de todo lo que tienes ahora mismo en la cabeza.

Sonrío y acerco las manos al fuego para calentármelas.

—No se escandalizaría porque no estoy pensando en nada más allá de lo que tengo que hacer a continuación. Como, por ejemplo, llamar a un taxi para que nos recoja.

Alex reprime una sonrisa sin mucho éxito.

—Ya hablaremos de ello más tarde —se limita a decir.

Y yo me limito a seguir haciéndome la tonta.

—No te entiendo. ¿Hablar de qué?

—De tus pensamientos impuros, por supuesto —me aclara echando un vistazo a nuestra espalda—. Y, ya que estamos, también quiero que me des más detalles con respecto a todas esas cosas buenas que le has ido explicando a tu abuela sobre mí.

—¿Qué? Eso ni lo sueñes. Antes muerta que seguir alimentando tu lado egocén…

Antes de que tenga tiempo de terminar la frase, un ruido extraño nos hace volver la cabeza. Como si un recipiente se hubiera caído al suelo seguido de un golpe seco.

Corremos hacia la cocina sin perder ni un segundo y nos encontramos a la abuela sentada en el suelo

—¡Abuela! —exclamo agachándome a su lado con el corazón acelerado.

Tiene la cabeza apoyada en uno de los armarios y los ojos cerrados, pero por suerte parece que se mueve, así que asumo que no está inconsciente.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has mareado? —La miro de arriba a abajo intentando comprobar si se ha hecho daño en algún sitio.

—Eso creo —musita con voz dolorida—. Pero estoy bien. Solo necesito comer algo dulce.

—Ahora mismo te traigo la glucosa.

Me incorporo tratando de recordar dónde guarda la abuela los sobres que le recomendó el médico para sus bajadas de azúcar, pero antes de que llegue a dar un paso veo a Alex acercándose a mí con algo en la mano. Me lo pasa y cuando compruebo lo que es no puedo evitar lanzarle una mirada extrañada.

—¿Cómo sabías dónde estaba guardada la glucosa?

—Me la he encontrado por ahí encima —responde señalando con la barbilla hacia un punto indeterminado.

—¿Encima de dónde?

—Del mueble ese de allí. ¿No es lo que necesita? Venga dásela ya.

Asiento y me agacho rasgando el sobre. Luego lo acerco a los labios de la abuela para que chupe el líquido y lo mantengo en esa posición hasta que se lo termina.

—Gracias cariño —murmura ella al cabo de unos minutos—. Ya me siento mejor.

—¿Estás segura?

—Sí. —Hace ademán de levantarse y Alex se apresura a ayudarla agarrándola por la cintura.

La levanta del suelo sin mucho esfuerzo y no aparta sus brazos de su espalda hasta que llega sana y salva al sofá del comedor. Ella, como viene siendo habitual cuando alguien la cuida, no deja de refunfuñar. Lo que en parte es un alivio porque demuestra que ya está mejor.

—¡Por el amor de Dios! ¿A qué viene tanta preocupación? Solo he sufrido una pequeña bajada de azúcar de nada.

Cojo una manta y le tapo las piernas con ella.

—¿Estás segura de que ha sido solo eso?

—Por supuesto. Ya llevo años conviviendo con la diabetes. Me conozco todos sus malditos trucos.

—Lo sé. Pero aun así me quedaría más tranquila si te viera un médico —insisto

Alex asiente dándome la razón.

—Opino lo mismo. El Presbyterian Hospital está solo a cinco minutos en taxi. Podemos plantarnos allí en un visto y no visto.

—Dejaros de tonterías. No pienso ir al hospital a colapsar el servicio de urgencias cuando ya me encuentro bien —espeta ella—. Además, no me perdería mi episodio diario de Detective Hanson por nada del mundo. ¿Qué hora es, por cierto?

Le echo un vistazo rápido a mi reloj de pulsera.

—Las siete. ¿Por qué?

—¿Las siete? Rápido pásame el mando. Está a punto de empezar la serie.

Hago lo que me pide y ella no pierde un segundo en encender la tele.

Una sonrisa de alivio asoma en su rostro en cuanto se da cuenta de que todavía están emitiendo los créditos del programa anterior. Alex y yo insistimos con el tema del médico, pero ella no da su brazo a torcer. En su lugar nos da dos opciones: o la acompañamos a ver la serie, o nos vamos, porque le estamos molestando. Al final accedemos a ver la serie con ella para cerciorarnos de que está bien.

Desde luego por el tono rosado de su cara parece totalmente recuperada, así que cuando decidimos irnos lo hacemos más tranquilos. Le pedimos que nos llame si se vuelve a sentir mal y ella asiente sin prestarnos mucha atención. Cuando salimos sube a tope el volumen del televisor.

—Vámonos antes de que a algún vecino le dé por llamar a la policía —murmura Alex en tono burlón mientras descendemos por los escalones de la entrada.

Y entre risas subimos al taxi que nos espera bajo la luz de una farola.

Capítulo 36

Leah

La pista de patinaje de Central Park se extiende ante nosotros bañada por la tenue luz del atardecer de noviembre. Hace un frío que pela. Estamos ataviados con guantes, gorros y bufandas para combatir el viento helado, y el ambiente está lleno de risas y del inconfundible sonido de cuchillas deslizándose sobre el hielo.

—Vamos, Leah, puedes hacerlo. Solo tienes que mantener el equilibrio y dejar que el hielo te lleve —me anima Alex a varios metros de distancia.

Inhalo profundamente y trato de calmar mis nervios. Mantener el equilibrio parece fácil para alguien normal, pero no lo es para mí, que soy patosa por naturaleza. Además, ¿qué significa eso de dejarse llevar por el hielo? El hielo no es un ente vivo capaz de llevarte a ninguna parte.

Con precaución, intento alejarme de la barandilla lateral. Doy un par de pasos al frente, mi tobillo se tambalea y acabo por volver al punto de partida muerta de miedo. Alex reprime una risita desde el centro de la pista. Sus movimientos son fluidos y gráciles, como si llevara toda la vida patinando.

—Es muy molesto que se te dé todo bien.

—Lo sé, el día que Dios repartió las virtudes yo estaba el primero de la cola. —Alex sonríe burlón acercándose a mí.

Pongo los ojos en blanco, pero se me escapa una sonrisa. Ni siquiera puedo culparlo por esto, ya que fui yo la que insistí en venir aquí. Quería ver si después de años sin practicar el patinaje, mi destreza con los patines había mejorado; está claro que no ha sido así. El deporte no es lo mío.

—Bueno, se le olvidó darte la virtud de la modestia —musito.

Alex se ríe entre dientes, se coloca a mi lado y sostiene mi mano con suavidad. Puedo sentir su calor a través de las manos enguantadas.

—Solo tienes que relajarte, Leah, estás demasiado tensa.

—Estoy tensa porque no quiero caerme.

—Caerse forma parte del proceso de aprendizaje.

—Pues yo quiero aprender sin que mi culo aterrice sobre el suelo.

Alex vuelve a reírse. Se sitúa frente a mí y me ofrece sus dos manos.

—Vamos a hacer esto juntos. —Evalúa mi postura con expresión crítica—. Debes flexionar más las rodillas, estás demasiado derecha. Recuerda que estás patinando, no caminando.

—Vale, flexionar las rodillas —susurro, obedeciendo. Miro hacia abajo para comprobar la postura de mis rodillas y siento que pierdo el equilibrio. Alex me sostiene, atrayéndome hacia su pecho.

—Debes mirar hacia el frente, no hacia al suelo, sino tu cuerpo se irá hacia delante.

Asiento no muy convencida y Alex da unos pasos hacia atrás, con sus manos sujetando las mías, para volver a poner distancia.

—Rodillas flexionadas y mirada al frente —repito, para darle a entender que he pillado los conceptos básicos.

—Así está mejor. —La voz de Alex suena cálida y tranquilizadora—. Ahora, da un pequeño paso hacia delante, deslizándote.

Sigo sus indicaciones y, sorprendentemente, logro dar un paso sin tambalearme demasiado.

—Eso es, Leah, muy bien. Otra vez.

Con la ayuda de Alex, avanzo un poco más. Mis patines se deslizan sobre el hielo con un suave crujido. Tropiezo unas cuantas veces y en una ocasión en concreto estoy a punto de

caerme de culo cuando, pero Alex consigue evitarlo a tiempo.

Al cabo de un rato, empiezo a sentirme más segura. Sigo pareciendo un pato mareado, pero ya no pierdo el equilibrio. Alex me suelta las manos y sigue patinando hacia detrás, a una distancia segura de mí.

Cuando ve que he empezado a coger confianza, patina hacia atrás alejándose de mí y me espera a varios metros.

—Venga, ahora tú sola.

Asiento y acepto el desafío. Deslizo un pie, después otro, y cojo un poco de carrerilla hacia el final. Alex me aguarda con los brazos abiertos y cuando me precipito sobre él sin saber cómo frenar, me abraza con fuerza manteniéndonos en pie a los dos. Rompemos a reír a la vez, haciendo que el aire se llene de vaho que sale de nuestras bocas.

—Lo has hecho genial.

—Yo no diría que genial, pero me siento satisfecha. —Aflojo un poco el abrazo para poder mirarle a los ojos.

Un cosquilleo se adueña de mi tripa cuando nuestras miradas se enredan. Sigo sin acostumbrarme a estas sensaciones que me sacuden cuando estamos juntos. A veces me olvido de que hubo una época en la que solo éramos jefe-secretaria, y eso que no hace tanto que estamos juntos. Quizás porque tengo la sensación de que, tal como dijo Alex en casa de la abuela, de alguna forma estábamos predestinados.

¿Y si cada paso que he dado en mi vida me ha llevado hasta él? Como hace un momento cuando me he deslizado sobre el hielo en su dirección. ¿Y si Alex siempre ha sido mi destino? El lugar al que me dirigía sin saberlo.

Ese pensamiento me abruma, lo llena todo, y quiero compartirlo. Pero se me da fatal usar las palabras para expresar sentimientos. Soy más de hechos. Así que actúo.

Sin pensarlo, cojo las solapas de su abrigo, tiro de ellas y lo beso. Nuestros labios chocan y

pierdo el equilibrio sobre el hielo, pero Alex me sostiene entre sus brazos fuertes y sólidos. Alex me recibe con una sonrisa que enseguida da paso a una lengua que se interna dentro de mi boca. El beso se vuelve húmedo, profundo y demandante. Gimo cuando su lengua atrapa la mía, succionándola un poco, como si en lugar de darme un beso en la boca estuviera dándomelo en otra parte de mi cuerpo.

Un grupo de niños pasan por nuestro lado y uno de ellos grita:

—¡Iros a un hotel!

Nos separamos al instante, avergonzados y divertidos. Puede que dar el espectáculo en un lugar público no sea la mejor idea del mundo.

Alex lleva una mano a mi mejilla y la acaricia con ternura mientras su pulgar roza mis labios hinchados por el beso. Parece que va a decir algo porque su boca se abre, pero las palabras no llegan a abandonarla porque alguien nos interrumpe.

—¿Leah? —Una voz femenina a mi izquierda llama mi atención.

Me giro y reconozco a Cindy, la asistente del subdirector. Me congelo en el sitio y me separo de Alex como si hubiera caído una bomba entre nosotros. De forma literal. Y lo hago con tan poca destreza que pierdo el equilibrio y me caigo de culo al suelo.

Suelto un exabrupto, y a pesar de mis reservas, dejo que Alex me ayude a levantarme.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

Asiento, aunque me llevo las manos al trasero dolorido.

Miro a Cindy con la esperanza de que no haya visto más de lo que debería, pero la forma en la que alza las cejas y nos mira el uno al otro, entre incrédula y asombrada, no deja lugar a la duda. Nos ha pillado con las manos en la masa.

Mierda. ¿De todos los trabajadores de Nano Tech tenía que pillarnos besándonos la cotilla de Cindy? Aunque, de nuevo, la culpa es mía por citarme con Alex en un lugar concurrido como este. Las pistas de Central Park son las más famosas en esta época del año.

—Entonces… ¿estáis juntos? —pregunta Cindy sin andarse con rodeos.

Yo entro en pánico. Ni siquiera miro a Alex cuando aseguro:

—No es lo que parece, Cindy. Solo estábamos... pasando el rato.

—Ajá, por supuesto, pasando el rato. Un rato divertido.

La inquietud se apodera de mi sistema y miro a Alex de reojo, pero este se muestra relajado y tranquilo. A pesar de ser el jefe y de haber sido pillado en una situación comprometida con su secretaria, no parece afectado en absoluto.

Cindy suelta una risita y se acerca un poco más.

—No os preocupéis, no diré nada. Vuestro secreto está a salvo conmigo.

Nos guiña un ojo y se aleja patinando hasta un grupito de gente. Yo me llevo las manos a la cara, muerta de vergüenza. Le pido a Alex que nos vayamos y una vez en el coche suelto el suspiro que he estado conteniendo desde el momento en el que Cindy entró en escena.

—¿Qué te preocupa, Leah? La señorita Morris ha dicho que nos guardará el secreto.

Me río con ironía.

—Ya, claro. Como si eso fuera posible. Cindy no sabe mantener la boca cerrada. Cuando se enteró de que Lauren estaba embarazada, fue pregonándolo a los cuatro vientos, ¡y eso que le pidió que no lo hiciera! Estoy segura de que mañana a primera hora lo nuestro estará en boca de todos.

Alex asiente, entrelazando sus dedos con los míos.

—Vale. Supongamos que mañana llegamos a la oficina y todo el mundo lo sabe. ¿Y qué? Nada cambiaría. Seríamos la comidilla de la empresa durante unos días hasta que dejásemos de ser novedad. Los chismorreos tienen fecha de caducidad. Además, nadie pondrá en duda tu trabajo solo porque tengamos una relación.

Le lanzo una mirada escéptica.

—Lo sé, pero, aún así... no quiero que esto afecte mi reputación en la empresa.

Alex acaricia mi mano con su pulgar, tratando de calmarme.

—Tu reputación estará a salvo. No permitiré que nadie la ponga en duda.

—No puedes controlar lo que otros opinen sobre mí.

—No puedo controlarlo, cierto, pero sí puedo despedir a aquel que se atreva a cuestionar tu valía.

Asiento, despacio, reconfortada por sus palabras.

—¿Y tú no tienes miedo de que otros te critiquen por estar involucrado con tu secretaria?

Alex me mira con seriedad antes de responder.

—Esa posibilidad existe y asumí sus consecuencias el día que acepté lo que sentía por ti. Y me da igual. No quiero seguir escondiéndome, porque lo que siento por ti es lo más significativo que me ha pasado en la vida. Que le den a la gente. Leah. Si quieren hablar, que hablen. Lo único que importa aquí es que yo te quiero a ti, y tú me quieres a mí. Si estamos seguros de eso, todo lo demás está de más.

Asiento, despacio, procesando sus palabras. Alex tiene razón. Lo que sentimos es sincero y honesto, no hay nada reprochable en ello. Siempre fuimos algo más que jefe y secretaria. Mientras nosotros estemos seguros de esos sentimientos, todo irá bien. Nada malo podrá ocurrirnos. ¿O sí?

Capítulo 37

Leah

Tal como había predicho la noche anterior, esta mañana al llegar a la oficina todo el mundo sabe ya lo mío con Alex. La forma en la que me miran mientras susurran entre ellos no me pasa desapercibida. Intento enfocarme en lo que dijo ayer Alex, pero mi seguridad se resquebraja por momentos. Me da pánico que me vean como una cazafortunas aprovechada, y ese miedo se instala en mi garganta en forma de bola que impide tragar saliva con normalidad.

—¡Leah! —La voz de Katie me sobresalta y doy un respingo. Mi amiga se acerca a mí rápida como un rayo y coloca un brazo sobre mi hombro como señal de protección. Ayer le expliqué lo de Cindy y se comprometió a ser mi fiel escudera. Me acompaña hasta mi sitio mientras lanza miradas asesinas a aquel que se atreva a cuchichear a mi paso.

Me dejo caer en mi silla con un suspiro. Esta zona de la oficina está bastante alejada del resto por lo que estoy a salvo. Bueno, Cindy trabaja cerca, pero ayer miré su agenda y vi que estaría de reunión en reunión toda la mañana, por lo que no creo que se pase mucho por aquí. Lanzo una mirada rápida hacia el interior del despacho de Alex y me sorprendo al no encontrarlo allí. Es raro que aún no haya llegado.

Intento no darle importancia y me centro en Katie, que se apoya en mi escritorio con los brazos cruzados.

—¿Cómo estás? —pregunta con una expresión preocupada.

—Bien.

—No tienes cara de estar bien.

Hago una mueca, porque no estoy segura de cómo me siento.

—Es solo que... no esperaba que esto se difundiera tan rápido.

Katie suelta una risita.

—Si no querías que se supiera, deberías haber buscado un lugar más discreto para morrearte con él.

—Ese consejo me llega tarde.

—Una pena. Aunque, para ser honesta, no sé por qué te empeñaste en esconder vuestra relación. Es decir, si mi novio estuviera tan bueno como el tuyo, lo cogería del brazo y lo iría exhibiendo por todos lados para presumir de él.

—Un novio no es un bolso, Katie. Además, te recuerdo que tu novio no es precisamente una monstruosidad. —De hecho, Neal es bastante mono, con su pelo rubio estilo surfero y su piel morena.

—No, no lo es, pero no lleva trajes a medida ni zapatos italianos. Ya sabes que su gusto en ropa es bastante cuestionable. —Pone los ojos en blanco y chasquea la boca—. Suerte que compensa ese defecto con un pene del tamaño de un martillo percutor.

—¿Por qué siempre acabamos hablando de tamaños?

—Porque, por mucho que digan, el tamaño sí importa, querida.

Katie se ríe y me mira con ternura. Yo me limito a apretar los labios con disgusto. Aunque venía mentalmente preparada para ser el centro de atención, me está afectando más de lo que creía. Que Alex no esté aquí tampoco ayuda mucho a aplacar mi ansiedad.

—Oh, venga, Leah. No es para tanto. Sé que querías mantener lo vuestro en secreto por el qué dirán, pero, en realidad, no es tan malo. De hecho, la mayoría de comentarios son bastante positivos. La gente ya hacía tiempo que hablaba de vuestra química, y creo que algunos incluso apostaban sobre si estabais o no enrollados. Los dos sois tan guapos y hacéis tan buena pareja que erais bastante *shippeables*.

Sus palabras me reconfortan un poco.

—Entonces, ¿no hay comentarios maliciosos?

—Yo no los he escuchado, pero alguno habrá. Piensa que Alex era el hombre más codiciado de la empresa y muchas mujeres soñaban con tener algo con él. Habrá quién te envidie por haberles robado su cuento de hadas particular. Y habrá quién hable por hablar, porque esta oficina es grande y por estadística algún capullo tiene que trabajar aquí.

Sonrío y le agradezco que esté aquí para mí. Katie me abraza, me asegura que estará a mi lado hasta que la tormenta pase, y se marcha a su puesto de trabajo. Prometemos vernos a la hora del almuerzo.

Cuando me quedo sola, dirijo una nueva mirada hacia el despacho de Alex. No tenía ninguna reunión programada fuera de la empresa a primera hora y me extraña que no esté aquí en un día como hoy, sabiendo como sabía que estaba nerviosa por Cindy.

Saco el móvil del bolso, lo desbloqueo y entonces me encuentro con varias llamadas perdidas de Alex, algunos mensajes de texto y un mensaje en el buzón de voz. ¡Mierda! Esta mañana he olvidado activar el sonido. Duermo con el móvil silenciado y se me olvidó cambiar el modo al despertar.

Miro los mensajes y el corazón me da un vuelco.

ALEX

Leah, llámame por favor.

ALEX

Leah, es urgente.

ALEX

Te he dejado un mensaje en el buzón de

voz, escúchalo cuanto antes, por favor.

Con dedos temblorosos, deslizo mis dedos por la pantalla y acciono el mensaje del buzón de voz. No entiendo nada, ¿qué es eso tan urgente que ha pasado?

El mensaje se reproduce:

—Leah, soy yo, Alex. —Su voz suena desgarrada—. Estoy en una ambulancia con tu abuela de camino al hospital. Ha sufrido un infarto y han podido reanimarla, pero su estado es grave. Por favor, ven aquí cuánto antes. Nos llevan al NewYork-Presbyterian Hospital.

El móvil cae de mis manos sobre la mesa con un golpe seco. Mil pensamientos confusos se enredan en mi mente a la vez a la vez que mi corazón late desbocado dentro de mi pecho. ¿Mi abuela ha sufrido un infarto? ¿Alex estaba con ella cuándo eso ocurrió? ¿Están en una ambulancia? ¿Van camino al hospital? Preguntas, preguntas, preguntas.

Sin pararme a pensar en las respuestas, cojo mis cosas y salgo disparada hacia allí.

Capítulo 38

Leah

Atravieso las puertas del New York-Presbyterian Hospital con una sensación de irrealidad corriendo por mis venas y voy hacia el mostrador de recepción. Una vez allí me cuesta encontrar mi voz y, cuando lo consigo, las palabras me salen atropelladas. Por suerte, la enfermera que me atiende es paciente y considerada y gracias a ella me calmo un poco. O al menos lo suficiente como para comprender que mi abuela está en la Unidad de Cuidados Intensivos y cuál es la dirección que tengo que seguir para llegar hasta esa zona. Le doy las gracias y sigo las indicaciones que me ha dicho.

Cruzo una puerta y luego otra que me lleva a un pasillo frío y aséptico. El olor a desinfectante se agudiza y a medida que penetra en mis fosas nasales me embarga otro tipo de sensación. La sensación de que yo ya crucé un pasillo parecido a este cuando mis padres tuvieron aquel fatídico accidente de coche. Mi padre murió en el acto, pero mi madre no y estuvo varios días luchando entre la vida y la muerte, intubada en la UCI. Hasta que también perdió la batalla y me quedé sola.

Bueno…, sola no. Tenía a mi abuela. Ella fue la boya a la que me agarré para mantenerme a flote. Mi chaleco salvavidas. Pero ahora ella también está aquí luchando por sobrevivir. ¿Y si no lo consigue? ¿Quién evitará que me ahogue?

Sigo avanzando a pesar de que noto el estómago cada vez más revuelto y accedo a otra estancia que parece una sala de espera. Y a lo lejos, como si fuera una aparición divina, veo a Alex. Voy hacia él a la vez que él también camina a paso rápido hacia mí. Cuando ya solo nos separan unos pocos metros, abre los brazos y nos fusionamos en un abrazo.

Me dejo empapar por su calidez y su reconfortante aroma y de repente ya no me siento tan perdida y asustada. No sé en qué momento ha ocurrido, pero Alex también se ha convertido en mi arnés de seguridad. Nada malo puede suceder estando él aquí.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está mi abuela? —le pregunto una vez nos separamos

—No sé más allá de lo que te he dicho —confiesa con voz derrotada—. Ha sufrido un infarto cuando estaba en su casa, pero por suerte los de la ambulancia no han tardado en llegar y han conseguido reanimarla. Ahora la tienen en observación.

—Quiero verla.

—No, todavía no puedes entrar. El médico me ha dicho que hay que esperar hasta nuevo aviso.

—¿Pero y si le pasa algo? Puede que esta sea la única oportunidad que tenga de verla con vida. —Mi voz se rompe al pronunciar esas últimas palabras.

—Tranquila, te prometo que no le va a pasar nada malo, ¿me oyes? —Sus manos vuelan a mis mejillas y se agacha un poco para que su cara quede a la altura de la mía—. Conozco al cardiólogo que está al mando del equipo médico. Es de los mejores del país. Estoy seguro de que tomará la decisión correcta. Solo tenemos que esperar.

Asiento mientras Alex limpia con su pulgar una lágrima traicionera que se ha escurrido por la mejilla. Luego vuelve a abrazarme, pero no puedo evitar que mi mente vaya por libre y se transforme en un hervidero de pensamientos. Uno de ellos relacionado con el hecho de que mi novio se haya enterado antes que yo de lo que le ha pasado a mi abuela.

Vuelvo a separarme de él y no pierdo ni dos segundos en preguntarle por ello.

—Oye, ahora que lo pienso. ¿Cómo te has enterado de lo que le ha pasado?

Alex parpadea sin comprender.

—¿Qué?

—Me refiero a cómo te has enterado de que la abuela ha sufrido un infarto. Tú has sido quien me ha avisado e incluso has subido en la ambulancia con ella. ¿Qué hacías ahí? No lo entiendo.

—Oh, sí, eh… En realidad, estaba en su casa. Me he pasado por allí a primera hora.

Mis cejas se alzan con sorpresa.

—¿Qué te has pasado por su casa? ¿Y eso por qué?

—Yo, verás… El otro día me fijé en que tenía una luz fundida en la cocina y hoy, al ver un paquete de bombillas en un cajón, lo he recordado y se me ha ocurrido que podía pasar a cambiarla antes de entrar a trabajar.

—¿En serio?

—Sí, espero que no te moleste. Ha sido algo totalmente improvisado. Pensaba comentártelo más tarde.

Asiento con calma.

—Ya veo.

El sonido de una puerta me hace volver la cabeza y veo a un hombre con bata blanca y pelo canoso dirigiéndose hacia nosotros. Se presenta como el doctor Bennett, el cardiólogo jefe, por lo que asumo que debe ser el médico al que se refería Alex.

—¿Cómo está mi abuela? —le pregunto sin más dilación.

—Ahora está estable gracias a la medicación, pero necesita someterse urgentemente a una cirugía. Las pruebas médicas han determinado que tiene varias arterias obstruidas de forma aguda.

Asiento intentando procesar la información, pero el miedo me impide pensar con claridad.

—¿Qué tipo de cirugía?

—Se trata de una angioplastia. Consiste en abrir la arteria coronaria bloqueada para colocar un stent.

—¿Un stent?

—Sí. Es una malla metálica de forma cilíndrica que se adhiere a las paredes de las arterias y las mantiene abiertas. Esto ayudará a restablecer el flujo sanguíneo adecuado al corazón y reducirá el riesgo de futuros problemas cardíacos. Como toda operación conlleva un riesgo, pero en este caso hemos determinado que es la mejor opción.

Le lanzo una mirada asustada a Alex que reacciona poniéndome una mano tranquilizadora en el hombro y vuelvo a dar gracias mentalmente de que esté aquí.

—De acuerdo. Solo quiero que se ponga bien.

***

—Toma —oigo que dice Alex y cuando levanto la cabeza me fijo en que me está ofreciendo una especie de bocadillo envasado y una botella de agua—. En teoría es un sándwich de pollo. Es lo único decente que había en la máquina dispensadora.

—Gracias.

Lo cojo todo y cuando se sienta a mi lado me fijo en que también se ha comprado lo mismo.

Llevamos toda la mañana aguardando noticias en la sala de espera. Según ha dicho el médico, si no hay complicaciones, la operación de la abuela no tiene por qué durar más de un par

de horas, pero antes han tenido que prepararla. De ahí que el tiempo que ha pasado sea mayor. O al menos eso es lo que no dejo de repetirme a mí misma en un intento de tranquilizarme.

Abro el paquete que contiene el sándwich y le doy un mordisco. En realidad, tengo el estómago cerrado y lo último que me apetece es comer, pero Alex ha tenido el detalle de comprarlo y me sabe mal decirle que no lo quiero.

Desenrosco el tapón de la botella de agua y bebo un sorbo para que me ayude a tragar la pelota que se me ha formado en la boca. Luego llevo la mirada hacia Alex y mientras le observo masticar no puedo evitar pensar en lo surrealista que es esta situación. Deberíamos estar en la empresa, pero aquí estamos. En la sala de espera de un hospital con el alma en vilo.

Al pensar en el trabajo me viene a la cabeza el incidente de los rumores y como me miraba todo el mundo esta mañana. Y al final me doy cuenta de que comparado con lo de mi abuela eso no es un problema en absoluto, y ya no me afecta lo más mínimo.

—¿Es que no piensas terminarte eso? —La voz de Alex me saca de mis pensamientos—. Tienes que comer o de lo contrario acabaras enferma tú también. El cuerpo necesita sustento y más en una situación como esta.

Vuelvo a llevar la mirada a mi bocadillo a medio comer.

—Ya lo sé.

Suspiro y le doy otro bocado desganado. Acto seguido obligo a mis dientes a moverse, pero antes de que llegue a tragar me sobreviene una oleada de asco y cierro los ojos intentando no ponerme a vomitar lo poco que he comido

—Anda dame —murmura de repente Alex quitándome el bocadillo de las manos—. Mejor que no comas más o será peor. —Lo vuelve a meter dentro del paquete y tras echarme una mirada preocupada se pone de pie—. Ahora vuelvo.

Asiento y me dedico a dar pequeños sorbos de agua hasta que le veo aparecer de nuevo con

un paquete rojo en la mano. Cuando se sienta compruebo que se trata de una chocolatina de esas que tienen barquillo por dentro que tanto me gustan.

—Mejor que comas esto antes que nada. —Rompe el envoltorio y me la pasa—. Tengo comprobado que el dulce siempre entra bien, aunque la situación no acompañe.

El conocido aroma a chocolate con leche se cuela en mis fosas nasales y no puedo evitar sonreír. Le doy un pequeño mordisco al que le sigue otro y luego otro hasta que me la acabo sin darme cuenta.

Una chispa de diversión aparece en la mirada de Alex.

—¿Mejor?

—Sí, gracias. Por esto y por todo. Gracias por estar aquí.

Entrelazo mis dedos con los suyos y él me pasa un brazo por los hombros permitiendo que me apoye en su pecho.

—No hace falta que me agradezcas nada. Mi sitio está aquí contigo, ahora y siempre, y no te va a quedar otra que aguantarme. Además, tú hiciste algo parecido por mí cuando mi apéndice pasó a mejor vida, ¿recuerdas? Te debía un favor.

Ladeo la cabeza y le miro.

—¿Así que por eso se te ocurrió hacer de manitas en casa mi abuela? ¿Para devolverme el favor?

—Por supuesto que no. Lo de tu abuela pensaba hacerlo gratis. Me cae bien. Es una gran mujer.

Sus palabras me hacen sonreír.

—Sí que lo es. Para mí siempre ha sido un referente a seguir —le confieso—. Es fuerte, decidida e independiente y aunque a simple vista pueda parecer una ancianita indefensa, en

realidad es una mujer con muchos recursos.

—Te creo.

—A veces hasta me genera un poco de envidia, lo tengo que reconocer. A diferencia de mí no hay nada que no haga bien cuando se lo propone. Por mucho que lo he intentado, todavía no he conseguido que los platos que cocino me salgan igual que los suyos. Y con el tema de la costura me pasa lo mismo. Cuando era niña intentó enseñarme a coser, pero resulté ser una alumna pésima.

—No sé por qué, pero me lo imagino.

—Oye, tampoco te pases —le advierto dándole un golpe cariñoso en el brazo—. Para tu información te diré que puse mi granito de arena ayudándola a tejer un jersey.

—Oh, ¿en serio? —Los ojos de Alex brillan con interés.

—Sí. Y no se trataba de una prenda cualquiera. Según me dijo, era un regalo de graduación para un chico muy especial. También la ayudé a elegir el color. —Bajo la mirada y toco el jersey que lleva puesto él—. De hecho, era de un azul oscuro parecido a este y también del mismo estilo cruzado. Pero ahora que lo pienso más de una vez se me resbalaron los puntos y tuvimos que deshacer varios trozos —admito—. La verdad es que tardamos la vida en acabar y, para más inri, cuando por fin lo conseguimos, me di cuenta de que había quedado un agujero en la manga. Así que al final no me quedó otra que bordar algo encima para disimularlo. —Entrecierro los ojos haciendo memoria—. Ummm, diría que fue una estrella… Sí, eso era. Una estrella en color azul. Aunque tengo que reconocer que me quedó un poco rara. No es nada fácil coser algo tan pequeño, ¿sabes? Fue justo en esta zona. —Le agarro por la muñeca y le doy la vuelta para enseñarle el punto exacto.

Y me quedo en estado de shock.

Porque en la manga del jersey de Alex también hay una estrella.

Una estrella en color azul oscuro.

Y está bordada en el mismo lugar donde yo hice aquel agujero varios años atrás.

Capítulo 39

Alex

Leah abre mucho los ojos y su mirada desconcertada busca la mía. Luego vuelve a posarla a la estrella azul que decora la manga de mi jersey y se la queda mirando fijamente.

Su mente está atando cabos, como es obvio. Y todo por culpa de un maldito descuido por mi parte.

Joder…

No puedo creer que todo vaya a descubrirse justo ahora. Este no es el lugar ni tampoco el momento.

Tengo que pensar en algo, me digo mientras intento buscar las palabras adecuadas para atenuar la situación, pero Leah se me adelanta.

—No puede ser. Esta es mi estrella. La que yo bordé —murmura clavando sus ojos en los míos y una especie de pánico repentino aparece en ellos—. ¿Qué haces tú con este jersey?

—Yo… —Trago saliva y tras dudarlo un momento decido confesarle la verdad que llevo tanto tiempo escondiendo. No me queda otra—. Me lo regaló tu abuela… por mi graduación, como bien has dicho.

—¿Qué? —Leah se pone de pie de un salto y su voz alzada resuena por toda la sala de espera, que por suerte está desierta—. ¿De qué demonios estás hablando?

Yo también me levanto y mis manos viajan a sus hombros en un intento de calmarla.

—Tranquilízate, te lo explicaré. Pero este no es el momento apropiado.

—¿Qué no es el momento apropiado? —Se revuelve para soltarse de mi agarre y da un paso hacia atrás—. ¿Entonces cuál es el momento idóneo para ti? Dios, no puedo creer que conocieras a mi abuela y no me dijeras nada. ¿Pensabas explicármelo acaso?

—Por supuesto que sí. Yo…

—¡Joder! Ahora entiendo por qué estabas tan alterado cuando te la presenté y a que venían todas esas familiaridades de después. Su forma de tratarte, la historia de la bombilla… —Se lleva una mano a la cabeza mientras no deja de moverse inquieta hasta que en sus ojos aparece un atisbo de comprensión—. Por eso has ido a verla esta mañana, ¿verdad? No era la primera vez que ibas a su casa tú solo.

Suspiro con fuerza y niego con un gesto dándole la razón.

—No. No era la primera vez.

Ella reacciona esbozando una sonrisa incrédula. Luego asiente varias veces mientras yo la observo con el corazón encogido. Me duele en el alma que se haya enterado así de todo y más teniendo en cuenta que en estos momentos están operando a su abuela.

—De acuerdo —murmura al fin con la tensión patente en su rostro—. Pues ahora, ya que estamos, respóndeme a otra cosa. Y no me mientas porque ya sabes que te conozco demasiado bien como para que me la cueles de nuevo.

—No lo haré —me apresuro a responder deseando que me crea.

Leah vuelve a asentir y toma una bocanada de aire. Como si estuviera preparándose mentalmente para recibir mi respuesta.

Y lanza su pregunta.

—Cuando decidiste contratarme como tu secretaria, ¿sabías quién era yo?

El corazón me da un vuelco instantáneo y no puedo evitar pegar un respingo. Aun así,

respondo con la verdad:

—Sí.

Y al ver la reacción de Leah sé que me he sentenciado. Sus ojos pasan del enfado a la decepción, a la vez que se llenan de lágrimas, y una punzada de miedo me atraviesa el pecho.

Vuelvo a intentar acercarme a ella, sin éxito.

—Pero todo tiene su explicación. Tienes que escucharme.

—No, no sigas. —Agita la cabeza de forma frenética y tras inspirar un par de veces su mirada dolida regresa a la mía—. Lo siento, pero ahora mismo no me veo capaz de continuar hablando de este tema. Entre lo de mi abuela y esto estoy superada. —Se seca una lágrima con los dedos y mi corazón se despedaza un poco más en el proceso.

Quiero abrazarla y consolarla. Quiero decirle que todo irá bien. Pero sé que no es la ocasión apropiada así que en su lugar digo:

—No te disculpes. Soy yo el que debería disculparme. Es normal que te sientas así. Son demasiadas cosas con las que lidiar.

—Sí —murmura bajando la cabeza—. De hecho, me gustaría estar sola. Necesito pensar y no podré hacerlo teniéndote aquí.

Los pulmones se me vacían de golpe a la vez otra oleada de miedo se apodera de mí, pero consigo aplacarla. O al menos lo justo para recuperar el habla.

—Está bien, te dejo. Ya continuaremos hablando cuando las cosas se calmen.

Leah se abraza a sí misma y asiente evitando mi mirada.

Y tal vez es mejor así me digo. No quiero que vea que yo también estoy a punto de ponerme a llorar como un crío.

—No te olvides de ir comiendo de vez en cuando —añado.

Y tras pedirle que por favor me vaya informando del estado de salud de su abuela, me despido de ella. Y salgo de la sala de espera sin mirar atrás.

Capítulo 40

Leah

Las siguientes horas las paso sumida en una espiral de confusión e irrealidad. Es como si estuviera dentro de un sueño, como si mi cuerpo no me perteneciera y solo fuera una espectadora ajena de lo que ocurre. El terapeuta al que acudí tras la muerte de mis padres me explicó que a esto se le llama disociación. Las emociones se vuelven tan abrumadoras que la mente se desconecta como una forma de protección.

La posibilidad de perder a la abuela se entremezcla con la sensación de traición que me provoca saber lo de Alex. No puedo creer que me haya ocultado su implicación personal con la abuela todo este tiempo, sobre todo después de empezar a salir juntos. ¿Por qué no me lo contó? Podía haberlo hecho cuando lo llevé a conocer a la abuela, pero prefirió callarse. Hizo teatro. Puro teatro. ¿En cuántas cosas más debe haberme mentido?

De pronto, las inseguridades se clavan en mi interior como un aguijón puntiagudo lleno de veneno que se disemina por todas partes. De pronto, dudo de todo. ¿Cuánto de lo que ha hecho Alex por mí ha sido por mí y no como agradecimiento a la abuela? Contratarme, ayudarme con mis estudios, salir conmigo. ¿Seguro que sus sentimientos son genuinos? Quizás yo solo soy una obra de caridad más en su lista de buenas acciones.

Tengo el estómago hecho un nudo, el corazón encogido y una nuez en la garganta que me impide respirar con normalidad. El aire se queda atascado en mis pulmones. Estoy tan aturdida que cuando el cardiólogo sale del quirófano y me explica cómo ha ido la cirugía, apenas puedo concentrarme en sus palabras. Aun así extraigo la información principal: que todo ha ido bien, que la abuela va a recuperarse y que podré verla en cuánto despierte.

Lloro de alivio, aunque mi corazón sigue tan encogido que duele como si una mano

invisible lo estuviera estrujando. Estoy aliviada por la abuela, porque la seguridad de que está viva y va a salir adelante es lo más importante ahora mismo. Sin embargo, soy incapaz de dejar en un segundo plano la desazón que me provoca que Alex me haya mentido y la posibilidad de que nuestra relación no sea real.

No sé cuántas horas paso esperando en la sala de espera cuándo una enfermera me informa de que la abuela ha despertado y pregunta por mí. Ha anochecido. Miro la hora en el teléfono y me doy cuenta de que ya son pasadas las diez. Tengo mensajes sin leer de Alex, pero soy incapaz de entrar en la aplicación de WhatsApp para leerlos. Me pidió que lo avisara cuando hubiera novedades, y eso hago, enviándole un aséptico SMS.

Sigo a la enfermera por los pasillos del hospital hasta la unidad de cuidados intensivos. Me indica que debo lavarme las manos y ponerme mascarilla, guantes, bata desechable y cubrezapatos.

Una vez preparada, me guía hacia la habitación de la abuela. Mis ojos se llenan de lágrimas cuando la veo allí, más pálida de lo habitual, conectada a una serie de cables que supervisan sus signos vitales en unos monitores. Su mirada se ilumina al verme y sostengo su mano intentando reprimir el llanto.

—Abuela, estoy aquí. Estás bien. El médico dice que vas a recuperarte.

Ella me sonríe débilmente y aprieta mi mano con cariño. Luego aparta la mirada y la pasea por la estancia, como si esperase encontrarse a alguien más allí.

—¿No ha entrado Alex contigo? —Su voz suena débil y ronca.

Un sabor amargo inunda mi boca. Trago saliva con fuerza y pienso en la mejor manera de responder a su pregunta. No es un buen momento para explicarle que lo sé todo, así que fuerzo una sonrisa y respondo con una evasiva:

—Ha tenido que marcharse.

—¿Él está bien?

La miro sin entender.

—¿Por qué no iba a estarlo? Abuela, quien ha sufrido un infarto has sido tú, no él.

—Pero debió asustarse mucho.

Me quedo en silencio un instante pensando en sus palabras. Tiene razón, debió asustarse mucho cuando la abuela perdió el conocimiento. Probablemente de no haber estado él allí con ella, no hubiéramos podido salvarla. Las lágrimas contenidas me resbalan por los ojos al pensar en lo difícil que es estar agradecida con alguien al que ahora mismo no quieres ver. Porque sigo colapsada. Porque sigo sin entender por qué me mintió.

La abuela parece cansada y le cuesta mucho mantener los ojos abiertos.

—Duerme un poco, hablaremos luego.

Nada más decir esto, sus ojos se cierran y cae en un profundo sueño. Yo me acomodo en el sillón que hay para los acompañantes y la miro en silencio, hasta que el cansancio acumulado durante las últimas horas pasa factura y acabo quedándome dormida.

***

Cuando despierto la mañana siguiente lo hago con una sensación de pesadez recorriéndome el cuerpo. No ha sido una noche plácida. Han sido muchas las veces que los médicos y las enfermeras han entrado para hacer control, cambiar medicación, suero o anotar sus constantes vitales. Aprovecho para ir al baño, comprarme un café y un bollo en una máquina expendedora y desayunar algo antes de volver a entrar. La abuela ya está despierta cuando llego y con ella hay una enfermera que continúa con el control médico.

La abuela sonríe al verme y espero paciente a un lado hasta que la enfermera termina su trabajo.

—Buen Acción de Gracias —nos desea al salir.

El recordatorio de que hoy es Acción de Gracias cae como una losa sobre mí. Lo había olvidado por completo. Pienso en Alex y mi corazón se contrae en un pálpito doloroso. Hoy íbamos a celebrar los tres juntos nuestro primer Acción de Gracias. Fue la abuela quién sugirió que lo invitara. Aparto ese pensamiento al fondo de mi mente y vuelvo a tomar su mano y sentarme a su lado

—¿Cómo te encuentras hoy, abuela?

Ella hace una mueca.

—Un poco mejor, aunque me duele el pecho.

—¿Se lo has dicho a la enfermera?

Asiente.

—Dicen que es normal después de un infarto.

Ahora asiento yo.

—Tiene sentido.

—¿Dónde está Alex? ¿Tampoco ha venido a verme hoy?

Me tenso al escuchar su pregunta. No sé cómo manejar esta situación.

—No estoy segura de que pueda venir por ahora, abuela.

—¿Por qué?

—Porque tiene trabajo —musito en un hilillo de voz. Mentir no es lo mío.

—¿En Acción de Gracias?

Nos quedamos mirando unos segundos en silencio y noto el segundo exacto en el que la abuela lo entiende todo, porque un relámpago de entendimiento ilumina su mirada cansada.

—Lo sabes. —No es una pregunta, es una afirmación—. Sabes quién es él.

Asiento despacio.

—Sí, lo sé todo. Llevaba puesto el jersey que le regalaste para su graduación. Vi la estrella que le cosí y no me costó atar cabos.

—Leah…

—Pero no tenemos que hablar de esto ahora, abuela. Dijo el médico que era importante que no te alterases.

Ella niega con un movimiento de cabeza.

—No estoy alterada, solo triste. No quería que lo descubrieras de esta manera. ¿Estás enfadada?

—Un poco —confieso—. Pero eso ahora no es relevante. Lo único relevante aquí es tu recuperación.

—Oh, cielo, claro que es relevante. Y es lógico que estés enfadada.

Una vez más, los ojos se me llenan de lágrimas. Me los limpio sin dejar que estas rueden por mis mejillas. No puedo permitirme centrar la conversación en mí. No ahora. Es egoísta.

—Estás convaleciente, abuela. Hablaremos cuando te recuperes.

Un breve silencio. Luego:

—No culpes a Alex, cielo.

—¿Qué?

—Él no tiene la culpa —insiste—. Fui yo quién le pidió que te escondiera nuestro vínculo. No lo castigues a él. Enfádate conmigo.

—Hace menos de 24 horas que sufriste un infarto, no puedo enfadarme contigo.

Una rabia latente se adueña de mi sistema. Intento calmar el sentimiento, porque de nuevo soy consciente de que este no es momento para priorizarme a mí misma.

—Habla con Alex, Leah. Deja que se explique. No te cierres en banda. Él no merece tu enfado. De hecho, ¿sabes por qué vino a verme ayer? Quería mi aprobación para contártelo todo.

Quería hacerlo durante la cena de Acción de Gracias, pero mi maldito corazón decidió fallar y echarlo todo a perder.

—Qué conveniente —murmuro con escepticismo.

—Pero es cierto. Habla con él. Deja que te lo cuente todo.

Me llevo una mano a las sienes sintiendo de pronto como el pulso me martillea en la zona. Necesito… no sé qué es lo que necesito. Salir de aquí. Huir. Escapar. Dejar de sufrir. Quitarme del pecho este corazón lleno de dolor y de incerteza.

—Voy a salir a tomar el aire.

La abuela asiente en silencio y yo abandono la habitación y la UCI con pasos apresurados. La conversación con la abuela solo ha aumentado la tormenta de emociones desatada en mi interior.

Una vez fuera del hospital tomo aire y lo dejo ir despacio. No he cogido mi abrigo, y el frío se cuela por mi ropa calándome los huesos. Me tomo unos minutos para despejar la mente y cuando me decido a entrar de nuevo, capto por el rabillo del ojo una figura conocida. Sentado en uno de los bancos laterales, está Alex. No me ha visto, tiene los ojos fijos en sus manos y parece hecho polvo. Lleva la misma ropa de ayer, por lo que una súbita revelación me sobreviene. ¿Ha pasado la noche aquí? ¿Con el frío que hace?

Me acerco a él con pasos indecisos.

—¿Alex?

Alex levanta su mirada hacia mí y sus ojos se abren con sorpresa al reconocerme. Se pone en pie enseguida.

—¿Cómo está Betty? ¿Sigue recuperándose bien?

Asiento y él suspira aliviado.

—¿Qué haces aquí? Pensé que te habrías marchado a casa.

—Yo… no podía marcharme sin estar seguro de que Betty se recuperaba bien, Leah. Me pediste que te dejara sola y he respetado tus deseos, pero necesitaba mantenerme a una distancia segura.

La nuez que lleva instalada en mi garganta desde ayer aumenta su tamaño.

—Esta noche ha refrescado, pudiste esperar dentro.

—Quería darte espacio.

—¿Y si llegas a sufrir una hipotermia? —Le toco el rostro y su piel congelada acaricia la yema de mis dedos—. Ha sido muy irresponsable por tu parte actuar así.

Él no responde y mi instinto de protección se adueña de mis actos. Lo cojo de la mano enguantada y lo llevo dentro. Alex me sigue hasta la cafetería, donde le pido que espere sentado en una mesa mientras yo pido un café para que entre en calor. Lo dejo frente a él y Alex le da un sorbo.

Durante unos segundos un silencio pesado nos envuelve. Alex se bebe el café despacio y yo lo observo pensando en lo que ha dicho la abuela. En que debería escucharlo. Y tras unos instantes debatiendo conmigo misma, tomo una decisión.

—Cuéntamelo —le pido determinada.

Los ojos de Alex se encuentran con los míos.

—¿Eh?

—Cuéntamelo todo, Alex. Voy a darte una oportunidad para explicarte. Al menos te debo eso.

Alex toma un nuevo sorbo de café y asiente despacio, tomándose unos segundos para reordenar todas las ideas que parecen revolotear por su mente. Yo espero con miedo. Estoy aterrorizada. ¿Y si lo que tiene que contarme cambia todo entre nosotros? ¿Y si después de escuchar su historia descubro que lo que tenemos no es del todo real?

Los labios de Alex se entreabren dispuestos a hablar y yo contengo el aliento, preguntándome si ambos seremos los mismos cuando lo haya explicado todo.

Capítulo 41

Alex

Alex, 15 años. 16 años atrás.

Empujo la puerta de madera del restaurante y entro. Este es el quinto establecimiento que visito hoy. Llevo veinte en total desde que empecé la búsqueda de trabajo. Aunque no haya ningún letrero fuera anunciando vacantes, quiero probar suerte aquí, en *La comida de la abuela*.

El sonido de unas campanillas anuncia mi llegada y un olor delicioso me da la bienvenida. Fuera hace frío, pero aquí se está bien. Me quito el abrigo y espero pacientemente a que alguien salga a recibirme. Estamos fuera del horario comercial, pero la puerta estaba abierta y el sonido metálico de alguien trasteando ollas y sartenes en la cocina llega hasta aquí.

Mientras espero, me distraigo observando este lugar. Es confortable y cálido, como debe ser la casa de una abuela de verdad, o eso supongo, porque nunca conocí a ninguna de mis dos abuelas. Por no conocer, no conocí ni siquiera a mi padre.

Instantes después, una señora de unos sesenta años hace acto de presencia. Lleva un delantal con el logo del restaurante, el pelo recogido en un moño tirante y me mira con los ojos entrecerrados, como si estuviera preguntándose quién soy yo.

Decido responder a su pregunta silenciosa:

—Hola, buenas tardes, me llamo Alex Hudson y estoy buscando trabajo. —Con un movimiento rápido, saco la carpeta de la mochila que llevo colgada de la espalda, cojo un folio con mi currículum y se lo ofrezco—. Me preguntaba si tendría algún puesto disponible para mí.

La señora alza las cejas con curiosidad, acepta el folio y empieza a leerlo concentrada.

—Podría trabajar de lunes a viernes a partir de las tres y media, que es cuando salgo del instituto, y los fines de semana a jornada completa —digo nervioso, con voz atropellada.

—¿Tienes quince años? —pregunta sin apartar su mirada del folio.

—Sí.

—¿No eres demasiado joven para trabajar? —Levanta su mirada del folio y la clava en mí.

—Eso es relativo. La edad solo es un número, señora —respondo con seguridad, aunque en realidad siento un nudo en el estómago. No quiero que mi edad sea un impedimento para conseguir este trabajo.

Una sonrisa irónica se dibuja en sus labios apretados.

—Así que me he ido a topar con un listillo. Ven, anda, te daré algo para comer. —Se da la vuelta, se aleja y prepara una de las mesas. La que está al fondo de todo.

Me invita a sentarme en ella con un movimiento de mano y yo obedezco, porque hay algo en la forma de hablar de esta señora que me impide llevarle la contraria. Desaparece dentro de la cocina y vuelve a aparecer segundos después cargando varios platos con ella.

—Vaya, parece todo delicioso —digo mirando con los ojos muy abiertos el contenido de los platos. Hace años que nadie me sirve un banquete así.

Sin poder evitarlo, me lanzo sobre la comida como si llevara años sin comer. Me atraganto con un trozo de pollo y me golpeo el pecho para ayudarlo a pasar. Bebo un poco de agua y sigo.

—Chico, poco a poco, respira. —Me pide la señora que se ha sentado en una silla frente a mí—. Estás muy delgado. ¿Comes lo suficiente? A tu edad es muy importante alimentarse bien.

Decir que estoy delgado es quedarse corto. Sé que estoy flacucho y que parezco poca cosa.

—Ese es uno de los motivos por los que quiero trabajar, señora. Vivo con mi tío y apenas tiene capacidad económica para abastecernos.

Eso no es así. No exactamente. Mi tío tiene un trabajo que nos permitiría vivir dignamente si

no fuera porque se gasta casi todo en alcohol. Y no solo se gasta su sueldo, también se gasta la paga que el gobierno le da para mi manutención. Pero no puedo contarle a una desconocida mi penosa vida.

—Entiendo. —La mujer asiente, comprensiva—. ¿Y a él ya le parece bien que trabajes? A tu edad necesitas un permiso especial de tu tutor para trabajar.

Hago una mueca. Ese es uno de los motivos por los que no consigo trabajo. En todas partes me piden ese dichoso permiso. Y no puedo obtenerlo. No porque mi tío se niegue a dejarme trabajar, sino porque si se enterara, me obligaría a darle todo el dinero que ganase.

Al ver mi reacción y mi silencio la mujer asiente de nuevo, como si entendiera.

—Mira, chico, no puedo darte trabajo. Y, de hecho, no me parece bien que alguien de tu edad tenga que preocuparse por estas cosas en lugar de disfrutar de su juventud. Además, es obvio que tienes un futuro prometedor. ¿De verdad ganaste dos años seguidos el campeonato de matemáticas en la ciudad de Nueva York?

Niego con un movimiento de cabeza y la corrijo:

—En el Estado, no en la ciudad, señora.

—Eso es increíble. Y no me llames señora, llámame Betty.

—De acuerdo, Betty.

Ella me mira con una sonrisa cálida que consigue reconfortarme al instante. Hay algo en esta mujer que me transmite confianza y seguridad.

—Como decía, pareces un chico listo, deberías enfocarte en los estudios en lugar de trabajar.

—Ojalá pudiera, pero las cosas en mi vida no son sencillas.

Y quiero ahorrar el dinero suficiente para pedir la emancipación cuando llegue a los dieciséis. Sé que eso significará renunciar a ir a la universidad tal como siempre he soñado, pero

la comida no la pagan los sueños, la paga el dinero.

—Bien. No conozco tu situación, pero entiendo lo que dices. Sin embargo, hablaba en serio, no puedo darte un trabajo. Es un restaurante pequeño y apenas da beneficios para una persona sola.

—Pero siempre está lleno de gente.

—Sí, pero mis platos son económicos. Gano lo suficiente para ir tirando. —Sonríe—. Y, aunque de verdad no puedo darte un trabajo como tal, sí puedo hacer un pacto contigo.

—¿Un pacto? —pregunto tragando el trozo de carne que tengo en la boca.

—Ven al restaurante sobre las nueve, que es la hora del cierre. Puedes ayudarme a limpiar y yo te daré una copiosa cena y una pequeña paga semanal. No puedo ofrecerte mucho, pero eso es mejor que nada, ¿verdad?

Lo pienso unos segundos y asiento. En realidad, no necesito mucho para subsistir. Poder comer algo caliente todos las noches ya es mucho.

—Eso sería de gran ayuda.

—Pero tendrás que hacer algo a cambio —dice ella con seriedad—. Es un pacto. Prométeme que te vas a esforzar por sacar buenas notas. Se me da bien calar a las personas, y puedo decir sin miedo a equivocarme que te espera mucho éxito en la vida, chico. Si estudias, entras en una buena universidad y te enfocas en un objetivo, conseguirás lo que te propongas. Deja de lado los problemas y céntrate en el futuro. El presente es temporal, pero el futuro aún no existe. Está en tu mano conseguir que ese futuro sea prometedor.

Su petición me pilla por sorpresa. Esta señora desconocida se ha preocupado más por mí en una hora que mi tío en los años que llevamos juntos.

Ante mi silencio, Betty insiste:

—Entonces, ¿qué me dices, chico? ¿Aceptas el pacto? —Me ofrece su mano.

Ni siquiera tengo que pensarlo demasiado. Asiento sonriendo, estrecho su mano y le digo que sí, que acepto, que haré todo lo posible por estudiar y construir un buen futuro para mí.

Alex, 17 años. 14 años atrás

Una única vela iluminada se mantiene de pie en el centro de mi tarta preferida de *La comida de la abuela*, la de limón. La persiana está bajada y dentro del local ya limpio y ordenado solo estamos Betty y yo.

—Estoy muy orgullosa de ti, chico. No puedo creer que hayas entrado en Harvard.

Mis mejillas se sonrojan ante su efusividad.

—No tenía por qué prepararme una fiesta, Betty. —En algún punto de los últimos años, empecé a tutear a Betty como si fuera de mi propia familia.

La verdad es que lo siento un poco así, porque la relación con mi tío se ha deteriorado hasta el punto de volverse irreversible. La única persona en mi vida que se preocupa y se interesa por mí es Betty.

—Por supuesto que tenía por qué. Te has graduado del instituto con honores, con la mejor nota de tu promoción, ¡y lo has hecho un año antes de tiempo! Desde que pusiste un pie en este restaurante, supe que tenías mucho que ofrecer. Y eso que en aquel entonces estabas flacucho y desgarbado. En cambio, mírate ahora. Ya no queda nada de ese chico. Te has convertido en todo un hombre.

Tiene razón. Desde que acepté el trato que Betty me ofreció, mi vida ha cambiado por completo. Gané peso gracias a su deliciosa comida, y también dejé de ir desaliñado, porque para Betty, la apariencia es importante y me esforcé en mantener un aspecto impoluto por ella.

—Pero sigues llamándome chico.

—Para mí siempre serás un chico.

Sus ojos se llenan de lágrimas y empiezo a sentirme incómodo. No estoy acostumbrado a las muestras de afecto. Nunca sé qué hacer en estas situaciones. Por suerte, a Betty no le molesta mi nula inteligencia emocional y se hacer cargo de la situación. Me abraza con cariño mientras palmea mi espalda y me dice de nuevo lo orgullosa que está de mí.

Yo nunca le he dicho lo importante que es ella para mí, pero creo que lo intuye. Nos hemos visto a diario estos dos últimos años, y gracias a ella tengo dinero ahorrado para empezar en Boston sin sufrir apuros económicos durante un tiempo. He tenido la suerte de conseguir una beca completa, pero necesitaré sufragar otros gastos que vayan surgiendo sobre la marcha.

Después de esto, me pide que espere, entra en el almacén y reaparece con un paquete envuelto en papel de regalo. Me lo ofrece aún emocionada y yo lo cojo intentando sonreír, aunque me siento un poco abrumado.

Desenvuelvo el regalo. Es un jersey azul, de lana, muy bonito.

—Gracias, no tenías por qué regalarme nada.

—Pero quería hacerlo. Los inviernos en Boston son tan fríos como lo de aquí. Necesitas ropa de abrigo. Y este jersey es muy calentito, además, está tejido a mano. Me ayudó a hacerlo mi nieta, por eso no está perfecto, aunque le puso ganas. Venga, pruébatelo.

Me lo pongo encima de la camiseta. Me hace levantar los brazos, darme la vuelta y aplaude satisfecha al ver que me queda bien. Sin embargo, en su análisis, sus ojos se detienen en una de mis mangas.

—Espera, un momento. —Me coge la manga y la coloca frente a sus ojos, estudiándola con esmero—. ¿Por qué hay una estrella aquí? ¡Será posible! Seguro que a Leah se le fue un punto y en lugar de rehacerlo decidió disimularlo bordando una estrella encima. Esta chica… —Mira hacia al cielo y luego niega con un movimiento de cabeza. Leah es su nieta, y es dos años menor que yo. A Betty se le llena la boca siempre hablando de ella. Confieso que a veces siento un poco

de envidia porque a mí también me gustaría tener una abuela que hablase de mí con tanto cariño —. Será lista. Eligió un hilo de un color parecido al de la lana para que no me diera cuenta. — Suspira—. Dámelo y te lo arreglaré.

—No hace falta —aseguro con una sonrisa—. Así me gusta. Ese detalle lo hace único. Seguro que no hay otro igual.

—Eso desde luego.

Miro la estrella con una sonrisa. Es pequeña, tienes que fijarte mucho para verla, pero de alguna forma convierte esta prenda en algo especial. Me imagino a esa Leah apurada intentando disimular la imperfección y una sonrisa prende de mis labios.

Llevarme este jersey a Boston estará bien. Será mi amuleto de la suerte para esta nueva aventura que está a punto de empezar.

Alex, 19 años. 12 años atrás.

Miro la persiana bajada de *La comida de la abuela* con el corazón en un puño. Un cartel de papel algo arrugado por las inclemencias del tiempo anuncia su cierre permanente, lo que significa que hace tiempo que ocurrió.

Es diciembre, faltan pocos días para Navidad, y he viajado hasta Nueva York con el único objetivo de verla y darle un regalo que compré hace unas semanas con mi primer sueldo. Hace un mes entré como becario en una empresa de Biotecnología y Nanotecnología muy importante de Boston. Según mis cálculos, podré terminar la carrera el año que viene, un año antes de lo normal. Este trabajo me va genial para coger experiencia en el campo, ya que estoy desarrollando un proyecto para abrir mi propia empresa de Nanotecnología en un futuro próximo.

Tenía muchas ganas de compartir con Betty todo esto. La llamé por última vez este verano.

Han pasado meses desde entonces, porque entre el trabajo y las clases apenas he tenido tiempo para nada. Además, hasta hace poco no contraté mi primera línea de móvil, por lo que localizarme era imposible.

Es una lástima no haberle pedido su teléfono personal, porque el único que tenía era del restaurante y seguro que lo habrá dado de baja.

Decido entrar en la pequeña tienda de comestibles que hay justo al lado y le pregunto al señor de detrás del mostrador, un señor algo mayor, si sabe dónde puedo encontrarla.

—No lo sé, cerró la tienda cuando su única hija murió en aquel terrible accidente de tráfico hace unos meses junto a su marido. Lo último que sé sobre ella es que decidió jubilarse para estar al lado de su nieta, que lo estaba pasando bastante mal.

Todo mi sistema se congela ante este descubrimiento. ¿Betty ha perdido a su hija? ¿Su nieta se ha quedado huérfana?

No le hago más preguntas porque estoy en shock. No puedo creer que Betty haya pasado por algo así. Ojalá lo hubiera sabido para volver a Nueva York y estar a su lado en un momento tan duro. Pienso en su nieta. No puedo imaginar el dolor que debió sentir con la muerte de sus padres. Yo, a veces, aún siento dolor cuando pienso en la mía, en mi madre. Dicen que el tiempo todo lo cura, pero yo no estoy de acuerdo. Hay heridas que siguen doliendo por mucho que terminen convirtiéndose en cicatriz.

Por mucho tiempo que pase, la muerte de mi madre sigue siendo un punto de inflexión doloroso en mi vida. Un punto de inflexión que ha dado forma a todo lo que soy ahora, incluso a mi proyecto de vida. Porque, después de pensar mucho en ello, de darle vueltas a lo que quiero hacer cuando me gradúe, he decidido dedicarme al campo de la detección temprana de cáncer y su tratamiento, para que otras personas corran mejor suerte que ella.

Suspiro, le doy la gracias al señor, salgo de la tienda y miro el cartel de La cocina de la abuela prometiéndome encontrar a Betty cuando las aguas se calmen. Quiero darle mi regalo,

abrazarla y decirle que puede contar conmigo siempre que lo necesite.

Que estoy aquí.

Que somos familia.

Alex, 26 años. 5 años atrás

Salgo del taxi y miro la pequeña casa que tengo frente a mí con un cosquilleo nervioso recorriendo mi tripa. Según el detective privado que contraté para encontrar a Betty, ella vive aquí. Intenté encontrarla por mis propios medios, pero resulta que hay mil Betty Brown en Nueva York, y centenares de ellas en Queens. Durante años he estado visitando cada una de las Betty Brown de mi lista, pero ninguna de ellas era la que buscaba. Así que, hace unas semanas, contraté a un detective privado para que diera con la correcta. Y lo consiguió. Por lo visto, la casa consta aún con el nombre de su marido y por algún tipo de fallo administrativo el suyo no aparece en el censo. Cuando me envió una foto preguntándome si esa era la Betty Brown que buscaba, me emocioné hasta el borde de las lágrimas.

Me quedo parado en la calle, a una distancia segura, mientras ensayo mentalmente la conversación que tendré con Betty cuando llame al timbre y ella abra la puerta. Hay muchas cosas que quiero contarle. Han pasado siete años desde que hablamos por última vez y mi vida ha dado un vuelco de 180º.

Tal como pactamos la primera vez que nos vimos, me he construido un buen futuro. Un futuro de éxito donde soy CEO de mi propia empresa, visto trajes a medida y vivo en un apartamento de lujo en el Upper East Side.

Estoy tan absorto en mis propios pensamientos que no me doy cuenta de que alguien sale atropellado de la casa de Betty hasta que prácticamente choca contra mí.

—¡Perdón! No esperaba que hubiera alguien ahí en medio —dice una chica de pelo castaño. Se abotona rápidamente una blusa con el logo de una cafetería encima de una camiseta blanca. Tiene prisa y corre hacia la parada del autobús cuando lo ve llegar a lo lejos.

La observo correr con un extraño sentimiento de familiaridad. ¿La conozco de algo? Me suena. No he podido fijarme bien en su rostro porque me ha dado la espalda enseguida. Pero sí que puedo fijarme en su culo, redondo y respingón, que se marca a la perfección bajo esa falda ceñida que lleva. Ha salido de casa de Betty, así que…

¿Esa es Leah?

La chica sube al autobús, este se aleja y yo salgo de mi ensimismamiento para llamar al timbre de la casa.

Los segundos que pasan hasta que la puerta se abre se me hacen eternos. Pero cuando Betty aparece al otro lado… la emoción de volver a verla se desborda y mis ojos se humedecen.

—Chico —dice Betty tras unos segundos de conmoción. Sus ojos se llenan de lágrimas y tras salir de la parálisis inicial, da un paso hacia delante y me abraza. Me abraza tan fuerte, con tanta calidez y cariño que, por primera vez en mucho tiempo siento que he regresado a un lugar al que sí puedo llamar hogar.

***

—Entonces, ¿estaba en lo cierto? ¿Te has convertido en alguien importante? —pregunta Betty dando un sorbo a la infusión que ha preparado para recibirme. Me mira con gran orgullo y emoción, con los ojos brillantes y rojos aún por las lágrimas vertidas.

Estoy en el salón de su casa y es increíble como las sensaciones que me envuelven en este lugar son las mismas que me envolvían en su restaurante hace unos años.

—Sí. Y te lo debo a ti, Betty. Confiaste en mí y me ayudaste sin conocerme.

—Te dije que se me daba bien calar a las personas.

Asiento con una sonrisa y doy un sorbo a mi taza.

—Hace unos años regresé a Nueva York con la intención de verte, pero vi que habías cerrado el restaurante. Supe que tu hija y tu yerno murieron en un accidente. Lamenté mucho no poder estar aquí para ti.

—No podías saberlo, chico, todo está bien. Ahora está bien —dice ella volviendo a limpiarse las lágrimas—. No te negaré que fueron meses confusos y dolorosos, pero ahora ya no siento que me asfixio con los recuerdos.

—Me alegra escuchar eso.

—¿Y tú? ¿Qué ha sido de ti? Cuéntamelo todo.

Eso hago. Durante la siguiente media hora le hablo de Nano Tech, la empresa de Nanotecnología líder en su campo que ha conseguido facturar millones de dólares en el último año. Le explico lo difícil que fue encontrar inversores al principio, pero lo fácil que ha sido crecer y ampliar el negocio con el tiempo. Betty me escucha admirada y cuando termino de contarle todo esto, suelta un silbido y aplaude.

—Cuando te vi aparecer con traje, supuse que te la vida te habría tratado bien, pero eso que cuentas es realmente impresionante. Estoy asombrada, chico. O, mejor dicho, Alex. —Sonríe con cariño—. Sigo llamándote chico porque para mí siempre serás ese joven inteligente y listo que entró en mi restaurante para buscar trabajo y pasó todas las noches de los siguientes dos años acompañándome durante la cena y el cierre.

—Puedes seguir llamándome chico. Incluso aunque ahora tenga que afeitarme a diario y me vista con trajes elegantes.

Betty se ríe, aunque un par de lágrimas resbalan mejillas abajo.

—Eso haré.

—Por cierto, te he traído esto. —Le ofrezco la bolsa de papel que llevaba conmigo.

Ella mira el interior con curiosidad.

—¿Un regalo?

—Te lo compré la vez anterior cuando vine a visitarte. Llevo guardándolo todos estos años.

Betty desenvuelve el regalo, descubre el contenido con una ceja alzada, lee el lateral de la caja y deja escapar una risita.

—¿Un masajeador de cervicales?

—El mejor del mercado. Bueno, al menos lo era hace siete años. Recuerdo que siempre te quejabas de molestias en la zona.

—Y sigo sufriendo de esas molestias, no te creas. —Deja la caja a un lado y sonríe—. Gracias.

—En realidad, eso no es lo único que quiero darte. —Me paso una mano por el pelo e intento buscar la mejor manera de plantear lo siguiente—: Quiero darte una compensación económica como agradecimiento por todo lo que hiciste por mí en el pasado, Betty.

Los ojos de Betty se abren de par en par.

—¿Una compensación económica? —Frunce el ceño—. De eso nada. Lo hice porque quise, no necesito que me compensen por ello.

—Piénsalo como si fuera una inversión. Tú invertiste en mí y yo hoy quiero darte las ganancias que obtuviste con esa inversión.

Su ceño se frunce aún más.

—Nunca fuiste una inversión. Siempre te vi como a un segundo nieto. A los nietos no se les pide ningún tipo de compensación. El orgullo que siento por todo lo que has alcanzado ya es suficiente compensación para mí.

Sabía que Betty se negaría a esto, porque a pesar de los años que hace desde que no nos

vemos, la conozco. Es una mujer sencilla, orgullosa y testaruda.

—Pero yo me sentiría más tranquilo conmigo mismo y mi consciencia si pudiera pagarte de alguna manera por tu ayuda.

—Puedes pagarme viniendo a verme a menudo.

—Eso no es suficiente.

Betty aparta la mirada pensativa unos segundos y cuando vuelve a clavarla en mí, sus ojos brillan como si acabara de tener una idea.

—Sí que hay algo que podrías hacer por mí, chico. —Asiento con la cabeza para indicarle que la escucho y ella prosigue—: ¿Podrías darle trabajo a Leah en esa empresa importante que tienes?

Pienso en la chica con la que me he cruzado hace un instante.

—¿Quieres que contrate a tu nieta? —Betty asiente vehementemente—. ¿Qué estudios tiene?

—No tiene estudios superiores, pero es muy competente y talentosa. Si no fuera por la muerte de sus padres hubiera entrado en una buena universidad. Su media hasta entonces era de sobresaliente. Pero pasó por una depresión, sus notas bajaron y… fue rechazada de todas las universidades en las que echó la solicitud. Desde entonces ha hecho algún curso aquí y allá, y ha ido encadenando trabajos precarios, pero yo estoy convencida de que si alguien le diera una oportunidad podría demostrar toda su valía. Soy consciente de que no podrías ofrecerle un puesto importante, pero quizás encuentres algo adecuado para ella. Estoy segura de que por sí misma irá escalando posiciones.

Lo pienso unos segundos. Todos mis trabajadores han estudiado en buenas universidades y tienen experiencia cualificada. Incluso en los rangos más bajos. Recibo miles de currículums al día. ¿Contratar a alguien sin tener en cuenta su formación y académica no sería nepotismo?

Aun así, es eso lo que Betty me ha pedido. Quería ofrecerle dinero, mucho dinero, pero ella

lo que quiere es que contrate a su nieta.

Recuerdo el pasado. Betty me dio una oportunidad a pesar de que yo por aquel entonces solo era un mindundi que no tenía donde caerse muerto. ¿No estamos hablando de lo mismo? Betty quiere que le dé una oportunidad, no que le regale nada.

Asiento, determinado.

—De acuerdo. Le buscaré un trabajo dentro de mi empresa. ¿Puedes pedirle que nos haga llegar un currículum suyo?

—Por supuesto, pero, me gustaría pedirte algo —dice con seriedad—. ¿Podrías mantener nuestra relación en secreto? Mi nieta es muy orgullosa. Odiaría saber que la han contratado por enchufe.

Asiento, reprimiendo una sonrisa.

—Debió heredarlo de ti.

Cerramos el trato brindando con nuestras infusiones. La idea de hacer algo por Betty y su nieta me llena de satisfacción.

Alex, 26 años. 5 años atrás

Estoy entretenido revisando un informe en papel cuando llaman a la puerta con los nudillos.

—Adelante —digo distraído, con los ojos aún fijos en la lectura.

—Señor Hudson, le presento a la señorita West, su nueva secretaria. —Las palabras de Norma me hacen levantar los ojos como un rayo. No recordaba que la nieta de Betty llegaba hoy.

Mis ojos se encuentran con otros ojos castaños y una chispa de curiosidad se enciende en mi estómago.

—Bueno, yo voy a volver al trabajo. Leah, cuando termines dirígete a Recursos Humanos para firmar el contrato —dice Norma saliendo del despacho.

Durante unos instantes, Leah y yo nos quedamos en silencio, observándonos. Debería decir algo, suelo ser un hombre funcional y con gran capacidad de oratoria, pero la presencia de Leah consigue desestabilizarme.

Quizás sea porque la chica que está frente a mí es justo mi tipo. Sus rasgos dulces, su cuerpo delgado que se curva en las partes correctas, sus labios jugosos y rosados y una resolución sin igual en la mirada. Va vestida con ropa casual, pero, aun así, con vaqueros y zapatillas, me parece preciosa.

Salgo de mi aturdimiento inicial y fuerzo una sonrisa profesional cuando le pido que se siente.

—Soy Alex Hudson, el presidente de Nano Tech. Encantado de conocerla. —Le ofrezco mi mano y ella la estrecha con rapidez.

—Yo soy Leah West.

—Señorita West…

—Señor Hudson —me corta ella.

Después, intenta convencerme de que ha habido algún tipo de error y que ella entregó el currículum para cubrir una vacante menor, no para ser mi secretaria. Le cuento que no ha habido ningún error, que confío en que podrá convertirse en una secretaria competente y le detallo algunos pormenores del trabajo.

A pesar de sus dudas, Leah acaba aceptando el puesto que le ofrezco.

Cuando me quedo a solas, lucho por controlar los pensamientos complicados que navegan por mi mente. Mirarle a Leah el culo mientras salía por la puerta no ha sido pertinente. Pensar en lo mucho que me gustaría saborear esos labios mullidos, tampoco. Si Leah va a ser mi secretaria, debo guardar todos esos pensamientos en el fondo de mi mente, en una caja hermética donde no

puedan escapar. Porque involucrarme con una secretaria es inconcebible. No soy esa clase de persona. Siempre hago lo políticamente correcto.

Y con esa convicción, vuelvo a concentrarme en el informe que tengo sobre la mesa.

Alex, 31 años. Unos meses atrás.

—¿Por qué me traes siempre a cenar a sitios tan sofisticados? —pregunta Betty con un tono de voz lleno de reproche—. Es poco eficiente tener que comerte diez platos para llenarte el estómago.

Pongo los ojos en blanco y reprimo una sonrisa. Acabamos de salir del restaurante y ella ha sugerido dar un paseo por Manhattan antes de regresar a casa. Es primavera, así que es una bonita noche para pasear.

—Era un menú degustación en uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad. Lo importante no es llenar el estómago, sino disfrutar de la creatividad del chef y de los sabores únicos de sus platos.

—Pamplinas. Donde se ponga un buen filete o un buen cocido, que se quite lo demás.

Me río entre dientes y le ofrezco a Betty mi brazo para cruzar una calle. Ella lo acepta refunfuñando. Puede parecer desde fuera que no le gusta ir conmigo a estos sitios tan lujosos, pero sé de sobras que sus quejas son puro teatro. Siempre que le ofrezco acompañarme a un lugar así, acepta encantada y se viste elegantísima. Parece una aristócrata, con su pelo cardado, su vestido sofisticado y los pendientes relucientes y de aspecto caro en las orejas. Además, disfruta curioseando el menú, criticando la irrisoria cantidad de comida que hay en los platos y cotilleando lo que hacen otros comensales.

—Por cierto, el otro día Leah me dijo que la estabas ayudando con los exámenes finales del

curso.

—Ah, sí. Es increíblemente lista y talentosa, pero las matemáticas no son lo suyo. —Una sonrisa automática se dibuja en mis labios al pensar en la última vez que quedamos para estudiar. Tenía que hacer un programa para un evento teniendo en cuenta el flujo de invitados y el tiempo necesario para cada actividad. Era como si las cifras se burlaran de ella.

Aun así, no miento al decir que Leah es lista y talentosa. Cuando decidí contratarla, le ofrecí un puesto como mi secretaria porque después de ver su currículum y su historial de notas tuve un pálpito con ella. Algo me dijo que aquella pobre chica era víctima de sus circunstancias, y que Betty hablaba en serio cuando dijo que era muy capaz.

Hace cinco años que trabaja para mí y debo decir que nunca me he arrepentido de mi decisión. Aprendió rapidísimo todo lo necesario sobre nanotecnología, además de alcanzar un nivel básico de todos los idiomas que le exigí. Es dedicada, tiene iniciativa y siempre se esfuerza para hacer las cosas de la forma que me gusta. Es la mejor secretaria que he tenido nunca.

Y bueno, nos llevamos bien. Muy bien. Entre nosotros existe una complicidad fuera de lo normal.

Por eso, cuando el año pasado durante un almuerzo me dijo que había descubierto, gracias al trabajo, que disfrutaba organizando eventos y que le gustaría dedicarse a algo así en el futuro, busqué para ella el mejor curso de Gestión de eventos del país que pudiera hacer online. Incluso le imprimí unos folletos.

Alguien con tanto talento debe poner alas a sus sueños.

Cuando mis ojos se cruzan con los de Betty, veo en ellos algo nuevo. Suspicacia.

—Veo que tú y mi nieta os lleváis muy bien.

—Bueno, trabajamos juntos.

—Ajá. Y os veis fuera del trabajo a menudo.

—Sí, bueno, de vez en cuando.

La sonrisa de Betty se amplía y soy incapaz de discernir su significado. Conozco a Betty, sé de sobras que cuando sonríe de esta forma es que alguna idea importante ha anidado en su cabeza, pero ¿qué idea debe ser esa?

No tengo tiempo a preguntarle, porque antes de que pueda hacerlo ve un puesto callejero de gofres y crepes y sale corriendo en su dirección. No puedo evitar reírme.

Esta Betty…

Alex, 31 años. Unos meses atrás, al descubrir que Leah se ha dado de alta en una aplicación de citas.

Llamo al timbre impaciente y espero hasta que Betty abre la puerta. Es tarde, lleva un albornoz sobre el pijama, rulos en la cabeza y me mira como si me hubiera salido un tercer brazo y la estuviera saludando con él.

—Chico, ¿qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

Ni siquiera espero a que me ceda el paso. Me cuelo por el hueco que hay a su lado y entro. Mientras hablo, abro unos armarios y empiezo a preparar una infusión. Vengo a menudo a esta casa. Sé dónde están las cosas.

—Ya estaba acostada, ¿se puede saber por qué has venido?

—Es por Leah.

Betty entra en la cocina y me observa verter agua en un hervidor.

—¿Por Leah?

—Tienes que hablar con ella y conseguir que cambie de opinión con todo eso de los hombres.

—¿Todo eso de los hombres? ¿Qué hombres? No te sigo.

—¡Leah quiere tener citas! —exclamo sulfurado, demostrando en mi expresión lo absurdo que me parece—. Según ella, tú le has pedido que lo haga. ¿Eso es cierto?

—Ah. —Betty asiente, comprendiendo—. Pues sí.

—¿Sí? —exclamo al borde de un colapso nervioso—. ¿Por qué harías algo así?

El agua en el hervidor empieza a hervir y Betty se encarga de servir dos tazas con una infusión en su interior. Me ofrece una. Estamos de pie en la cocina y agradezco que no me pida que me siente porque no estoy en condiciones de hacerlo.

—Soy una persona mayor, Alex —dice, usando mi nombre por primera vez en mucho tiempo—. En cualquier momento puede ocurrirme algo. Y ¿entonces qué? No quiero que se quede sola en el mundo.

—Pero eso es absurdo. Tú estás sana y fuerte como un roble. Aún te quedan muchos años para dar guerra.

—Eso no lo sabemos. ¿Y si no es así? Leah sufrió mucho cuando perdió a sus padres. No quiero que tenga que pasar por mi pérdida sola.

—No me parece bien que dirijas su vida basándote en hipótesis ridículas. No te vas a morir mañana. Y Leah es una mujer brillante. Debería centrarse ahora en acabar la carrera y montar su propio negocio.

—Todo eso está muy bien, pero quiero que tenga un hombro sobre el que llorar el día de mañana.

—Y ya lo tiene. Tiene el mío.

Betty da un sorbo a su infusión y me observa con las cejas alzadas.

—Pero tú solo eres su jefe.

—Bueno… yo no diría que soy solo su jefe.

—Cierto. También eres su profesor particular.

—Eh… sí. Pero no me refería a eso.

—¿Entonces a qué te referías?

Me mira poniendo cara de ingenua. Es todo fingido. La conozco. No sé qué diantres intenta decirme con este teatro, pero no pienso seguirle el juego.

—También somos amigos.

—Amigos —repite Betty mirándome fijamente.

—Buenos amigos.

—Eso no me sirve. Podrías conocer a alguien, casarte y tener otras prioridades que ayudar a Leah. Quiero que encuentre una persona con la que pueda compartir su vida. Alguien con el que formar su propia familia. Y si no te parece bien, si no estás de acuerdo con ello, quizás deberías reflexionar sobre el verdadero motivo por el que todo esto te afecta tanto y actuar en consecuencia. ¿De verdad no lo ves? Me exaspera que seas tan obtuso. —Coge la taza de té que había preparado para mí y me la pone en la mano—. Y ahora, bébete la maldita infusión y márchate. Es tarde y quiero acostarme.

***

Una hora más tarde estoy en casa, agobiado ante la perspectiva de que Leah vaya a empezar a quedar con hombres de una aplicación de citas. No me hace gracia que lo haga. Nunca se sabe que puedes encontrarte en este tipo de sitios. Mucha gente miente, o hace ghosting, o… Dios, la idea de que puedan hacerle daño me enerva hasta el punto de tener que tomarme dos antiácidos seguidos.

Resoplo y pienso en las palabras de Betty. No sé qué ha querido decir con todo eso de «el

verdadero motivo de mi enfado». Estoy enfadado porque no creo que este sea un buen momento para que Leah conozca a un hombre. Va a perder la perspectiva de las cosas. Acaba de descubrir qué quiere hacer con su vida. Me parece mal que alguien se entrometa en su objetivo.

Entonces, una idea maravillosamente absurda pasa por mi cabeza. Hace un tiempo leí que la empresa de la aplicación de citas en la que Leah se ha dado de alta busca inversores para mejorar su algoritmo y su software.

Sin pensarlo mucho, cojo el móvil y llamo a David, mi asesor financiero, para preguntarle qué le parece esa inversión como negocio.

—La verdad es que es una muy buena inversión. Sus acciones no dejan de subir en bolsa y por lo que tengo entendido están a punto de lanzar una actualización innovadora para mejorar la experiencia de usuario.

—En ese caso, ¿podrías encargarte de hacer los trámites?

—Claro. ¿Cuánto capital tienes pensado invertir?

Lo pienso unos segundos. Esto es una locura. Una locura del tamaño de La Estatua de la Libertad. Pero… ¿qué otras opciones tengo? Necesito tener el control de la situación. Y solo lo conseguiré con esto.

Carraspeo y digo:

—Todo el que sea necesario.

—¿Qué?

—Quiero comprar la aplicación de citas, David.

Capítulo 42

Leah

La historia de Alex me deja sin aliento y con los ojos llenos de lágrimas. Ya intuía que escucharle me removería por dentro, pero no hasta qué punto. No estaba preparada para tanta sinceridad.

Me abrazo a mí misma mientras intento procesar todo lo que me acaba de explicar, pero mi mente está tan colapsada que se me hace difícil. Mis pensamientos son un caos y mi estado emocional también. Aún estoy dolida por el hecho de que Alex no me contara la verdad, pero su sufrimiento me duele todavía más. Tanto que una parte de mí se muere por abrazarlo y no soltarlo nunca.

Quiero consolar a aquel niño que se tuvo que enfrentar a tantas dificultades. A ese niño que tuvo que hacerle frente al hambre y a la soledad cuando nadie debería pasar por eso y menos a tan corta edad. La verdad es que fue una suerte que de entre todos los sitios fuera a parar al restaurante de mi abuela. Ella se convirtió en su puerto seguro, un lugar al que llamar hogar. Y aunque todavía estoy sorprendida de que así fuese, otra parte de mí no puede estar más agradecida por ello.

—Siento no haberte explicado todo esto antes —murmura Alex rompiendo el hilo de mis pensamientos.

Asiento con un gesto y trago saliva para aliviar el ardor que se ha instalado en mi garganta.

—Lo sé, fue la abuela quien te pidió que no me lo dijeras. Me lo ha contado.

—Sí, pero no se lo tengas en cuenta. Ella siempre ha querido lo mejor para ti y en ese momento pensó que no decirte nada era lo correcto. Es una de las mejores personas que he conocido. Siempre le estaré agradecido por lo que hizo por mí.

Agradecido.

Una punzada de inseguridad me atraviesa por dentro al escuchar esa palabra en los labios de Alex. Las dudas vuelven a arremolinarse en mi caja torácica y necesito hacer una respiración profunda antes de continuar hablando.

—Entiendo que te sientas así. Yo también me sentiría de la misma manera si alguien hubiera hecho lo mismo por mí. Habéis creado un vínculo muy fuerte y me alegro —le digo con sinceridad—. El problema es que tal vez esa conexión que compartís te ha llevado a confundirte

—¿Confundirme? ¿A qué te refieres?

—Quiero decir que es posible que el agradecimiento que le profesas a mi abuela se haya extendido a mí y eso te haya llevado a malinterpretar lo nuestro. Tal vez lo que sientes por mí no es amor.

Alex me dirige una mirada cargada de desconcierto.

—Espera un momento… ¿Crees que estoy contigo solo por agradecimiento?

Agito la cabeza.

—Yo… No lo sé, podría ser. Nuestras emociones son maleables y cuando vivimos una experiencia que nos marca las líneas se desdibujan y…

—No, Leah. La admiración que siento hacia tu abuela no tiene nada que ver con lo que siento por ti —me asegura—. Sí que es cierto que os parecéis en algunas cosas, puesto que sois familia. Por ejemplo, tienes su determinación. Pero más allá de esos rasgos compartidos, mis sentimientos por ti son sinceros. De hecho, son lo más auténtico que he sentido nunca. —Los

ojos de Alex buscan los míos y la mezcla de emociones que veo en ellos me remueve por dentro.

Quiero creer en sus palabras, de verdad, pero estoy tan cansada y confundida que se me hace difícil.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado tan seguro de algo en toda mi vida —añade con convicción y su mano no tarda en encontrar la mía por encima de la mesa—. Me gustas muchísimo Leah. Ya te dije que me sentí atraído por ti desde la primera vez que entraste por la puerta de mi despacho. Y no es precisamente agradecimiento lo que se me pasó por la cabeza en aquel momento. El agradecimiento es solo eso, agradecimiento. Pero el amor, el verdadero amor, conlleva muchas más cosas. Es atracción y deseo. Es no poder aguantar sin ver al otro y sentirse feliz con el simple hecho de oír su voz. Es complicidad, intimidad, saber que le importas a alguien de verdad. Es tener el convencimiento de que estás justo donde debes estar. Y eso lo he aprendido gracias a ti y a todas las emociones que me haces sentir —confiesa y a medida que lo hace el brillo de sus ojos se intensifica—. Te quiero Leah. Y lo que tenemos es real. Siempre lo ha sido. Así que, ni por un momento pienses lo contrario.

Las palabras de Alex me golpean con la fuerza de un huracán. Un huracán que arrambla con todo a nuestro alrededor, hasta que solo quedamos él y yo, y nuestras miradas conectadas.

Parpadeo varias veces mientras él no deja de observarme como si estuviera conteniendo la respiración. Y a medida que asimilo lo que acaba de decir, siento como el nudo que me oprimía el pecho se deshace y todo en mi interior vuelve a fluir libremente. Incluidas las emociones que he estado reprimiendo sin darme cuenta.

Tal vez por eso, mi primera reacción es ponerme a llorar. Varias lágrimas empiezan a cubrir mis mejillas mientras me las seco con el dorso de la mano e intento recomponerme. Pero en lugar de conseguirlo, mi llanto se intensifica.

Dios… ¿Por qué tengo que ponerme a llorar justo ahora, y encima aquí, en medio de la cafetería? Lo último que quiero es que Alex se preocupe por mí, pero por cómo me está mirando ahora es obvio que estoy consiguiendo justo todo lo contrario. Soy yo la que debería animarlo después de lo que me ha contado.

—Lo siento —consigo decirle entre hipidos.

—Cariño, ¿por qué te disculpas? Ven, vámonos de aquí.

Alex se levanta y antes de que tenga tiempo de reaccionar me agarra de la mano y estira de mí para que lo siga. Como es lógico, no opongo resistencia. No quiero seguir montando una escena.

Salimos de la cafetería y me dejo llevar hasta que llegamos a un corredor desierto bañado por la luz del sol. Alex me suelta y me apoyo en una de las cristaleras. Vuelvo a hacer otro intento de secarme las lágrimas al mismo tiempo que él no deja de examinarme con atención.

—¿Quieres que te traiga algo? —me pregunta al cabo de unos instantes—. Una botella de agua, algo dulce, lo que sea… ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

Le miro a los ojos. Esos hermosos ojos color chocolate que ahora están teñidos de preocupación. Y luego hago lo mismo con el resto de su rostro. Su frente, sus mejillas, sus labios. Entonces me doy cuenta de que solo hay una cosa que necesite en este momento.

Lo necesito a él.

Lo necesito a él y quiero demostrárselo.

Ese es el último pensamiento que me asalta antes de pasar a la acción. Atraigo a Alex hacia mí, me pongo de puntillas y planto mi boca sobre la suya.

Al principio, su cuerpo me recibe rígido por la sorpresa. Pero enseguida noto cómo reacciona. Emite un sonido amortiguado al mismo tiempo que clava las manos en la cintura. Y a

partir de ahí los dos nos olvidamos de donde estamos y nos fundimos en un beso hambriento y profundo. Un beso de esos capaces de borrar todo lo malo. Es mi manera de demostrarle a Alex que le amo, y que sé que él también me ama a mí. Ya no necesito más pruebas. Su sinceridad me ha hecho ver la luz.

Nos dejamos llevar por la pasión hasta que ambos nos quedamos sin aliento y mis lágrimas impregnan su rostro. ¿O es posible que él también haya estado llorando?

Pego mi frente a la suya y cuando mi respiración se normaliza, murmuro:

—Creía que no se te daba bien hablar de sentimientos.

—Eso mismo pensaba yo —concuerda conmigo Alex—. Pero mi nombre es sinónimo de perfección. Era obvio que, tarde o temprano, también acabaría destacando en ese campo.

Separo mi rostro del suyo y tras fingir una mirada de reprobación, sonrío. Los dos lo hacemos. Nos reímos, nos abrazamos y nos besamos de nuevo. Y de repente me embarga la sensación de que hacía tiempo que no me sentía tan bien.

—Qué alivio que me da saber que ya no estás enfadada —me confiesa Alex al cabo de un momento—. Entre lo de tu abuela y que pensaba que te había perdido, he pasado una noche de pesadilla.

Yo también, estoy a punto de contestar, pero como no quiero estropear nuestro momento con recuerdos tristes, decido desviar la conversación hacia otro sitio.

—Bueno, pero que ya no esté enfadada no significa que te haya perdonado del todo.

—¿Ah, no?

—No. Antes tienes que compensarme.

Los ojos de Alex brillan divertidos.

—Ya veo… Supongo que es lo justo. ¿Qué es lo que quieres que haga?

Ladeo la cabeza y me llevo una mano a la barbilla como si estuviera pensando en ello.

—Pues…

—Que sepas que, por ser merecedor de tu amor, soy capaz hasta de caminar desnudo por Central Park. Así que piénsate bien lo que vas a decir.

Reprimo una sonrisa.

—Tranquilo que no tiene nada que ver con eso. Como comprenderás no me interesa que te exhibas por ahí sin ropa. Soy tu novia y tú demasiado atractivo…

—Coincido contigo en ambos puntos —me informa y tras dedicarme una de sus irresistibles sonrisas añade—: ¿Cuál es tu deseo entonces?

Capítulo 43

Alex

A última hora de la mañana regreso al hospital cargado con un par de bolsas y me dirijo a la habitación de Betty. La puerta está abierta, pero en lugar de entrar me paro en el umbral. Leah y ella todavía no se han dado cuenta de mi presencia, así que me permito unos segundos para contemplarlas en silencio. Betty está sentada en la cama y Leah a su lado en la butaca y por lo que parece se están riendo de algo. No tardo en comprender que están jugando a las cartas. Y conociendo a Betty, juraría que el entretenimiento elegido es el de las espadas. Yo también he jugado con ella a ese juego innumerables veces y, todo sea dicho, todavía no he conseguido ganarla ni una sola vez.

Sonrío y por millonésima vez en lo que va de día doy gracias de que esté bien y que todo haya quedado en un susto. Todavía no estoy preparado para despedirme de ella y no sé si algún día lo estaré. Es como una abuela para mí y tengo demasiadas cosas que agradecerle: su cariño, su confianza, sus sabios consejos… Ella y Leah son sin lugar a duda las dos personas más importantes de mi vida, y verlas juntas y felices me llena el pecho de calidez. Y si hay algo que tengo claro es que, si me dejan, yo también voy a estar ahí para ellas. Voy a estar ahí para protegerlas y participar en su felicidad el resto de mi vida. Y no por agradecimiento, sino porque es lo que me dicta el corazón.

Toco a la puerta para anunciar mi presencia y las dos alzan la cabeza en mi dirección.

—¿Alex? —Se sorprende Betty—. ¿Qué haces aquí? Creía que tenías que adelantar trabajo.

—¿Cómo voy a pensar siquiera en trabajar después de lo que te ha pasado? —Dejo las bolsas sobre una mesa e intercambio una mirada cómplice con Leah—. En realidad, lo del

trabajo era solo una excusa para ir a buscar esto. —Abro la bolsa y saco uno de los recipientes mientras Leah se encarga de liberar la mesa sobre las piernas de su abuela—. ¿Es que no recuerdas qué día es hoy?

Betty arruga la frente con incomprensión y su mirada viaja de la mía a la de Leah en busca de respuestas.

—No… ¿Qué día es?

Sonrío y tras colocar el recipiente sobre la mesa le quito la tapa.

—Feliz Acción de Gracias, Betty.

Su rostro se ilumina en cuanto pone la vista sobre el pavo asado troceado.

—¡Oh! es verdad, lo dijo antes la enfermera, pero con todo lo que ha pasado se me había olvidado.

Leah también se fija en el contenido del recipiente y esboza una sonrisa de estupefacción.

—¿De dónde has sacado un pavo tan elaborado a última hora? Pensaba que aparecerías con uno envasado del supermercado.

—¿Por quién me tomas? Soy un hombre con muchos recursos —puntualizo—. Entre ellos unos amigos que valen su peso en oro.

La sonrisa de Leah se amplía.

—Vaya… ¿Así que lo ha preparado Janice?

—Sí, es una suerte que siempre tengan la despensa llena. Nunca se sabe cuándo va a aparecer un amigo desesperado pidiendo un pavo relleno. Ah, y también ha preparado más cosas. —Regreso a la mesa y me pongo a sacar el resto de recipientes de la bolsa—. Salsa de arándanos, puré de patatas y, por si nos apetece algo dulce de postre, pastel de calabaza. Todo bajo en sal, por supuesto, como ha recomendado el médico.

—¿En serio? —La sonrisa de Leah se amplía—. Pues no perdamos más tiempo y vamos a comer ya. Estoy muerta de hambre.

Saco de la bolsa el resto de cosas que he traído a la vez que Leah se dedica a abrir el paquete de platos desechables. Sirve el primer plato y lo deposita sobre la mesa de Betty

—Ya verás lo bueno que está todo abuela. Janice es una gran cocinera.

—Por lo bien que huele ya lo intuyo —constata—. Pero no hacía falta que os molestarais con tanta comida. Lo importante de Acción de Gracias es poder celebrarlo junto a tus seres queridos. Y vosotros estáis aquí. Ya no necesito más. —Se le humedecen los ojos y por un momento tengo la sensación de que va a ponerse a llorar.

—Claro que sí. ¿Dónde íbamos a estar? —Leah le coge de la mano y le dedica una sonrisa cariñosa—. Y más ahora que he descubierto toda la verdad. Entre los dos me teníais bien engañada.

Sonrío y para mi alivio Betty hace lo mismo.

—Lo sé, lo siento, cielo. Ya te dije que fue todo cosa mía.

—Solo estaba bromeando. No hace falta que te vuelvas a disculpar. —Señala el plato—. Venga prueba un poco de pavo.

—Espera. Antes de comer tenemos que dar las gracias como es debido.

Leah rueda los ojos.

—Abuela, eso ya no se hace.

—Claro que sí. Es una tradición y las tradiciones hay que respetarlas.

Leah me mira en busca de apoyo, pero yo me limito a asentir.

—Estoy de acuerdo —añado con expresión divertida—. Pero antes vamos a acabar de servir

los platos.

Cojo la cuchara y distribuyo el resto de comida mientras Leah se encarga de la bebida y cuando ya está todo listo nos sentamos.

—Vale, pues, si me lo permitís, empiezo yo —digo apoyando los codos sobre la mesa. Sé lo que quiero decir, aunque no sé si seré capaz de expresarlo con claridad—. Quiero dar las gracias porque, desde que formáis parte de mi vida, he aprendido algo. Algo muy importante, de hecho. —Carraspeo—. He aprendido que a una familia no la hace la sangre, sino la gente que te ama y te cuida. Y eso es lo que vosotras dos significáis para mí. Sois mi familia. —Le dedico una sonrisa sincera a Betty, que vuelve a tener los ojos llenos de lágrimas, y luego a Leah que responde cogiéndome de la mano.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos cargados de emoción hasta que Leah suspira y rompe con el silencio.

—Yo, por mi parte, quiero agradecer que la abuela esté bien, y que podamos estar celebrando Acción de Gracias, juntos los tres.

—Por supuesto que estoy bien —interviene Betty—. Todavía tengo cuerda para rato.

Leah alza una ceja en su dirección.

—Vaya… Me alegro de que pienses así, pero ¿a qué viene ese cambio de actitud? Hasta hace cuatro días no parabas de decir que tu muerte era inminente y que me dejarías sola.

—Sí, bueno… —murmura Betty con cara de circunstancias—. No me quedaba otra para que el plan funcionase.

—¿El plan? —inquiero yo, uniéndome a la conversación—. ¿Qué plan?

Betty sonríe.

—El de conseguir que acabarais juntos, obviamente.

—¿Qué? —La estupefacción se adueña del rostro de Leah y no la culpo porque yo me siento de la misma manera—. ¿De qué estás hablando?

—Sí, Betty. Explícate. Haznos el favor.

—Tranquilos, a eso iba. Aunque en realidad no hay mucho que explicar. —Hace una pausa y fija su mirada en mí—. Primero de todo, Alex, ya sé que no eres mi nieto, pero para mí es como si lo fueras. Y con eso quiero decir que te conozco muy bien. De ahí que me diera cuenta de que estabas enamorado de mi nieta incluso antes de que tú lo hicieras. —Abro la boca en un acto reflejo, pero ella me acalla con un gesto y se vuelve hacia Leah—. Y tú, querida, más de lo mismo. No parabas de hablarme de Alex y cuando lo hacías te iluminabas más que el árbol de navidad del Rockefeller Center. Era obvio que a ti también te gustaba —confiesa—. El problema es que sois los dos más tercos que una mula y necesitabais que alguien os diera un empujón. Así que por eso se me ocurrió insistirle a Leah con lo de las citas. Era una manera fácil de que Alex sintiera celos y se decidiera a actuar de una voz por todas. Aunque tengo que reconocer que no esperaba que reaccionase de esa manera tan…, como lo diría, alocada. —Su boca tiembla y se pone a reír—. Válgame Dios. Comprar una aplicación de citas. Desde luego eso sí es una prueba de amor y lo demás son tonterías.

Sigue riéndose mientras yo guardo silencio digiriendo todo lo que acaba de decir. Pienso en la noche que fui a su casa a explicarle que Leah quería tener citas, e intento recordar la conversación que mantuvimos. Hasta que llegó a la parte en que se enfadó conmigo y una sonrisa de comprensión se abre paso a través de mis labios. Ahora entiendo por qué se puso así. Era obvio que estaba muerto de celos, ante la idea de que Leah saliera con otros hombres, y Betty intentó que me diera cuenta sin éxito.

—En fin, solo espero que no os sepa mal mi pequeña intromisión —continúa Betty—. Pero no podía quedarme de brazos cruzados cuando tenía la certeza de que estabais hechos el uno para el otro. Los dos lo habéis pasado tan mal y habéis estado tanto tiempo aislados en vosotros

mismos por miedo a sufrir de nuevo… —Se le quiebra la voz y tarda unos segundos en volver a hablar—. Ya era hora de que empezarais a disfrutar de la vida junto a alguien especial. Esa alma gemela que cuesta tanto encontrar, pero que en vuestro caso estaba justo delante de vuestras narices. —Nos dedica una sonrisa cariñosa que se extiende hasta sus ojos—. Yo solo me encargué de iluminaros un poco el camino.

La sinceridad de Betty me deja preso de un sinfín de sensaciones. Todavía sigo algo sorprendido, como es lógico, pero a la vez estoy emocionado. Y por la expresión cambiante del rostro de Leah intuyo que se siente de la misma manera.

—Entiendo que quisieras ayudarnos, abuela —murmura ella al cabo de un momento—. ¿Pero no crees que fue un poco arriesgado?

—Es posible, pero cuando una llega a mi edad está dispuesta a asumir ciertos riesgos.

—¿Y si Alex no hubiera comprado la aplicación de citas? ¿Qué hubiera pasado entonces?

Me cruzo de brazos visualizando esa posibilidad.

—Es cierto, podría haber acabado enamorándose de otro hombre.

Betty me mira encogiéndose de hombros.

—Bueno, confiaba en que finalmente abrirías los ojos y lucharías por ella de una manera u otra. Y al final no me has defraudado, chico. Bien está lo que bien acaba.

Una sonrisa se adueña de mis labios.

—Bien está lo que bien acaba. Me gusta esa frase.

—Y a mí— murmura Leah con expresión divertida—. Solo esperaría no haber tenido que salir con toda clase de hombres de lo más variopintos para llegar a ese final.

Betty se ríe.

—Ya sabes que eso no fue cosa mía.

—Lo sé. —Leah suspira con falso dramatismo y me mira—. Fue obra de este hombre tan ingenioso que tengo aquí delante.

Yo también me río y cuando nuestros ojos conectan la diversión da paso a otro tipo de emoción. Entonces compartimos una mirada que lo dice todo y nada al mismo tiempo. Una mirada de esas que no necesitan palabras.

—En fin, vamos a comer ya, o se enfriará la comida —concluyo con voz más ronca de lo previsto.

Leah asiente.

—Sí, eh… ¿Por qué querías dar gracias, abuela?

Betty coge el tenedor y sonríe de forma juguetona.

—¿No es obvio? Iba a dar las gracias de que mi plan haya sido todo un éxito.

Epílogo Álex

Cuatro meses más tarde.

—Alex, no te quites el pañuelo aún —me pide Leah.

Gruño como respuesta. Leah ha pasado a recogerme a casa en taxi hace un rato y nada más subirme en él me ha vendado los ojos. Según ella, no quería que adivinara nuestro destino al ver el trayecto.

—¿Cuándo piensas decirme a dónde vamos? —digo nervioso, odio las sorpresas y la incertidumbre.

—Pronto. Estás a punto de descubrirlo.

La siento abrir una puerta frente a mí. Luego, me coge de la mano y me guía al interior de un lugar que se siente cálido, en contraste al frío de la noche. En el aire flota un olor que me es familiar. Olor a comida casera. Nos detenemos tras haber dado unos pasos. Luego, Leah susurra:

—Ya puedes descubrirte los ojos.

Obedezco. Me quito el pañuelo y miro alrededor, entendiendo enseguida donde nos encontramos. Es el restaurante de *La cocina de la abuela*, que está vacío esta noche. Solo hay una mesa servida, la mesa del fondo; la mesa que usaba todas las noches después del cierre.

El estómago se me contrae al recordar esos años en los que Betty se convirtió en mi única familia.

Miro a Leah sin comprender, Leah que hoy está preciosa. Lleva un vestido rojo que cae sobre su cuerpo como líquido, creando arrugas suaves sobre su cuerpo. Lleva el pelo suelto, los labios pintados de rojo y me mira con una intensidad que quema.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunto con la voz tomada.

Leah se muerde el labio. Está nerviosa. Lleva nerviosa toda la semana. Pensé que era por los exámenes parciales que tenía. Es obvio que me equivocaba.

—Giselle me ha dejado alquilar el restaurante para esta noche. He preparado la cena yo, siguiendo las recetas de la abuela porque quería hacer algo significativo para lo que estoy a punto de preguntar. —Traga saliva, saca una cajita de dentro del bolsillo de su abrigo y la abre. Son unos gemelos preciosos con nuestras iniciales entrelazadas—. Fue aquí donde empezó nuestra historia. Incluso cuando no nos conocíamos, este lugar hizo que nuestros caminos acabaran por cruzarse. Yo nunca habría sido tu secretaria si tú no hubieras entrado aquí en busca de trabajo y hubieras conocido a mi abuela. La casualidad quiso que eligieras este sitio de entre muchos. Y gracias a esa casualidad, acabamos encontrándonos el uno al otro. Lo que quiero decir es, Alexander Hudson, ¿quieres ser mi familia?

—No, no fue la casualidad —digo emocionado, metiendo la mano en el bolsillo de mi abrigo para sacar una caja muy parecida a la suya. La mía es de terciopelo negro—. Fue el destino —digo descubriendo su interior.

Ella abre mucho los ojos y se lleva la mano libre a la boca. El anillo de compromiso que he elegido es sencillo y elegante, como ella, es de oro blanco y tiene en el centro una pequeña estrella azul con diamantes encastados.

—Ahora mismo no sé cómo sentirme respecto al hecho de que me hayas robado mi momento, aunque supongo que es culpa mía por no habértelo pedido antes. —Sonrío, ligeramente nervioso—. Llevo semanas con el anillo en el bolsillo esperando el momento para dártelo. No sé me ocurre un momento más perfecto, ni un lugar más adecuado. —Trago saliva con fuerza, saco el anillo de la caja, cojo su mano izquierda y coloco la alianza en el dedo correcto—. Porque nuestra historia empezó aquí. El destino quiso que aquella tarde abriera esta puerta, hablase con tu abuela y forjase un vínculo inquebrantable con ella. Todo eso fue necesario para acabar llegando a ti.

—Alex…

—Hice tallar una estrella azul, como la estrella azul que cosiste tú en mi jersey. Siempre estuvimos unidos de alguna manera gracias a esa estrella.

—Es… precioso —dice con los ojos llenos de lágrimas.

—Y respecto a tu pregunta, sí, por supuesto quiero ser tu familia. —Cojo los gemelos de la caja, me quito los que llevo y me pongo los suyos—. Y tú, ¿quieres ser la mía? —Carraspeo, cogiendo de nuevo su mano izquierda y tragándome la emoción que convertida en pelota se ha atorado en mi garganta—. ¿Quieres casarte conmigo, Leah? Nada me haría más feliz que convertirme en tu marido y vivir la vida que me queda a tu lado.

Leah se limpia las lágrimas, dibuja una sonrisa en sus labios y anuncia, con voz temblorosa:

—Sí, sí, mil veces sí, Alex. Quiero ser tu familia, casarme contigo y convertirme en tu esposa. Estoy lista para pasar el resto de mi vida contigo.

Sus palabras me llenan el pecho de un calor intenso, que me abrasa y reconforta. La atraigo a mí, abrazándola con fuerza, y la beso, intentando transmitirle en este beso todas las emociones que navegan descontroladas en mi interior.

En este momento, aquí, en el lugar donde nuestra historia comenzó, sé que hemos encontrado nuestro hogar el uno en el otro. Leah es el refugio al que siempre pertenecí. Y estoy listo para afrontar juntos todo lo que el futuro nos depare, porque, con ella, todo es posible.

Epílogo Leah

Ocho años más tarde.

No hay nada que me guste más que recorrer el río Hudson a bordo del Aquamarine. Adoro sentir la brisa sobre mi piel, mirar las luces espectaculares de Manhattan de noche y escuchar el sonido de las risas de mis hijos mientras juegan a ser piratas con su padre.

Wyatt, de casi cinco años, y Emma de casi tres, corretean emocionados por la cubierta mientras Alex los persigue simulando ser un pirata enemigo dispuesto a robarles un tesoro imaginario y hacerse con el control del buque. Yo estoy de pie, cogida de la barandilla, observándolos desde lejos.

Cada carcajada es como música para mis oídos. Hace ocho años ya que Alex me explicó su historia y desde entonces nuestra relación no ha hecho más que fortalecerse. A veces sigo sintiendo un cosquilleo de ternura e incredulidad cuando pienso en nuestro pasado compartido.

—¡Te tenemos! —exclama Wyatt saltando sobre su padre que finge caer al suelo.

—Ahora eres nuestro prisionero —dice Emma sentándose encima.

—Oh, no, he sido capturado por los terribles piratas Garfio de Oro y Perla de Mar. ¡Esto es terrible!

—Vamos a encerrarte en el calabozo.

—De eso nada, usaré mi técnica secreta de combate para escapar. —Y sin que mis hijos se lo esperen, Alex empieza a hacer cosquillas en sus pequeñas barrigas.

—Oh, no, nos ha pillado —dice Emma entre carcajadas.

Mientras los niños ríen y continúan con su juego de piratas, yo me tomo unos instantes para

reflexionar sobre cómo ha sido mi vida estos últimos años. Han pasado muchas cosas desde entonces.

La primera de ellas y una de las más importantes es que Alex y yo nos casamos dos meses después de que nos prometiéramos. Puede parecer un poco precipitado, pero yo no quería esperar más tiempo para estar con él. Quería convertirme en su familia ya. Aunque tácitamente ya lo era, quería algo tangible que diera fe de ello. Nos casamos sobre el Hudson, en un día como hoy. No fue una gran boda, apenas invitamos a unos pocos amigos y a la abuela, pero fue bonito compartir nuestro amor con la gente que amamos. Nos casó Caden, Janice se encargó de la comida y la abuela del brindis, que nos hizo llorar a todos como nunca.

Han pasado más cosas también.

Yo terminé la carrera de Gestión de Eventos y abrí mi propia empresa, a la que llamé *Destiny*, en honor a ese destino que nos unió a Alex y a mí. Alex me ofreció un despacho en una de sus oficinas desocupadas, y desde allí he estado trabajando hasta el día de hoy. El negocio ha crecido y prosperado. De hecho, ahora usamos toda la planta, tengo 30 trabajadores bajo mi cargo y una secretaria espléndida, porque me llevé a Katie conmigo. Y hablando de secretarias espléndidas, después de mi marcha, Alex tuvo que buscarse una nueva secretaria, lo que no fue fácil. Pasaron muchas por el puesto hasta dar con la adecuada, Gladys, una mujer de unos cincuenta años que lo lleva firme y se preocupa por él como una madre. En estos años, Nano Tech ha seguido buscando mejoras en los pronósticos para los pacientes con cáncer, y sigue siendo una de las empresas líderes en el mercado.

¿Qué más puedo decir de todos estos años? Hemos cumplido sueños, viajado mucho, hecho el amor en los lugares más inesperados y convertido en padres.

Sonrío al recordar el día que descubrí que estaba embarazada. Me desperté con el estómago revuelto, náuseas y ganas de vomitar. Yo pensé que me habría sentado mal la cena de la noche anterior, pero después de dos días con los mismos síntomas y tras recibir una notificación de la aplicación del periodo informándome de que este se había retrasado una semana, tuve un pálpito.

Fui a comprar un test, llamé a Alex y juntos vimos las dos rayas en el palito. Y nació Wyatt. Dos años después lo hizo Emma.

Wyatt y Emma son lo más preciado de nuestra vida. Emma tiene el carácter de su padre, y Wyatt el mío, aunque físicamente ambos se parecen más a él que a mí. Son tan guapos que parecen sacados de un anuncio, y no es porque lo diga yo, es que más de una vez nos ha parado algún cazatalentos en algún parque ofreciéndonos participar en uno.

En algún instante de este momento reflexivo, los niños se sientan en sus sitios agotados después de su emocionante juego de piratas. Alex los deja descansando y se acerca a mí. Me rodea con los brazos por detrás y deposita un suave beso en mi hombro.

—Los has dejado derrotados.

—Ojalá lo estén, se acuesten pronto y nos dejen pasar algo de tiempo a solas.

Un cosquilleo me recorre el vientre ante esa bendita posibilidad.

—Crucemos los dedos para que no se despierten por agua, pis o alguna pesadilla.

—Tendremos que ser eficientes.

Me río ante su comentario. Hace mucho que las noches de sexo prolongado pasaron a mejor vida. Ahora somos los reyes de los polvos rápidos y eficientes. Incluso en el trabajo. Al final resultó que el sexo de oficina sí era lo nuestro.

—Deberíamos dejarlos un fin de semana con la abuela y encerrarnos en una habitación. A ellos les encanta pasar tiempo con ella y a mí me encanta pasar tiempo contigo. Todos ganamos.

Alex se ríe y me muerde el cuello.

—Eso suena perfecto.

Observamos a Wyatt y Emma hablar entre sí mientras se deleitan con las luces de la ciudad y luego compartimos una mirada larga y llena de significado. Hace muchos años paseaba por el Hudson con mis padres. Ahora nosotros lo hacemos con nuestros hijos. Algún día, ellos lo harán

con los suyos propios. Todos, generación tras generación, convertiremos estos momentos juntos en recuerdos felices para atesorar y recuperar siempre que necesitemos que los problemas se disipen. El poder de los recuerdos felices es infinito.

Capítulo extra

Leah

Leah 14 años. 15 años atrás.

El restaurante de la abuela se encuentra en un pequeño local bastante antiguo donde siempre huele a comida. Una mezcla entre brasa, guisos y especias, que en lugar de disgustarme me hace sentir segura y reconfortada. Por eso adoro pasarme por aquí, sobre todo cuando salgo del instituto. Podría decirse que este lugar es como mi segundo hogar, incluso tengo una mesa propia. Bueno, no es que sea mía de verdad, pero para mí es como si lo fuera. Para empezar, porque nunca nadie más se sienta en ella, no sé bien cuál es la razón. Tal vez a los clientes no les gusta porque queda muy apartada y se tienen que levantar para ser vistos desde la barra, o porque no pueden oír cuando la comida está lista. Pero la verdad es que todo eso me viene fenomenal. Es el lugar perfecto para hacer los deberes mientras saboreo un trozo de mi pastel favorito sin que nadie me moleste. No puedo pedir más.

—Hola, cielo —me saluda la abuela desde detrás de la barra—. Me alegro de que estés aquí. ¿Qué tal en el instituto?

Resoplo y me siento en uno de los taburetes.

—Regular. A última hora nos han puesto varios ejercicios de matemáticas y aún no he conseguido dar con la solución. Tengo la cabeza a punto de explotar.

—Vaya, ya sabes que con ese tema no te puedo ayudar. Pero sí puedo hacerte un bocadillo sano y nutritivo para que tu mente se recupere y puedas continuar.

Hago una mueca.

—Prefiero un trozo de pastel. El azúcar también aporta energía, ¿lo sabías? Nos lo dijo la profe de ciencias.

La abuela sonríe con complicidad.

—Si tú lo dices, te creo. ¿Qué pastel te pongo entonces? ¿De chocolate o queso fresco?

—¿Qué clase de pregunta es esa abuela? Quiero el de limón, como siempre.

—Ya me lo suponía, pero de ese ya no queda.

—¿Qué ya no queda? —Arrugo la frente sin acabar de creer que mi mayor ilusión del día se haya volatilizado en cuestión de segundos—. ¿Cómo puede ser?

—Bueno, esto es un restaurante y tú no eres la única a la que le gusta ese pastel —me contesta ella encogiéndose de hombros.

—¿Y entonces por qué no me has reservado un trozo?

—¿Cómo te lo iba a guardar si no sabía que venías?

Abro la boca para contradecirla, pero enseguida me doy cuenta de que tiene razón y la cierro con un gruñido.

—Está bien. Me conformaré con el de chocolate. Está demostrado que hoy no es mi día de suerte…

—Pero habrase visto… ¿Qué no es tu día de suerte, dices? —Chasquea la lengua y agita el dedo en mi dirección—. Pues espérate a llegar a mi edad y verás. Esta juventud…

Con ese último comentario se da la vuelta y empuja la puerta basculante que lleva a la cocina. La oigo trastear y no tarda en aparecer de nuevo con el trozo de pastel en un plato y un vaso de lo que parece limonada. Lo deja todo sobre la barra y cuando le doy las gracias

aprovecho para darle un beso en la mejilla. Ella sonríe y, tras prometerme que la próxima vez me preparará un pastel de limón solo para mí, cojo mi merienda y me dirijo hacia la parte trasera.

Como ya he mencionado, la mesa donde me siento siempre queda bastante apartada. Así que tardo unos segundos en divisarla. Veo una esquina y después la otra y…

Me quedo pasmada.

Porque hay alguien sentado en la mesa.

En mi mesa.

Mierda… ¿Cómo es posible? Si el restaurante está medio vacío. Quien sea que se haya sentado podría haber escogido cualquier sitio antes que el mío.

Jo, si ya sabía yo que hoy no tengo el día…

Suelto un resoplido y tras un momento de duda, doy un par de pasos más y me siento en la mesa de al lado.

Como es natural, lo primero que hago es echarle una mirada a la persona que ha usurpado mi sitio. Se trata de un chico de pelo castaño, no mucho mayor que yo, que parece ocupado escribiendo algo en una libreta. También tiene un par de libros abiertos sobre la mesa y junto a ellos hay un plato a medio comer. Un plato con una porción de pastel enorme que reconocería en cualquier sitio, porque da la casualidad de que no es otro que el pastel de limón de la abuela…

Aprieto los labios a la vez que siento como mi estómago hierve de rabia.

Pero… ¡tendrá morro!

No solo me ha quitado el sitio, sino que también ha arrasado con mi pastel favorito.

A ver que está en su derecho, lo sé. Pero al menos podría haber pensado un poco en los demás y pedir la ración normal en lugar de ese trozo tan grande.

Entrecierro los ojos y le lanzo una mirada asesina mientras él sigue con la suya puesta en su libreta. Hasta que deja de escribir, separa un trozo de pastel con la cuchara y se lo lleva a la boca. Cierra los ojos mientras mastica con calma, como si lo estuviera saboreando. Y por un momento sucede algo superextraño. Mi mirada va a parar a sus labios. A sus labios, sí. Aunque en mi defensa diré que nunca había visto un chico con una boca así. Rosada y bien formada. Con forma como de corazón y…

Dios… ¿Pero qué narices me está pasando?

Sacudo la cabeza para espantar esos pensamientos que no tienen ningún sentido. Entonces me doy cuenta de que el chico ha vuelto a abrir los ojos y me está observando. Lo que significa que me ha pillado haciendo lo mismo. O aún peor. Me ha pillado mirándole la boca.

Bajo la vista y me pongo a abrir la mochila maldiciendo para mí misma.

Seguro que me he puesto como un tomate…

Saco el estuche y las cosas de matemáticas y lo dejo todo sobre la mesa. Luego me dedico a comerme mi porción de pastel intentando no darle más vueltas a lo que acaba de ocurrir.

El pastel de chocolate también está bastante bueno, tengo que reconocerlo. Me llevo el último trozo a la boca, bebo un sorbo de limonada y abro el libro de mates por la página correspondiente.

La siguiente media hora me la paso leyendo como se supone que debe resolverse una ecuación de segundo grado e intentando poner mis conocimientos en práctica. Pero al igual que me ha ocurrido con la explicación del profe, todo me suena a chino y no consigo pasar de la primera ecuación. La verdad es que no entiendo cómo puedo ser tan negada para las matemáticas. Con el resto de asignaturas no tengo problema, incluso saco sobresaliente más de una vez.

Dejo ir un suspiro de frustración y sigo insistiendo hasta que creo que ya lo tengo. Pero mis

esperanzas se van a pique en cuanto compruebo el resultado y veo que sigue siendo incorrecto.

—Argh. Qué mierda de ecuación —suelto.

Y al instante me doy cuenta de que he hablado con voz demasiado fuerte.

Me tapo la boca y levanto la mirada para comprobar si el chico de la otra mesa me ha oído. Y como era de esperar, la respuesta es sí. Tiene la cabeza alzada y me está observando fijamente con sus ojos rasgados. Dios, no tengo ni idea de lo que estará pensando sobre mí en estos momentos, pero hay algo en su forma de mirarme que me pone nerviosa. Por suerte, antes de que me dé por volver a ruborizarme, él se centra de nuevo en sus libros.

Y eso es lo que yo también tendría que hacer me digo a mí misma. Centrarme y resolver este coñazo de ecuaciones de una vez. Pero en lugar de eso, mi mente decide irse por otros derroteros. Como, por ejemplo, preguntarme qué grado debe de estar estudiando él.

Por su apariencia diría que no es mucho mayor que yo. O al menos esa es la conclusión a la que llego mientras lo analizo con disimulo. Pero, aun así, me resulta extraño porque hay algo distinto en él. Me refiero a que no se parece en nada a ninguno de los chicos a los que me cruzo todos los días en el instituto. No sé si es por la expresión de su rostro, o por sus gestos calmados, pero él parece mil veces más maduro. Como si fuera un adulto encerrado en el cuerpo de un adolescente, al estilo de la peli esa que vi el otro día. O simplemente hubiera vivido mucho. Quien sabe. La cuestión es que cuanto más lo observo, más intrigada me siento. Lo que también me resulta extraño porque nunca me había sentido interesada por ningún chico. Y menos aún me había alterado tanto por una mirada.

Sea como sea, no tengo tiempo de seguir con mi escrutinio. Porque de repente el chico hace el gesto de levantarse y no me queda más remedio que bajar la cabeza. Pasa por mi lado mientras yo finjo estar muy ocupada con mis ejercicios y le oigo empujar la puerta que lleva al lavabo. Al cabo de poco el sonido se repite y le veo regresar a su mesa.

Vuelve a coger el boli y sigue escribiendo en su libreta como si no hubiera un mañana.

Desde luego parece un chico muy aplicado. Aplicado, maduro para su edad, egoísta (aun no me he olvidado de lo del pastel, no) y aunque me cueste reconocerlo también bastante guapo…

Inspiro con fuerza y sigo intentando resolver la ecuación infernal que espera en mi libreta. Pero antes de que llegue al final de la operación, el chico empieza a recoger sus cosas y vuelvo a distraerme.

Jolín. Desde luego es mejor que se vaya, sí. Con él aquí no hay quien se concentre.

Cojo el vaso y me acabo la limonada de un trago mientras él termina de meter sus libros en la mochila. Luego se la echa al hombro, vuelve a pasar junto a mí y…

Antes de que dé tiempo a reaccionar, deja una hoja sobre mi mesa.

Le lanzo una mirada desconcertada mientras pasa de largo y luego hago lo mismo con el papel que me acaba de dejar. Y cuando veo lo que hay apuntado me sorprendo aún más. Se trata de una ecuación. La misma ecuación que estaba intentando solucionar yo. Y está resuelta de una manera distinta a la que nos ha enseñado el profe, pero mucho más fácil de entender a simple vista.

Una sonrisa de satisfacción asoma a mis labios a medida que analizo los pasos.

—¡Claro! ¡Eso es! —exclamo.

Madre mía, no puedo creer que por fin haya entendido cómo se resuelve una ecuación de segundo grado. Y todo gracias a ese chico…

Me levanto de golpe y voy en su busca con la intención de darle las gracias, pero ya ha salido del restaurante y tampoco lo veo por las inmediaciones.

Es una pena, me digo a mí misma y no puedo evitar que en mis labios aparezca una sonrisa.

Supongo que no era tan egoísta a pesar de todo.

No te pierdas mis nuevas novelas

¿Qué puedo deciros de Maldito jefe perfecto? Que he terminado de escribir con una sonrisa en la boca. Hacía tiempo que una novela no me hacía tan feliz y espero que ese sentimiento sea compartido. Si he conseguido que sonrieras, rieras o te emocionaras leyendo la historia de Alex y Leah, significa que he conseguido mi cometido :).

Por supuesto, si te ha gustado esta novela, te animo a que dejes tu valoración en Amazon. Leer los comentarios de mis lectoras es lo más valioso de escribir. Me alegran el corazón y dan alas a mis sueños.

También quiero aprovechar este espacio para agradecer a Amber King su implicación en esta novela. Me ha acompañado durante todo el proceso y puedo asegurar que, sin ella, este libro no hubiera visto la luz. Eres una gran escritora y te auguro un futuro prometedor. GRACIAS.

Y, para terminar, darte las gracias a ti por haber elegido mi novela entre todas las demás. Es un honor estar en tu estantería virtual. Ojalá muchos de mis libros terminen ahí.

Con amor,

Ella Valentine

¡Ah! Sígueme en mis redes sociales, porque vienen un montón de novedades y sorpresas y no quiero que te pierdas nada.

Instagram: https://www.instagram.com/ellavalentineautora/

Facebook: https://www.facebook.com/ellavalentineautora/

También puedes seguirme en Amazon, de esta forma el propio Amazon te avisará cada vez

que publique una novedad:

Amazon: https://www.amazon.es/Ella—Valentine/e/B07SGG42T8

Novelas anteriores

—Serie Manhattan in love

Un acuerdo con Mr King: leer aquí

Una Julieta para Mr Romeo: leer aquí

El deseo oculto de Mr Right: leer aquí

—Serie Highlanders de Nueva York

No te enamores del highlander: leer aquí

Mi jefe es sexy y highlander: leer aquí

Maldito seas highlander: leer aquí

No te resistas al highlander: leer aquí

—Serie Multimillonario&

Multimillonario & Canalla: leer aquí

Multimillonario & Rebelde: leer aquí

Multimillonario & Libre: leer aquí

—Serie Las chicas de Snow Bridge

La chica que perseguía copos de nieve: leer aquí

La chica que cazaba estrellas fugaces: leer aquí

La chica que leía novelas de amor: leer aquí

—Autoconclusivas

Posdata: te odio: leer aquí

Multimillonario, soltero y sexy: leer aquí

Novio ficticio: leer aquí